



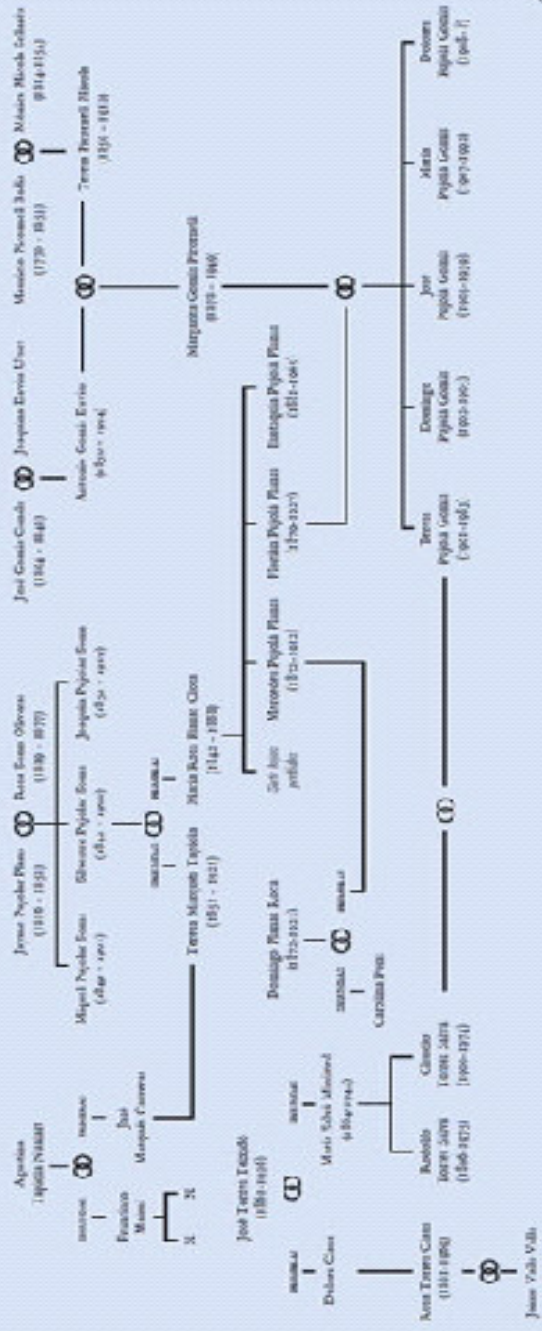
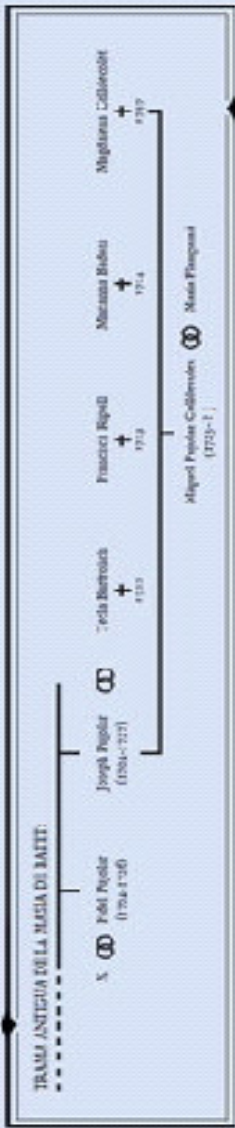
Care Santos

Diamante azul



DESTINO

TRAJE ANTEGUA DE LA RAMA DE BAITT.



Escribir es recordar algo que nunca ha pasado.

SIRI HUSTVEDT

Una novela [...] es pedirle explicaciones a la vida.

JAUME CABRÉ

**Para
empezar**

He paseado por muchos cementerios, siempre buscando la memoria de los demás. Hoy vengo a visitar mi propia memoria con una rosa blanca en cada mano.

Primero me detengo frente a la tumba de mi abuela Teresa. Ella misma la compró en un lugar apartado e hizo grabar los dos nombres sobre mármol blanco. Enterró aquí a mi abuelo y esperó a que le llegara la hora.

– Así cuando yo me muera sólo tenéis que meterme en el agujero –decía a menudo.

Mi abuela hablaba de su muerte sin miedo ni respeto. Como si hablara de salir a comprar medias.

Eligió este lugar para que no les molestaran. Quería estar sola con el amor de su vida. Hizo prometer a todos que nunca nadie más sería enterrado aquí. Nunca. Nadie. De momento, se ha salido con la suya. En este lugar, que con el tiempo es mucho más concurrido que antes, sólo están ellos dos. Solos para siempre, como quiso Teresa Pujolà, una mujer que siempre hizo lo que le vino en gana. Incluso después de muerta.

Mientras dejo la rosa en la repisa me dan ganas de preguntarle a mi abuela por qué nunca me habló de su padre y, menos aún, de su abuelo, por qué el tiempo ha roído un fragmento de historia, como si fuera una humedad devorando una pared. Pero callo para no hacer como aquellas viejas beatas que van al cementerio a contar chistes a los muertos. He conocido a alguna que incluso se pelea con ellos.

Ahora subo la escalera hasta la parte más alta, que es también la más antigua. Aquella que hace mucho alguien bautizó con el nombre de «Cementerio de los Espiritistas». Hoy ambos cementerios están comunicados, pero durante muchos años un grueso muro servía de frontera entre dos mundos irreconciliables: el de los católicos y el de la gente sin dios.

Busco los nichos más viejos, los abandonados, ocupados por muertos que nadie recuerda. A menudo sin nombre, con lápidas devoradas por el paso del tiempo, el salitre, los verdines. No hay flores. En muchas tumbas sólo un aviso de liquidación cubre el nombre de los difuntos: «Rogamos pasen por nuestras oficinas con tal de regularizar la situación antes del día tal. De lo contrario, tendremos que proceder a la venta de esta sepultura. Atentamente, la dirección».

Me saco del bolsillo un papel donde he anotado un número. No me cuesta nada localizar la tumba a la cual corresponde. Como suponía, no tiene inscripciones. Ninguna pista. Dejo la rosa sobre el polvo. Con un dedo, en la tierra del suelo, escribo: «Silvestre Pujolà Soms. 1842–1900».

Me oigo murmurar:

– Seguro que a estas alturas ya no esperabas a nadie, ¿verdad?

Por un instante siento deseos de hablarle a la nada de mi abuela Teresa: cómo continuó la historia que Silvestre comenzó. Seguro que le gustaría saberlo. Lo único que todos deseamos saber es cómo continúan las historias. Pero oigo pájaros cantar y prefiero guardar silencio.

Mientras me marchó, recuerdo unas palabras de mi madre que me han traído hasta aquí:

– No dejo de darle vueltas –dijo–. Con lo parlanchina que era tu abuela, y hay cosas que no me contó nunca. ¿No te parece raro?

Creo que lo es, en efecto. Ojalá pudiéramos formular preguntas a los muertos.

– Entonces tendrás que hacerlo tú –concluyó mi madre.

– ¿Cómo? –pregunté.

– Si tu abuela no me contó la historia, tendrás que hacerlo tú.

Para eso sirven las novelas. Para hacer volver a los muertos. Para reencontrarnos con todo lo que perdimos.

Para eso escribimos. Para eso he venido.

Primera parte

Un saco de sal

13 de agosto de 1927

De tan vacía, oscura y llena de velas, la sala parece una iglesia. De lo que fue sólo queda el reloj de pared, de madera oscura y péndulo dorado, marcando la hora equivocada, como siempre. Pronto se detendrá, pues la única mano que le daba cuerda ha dejado de hacerlo.

Teresa ha cruzado la ciudad tan deprisa como se lo permite su embarazo de ocho meses. Ha sabido la noticia por una vecina chismosa—«Tu padre se está muriendo, niña»—y se le ha helado el corazón. Ya se lo temía, algún instinto secreto la tenía sobre aviso, no entiende cómo. Hoy no ha podido dormir. Todo el mundo cree que es por culpa del bebé. Sólo ella sabe que son las prisas de la muerte las que la empujan, no las de la vida.

El corazón le late como un tambor cuando llama a la puerta. Abre su hermana pequeña. Su mirada de espanto es como un muro que le corta el paso.

—Déjame pasar, Dolores—le ordena, con una voz y un gesto tan enérgicos que es imposible contrariarlos.

La hermana pequeña vacila, tartamudea del susto.

—¿Lo... lo sabe mamá? ¿Sabe que estás aquí?

—Díselo tú, si quieres.

—No está en casa.

—Razón de más para que me dejes pasar, nena.—Y como la joven no se mueve, Teresa levanta la voz—: ¡Haz lo que te digo!

Dolores no sabe qué hacer. Teresa no espera a que se decida. Empuja a su hermana, cruza el pequeño recibidor y recorre el pasillo hasta la sala. Es una mujer de veintiséis años, resuelta, segura de sí misma. Todo lo contrario que su apocada hermana menor, que aún no ha cumplido los dieciocho.

No había vuelto desde que se escapó, hace casi tres años. Tres años nada más, que parecen una eternidad. El olor clerical de la casa la espanta, pero aún más esta ausencia absoluta de vida. Aquí ya no queda nada. Sólo una cama en mitad de la estancia, junto a los ventanales, que tienen los postigos cerrados. Todo está en penumbra. Hace muchísimo calor. En el patio no queda sino silencio.

En la sala están, además de Dolores, su hermana María y su hermano José, que luce el uniforme de chófer de la pastelería Font. La formalidad del atuendo subraya la gravedad del instante. Todos están de pie, porque no hay sillas, sólo la cama donde Florián Pujolà respira con mucha dificultad.

—¿Y los muebles?—pregunta la hermana mayor.

—Nos lo han embargado todo—responde María.

—¿Embargado?—repite, sin creérselo.

—Para pagar deudas—dice el hermano.

—¿Cuándo ha sido?

—Ayer por la mañana. Nos costó convencerles de que dejaran la cama.

Su padre tiene los ojos cerrados y las manos yertas. Es un hombre todavía joven, delgado, de frente amplia y mirada serena. Le consume un mal que nadie sabe cuál es.

Teresa se acerca a él, le agarra una mano, murmura una sola palabra cerca de su oído:

—Papá...

Florián Pujolà entreabre un poco los ojos. Los párpados le pesan mucho. Al ver a su hija, su cara se transforma de resignación final a última alegría.

—Teresa... qué bien que hayas venido. ¡Qué guapa estás!

Teresa pasa una mano fría por la frente ardiente de su padre. Lo besa, mientras le sujeta la mano. Florián observa el vientre hinchado de su hija.

–No lo voy a ver nacer.

Teresa no contesta. Intenta sonreír. No puede. Disimula las lágrimas mirando las paredes vacías.

–Todo esto está muy diferente a cuando te marchaste–dice el padre.

–Sí.

–El piano no se quería mover. Hicieron falta diez hombres para llevárselo.–Florián frunce los labios en una mueca triste, señalando la huella que el instrumento ha dejado en la pared, como un fantasma–. Dejaron el reloj. Les daba miedo. Decían que está encantado, los muy imbéciles.–Hace una pausa, para recuperar fuerzas–. Todo se ha perdido.

–No se canse, padre. Todo volverá.

–Yo no. Yo no volveré. Estoy muy cansado.

En el silencio, el reloj marca un tictac tan pesado como la respiración del tintorero.

–Si hubieras sido un varón, Teresa...–Otra pausa, para dejar que la hipótesis pase, para soñar con ella un instante y dejarla ir–. ¡Estás más guapa que nunca, hija!

Los colores alegres del vestido de verano de Teresa son una nota discordante en esta escena oscura.

–¿Tiene hambre? ¿Quiere que le traiga un vaso de leche?

–No quiero nada...–murmura él, y los recuerdos le hacen abrir los ojos–. ¿Te acuerdas de Tomasa? Qué suerte tuvo de no verlo todo deshecho.

–No se agote, padre. Cierre un poco los ojos.

Florián Pujol obedece a su hija. En la penumbra le parece reconocer los olores de la cocina de Tomasa, el rumor de los platos y las cazuelas. También el canto de los pájaros, lejano pero diáfano. Su diamante azul, tan deslumbrante, tan extraño, aparece en el centro de la memoria. Cuántas horas de su vida ha pasado mirándolo.

El tintorero repara en que su vida ha sido, sobre todo, azul. Se alegra del descubrimiento. Le hace sonreír. El último instante de placidez también es azul. Azul claro y transparente como sus pupilas. Las que ve frente a él, las suyas propias, las de su padre y las de tantos antepasados que llegaron de lejos. Una herencia familiar transformada en la mirada ahora sombría de su Teresa.

–¿Por qué está todo tan oscuro? Qué tristeza. Teresa se levanta y abre los postigos de las ventanas. Tiemblan las llamas de los cirios diseminados por la habitación.

La pajarera en mitad del patio, un capricho de su padre durante todos estos años, donde en algún tiempo vivieron decenas de pájaros, está casi vacía. Dentro sólo queda un ejemplar: el diamante azul.

–¿Y los pájaros?–pregunta la hermana mayor.

Contesta María:

–Padre los dejó ir. Abrió la puerta y se quedó mirando cómo se alejaban volando.–Fue lo último que hizo antes de meterse en la cama–añade Dolores, que parece muy afectada.

Teresa se acerca a la gran jaula. Se da cuenta de que la puerta está abierta. Es como si, al oírla, el diamante azul comenzara a moverse y a piar. El sonido es agudo y breve, parecido a un gemido. Teresa se pregunta por qué no se habrá marchado, como todos los demás.

–¿Has preferido quedarte con él, bonito? Tú también le quieres, ¿verdad?

Cierra la puerta de la pajarera y vuelve a entrar en la sala. Decide que es mejor cerrar los postigos.

En este momento, el reloj de pared comienza a sonar de pronto. Son toques muy seguidos, que no guardan relación con las horas: largos, estridentes, graves. Todo el mundo aquí sabe lo que significan. Las hermanas pequeñas se asustan, ahogan algún

grito, se llevan las manos a la cara, al pecho.

–Voy a buscar a madre–dice Dolores–, está en Santa María, rezando.

«Como siempre», piensa Teresa, y pide una sábana para amortajar a su padre.

–No le digas que Teresa está aquí–dice la median a.

–Decídselo–replica Teresa–. Madre ya no me da miedo. Y apagad todas estas velas, por Dios.

Cuando el reloj calla, Teresa pide a José que llame al doctor. Consuela a sus hermanas pequeñas, que lloran abrazadas. Se despide para siempre de este lugar yermo. Antes de salir, descuelga el reloj de la pared y se lo lleva. Nadie se queja. Sólo sienten alivio.

De modo que esto es todo. El tintorero FloriánPujolàPlanas, de cuarenta y ocho años, un hombre sin suerte, hijo del también tintorero SilvestrePujolày de María Rosa Planas, casado en mala hora con Margarita Gomis Picornell, que le dio cinco hijos, dos varones y tres hembras, de los cuales sobrevivieron cuatro, todos aquí presentes, ha muerto después de vivir demasiado triste y demasiado deprisa a las catorce horas y treinta minutos de hoy, día 13 de agosto de 1927, a consecuencia de un mal incierto que dará mucho que murmurar a la familia durante varias décadas.

En el papel oficial el médico escribe: «Tuberculosis pulmonar», pero sólo porque algo tenía que poner.

En el otro extremo de esta historia, en un tiempo y un lugar que nadie recuerda ni menciona, hay una mujer rota de rabia y de dolor. Al fondo está la masía, erguida en mitad de estas tierras de mala huella, soberbia, impasible. Encima de todo ello están el cielo y las nubes, y más allá debería estar Dios, pero Dios se despista muy a menudo y es mejor no contar con él. La mujer se ha detenido sobre el empedrado del patio—el sol que se aleja adelgaza las sombras—a observar cómo se aleja un Pujolàr. Aprieta los puños. La voz le tiembla cuando escupe, con una rabia que nunca se había visto por aquí:

—Sangre querida de santa Sabina, te pido el favor de la venganza. Maldice la estirpe de este hombre que se aleja. Haz que todos sus hijos y nietos y bisnietos y tataranietos mueran jóvenes, por mal o por guerra, todavía en edad de diseminarse su semilla. Haz que la semilla no agarre y que así sea hasta que se borre todo rastro de su estirpe, hasta que de su apellido no quede memoria sobre la faz de la Tierra. Te lo pido en nombre de la verdad y la justicia, y de todos aquellos que alguna vez fueron engañados o traicionados. Para corresponderte, todas las noches a las doce verteré sal en el portal de mi enemigo y cada domingo te encenderé un cirio de los grandes después de misa de once. Juro ser fiel a estas promesas hasta mi último día, por Dios y por los ángeles y por todo lo que es sagrado, amén.

2 de febrero de 1920

La ceremonia de pedida de mano comienza a las cuatro y media, con la puntualidad que esperan todos los implicados. En la sala de estar del tintorero Pujolà comparecen la viuda del notario Sust, de nombre Ramona, una mujer magra, vestida de riguroso duelo, para quien la moda y todas las frugalidades del mundo se terminaron en el mismo momento en que expiró su esposo, hace exactamente diecisiete años. La acompaña su único hijo, Casimiro Sust, abogado que estudia para notario y que nunca encuentra ni una sola razón para contradecir a su madre. A su lado, una vieja arrugada de pelo blanco y ojos húmedos, que se presenta como «la nodriza del niño» y que en cuanto llega se duerme al calor del solecito que entra por la ventana.

Frente a ellos tenemos a doña Margarita—que hoy sonríe porque está nerviosa y porque le conviene—y a don Florián, que ha salido de la tintorería sólo para esto y en contra de sus costumbres y ha tenido que cambiarse de arriba abajo por orden de su mujer. Lo ha hecho a toda prisa, quejumbroso, sin entender de verdad los motivos por los cuales debe hacerlo. Ahora finge que lleva aquí todo el día, sentado en la butaca y con una pierna sobre la otra, viendo el sol pasar. También está Hus, el administrador, que desde hace dieciocho años no falta a una sola de las reuniones importantes del señor, quien lo considera sumano derecha. Y, dormido sobre la alfombra con la indiferencia de una divinidad, tenemos al gato, blanco, limpio, bien alimentado, majestuoso. Lleva por nombre *Gato* porque eso de poner nombre a las bestias no se estila en esta casa. Para terminar el inventario, también está la niña. Se sienta entre sus padres, con actitud de ángel distraído. Lleva un vestido de color malva que le llega a los tobillos, el pelo recogido con un lazo yunchal sobre los hombros. Quizás esté nerviosa, es difícil asegurarlo, del mismo modo que sería difícil interpretar los sentimientos de una esfinge. Es muy hermosa, y esta virtud hace que cualquier pequeño defecto le sea perdonado al instante; incluso que haya tardado tanto en saludar a las visitas y su madre haya tenido que llamarle la atención. Entonces, obediente, ha dicho:

—Buenas tardes, doña Ramona.

Y doña Ramona ha respondido:

—Igualmente, hija mía.

Y este «hija mía» queda flotando en el aire para que todo el mundo lo medite, mientras Pepa sirve el chocolate con bizcochos de los más grandes, comprados esta misma mañana en casa del confitero Josep Oms.

Corresponde al hombre de la casa tomar la palabra en primer lugar. Como Florián no se decide, Margarita le ayuda con una patadita disimulada.

—Hoy es un gran día—dice el tintorero, que ha ensayado el discurso—, y quiero comenzar diciendo que estoy muy contento de que estéis en mi casa, que desde ahora mismo debéis considerar también la vuestra.

—¿Le gusta el chocolate?—le interrumpe doña Margarita, mirando a su futura consuegra.

—Sí, señora, mucho. ¿Lo preparan con agua?

—Con leche.

—Se nota. Disculpen a mi hijo, no es nada goloso.

Casimiro Sust ha dejado la taza sobre la mesita, intacta. Hace tanto que no le da el sol que está pálido como la barriga de una merluza. Y aún le quedan por lo menos dos años de mirar libros antes de que pueda presentarse a las oposiciones y adoptar otro color.

—¿Están de acuerdo en hablar primero de cosas prácticas?—pregunta Florián—. No negaré que mientras duró la Guerra de Europa a mi socio y a mí los negocios nos fueron muy bien. No hay razón para escatimar nada a mi hija mayor, pues. No sé si podré hacer lo mismo con las pequeñas, porque ahora parece que todo es diferente.—Las dos mujeres están expectantes. La nodriza cabecea de sueño con el gato en los pies, que ronca—. He pensado en cinco mil pesetas.

La cantidad también queda un segundo suspendida en el aire, como una neblina. Sólo desaparece cuando la viuda, solemne, opina:

—Me parece generoso.

El tintorero no disimula su alivio.

—El asunto lo merece.—Sonríe y mira a su hija, que corresponde a su padre con pasión auténtica.

—No les faltará nada, puede usted estar seguro, señor Pujolà. Me ocuparé de ello personalmente—dice ahora la viuda—. Mientras vivan aquí, en la ciudad, estarán en mi casa. Es lo mejor, a mí me sobran habitaciones y así Casimiro podrá utilizar el despacho de su padre, que en paz descansa. Tal vez no podrá ser, sin embargo, ya saben que los notarios raramente trabajan cerca de casa. Tendremos que esperar al tribunal y al primer destino para salir de dudas.

—¿Y qué pasará entonces?—pregunta Florián, a quien inquieta la posibilidad de que su hija se aleje de él.

—Entonces la mujer debe acompañar a su marido, por supuesto. Yo también iré, para ayudarles en todo lo que sea menester. Lo tengo todo previsto. Alquilaré mi casa mientras tanto. Ya estoy acostumbrada a estos vaivenes: ciudades extrañas, costumbres raras, gente que habla un castellano que no hay quien lo entienda... Lo hice por mi marido y lo haré por mi hijo.

Florián mira a la viuda Sust, a quien conoce de toda la vida. Recuerda al notario, su marido, tan severo, tan barbudo, con aquel vozarrón. Piensa que tal vez hasta hoy no haya empezado a conocerlos de verdad, y ahora que lo hace no está muy seguro de que le gusten. Hay gente a quien más vale ver de lejos.

—Sólo una cosita más para que todo quede claro desde el principio—añade la viuda, imperativa—: la fecha de la boda. Debemos fijarla para dentro de un tiempo. Y en el entretanto no puede haber reclamaciones ni jovencitas muertas de amor que pierden los nervios. Todo debe estar bajo control. Casarse con un notario quiere sus sacrificios.

Esto último lo dice la viuda mirando fijamente a Teresa, que no dice nada.

—¿Exactamente cuánto tiempo?—pregunta Margarita, que ya se veía entrando muy endomingada en San José la próxima primavera para casar con gran boato a su hija mayor.

—Mínimo de dos a tres años—concluye la viuda.

Incluso el gato *Gatolevanta* la cabeza de los pies que le servían de almohada, extrañado por el silencio de los humanos. La nodriza ha abierto los ojos y estudia un bizcocho, ajena a las complicaciones de la conversación. Margarita calcula si la necesidad de casar a su hija mayor es igual o menor al orgullo de ser la suegra de un señor notario y si ambas sumadas le compensan una espera de tres años.

Florián rompe el silencio:

—No hay ningún inconveniente, señora. Teresa todavía es joven. Yo creo que lo mejor es casarse un poco mayor, cuando se tiene algo más de juicio. ¿No cree usted?

—Hoy endíjala juventud va a la deriva...—dice la viuda, con una mueca de desprecio—. De baile en baile, de fiesta en fiesta. Si hasta les dejan salir solos, ¡qué desvergüenza! Estamos perdidos.

—Pero Teresa no es de esa clase de jovencitas—sonríe su padre, orgulloso.

Margarita está absorta en sus pensamientos. Será una boda sonada, la ciudad no hablará de otra cosa. Ella irá vestida como un paso de palio. El único inconveniente es

esto de los tres años.

–Ah, una cosa más–dice doña Ramona–. Es necesario mantener la discreción. No haremos público el noviazgo hasta que la boda pueda celebrarse.

–¿Cómo? ¿Un noviazgo secreto?

–Discreto, señora mía, discreto. La gente no está para noviazgos largos. Enseguida esperan que ocurra algo. Pondrían nerviosos a los muchachos y despistarían a Casimiro. Es mejor que no se sepa, de momento.

Doña Ramona habla con la seguridad de un diputado en las Cortes. A doña Margarita–qué remedio–le toca aceptar todas las condiciones.

Teresa, en cambio, cree que tener un marido notario no debe de ser bueno para nada. Claro que no es necesario tomarse este asunto muy en serio. Tiene tres años para mentalizarse, y tres años son mucho tiempo. Cuando llegue la hora, ella tendrá veintitrés. Tal vez los gustos se le hayan vuelto del revés para entonces. O tal vez haya estallado otra guerra, o la señora Ramona se haya muerto y haya que enterrarla. O tal vez el mundo se haya vuelto loco y la gente ya no tenga la costumbre de casarse. En tres años, y en 1920, puede pasar cualquier cosa.

–Entonces, ya está todo–se alegra Margarita.

–¡Por supuesto!–corroborla la viuda Sust.

–¿Le parece bien que para celebrarlo la niña nos interprete unas piezas al piano?

La viuda Sust muestra un interés auténtico y repentino por el concierto. Le recuerda las fiestas de sociedad en el pueblo de Argentona, cuando acompañaba a su marido. Siempre había una pianista alemana o francesa y un piano de cola en mitad del salón de baile.

Teresa se sienta ante el piano, respira profundamente en un intento de apaciguar las palpitaciones de su corazón y comienza a destrozar una sonata de Beethoven. La viuda sorbe el chocolate simulando indiferencia, aunque por dentro está horrorizada. El joven prometido no es capaz de valorar la música, porque sólo sabe de leyes y de protocolos. Además, aunque la joven tocara con los pies, la encontraría igual de encantadora. El padre tintorero se siente muy orgulloso de tener en el mismo plano visual a su hija mayor ya prometida y a un piano Chassaigne & Frères de propiedad. El resto, nimiedades.

La actuación provoca unas ovaciones tímidas, que a pesar de todo despiertan al gato y a la nodriza. Hasta ahora el prometido no ha piado, pero antes de salir se acerca a su futura esposa y le dice:

–La encuentro a usted muy bonita, Teresa. Y se va sin que ella pueda contestarle. El gato *Gatomenea* la punta de la cola.

15 de septiembre de 1919

Vale la pena explicar cómo llegó hasta aquí el Chassaigne & Frères.

El 11 de noviembre de 1918, cuando al káiser de Prusia Guillermo II aún le temblaba la mano con que firmó la abdicación, cuando un puñado de hombres de uniforme dibujaban a su gusto Europa mientras atravesaban en tren un bosque del norte de Francia, en aquel preciso instante, a miles de personas les entraron muchas ganas de tocar el piano.

Esa repentina necesidad reportó a la fábrica Chassaigne & Frères un gran beneficio. La burguesía catalana había hecho su agosto aprovechando la neutralidad de su país en medio de las aguas turbulentas de sus vecinos. Vender en divisas, especular, estar al quite he aquí el origen de muchas fortunas de entonces. Aunque para vaciar los bolsillos que la guerra había llenado era necesaria una epidemia de optimismo como la que acababa de llegar. Mientras duran las guerras, los ricos no tienen ganas de pianos.

En sólo doce meses desde el día en que terminaron formalmente los combates, la fábrica barcelonesa Chassaigne & Frères, comandada por los dos hijos varones de su fundador y distinguida en diversas exposiciones universales por la excelencia de sus productos, vendió exactamente 1.287 pianos. De cola, de media cola y de pared. Caros, de buena calidad, hechos a mano, como se hacían las cosas cuando el mundo era más pequeño y el buen gusto menos universal. Uno de esos instrumentos—de pared, con cuadro de hierro, cuerdas cruzadas y candelabros muy vistosos—lo encargó el tintorero de Mataró Florián Pujolà para sus tres hijas. Las niñas hacía tiempo que estudiaban con un piano de alquiler que desafinaba cada vez que cambiaba el tiempo.

La llegada del piano a finales de 1919 se vivió como un acontecimiento entre los vecinos de la calle Castaños. El instrumento viajó en tren desde Barcelona, y el señor Florián le pidió a Badía *El del carroque* lo recogiera en la estación. Una comitiva solemne fue a recibirlo, como si fuera un visitante ilustre. En el tren viajaba también un operario de la fábrica original designado para supervisar las maniobras. Era un hombre joven, descarado, que hablaba alto y que molestaba a todo el mundo con sus aires de superioridad capitalina. Entre seis hombres consiguieron cargar el piano en la tartana. El operario barcelonés veló en todo momento por el armatoste. Le ponía la mano en el lomo, como si pretendiera escuchar sus latidos. Dos hombres de la tintorería cuidaban de las ruedas, maltratadas por el peso y por los desniveles del camino. El conductor sufría por la mula, pobre animal, que a medio camino ya tenía un palmo de lengua fuera.

El paso del piano despertó admiración en todas las calles del recorrido. Ya casi al final, hizo salir al portal a una docena de los trabajadores de la tintorería, que lo admiraron de lejos y con reverencia, como si fuera una imagen en procesión. Algunas señoras que compraban en el mercado de la plaza Pi i Margall—que todos llamaban de Cuba—siguieron a la comitiva con disimulo para conocer la causa del bullicio. Las niñas de la escuela de doña Pilar se amontonaron tras los cristales de las ventanas, con un revuelo de voces emocionadas. Incluso la viuda Sust quiso saber qué era tanto alboroto y espió tras las cortinas de terciopelo de su saloncito, cuidándose mucho de ser vista.

En casa de los Pujolà reinaba la mayor expectación. La camarera Pepa y la cocinera Tomasa, derechas como dos sotas, esperaban en la puerta, como si llegaran las autoridades. El administrador, el señor Hus, como siempre con su carpeta bajo el brazo, ponía a todos nerviosos de tanto carraspear y mirar al fondo de la calle. Bot, el escribiente, se aburría tanto que se le encadenaban los bostezos. A su lado estaba el

señor Fort, el afinador y profesor de música, frotándose las manos con inquietud. Las niñas esperaban en sus habitaciones del primer piso y habían conseguido de su madre un permiso especial para mirar por las ventanas.

La desmontada del trasto no fue fácil. Hubo algún que otro susto, alguna palabra altisonante y algún anuncio de cataclismo (en forma de desafinación o rotura de cuerdas). El operario barcelonés había sacado, a saber de dónde, unas ruedas de calzar pianos que allanaron mucho el último tramo. El Chassaigne & Frères llegó rodando hasta el enclave principal de la sala, que a partir de ahora presidiría como un retablo. Mientras los hombres, bajo la supervisión del barcelonés sabiondo, lo descalzaban y terminaban de aparcarlo, Tomasa dejaba sobre la mesa una jarra de limonada muy fresca que debía compensar las penas del trabajo.

El señor Fort, que era de natural melancólico, tomaba la limonada a sorbitos esperando el momento de acariciar aquella maravilla. Le daban rabia los aires de suficiencia del operario urbanita, y por un momento estuvo tentado de bajarle los humos hablándole de su padre y de la casa Érard, donde había trabajado y que aún le distinguía con su confianza; pero en el último momento prefirió callar. El barcelonés tomaba su refresco mirando hacia fuera, hacia la pajarera del patio.

–¿Qué son? ¿Pájaros?–preguntó, señalando con la barbilla.

–Aves exóticas.

–Seguro que son carísimas.

–Es probable.

–Qué lástima, los ricos. La de cosas que hacen para no aburrirse y al fin y al cabo se aburren igual. Dejó el vaso sobre la bandeja—. Una limonada exquisita. A ver si llega de unavez el afinador del pueblo y me puedo ir.

–El afinador hace rato que ha llegado, señor. Eusebio Fort, para servirle. Y me permito recordarle que hace tiempo que esto no es un pueblo, señor.

–Ah, ¿por qué no se ha presentado usted antes, hombre? Le explico cuatro cosas y me voy, que tengo mucho quehacer.

Mientras tanto, en aquella pared antes desnuda, el Chassaigne & Frères comenzaba su reinado. Brillante, vanidoso, prepotente, faraón de los instrumentos, como diciendo:«No creáis que será fácil moverme de aquí».

Primavera de 1916

Teresa Pujolàni sabe ni quiere estarse quieta. Cuando se aburre visita la tintorería, curioseando, aturra a algún trabajador con sus preguntas. ¿Qué es este polvillo blanquecino que echáis en el agua? ¿Por qué hierve tanto este brebaje? ¿De dónde sale este hedor? ¿Cuáles son las mezclas más peligrosas? ¿Por qué el añil se hace en otra tina? ¿Es por eso que se le llama azul de tina? ¿Por qué el negro es tan difícil y tiene tantos secretos? ¿Qué dice en aquel libro que siempre mira mi padre?

A Teresa le gustan la agitación, el zumbido de los motores eléctricos, las urgencias de los trabajadores, la oscuridad de primera hora de la mañana e incluso la fetidez perpetua de las naves, que algunos días resulta insoportable. Le gustan los nervios que provoca una nueva mezcla cuando su padre hace experimentos en su despacho para comprobar cómo se comporta un color nuevo con un algodón que acaba de llegar. Le gusta cuando llegan los representantes de las casas extranjeras trayendo novedades y hablando de colores de moda. Le gusta la alegría del éxito, y también los dolores de cabeza que siguen a los fracasos. Le gustaría dar instrucciones extrañas y concretas, como hace su padre, para conseguir un tono diferente, brillante, precioso. ¡Sería tan emocionante inventar colores! Trabajar de sol a sol en la tintorería, o donde fuera. No poder parar ni un segundo. Ganarse el pan.

Alguna vez se atreve a decírselo a su padre, pero él ni siquiera la escucha.

—No puede ser, nena. Éste es un negocio de hombres. Te ensuciarías. Es trabajo para tu hermano, ¿no lo ves? ¿Qué pensaría la gente de ti si te viera aquí?

—Pero a mi hermano los malos olores le marean—dice Teresa.

—Ya lo sé, hija, ya lo sé. Con el tiempo se irá acostumbrando. Espero.

Los hombres están sobrevalorados, piensa Teresa. Su hermano, por ejemplo, nunca pone los pies en el negocio familiar. Está demasiado ocupado estudiando en los Escolapios a saber qué cosas. Cuando tiene un rato, siempre está cansado. Dice que le gustaría conducir autos o ver aviones por dentro. Tiene unos sueños muy estrafalarios. A él le sentaría muy bien quedarse en casa. Tal vez es José quien debería tener una novia que estudiara para ser notaria. Claro que eso no existe, ¿verdad? A las chicas les entran sudoraciones si intentan estudiar, su cerebro no lo soporta, no sirve para eso. Se conocen casos de jóvenes y jovencitas que han muerto de tanto querer meterse cosas en la cabeza. Su madre ya lo dice: el peor pecado que puede cometer una mujer es querer ser demasiado sabia.

Hay muchas cosas que Teresa no entiende. Que su padre le dé la razón a Viladevall cada vez que discuten, por ejemplo. No entiende para qué necesita su padre un socio. Y menos aún un socio como éste, pedante, soberbio y maleducado.

—Ah, nena, si las cosas siempre fueran a nuestro gusto, el mundo daría vueltas más deprisa. Viladevall es un jeta, no lo niego, pero gracias a él logré salvar el negocio cuando murió tu abuelo.

Teresa no soporta que Viladevall le levante la voz a su padre. A veces lo hace. Florián lo escucha con rostro imperturbable y espera a que termine para dar su opinión. Normalmente le da la razón. Si ella fuera un hombre, no haría lo mismo.

—Yo preferiría que no tuviera ningún socio, padre—le dice.

—Ah, nena, yo también lo preferiría—contesta él, acariciándole una mejilla.

Teresa cree que, con un poco de práctica, sería capaz de entender las fórmulas de su padre, que es quien se encarga de hacer las mezclas. Él siempre sabe cuál es la cantidad justa de cada ingrediente. Sólo él tiene la llave del almacén, es una de las que lleva siempre colgadas del cuello con una cadena de plata. El almacén es una

recámara llena de misterio. A Teresa siempre le ha inspirado mucho respeto. Allí dentro hay todo tipo de sustancias peligrosas: venenos mortales, ácidos que deshacen cuanto tocan, arenas que explotan... pero su padre no teme a nada, porque conoce sus secretos, se mueve entre los barriles con seguridad y siempre encuentra a la primera lo que está buscando. A veces murmura entre dientes palabras que no se entienden:

–Dicromato de potasio, sulfato de cobre, ácido acético...

O corrige a los obreros:

–Chico, aquí falta agua. El agua debe ser veinte veces el peso de la ropa.

O bien:

–Poned unas gotas de acetato de plomo en la mezcla caliente de sosa cáustica para que la lana salga más negra.

También tiene la solución para cada inconveniente, incluso para los más graves:

–Si respiráis ácido sulfhídrico tenéis que salir a toda prisa a la calle a ventilaros. Después, bebéis cinco o diez gramos de cloro bien disueltos en un vaso de agua.

Su padre sabe todo lo que hay que hacer para teñir lana de precioso color azul cielo. Comienza a las cuatro de la tarde poniendo polvo de glasto, gualda, grano de salvado, sulfato terroso y un poco de calcio en cuatrocientos litros de agua calentados a noventa grados. A las nueve de la noche baja a removerlo. La poción debe de haberse vuelto de un color verde oscuro. Puede olvidarla durante unas horas, hasta las cinco de la madrugada, cuando deberá comprobar que sobre el líquido se haya formado una costra negruzca. Al romperla emergerán burbujas, la señal de que todavía bien. Entonces se añade cal y un poco de añil, se lleva a ebullición, se deja enfriar y se añade más calcio. Ha llegado el momento de sumergir las madejas de lana. Una horita, como mucho. Con un solo baño sale un azul suave y brillante. Con más de uno, se va oscureciendo. No es extraño que en la Edad Media la gente tomara a los tintoreros por alquimistas.

Teresa observa boquiabierta todas estas operaciones. Le gustaría ser como su padre. Saber de cosas útiles. Dar órdenes.

–¿Yo podría aprender a ser tintorero?–pregunta.

–¿Tú?–el padre sonríe.

–Usted aprendió del abuelo, ¿verdad?

–Claro. Calla un poco y déjame trabajar, anda.

Florián es poco hablador. Del abuelo sólo se habla en muy contadas ocasiones. Un retrato familiar queda por hacer.

De vez en cuando, Teresa sube al piso de arriba, al secador, una sola nave de techo de madera a dos aguas, altísimo, donde el único obstáculo son las barras de hierro que sirven para colgar la ropa o la lana. A veces las encuentra llenas de madejas, o de lienzos de algodón grandes como sábanas, que ondean en el aire que ningún cristal detiene.

En ocasiones encuentra allí a aquel hombre extraño, esquinado, huraño, que siempre parece estar maquinando algo y que la mira mal. Se llama Juan Abril. Cada vez que lo ve se acuerda de la noche en que la tintorería ardió. Ella sólo era una niña–tenía once años–pero se pasó toda la noche ayudando a controlar el incendio. En todos sus recuerdos aparece este hombre, Juan Abril. Teresa cree que le da miedo desde aquella noche. No entiende por qué su padre no lo echa.

–No quiero que subas al secador–le dice Florián a su hija–. Podrías caerte por la escalera, nena. O resfriarte.

–¿Puede saberse qué se te ha perdido a ti en la tintorería? ¿Acaso te gusta que te mire toda esa panda de hombres sucios?–pregunta su madre.

De vez en cuando su padre la observa con ojos de pensar y le dice:

–Eres igualita a tu abuelo. No podéis estar quietos ni un segundo.

Con su madre no se entiende. Si le dice que se aburre, ella le contesta:

–Si quieres distraerte, reza el rosario.

TeresaPujolàno quiere rezar el rosario. Tiene sed de emociones. Sed de vida. Puede que tenga demasiado carácter para ser la prometida de un estudiante. Y puede, también, que haya nacido un poco antes de tiempo. Sesenta o setenta años más tarde no se habría aburrido en absoluto.

Junio de 1911

El fuego comenzó de madrugada en las balas de algodón que debían teñirse al día siguiente, y enseguida se propagó por la nave a toda velocidad, devorando un par de cubas viejas—dos antiguallas de los tiempos de Silvestre Pujolà, que aún prestaban su buen servicio—, un cuarto pequeño que sólo utilizaban los trabajadores y una parte del almacén. El humo dejó inservible la lana que esperaba en el secador. Las pérdidas fueron extraordinarias, un auténtico desastre.

A Teresa la despertó el escándalo de la calle y la terrible humareda que entraba por la ventana abierta. Eran las cuatro de la madrugada y las llamas sobresalían del tejado, buscando el cielo. Los vecinos no daban abasto a acarrear agua. La tía Mercedes avisó a la policía y a los bomberos. Florián se adentró en la nave en dirección al pozo de agua, poniendo en serio peligro su vida. Viladevall, mientras tanto, coordinaba a los voluntarios sin arriesgarse, dando órdenes a grito pelado en mitad de la calle. Entre los voluntarios estaban casi todos los trabajadores de la empresa, avisados de emergencia.

Aún no eran las cinco, poco después de que se desplomara lo que quedaba del techado de madera, cuando llegaron los bomberos. El fuego estaba a punto de alcanzar las materias primas del almacén, que habrían producido intoxicaciones y males mayores.

Doña Margarita rezaba en camisa a los pies de su cama, con la mirada clavada en el Sagrado Corazón del tamaño de un hombre que tenía sobre la cómoda. Pepa cuidaba de los niños, demasiado pequeños para ayudar y demasiado mayores para no estar muertos de miedo. Teresa prefirió la acción y ayudó a Tomasa a repartir entre los voluntarios agua y trapos húmedos, que los hombres utilizaban para cubrirse la nariz y la boca antes de entrar en la nave. Recuerda la claridad del fuego como una aventura excitante, a pesar de que en todo momento supo la gravedad de la situación. No dejó de ayudar ni un minuto y cuando, varias horas más tarde, se metió en la cama descubrió que la almohada estaba sucia de la ceniza y la carbonilla que llevaba en el pelo.

Cuando el fuego comenzaba a estar bajo control, hubo disturbios frente a la tintorería. Viladevall propinó tres puñetazos a uno de sus trabajadores y lo dejó tumbado en el suelo ante la mirada atónita de todo el mundo mientras gritaba:

—¡No hace falta que vengas mañana a trabajar, hijo de mala madre! ¡Estás despedido!

Quienes fueron testigos—como Teresa—aseguraron que justo antes de los puñetazos el hombre admiraba el espectáculo detenido en mitad de la calle, con una sonrisa satisfecha en los labios, como si se alegrara de lo que estaba ocurriendo. En ningún momento se le vio ayudar. De pronto comenzó a gritar estupideces:

—Cuando los patrones lo hayan perdido todo, entonces nos comprenderán. Los obreros vamos a ganar esta batalla. No queremos amos ni reyes ni dioses.

Ningún trabajador de la tintorería hizo nada por detener al patrón.

El provocador era Juan Abril.

20 de octubre de 1916

Eusebio Fort conoció a Florián Pujolà la tarde del mes de octubre en que el tintorero entró en su establecimiento y pidió un piano de alquiler para sus hijas. Fort hizo algunas preguntas necesarias con la finalidad de orientar bien a su cliente: qué edad tenían las pianistas, cuál era su nivel interpretativo, en qué lugar de la casa pensaba instalar el piano y qué usos pensaba darle. Florián respondía sin hacer ninguna objeción. La hija mayor tenía dieciséis años, la segunda nueve y la pequeña siete. Del hijo de trece no dijo nada porque no venía al caso. Los hombres no necesitan pianos. Respecto al nivel interpretativo de las rositas: absolutamente inexistente. De hecho, tenía pensado preguntarle si conocía a algún profesor de confianza que diera lecciones a domicilio. Pensaba colocar el piano en algún rincón vistoso de la sala principal, alladode la salida al jardín. El señor Fort preguntó si en ese lugar daba mucho el sol y el cliente respondió que no. El lugar recibió las bendiciones del experto. Y en cuanto a los usos del instrumento, el tintorero vaciló antes de decir:

–Pues lo tocarán. Harán música. Cuando sepan, claro. ¿Qué otros usos se le puede dar auno de estos?—señaló con la barbilla hacia la media docena de instrumentos que esperaban en la tienda.

–Lo que usted busca es un instrumento de estudio, económico, práctico. Sus hijas tendrán suficiente para comenzar, por ahora no necesitan más. Nuestros modelos se alquilan con taburete, metrónomo y libro de partituras, todo incluido en el precio. Si ellas resultan buenas alumnas, dentro de un año o dos podríamos cambiar el piano por uno mejor. Y con respecto al profesor a domicilio... disculpe la inmodestia, pero tengo el gusto de recomendarme a mí mismo.

Florián salió muy satisfecho de la tienda que Eusebio Fort tenía en La Riera. Con piano, taburete, libro de partituras, una cosa que no recuerda cómo se llama ni para qué sirve y hasta profesor a domicilio. Qué visita tan provechosa.

A la mañana siguiente comienzan las lecciones, que duran sin una sola interrupción siete años, un mes y tres días. Exactamente hasta el momento en que doña Margarita decide interrumpirlas abruptamente por causas que nada tienen que ver con la música.

Verano de 1871

El negocio de alquiler, venta y reparación de pianos del señor Fort estaba en la esquina de La Riera con la calle Bonaire. Haremos constar que se trataba de una tienda pequeña y sin pretensiones, pero que alcanzaba para la manutención de un hombre soltero. La tienda y el oficio eran herencias paternas: su padre había sido afinador de la casa Érard, que en la calle de Fontanella de Barcelona poseía uno de los pocos establecimientos que había abierto fuera de París. Como los pianos Érard eran caros, la clientela era selecta. Cuanto más dinero tenía el propietario más a menudo se desafinaba el instrumento. A veces era necesario intervenir a toda prisa, como el médico que visita a un enfermo grave. El joven Fort solía acompañar a su padre en estas visitas, le observaba trabajar, se fijaba en su pulcritud, el orden de las herramientas que llevaba en el maletín, la delicadeza de sus movimientos, la concentración y el silencio.

—Las mujeres son como los pianos, necesitan un hombre que sepa escuchar. Por eso los afinadores somos buenos maridos.

El problema es que mientras escuchas el piano no puedes atender a nada más. Por eso los afinadores a menudo son lentos, tardan en encontrar a la mujer que sepa complacer su oído, suponiendo que den con ella. El padre Fort, que también se llamaba Eusebio y también era más bien tirando a tímido y retraído, la encontró cuando acababa de cumplir los cincuenta. Ella tenía veinte y era planchadora en casa del banquero Garí, uno de los hombres fuertes de la Banca Arnús.

Los Garí, como muchos de los representantes de la alta burguesía de Barcelona, tenían por costumbre pasar los veranos en el pequeño pueblo de Argentona. Llegaban antes de San Juan y se quedaban hasta después de la Virgen de la Merced. En Argentona organizaban excursiones, tomaban las aguas—que eran buenas para el estómago y para los nervios—, celebraban bailes y se sentían como si formaran una familia enorme y bien avenida. Allí no era raro encontrarse en la plaza a la marquesa de Comillas agarrada del brazo de mosén Jacinto Verdaguer o ver paseando juntos por el bosque al industrial chocolatero Antonio Amatller junto a su gran amigo, el arquitecto Josep Puig i Cadafalch. Todos entraban y salían del hotel Solé como de su propia casa, subían y bajaban del castillo de Burriac, iban a oír misa a la iglesia de San Julián o se dejaban ver vistiendo sus mejores galas en la plaza del Mercado cuando el calor les concedía una tregua. Todo esto mientras se olvidaban del ruido de Barcelona apelando a los beneficios para la salud de las aguas picantes o ferruginosas, convencidos de que los bosques de Argentona eran en todo idénticos a los valles suizos. Los payeses de la zona, que sólo tres décadas atrás estaban solos con sus viñas, no daban crédito.

Entre los veraneantes estaba el banquero Garí, su distinguida esposa y sus catorce hijos. La familia viajaba en tren hasta Mataró con las manos libres de bultos. En la estación los estaban esperando tres carruajes para llevarlos hasta Argentona, apenas cuatro kilómetros de camino que recorrían saludando con la mano a los transeúntes, como si fueran miembros de la realeza. Los autóctonos estaban contentos de recibir a los forasteros con todas sus rarezas y opulencias.

Los criados, claro está, habían hecho el mismo camino unos días antes con la finalidad de preparar la casa para la llegada de los señores. Llegaban cargados con todo tipo de trastos, útiles e inútiles, que los señores necesitaban para disfrutar de una buena estancia. Por ejemplo, el viejo piano Érard de 1805, el preferido de las niñas de la casa, en cuyo teclado de vez en cuando la señora recordaba su juventud interpretando un nocturno de Chopin. Es evidente que un veraneo como dios manda no

se puede abordar sin piano. No uno cualquiera: el propio, el mejor. En cuanto llegaban a Argenton y colocaban el piano en su lugar—el gran salón de baile junto al mirador, desde donde podía verse la fuente, el lago artificial y la glorieta de cristal—los Garí mandaban llamar al afinador para que reparara los desperfectos que el traslado hubiera podido causar en la delicada osamenta del instrumento. El afinador no podía ser mediocre, puesto que el piano tampoco lo era, de modo que la casa Érard enviaba al más veterano de sus hombres, un operario capaz, además de afinar, de resolver cualquier contingencia que surgiera durante el proceso. Ya lo había hecho antes. De hecho, era el as en la manga que la empresa se reservaba para las misiones más difíciles.

Don Eusebio Fort era recogido a domicilio por una berlina de la banca Arnús y conducido hasta la población estival. Estos viajes le complacían mucho. El lugar era fabuloso, y la señora Garí, una mujer muy delicada, elegante, deliciosa, que lo invitaba a horchata y le pedía que le contara siempre las mismas anécdotas, que la hacían reír. Entonces él recordaba aquella vez que acompañó al maestro Chaikovsky y a su piano (un Érard, claro) en una gira por diversas capitales europeas. De resultados del periplo, a Fort le había quedado un vago conocimiento de las lenguas románicas, que impresionaba mucho a las clases altas, y una broma que repetía siempre:

—Si no desea usted complicarse la vida, nunca salga de viaje con un piano inglés y un pianista ruso.

La señora de la casa tenía una risa contagiosa y el don de hacer que todo el mundo se sintiera como un príncipe. El afinador de pianos se sentía muy honrado de ofrecer sus servicios en aquella casa. Como solía entretenerse hablando de más y siempre tropezaba con alguna clavija floja o algún apagador que había perdido la lana, el trabajo solía alargarse un par de días y tenía que hacer noche. La señora mandaba al instante que prepararan una habitación, siempre la misma.

—Preparad la habitación del afinador—decía la señora Garí, cuando ya oscurecía.

«La habitación del afinador» era un cuartucho del tercer piso, con cama, escupidera, aguamanil y ventana, que quedaba junto al dormitorio de las criadas jóvenes. Todas eran del pueblo o bien de Mataró, y tenían un aire rural y saludable que lo volvía loco. Más allá dormía el ama de llaves, una mujer que tenía un bigote negro y tupido que daba miedo, pero que no molestaba porque se dormía la primera. Eusebio Fort se esmeraba en despertarse muy temprano y salir al pasillo justo cuando despertaban las muchachas para verlas pasar con el uniforme limpio y la piel rosada, dispuestas a empezar la jornada. La más bonita de todas se llamaba Semproniana. Siempre olía a ropa limpia porque era la planchadora de la casa.

El verano de 1871, el tercero consecutivo que acudía a la casa, Eusebio Fort hizo algo horrible: pretextó una enfermedad imaginaria del piano sólo para quedarse un poco más.

—Suenan muy tenue. Temo que la tapa harmónica se haya deformado. Tendremos que comprobarlo. Y ya que voy a desmontarlo, de paso puedo barnizárselo.

El afinador y la planchadora se casaron en la capilla románica de la finca de los Garí, gracias a la generosidad de la señora, que no pudo estar más encantada con la noticia.

—¿Sabéis el afinador de pianos? Aquél tan formal y tan serio que cada año nos pone a tono el Érard? ¡Pues se ha prometido con Semproniana, nuestra planchadora! No digáis que no es bonito el amor, y qué sorpresas más inesperadas nos reserva.

La pareja se estableció en Mataró, de donde era la novia. Pasaron tres años de felicidad y compañía que ambos consideraron los mejores de sus existencias. Su hijo llegó al mundo diez meses exactos después de la boda, y se llamó como el padre. Veintiséis meses más tarde, Semproniana, embarazada del segundo, murió durante los trabajos de parto. La niña que llegaba al mundo tampoco sobrevivió.

Los dos Eusebios Fort se quedaron solos con los pianos.

24 de febrero de 1920

Margarita se pirra por la crema de San José. Aunque es típica del 19 de marzo, manda hacerla todo el año. Tiene a Tomasa aburrída.

–Tomasa, ya casi estamos en marzo. Deberías hacer crema.

La cocinera responde con resignación:

–Sí, señora.

Tomasa es la mejor cocinera de crema que se conoce. Prepara unas fuentes enormes. El aroma de la canela y el limón son el primer anuncio de una merienda de lujo. Las niñas y su hermano rebañan el cazo con el dedo en cuanto se enfría. Incluso Teresa lo hace a escondidas, olvidando que ya es mayor. La crema es un plato que rejuvenece a quien lo prueba.

Tomasa le pide a Pepa que la acompañe al mercado para comprar todos los ingredientes. Se abriga bien porque en la plaza de Cuba sopla un viento desagradable, acaso el mismo que corría por aquí cuando esto era una huerta y la llamaban «del León» aunque, que se sepa, nunca ha habido grandes felinos en esta parte del Mediterráneo. Tomasa no quiere contagiarse de esa gripe fatal que va matando gente por todas las esquinas del mundo. Antes de salir se despide del gato Gato, que responde con un gesto de pesadez de los párpados, sentado en la barandilla de la escalera.

Hoy las circunstancias son extraordinarias. Además de Pepa con el cesto, la acompaña Teresa, porque en casa—dice—se aburre. Pobre niña, no ha hecho más que ennoviarse y ya no sabe cómo entretenerse. Los mostradores de madera están llenos de vituallas. Están los puestos de carne, los de gallina, los de pescado y los de verduras. También está el afilador, en un rincón, trabajando indiferente a la fila de mujeres armadas que lo observa. Hay un payés que vende aceite y un panadero con una abundancia de pan como hacía tiempo no se veía. Y por encima de todo hay un cielo como una tripa llena que amenaza tormenta. No conviene entretenerse.

Tomasa se ensucia de polvo los zapatos pasando varias veces frente a los mismos puestos. El azúcar lo encuentra enseguida. Se lleva un cucurucho de un kilo, para tener de sobra. Tras un par vueltas, compra dos docenas de huevos a un payés de Dosrius que estaba a punto de irse. El hombre le regala los dos últimos del canasto para no tener que llevárselos de vuelta a casa. Hoy las gallinas estaban contentas, le cuenta, señal de que el tiempo va a cambiar pronto.

En casa tiene almidón de arroz y palos de canela. Sólo falta la leche y podrán regresar. Pero hoy las vacas no debían de estar tan contentas como las gallinas, porque no hay leche en ningún puesto. Pregunta donde siempre pero no les queda y hasta mañana no traerán más. Mientras echa el último vistazo, comienza a llover. Cuando pasa de nuevo por el mismo lugar, alguien le dice:

–¿Todavía buscas leche, Tomasa?—y ella contesta que sí—. ¿Sabes dónde encontrarás? En la vaquería de Torres. Está en la calle de la Paz, cerca de la plaza Gran.

La plaza Gran es el otro mercado de la ciudad, la otra jurisdicción. Hace mucho que no va por allí, y de pronto le parece lejísimos. ¡Y pensar que no hace tanto iba todos los días, cargada como una mula, porque no había otro remedio!

Tomasa agradece el consejo y da la orden general de retirada, porque la lluvia empieza a arreciar y los zapatos se llenan de barro. La compañía emprende el camino a casa a paso ligero, con la compra a medias. Por el camino, Tomasa reniega sin palabras. Ya sería hora que alguien le pusiera un tejado a la plaza, estos no son modos

de tener las cosas, caramba.

Por la tarde, en solitario y con ánimo de expedicionaria, Tomasa se abriga como un sereno, coge la lechera de aluminio y atraviesa medio encogida la ciudad hasta la lechería del señor José Torres. El número doce de la calle de la Paz es una casa vieja de una sola planta. A pie de calle está el negocio: una tienda sin rótulo, diminuta, de paredes renegridas. Al fondo hay un mostrador de madera y tras él una puerta que da a un patio pírrico, de donde llega la luz postrera del día.

Tomasa se anuncia a voces.

Tras el mostrador está sentado un hombre alto y fuerte. Tiene la boca torcida, una mano temblona, la mirada turbia pero todavía viva.

Una mujer menguada aparece por la puerta del patio.

–Usted dirá.

Tomasa anuncia que quiere dos litros de leche de vaca.

–Sólo me queda uno. El otro se lo puedo enviarmañana.

–Ah. Sí. Bien.

–¿Vive lejos?

–En la plaza Nueva.

–Conforme.

El negocio queda cerrado con pocas palabras. Nadie apunta nada. Quien no sabe leer ni escribir tiene buena memoria. La dueña de la lechería se compromete de viva voz: mañana a las cuatro de la tarde llegará la leche. Se la llevará el chico. Eso dice.

Tomasa preguntasi el servicio a domicilio encarece el producto. En absoluto, le contesta la dueña. Tomasa dice que si la leche es de su gusto acaso deseará una entrega cada dosdías. No hay problema, asegura la otra. Se despiden serias y monosílabas, después de resolver negocios de tal trascendencia.

13 de marzo de 1905

En casa del tintorero Pujolà, mirando el piano a mano derecha, hay un reloj de pared que no va a la hora y que nadie sabe cómo llegó hasta aquí. Es de madera oscura y sin ornamentos, más bien cuadrado, con un péndulo dorado. Por lo que algunos recuerdan pero jamás dicen, antes marcó el tiempo desde una pared de casa de Silvestre Pujolà, el abuelo que ningún nieto conoció. Más allá, no hay noticias.

Si Florián hablara—a menudo no encuentra motivos para hacerlo—podría contar que en vida de su padre el reloj ya podía predecir las aproximaciones de la muerte. Comenzaba a sonar cuando algún miembro de la familia estaba a punto de traspasar y sólo dejaba de hacerlo cuando el muerto ya llevaba encima la mortaja. Que él sepa, no ha fallado nunca. Para garantizar un correcto funcionamiento, eso sí, deben respetarse dos reglas: si el reloj funciona conviene no cambiarlo de lugar a menudo, en la suposición de que es allí y no en otra parte donde quiere estar. La segunda es que nada más su propietario tiene permiso para darle cuerda. Si lo hace otra persona, el reloj dejará de funcionar, porque la máquina sólo obedece a quien reconoce como su propietario, como si fuera un cánido. Otra curiosidad es que los toques son distintos si el muerto es un niño o un adulto. Los toques de niño son más breves, más seguidos, un poco más agudos, como si el trasto sintiese rabia de que se hubiera terminado una vida tan tierna.

Florián no recuerda cuándo fue la primera vez que lo oyó tocar. ¿No había llegado aún cuando murió su madre? Lo recordaría. O quizás no. La memoria no sabe obedecer. La muerte fue—de eso está seguro—el 5 de noviembre de 1888. Él era sólo un niño de nueveaños. Recuerda bien las últimas palabras de ella, pero intenta saber si de fondo estaba el toque sordo y sin sentido del reloj.

—Me voy. Decidle a vuestro padre que nunca vuelva a casarse.—Y se murió.

En cambio, los toques del 13 de marzo de 1905 están grabados en su memoria. Empezaron a la una de la madrugada, cortos, rápidos, agudos. Sonaban por su hijo Domingo Pujolà, muerto a los tres años de meningitis tuberculosa después de horribles meses de sufrimiento. Mientras duró la cruel enfermedad lo veló sentado día y noche junto a la cama. Veinte meses eternos mirando el reloj con miedo, mientras sujetaba la mano del niño, para retenerlo. No sirvió de nada. El reloj sonó y el pequeño se marchó de todos modos.

No fue la última vez, claro. La muerte es un huésped que pasa temporadas fuera pero siempre regresa a casa. En 1912 el reloj acusó una gran actividad. Sonó dos veces. El 19 de febrero por su hermana Mercedes Pujolà Planas, muerta a los cuarenta años por culpa de una riada. El 31 de mayo por su suegra, Teresa Picornell Micola, que murió sin hacer ruido ni darle trabajo a nadie, tal como había vivido durante sesenta y unaños.

Florián también recuerda—pero nunca lo dice—que la única vez que el reloj se detuvo tras una muerte fue por su hijo. Estuvo callado e inmóvil durante veinte días, ajeno a las manos que le daban cuerda, como si se le hubieran pasado las ganas de marcar minutos y segundos. Como si también le costara seguir viviendo.

25 de febrero de 1920

A las cuatro en punto de la tarde, el chico de la lechería llama a la puerta de casa del tintorero Pujolà.

Las cuatro en esta casa es la hora en que las niñas toman sus lecciones de piano. Tomasa ya lo decía: sería necesaria otra puerta, una de servicio, para que las pequeñeces de cada día no perturben lo sublime de la existencia, pero nadie le hizo caso. En ocasiones, no poner una puerta allá donde debería haberla acarrea consecuencias imprevisibles.

La escena que encuentra el lechero: Teresa sentada al piano con el pulgar de la mano derecha en un do y la mano izquierda vacilando una octava más allá. A su lado sus dos hermanas pequeñas languidecen de admiración. En la pared, un poco a la derecha, el reloj que no va a la hora, como si nada. De pie tras la pianista, con expresión de tener que tolerar que maltraten a Beethoven en su presencia, está el señor Fort, el profesor de piano. Sobre el atril, la partitura de *Para Elisa*, que la intérprete no encuentra el momento de mirar.

El lechero, que de armonía y solfa no sabe nada, también languidece ante el cuadro. Más bien ante la protagonista, si somos justos. No deja de mirarla mientras espera a que Tomasa vuelva de la cocina con la lechera de latón. La ejecutante tiene la piel tan fina y tan blanca, el cogote, los hombros y los tobillos tan bien formados, que para verla bien necesita los cinco sentidos. Piensa que se parece a una de esas jóvenes que actúan en las películas, ahora mismo no recuerda a cuál y, aunque lo hiciera, no sabe cómo se llaman. Ésta es la razón, probablemente, por la que no escucha la música. Además, suponiendo que lo hiciera, no está familiarizado con el modo correcto de tocar a Beethoven, de modo que por lo menos se ahorra el disgusto. De pronto, una pregunta llega del mundo:

—¿Qué mira, joven?—dice una voz áspera desde un rincón.

Es Doña Margarita, instalada donde siempre, donde nadie la espera, desde donde lo ve todo. Hace ganchillo junto al ventanal.

—Ah, buenas tardes, señora.—El chico de la leche ejecuta una breve aunque formal reverencia—. Estaba mirando los pájaros. Son muy bonitos.

Doña Margarita lo observa como quien mira un moscardón. Lleva blusa hasta medio muslo y pantalones ordinarios. En cambio, calza zapatos, no alpargatas. De rodillas para abajo no parece el lechero. Y de cara tampoco, porque tiene unas facciones harmónicas que le parecerían agradables si fueran las del hijo de un notario o las de un médico.

—Mejor espere en la calle, joven—añade Margarita.

—Claro. Disculpe.

Doña Margarita hace un gesto que significa: «Váyase, márchese de una vez». El lechero sale caminando hacia atrás, como los servidores de los emperadores antiguos, sólo para no perderse hasta el último momento el espectáculo de Teresa Pujolà pianista.

Después la puerta se cierra y Doña Margarita suspira, como diciendo: «Tengo que estar en todo».

Las niñas, claro, no se han dado cuenta de que alguien había entrado. El joven de la lechería es tan poca cosa que resulta ser invisible.

3 de marzo de 1920

Cada tarde, a eso de las cinco, el cochero espera a Doña Margarita a la puerta de su casa. No le pregunta adónde van porque ya lo sabe.

La ciudad mira al mar y está al amparo de una pequeña sierra. Avanzan en sentido contrario al del agua de la lluvia cuando baja por los torrentes, pasan por la puerta de las monjas capuchinas, y después giran a la derecha. La imponente silueta del edificio de las Hermanitas de los Pobres se perfila en el horizonte como un gigantesco decorado. La berlina sigue su camino, entre los árboles, y se detiene frente al portal de la iglesia neogótica, rematada por una campana altiva, que mira la ciudad con indiferencia. El cochero hace una reverencia cuando ayuda a la señora a apearse de la berlina.

Dicen que el majestuoso edificio es una expiación. Lo mandó construir el señor Antonio-Martín Cabanellas y Casanovas, un indiano mataronés que regresó de Cuba cargado de pecados y de dinero. Para ganarse una parcelita de paraíso dejó su fortuna a los pobres de la ciudad, para quien mandó construir una grancasa con huertas y jardines en estos terrenos alejados de los ruidos del mundo. En sólo tres años el proyecto era una realidad, bajo la estricta vigilancia del rector de Santa María, que había sido nombrado albacea por el testador, y que lo entregó a las monjas para que se ocuparan de administrarlo, cosa que hacen con esmero desde entonces.

También dicen que los pecados del difunto benefactor eran tan graves y tan numerosos que todavía no ha logrado convencer a san Pedro de que le deje entrar en el cielo. Sigue en la puerta, mustio, esperando que el divino portero cambie de opinión. Es por eso que algunas noches se le ve apesadumbrado arrastrando los pies por esos pasadizos, como si no tuviera donde ir. Dicen que a menudo habla con aquellos que tienen un pie en la Gloria y trata de convencerles de que intercedan por él, que den cuenta de sus méritos, que lo recomienden. Pero por ahora no ha conseguido nada, pobre infeliz.

Doña Margarita no niega la existencia de ánimas errantes, aunque nunca haya visto ninguna. Cuando cruza el umbral del asilo, se transforma de señora antipática en ángel benefactor. Las monjas la lisonjean porque es rica. En especial la hermana Consolación, la superiora, una mujer avezada en las relaciones sociales y con mucha vista para los negocios. Siempre encuentra el modo de que Margarita se sienta muy orgullosa de su generosidad y buen corazón.

Hoy la superiora le anuncia que un hombre muy enfermo agoniza en el Pabellón Norte sin ningún consuelo. Ha recibido los sacramentos y está a la espera del momento decisivo. Por lo visto, el hombre parlotea con nadie, o tal vez le acompañe el fantasma del señor Cabanellas, que lo marea con peticiones. Las enfermeras—todas muy jóvenes—no quieren ni acercarse. Margarita dice que lo hará ella. Su figura, derecha como una vela, mengua al amparo de los muros altísimos del hogar benéfico. Sus pasos apresurados contrastan con la quietud de las internas más delicadas, que miran el jardín tras los cristales, como si el tiempo no tuviera importancia.

De una de las sillas de ruedas que forman hilera junto a los ventanales surge de pronto una mano que se aferra a la falda de doña Margarita al pasar. La mujer se detiene en seco y a la fuerza.

Quien la retiene es una mujer de unos setenta años, de pelo blanco, vestida con una de las camisolas de color algodón crudo de las internas. La única parte de su cuerpo que aún conserva algo de su juventud son sus ojos.

—¿Hoy es Santa Teresa?—pregunta.

–Suélteme–ordena Margarita, seca como un esparto, mientras lucha para liberarse de la mano que la retiene.

La mano persiste. Llega una segunda pregunta.

–¿Sabes dónde está mi cómoda? ¿La has visto?

A la señora Margarita esto no le gusta. No quiere alzar la voz ni dar que hablar. No quiere mirar a la cara de la mujer que la molesta. Trata de continuar como si nada, pero no puede. Una monja viene a salvarla.

–¿Otra vez, mujer?–le dice a la interna de la silla de ruedas–. No molestes a la señora Pujolà. Deberías estarle agradecida, ¿recuerdas? Si no fuera por ella, no sabemos dónde estarías. Déjala en paz. ¿Te vas a portar bien?

La monja regaña con una severidad fingida, como se regaña a los niños muy pequeños cuando han hecho una travesura. La mano desciñe la seda de la falda.

–Perdónela, señora Pujolà, no está en sus cabales, pobrecilla. Sólo se altera cuando la ve a usted, ¿se lo puede creer? Y todo el tiempo quiere escaparse. Este mes ya la hemos encontrado dos veces en la puerta. No hace ni un mes tuvimos que ir a buscarla al cementerio. Estaba allí, sentada en un rincón, en la explanada de arriba, muerta de frío. Se le borra la memoria poco a poco, qué lástima. Muy pronto no reconocerá a nadie.

Doña Margarita se sacude la falda. Por fin puede continuar. Lo hace con prisas, deseando pasar de largo. Cuando llega al final del pasillo, se voltea para mirar a la mujer de la silla de ruedas. Está encogida, despeinada, viste una camisola sucia, le faltan dientes: parece una muerta en vida. Se da cuenta de que ella también la está mirando.

Antes de continuar, Margarita se siente por un momento estatua de sal.

Mayo de 1919

Eusebio Fort siempre tuvo muchos motivos para admirar a Eusebio Fort, su padre. Le debía el amor por los pianos, las manos hábiles, la voz de barítono, la buena administración, un optimismo moderado que lo ayudaba a vivir, la frente despejada y la mirada astuta. Lo tenía como ejemplo en todo, y no tomaba ninguna decisión sin preguntarse primero qué haría su padre en las mismas circunstancias. Siempre hacía aquello que pensaba que gozaría de la bendición del primer Eusebio Fort.

Había descubierto, además, que sus biografías coincidían en algunos puntos de importancia. Por ejemplo: el segundo Eusebio Fort había perdido a su madre a la misma edad en que lo hizo el primero. El primer piano que tuvo que afinar el hijo, con lágrimas en los ojos a causa de la coincidencia, fue un precioso Érard de principios del siglo XIX. Los dos vivieron cincuenta años solos, dedicados al trabajo en cuerpo y alma. Y ahora, sólo unas semanas antes de cumplir el medio siglo—la edad que tenía el padre cuando conoció a su madre—el hijo Eusebio Fort sufría de una gran agitación.

El hombre de los pianos no estaba acostumbrado a los desórdenes emocionales. No sabía cómo administrarlos. Tampoco se lo podía creer: cómo podía haber pasado y por qué razón. No encontraba más explicación que el destino y la necesidad de calcar su vida a la de su progenitor.

El caso era que de pronto, como si fuera una fiebre, le había sobrevenido un enamoramiento. Presentaba todos los síntomas: no tenía apetito, se distraía con enojosa facilidad, había perdido el entusiasmo por todo, no dormía bien y sufría unos sudores muy inconvenientes que lo obligaban a cambiarse de ropa más a menudo. Aunque lo peor era que de repente la vida se le había llenado de preguntas que antes no tenían ninguna importancia y que de pronto lo angustiaban: ¿Soy demasiado mayor para algunas cosas?, ¿estoy desfasado?, ¿me queda bien el bigote?, ¿debería hacerme ropa más moderna?

Hacía tres años que Eusebio Fort iba todas las semanas a casa del tintorero Pujolà a dar lecciones a las niñas. Dolores, la pequeña, era una alumna lista y con talento, pero demasiado frívola para ser pianista. María tenía sentido del ritmo, buen oído y era muy aplicada. Sin ninguna duda, era la mejor de las tres, y le auguraba un buen futuro si dedicaba el tiempo suficiente. El piano es un amo exigente que no perdona distracciones. Teresa, la mayor, era un auténtico desastre, una prueba de fuego para cualquier maestro. Con ella tenía que invertir mucho más tiempo y paciencia para conseguir unos resultados siempre mediocres. Hay gente que no puede permitirse tener aspiraciones artísticas.

Durante meses y años, Eusebio Fort alargó un poco la hora de clase, sólo para tratar de extraer algún resultado de aquella criatura. Despedía a las hermanas pequeñas y se quedaba con la mayor, practicando solfeo o las posiciones de los dedos, ensayando una melodía sencilla que la muchacha pudiera ofrecer en una velada familiar sin asustar a nadie. Durante todo este tiempo nunca vio a su discípula más que como un agravio al arte y una pesadilla para sí mismo.

Hasta finales de la primavera de 1919 Eusebio Fort nunca sufrió los síntomas de la auténtica pasión. Durante los tiempos de su gloria física, que él situaba entre los veinticinco y los treinta y nueve años, frecuentó a las mujeres entretenidas de la calle de Isabel, en el barrio que llamaban de Els Roes, auténtica rambla de los paseos masculinos de cualquier día de la semana. Entre aquellas mujeres él tenía claras sus preferencias. Acudía a ellas con puntualidad terapéutica, como lo hacía todo, dos veces por semana, martes y jueves, siempre a la misma hora. Como era un hombre serio,

nunca se quedaba allí más de lo necesario. No era, como otros, amigo de frecuentar los bares que siempre estaban abiertos en aquellas casas, ni de conversar con nadie con una chica sentada en el regazo, ni de permitirse ninguna familiaridad con aquella señora vieja, siempre vestida de negro, que hacía ganchillo junto a la puerta y que llamaba a todo el mundo por su nombre. Fort saludaba con educación a los conocidos, que siempre le entretenían contra su voluntad, y entre quienes encontraba algunos clientes de la tienda, y se iba derecho a casa. Y jamás por la bajada de Els Roes, para que nadie pudiera adivinar de dónde venía.

A veces el día que no tocaba se sorprendía a sí mismo pensando en Mimi o en Lulú o en cualquiera de aquellas princesas de baratillo, pero no le costaba nada quitárselas de la cabeza. Después, la vida hizo lo que suele: lo alejó de lo que antes fue importante. De pronto, un día se dio cuenta de que hacía seis meses que no necesitaba ir de putas. Se alegró de pensar que por fin había superado lasservidumbresmasculinas y que la libertad le reportaría ciertas ventajas económicas. Su padre ya le había advertido que eso pasaría:

—Llega un momento en que los hombres nos enfriamos, y es entonces cuando comenzamos a vivir de verdad—le dijo el primer Eusebio Fort la noche en que lo llevó a su primer burdel, en la calle del Arco del Teatro de Barcelona.

De modo que allí estaba él, con tanta experiencia acumulada a lo largo de cinco décadas, preguntándose por qué había pasado aquello, si era por su culpa o por la de la alumna. Había escuchado contar que las mujeres en la primavera estallan como rosas encarnadas, pero él nunca había sido testigo de ello. Además, veía a Teresa tan a menudo que no se había percatado de nada: no se había dado cuenta de que se le afinaba la cintura y de que las caderas se le iban redondeando. Tampoco de que le surgía un cuello como de cisne, blanco y delicioso.

Su espíritu fue el primero en percibir los cambios. Sin saber por qué razón, ahora encontraba veniales las faltas de Teresa. Si se equivocaba interpretando un vals sencillo, le parecía encantador el modo en que arrugaba la nariz. Si a veces—¡después de dosañosy medio de clases!—aún confundía el sol y ella, se lo perdonaba pensando que aquella joven estaba llamada a empresas más importantes que pasarse la vida frente a los ventanales tocando el piano. No era una mujer de las que borda mientras espera a su marido, y eso lo subyugaba. Veía a Teresa Pujolà como una especie de pionera, alguien avanzado a su tiempo que no puede distraerse de sucamino. De momento, erael único que se daba cuenta. El amor a veces nos otorga una extraña clarividencia.

En suma, de repente era como si nunca la hubiera visto. Se quedaba boquiabierto mirando a Teresa, todo en ella le parecía digno de admiración. Se olvidaba de respirar si la joven lo miraba, ni que fuera un segundo, con aquellos ojos de un azul transparente. Se sentía ridículo, demasiado viejo, demasiado enamorado, demasiado anticuado, demasiado todo, y se le trababa la lengua cuando quería corregirle un gesto, un tono, untempo, o cuando le recordaba, con un tono de voz dulce y nada enojado, dónde estaba el do. El amor lo había convertido en un idiota, pero también lo estaba despertando, rejuveneciendo. De pronto se daba cuenta de que deseaba hacer muchas cosas, que todavía estaba a tiempo, que el mundo era un lugar formidable lleno de cambios y novedades que él no quería morir sin probar. Quería vivir, se decía, como si eso no fuera lo que llevaba haciendo todos los días desde que llegó al mundo.

Un hombre de cincuentaañosque quiere demostrar a todos—comenzando por él mismo—que aún es joven es un peligro en potencia, un ser predispuesto a las mayores estupideces.

La estupidez del señor Eusebio Fort fue dejarse arrastrar hacia la modernidad. Por un momento recordó a su padre y se preguntó qué pensaría de él, si lo supiera. El rostro del primer Eusebio Fort y su voz aguda tomaron forma en sus recuerdos.

–No lo hagas, hijo mío. Un afinador de pianos debe estar siempre en su lugar, no debe dejarse arrastrar por las frivolidades.

Por primera vez desoyó los consejos paternos. Hizo lo que se moría de ganas de hacer. Aceptó un trabajo nuevo.

Desde primeros de junio de 1919, Eusebio Fort se convirtió en pianista del cine Gayarre. Debutó con una comedia de un muchacho muy simpático que se llamaba Pamplinas. Nunca supo que su nombre real era Buster Keaton.

19 de septiembre de 1919

Domingo Planas Roca tiene casi cuarenta y ocho años y desde hace siete es viudo de Mercedes Pujolà, la hermana mayor del patrón. Hace algunos meses que vive en su casa con otra mujer y sus dos hijas, pero no puede casarse porque ella tiene marido. No sabe dónde ni en qué compañías, pero lo tiene. En las hojas del padrón municipal, en la columna donde suele apuntarse el parentesco familiar, el oficial escribió que era «huésped».

Huéspeden su propia casa, porque hay pecados que no pueden justificarse ni en los censos.

Domingo es oficial tintorero desde que tiene uso de razón. Aprendió el oficio del mejor, su suegro Silvestre. Ahora su papel en la familia es incómodo, y él se resigna porque nunca ha sido hábil relacionándose con los demás. Su cuñada Margarita no lo quiere ni ver, sus sobrinas no lo saludan cuando lo ven por la calle y con Florián, a quien tiene que tratar todos los días, hace meses que solo intercambia las palabras necesarias. Poco a poco, Domingo va incubando un odio familiar que se convierte en la emoción más fuerte de su vida.

Hoy sale de trabajar a las nueve. Pasa por la taberna donde, apoyado en un rincón, cena un litro y medio de vino barato. De pronto siente ganas de hacer una visita, en absoluto de cortesía, a la calle Isabel. El alcohol le ha despertado la obsesión por cierta señorita que no hace mucho llegó a la ciudad. Tiene la piel muy blanca, los ojos muy negros y las tetas muy duras. Desde que la probó no quiere ninguna otra.

Paga la bebida, cabizbajo, y sin despedirse de nadie se pone en camino. Por la cuesta de Els Roes lo ven caminando en zigzag o tropezando con las piedras que dan nombre al camino. Aborda el último tramo muy sorprendido de encontrar tanta concurrencia. Debe de ser que aún hace calor y los padres de familia necesitan salir a tomar un poco el fresco.

En la casa que busca encuentra una reunión de hombres que gastan su paciencia en esperar turno mientras comentan las novedades políticas y culturales. Debe de haber media docena, tal vez siete. De vez en cuando alguno comenta: «Pues sí que tardan» y otro contesta: «Paciencia, amigomío». La paciencia no ha sido jamás un atributo de Domingo Planas. Hoy, además, está borracho. Se planta en mitad de la calle y grita con voz destemplada:

—¡Macarenaaaaaaaaaa! Sal al balcón. ¡Saaaaaa!

Los hombres de la tertulia, todos con el sombrero en la mano, lo miran falsamente escandalizados. Comprenden que las delicias de esta joven a quienes todos llaman «la sevillana» despierten tantas urgencias. Alguno está tentado a acercarse al escandaloso y darle algunas lecciones de disimulo y solidaridad. Si no lo hace es porque Domingo cada vez grita más fuerte y más a menudo, y teme que la muchacha salga al balcón y los castigue a ambos.

—¡Macarenaaaaaaaaaa! ¡Sal o subo!

Algo pasará, todo el mundo lo espera. La tertulia calla y los señores de esta casa y de las otras miran hacia la calle, inquietos. Hay que reconocer que la desesperación de Domingo es un buen espectáculo para entretener la espera, pero lo mejor aún está por llegar.

De pronto la paciencia misérrima de Domingo se agota. Entra en la casa, pisa algún zapato caro y lustroso antes de alcanzar la escalera y sube los escalones de dos en dos sin que nadie le haya dado permiso. Hay algunas protestas tímidas de los hombres a la espera, pero la bronca mayor la recibe de la señora vestida de luto que está en el

rellano superior, haciendo ganchillo junto a la puerta. Nadie conoce su nombre, pero todos la tratan de amiga. Es una especie de ujier. Se encarga de llamar a los clientes cuando es su turno, les sostiene el sombrero, la chaqueta y el bastón, espera tras la puerta haciendo como que no oye nada mientras cuenta puntos y, si alguno pierde en brazos de la joven la noción del tiempo, ella se encarga de devolverlo a la realidad. También avisa a la policía—o al sereno, según el caso—cuando hay problemas. Dicen que es ella quien abre la puerta secreta a los peces gordos y que también gracias a ella el rector de Santa María recibe a las chicas de cuatro en cuatro cuando necesitan aliviar de miserias su espíritu. La ciudad al completo está en deuda con esta mujer.

Hoy, al ver la entrada al galope de Domingo, se levanta y blande el ganchillo en el aire mientras grita:

—¡Deténgase! ¡No puede pasar! ¡Deténgase, le estoy diciendo! ¡Que pare!

Pero Domingo ni para ni se detiene. Llega a lo alto de la escalera, empuja la puerta tras la cual la sevillana hace negocios y brama, fuera de sí:

—¡Macarenaaaa! ¡Macarenaaaaaa, hazme caso de una vez!

La sevillana está en la cama, pero no se la ve. Tiene un hombre encima que la cubre por completo. De espaldas, Domingo reconoce a un macho bien formado, vigoroso y con una cabellera negra y rebelde. De cara, cuando se yergue, se encuentra con Juan Abril, oficial de tintorería de treinta años y compañero de trabajo. El hombre al que Florián Pujolà protege nadie sabe por qué.

—¡Cojones!—es la única elocuencia que sabe pronunciar el hombre desnudo.

Macarena tiene un ataque de pudor y se cubre con un tapete que corría por aquí. La vieja del ganchillo no se calla:

—¡Márchese! ¡Fuera de aquí! ¿Qué se ha creído? Fuera o llamo a la autoridad.

Juan Abril no gasta palabras. Agarra al recién llegado por la cinturilla de los pantalones y por el cuello de la camiseta y lo expulsa de la habitación sin contemplaciones. Le propina tal empujón que lo lanza escaleras abajo, hasta el final. Domingo Planas Roca aterriza por fuerza a los pies (bien calzados) de los hombres que esperan con resignación cristiana. Se apresuran a socorrerlo, le ofrecen agua, uno de ellos dice que es médico y le observa los chichones. Mientras tanto, la puerta de la habitación se ha cerrado de nuevo sin que salga nadie y la señora del ganchillo baja hasta la mitad de la escalera y desde allí, derecha como un monaguillo, proclama:

—Señores, hoy la pobre niña ya no trabajará más. Tengan la bondad de volver mañana y les haremos una rebaja en el precio.

Domingo sale acompañado de los otros, uno más, pero no se marcha. Se sienta en la calle, justo delante de la ventana de la chica forastera, desde donde vigila toda la noche. Ve bailar las luces tras las cortinas y también ve el paso discreto de las sombras. Lo que imagina le enferma de rabia, de celos, de impotencia. En toda la noche ningún otro cliente sube la escalera. Tampoco nadie la baja.

Febrero de 1920

Uno de los trabajos que más en serio debe tomarse una madre es el de interceptar las cartas que recibe su hija, sobre todo cuando la hija es bonita, poco obediente, prometida de un estudiante y está tan solicitada como su Teresa. Ayer llegó esta desde Barcelona:

Señorita Pujolà:

El verano pasado tuve el gusto de saludarla en el baile del Teatro Clavé, donde unos amigos me arrastraron en contra de mi voluntad. Usted fue la prueba fehaciente de que a veces es necesario obedecer las órdenes de los amigos menos fiables. Desde entonces no dejo de pensar en usted. Es muy raro, porque según mi madre tengo la cabeza llena de estupideces. Espero que no le parezca atrevido que le dirija estas palabras con la finalidad de arrancarle una sonrisa y de comunicarle mis sentimientos. Me siento muy raro. Mareado todo el día, como si estuviera embarcado. No se me pasa ni con las pastillas del doctor Bryr, yeso que las tomo muy a menudo. Me haría muy feliz poder visitarla y comunicarle de viva voz mis sentimientos, pero no quisiera espantarla. Por eso he preferido escribirle.

Soy un hombre impulsivo, dormilón, glotón, amante de las tertulias y del hablar de mas, partidario de las personas progresistas y de hacer reformas en todas partes. ¿A usted no le parece que el mundo está repleto de humedades que es necesario reparar? Me gustan las cosas que vuelan y los hombres con los pies en el suelo. Tengo palco en el Liceo, porque adoro la ópera, aunque nadie me cree. El cine lo encuentro execrable; las salas siempre hieden a arroz pasado. Tampoco me gustan las barbas, los bigotes ni los vestidos que no marcan la cintura. Mi opinión sobre los corsés me la reservo por miedo a que me considere un anticuado, un incoherente o un deslenguado. Si me lo permite, podemos tratar el asunto cuando nos veamos en persona, así tendremos algo que decir y no incurriremos en esos silencios tan incómodos.

Estoy convencido de que a su lado debe de ser imposible aburrirse ni medio minuto. El hombre que se dé cuenta de ello será el más afortunado del mundo. No le niego que me gustaría postularme para tal honor.

Considere estas letras como un primer paso. Ahora esperaré su respuesta, muriendo lentamente. Suyo,

AVELINO

La señora Margarita la lee por segunda vez con una mueca de disgusto. «Un imbécil», piensa, antes de hacer trizas el papel y lanzarlo dentro del fogón de la cocina económica.

29 de febrero de 1920

Dong, dong, dong, dong, dong. Es hora de comer en casa de la familia Pujolà cuando el reloj comienza a sonar como un loco. Dong, dong, dong, dong, dong, dong, dong.

—¿Qué le pasa ahora al trasto este?—pregunta Margarita.

Florián se levanta de la mesa para estudiar el mecanismo del inoportuno reloj. En apariencia todo está bien. No entiende qué ocurre. Son las dos y diez.

Los de casa están sentados alrededor de la fuente de carne de la olla que Tomasa ha traído de la cocina. Todos menos María y Dolores, que ya han comido hace un buen rato. Aún no son lo bastante mayores para sentarse a la mesa con sus padres y por ahora su territorio es la cocina, donde almuerzan en compañía de Tomasa. María acaba de cumplir treceaños y protesta mucho cada vez que su madre le dice que tiene que acompañar a su hermana menor, Dolores, que sólo tiene once. Piensa que a veces la vida es muy injusta con las hermanas que nacieron primero.

Hoy, el suegro, Antonio Gomis Daviu, ha venido a comer. Si no estuviera aquí sería el primero por quien tendrían que preguntarse. Tiene sesenta y nueve años y algunos ayes repartidos por todo el cuerpo, aunque parece que por ahora ninguno es lo bastante grave como para matarlo. Come como una lima y se comporta como si en el mundo no hubiera nada más importante que su persona. Cuando le preguntan si está bien, contesta cabeceando y con la boca llena.

Los demás también se encuentran bien, según dicen. Florián hace recuento mental de las personas que podrían hacer que el reloj sonase. El cuñado, Domingo. Eustaquia, su hermana pequeña, que vive en un pueblito de Tarragona llamado Alió, donde ejerce como maestra. No son muchos.

—Tal vez le ha ocurrido algo a la viuda Sust—dice doña Margarita, con espanto.

—No—descarta el tintorero—. No puede ser. Ella aún no es de la familia.

El reloj no se equivoca nunca, todos lo saben. Margarita duda. No sabe si terminar la carne o rezar el rosario. Mientras tanto, el trasto venga sonar. Dong, dong, dong, dong, dong.

Florián, de pie, observa el ir y venir del péndulo dorado.

Así lo encuentra el trabajador que llega sudando de la tintorería para dar la noticia: un hombre se ha caído dentro de una caldera de agua hirviendo cuando estaba preparando el baño de algodón. Los compañeros han tardado unos minutos en darse cuenta de que el desgraciado ya flotaba, a medio hervir, sobre el agua. Ha costado mucho sacarle de allí. Lo han conseguido, con la ayuda de una pala y al precio de escaldarse las manos más de uno. Lo han dejado tumbado boca arriba en mitad de la nave mientras un hombre corría en busca del médico y él mismo venía para comunicarle la noticia. Está convencido de que esto ha pasado porque el último día de febrero de un año bisiesto siempre trae muy mala suerte.

Florián pregunta quién es el desventurado y le responden:

—Juan Abril.

Se lleva las manos a la cara, afectado. Ve venir un montón de problemas. Cada vez que este hombre entra en escena es para complicarle la vida.

—¿Está muerto?

—Aún no.

Lo primero que le viene a la cabeza es la madre del trabajador, Rufina Abril. Vive sola en un primer piso de la calle del Prat. Si se le muere este hijo, no le quedará nada ni nadie, tal vez tenga que irse a la beneficencia.

Recuerda a su padre, Silvestre Pujolà, en su lecho de muerte:

–Hazte cargo del chico de Rufina Abril. Asegúrate de que nunca le falte un trabajo del que vivir–le pidió, y él se comprometió incluso sin saber por qué su padre protegía a aquel extraño.

También acuden a su cabeza las veces que ha hablado con su trabajador, que le ha pedido que no le busque la ruina, que no le complique la vida. Florián nunca ha querido ejercer de patrón. Siempre ha respetado las luchas sindicales, las huelgas, los mítines donde Abril tiene a menudo un papel protagonista. Es un tipo admirado por los suyos y Florián sabe que eso esconde siempre algún mérito. Pero al mismo tiempo es una piedra en el zapato para él y para Viladevall, su socio, que lleva años sin entender por qué no lo ha puesto de patas en la calle.

De hecho, estuvieron a punto de partir peras después del incendio de hace cinco años, y todo por culpa de Abril. Viladevall llegó hecho una furia exigiendo que Juan Abril se marchara. Decía que tenía razones de mucho peso para no quererlo allí: sospechaba que el incendio de la tintorería había sido cosa suya. Florián lo escuchó en silencio, esperó a que se desfagara y le pidió un poco de tiempo para arreglar las cosas a su modo.

–Esas que dices son tus razones, pero yo tengo las mías–le dijo.

Aúnno sabe cómo Viladevall aceptó sus procedimientos. Acaso porque por aquel entonces las cosas les iban muy bien y todo era más fácil de digerir. Ahora es diferente.

Teresa se ha levantado de la mesa de golpe nada más escuchar las noticias. Por instinto, como su padre. Es la única que lo ha hecho.

–Tú siéntate–ordena la señora Margarita, sin ni siquiera mirarla.

–Quiero ir con usted, padre–dice.

–No es un espectáculo para mujeres–responde el padre, y volviéndose hacia su único hijo, ordena–: Vamos, Pepito.

Ambos hijos obedecen sin ganas, ante la mirada de las pequeñas. Teresa se sienta, dolida. José sigue a su padre.

–Esta cosa se ha roto–dice el hermano, refiriéndose al reloj, antes de salir tras Florián.

La comida continúa y la señora Margarita anuncia que hoy todo será como siempre. Después de comer las niñas bordarán un rato. A las cuatro, lección de piano y, después, Teresa la acompañará a las Hermanitas de los pobres.

–¿Por qué no puedo ir?–pregunta Teresa–. Cuando el incendio, fui muy útil.

–Entonces eras una niña–dicesu madre–ahora las cosas han cambiado. Ahora estás prometida. No hagas que tu novio se avergüence de ti.

Durante el rosario y la costura, Teresa sólo piensa en el hombre hervido. Trama imposibles. Se desespera. Después llega el señor Fort, más tieso que un mástil, levanta la tapa que cubre las teclas del Chassaigne & Frères, abre el libro de solfeo y pide a las alumnas que formen una fila. Percibe a Teresa con los cinco sentidos, y siente que el corazón se le encabrita. Está tan enamorado que incluso le gusta el modo en que desafina.

Ahora la madre, sentada en su rincón con la labor de ganchillo en el regazo, cabecea de sueño. Descabeza una siesta al sol mientras hace la digestión de la carne de la olla. La boca se le abre. Es la señal que percibe Teresa como su única oportunidad. Le dice al señor Fort al oído:

–Ahora vuelvo–y el profesor ni siquiera tiene tiempo de preguntarle adónde va y si no puede esperar a que termine la lección.

Teresa pasa de puntillas frente a su madre, que duerme con el gato a los pies, y sale tratando de no hacer ruido. Va derecha a la tintorería, donde encuentra un montón de gente deseosa por saber qué ocurre. La noticia ha corrido de boca en boca y en sólo una hora ya la saben todos. El doctor Malga ha llegado enseguida pero no ha podido hacer nada: el pobre hombre ya estaba muerto. Lo han tapado con un trapo y ahora se

lo llevan en una camilla. Los de la funeraria La Sepulcral lo arreglarán un poco antes de que su madre quiera verlo. El señor Pujolà dice que se hará cargo de los gastos. Ya todo queda dicho.

Teresa entra en la nave. Hiede, como siempre, pero hay poca actividad. Los trabajadores están petrificados por el susto. Se alegran de que no les haya tocado a ellos. No ve al tío Domingo, pero no se extraña. Últimamente pasa mucho tiempo en la taberna, según ha oído contar a su madre. Alguien comenta que el muerto era un petulante y un cizañero y que lo más normal es que tuviera enemigos. Todos hablan de que su cuerpo estaba hinchado, tumbado en el suelo, con los pies descalzos metidos en el desagüe que recorre la tintorería de lado a lado. A un lado, su hermano Pepito vomita dentro de un cubo. Está tan blanco que el muerto parece él. Teresa se le acerca. Le pregunta si se encuentra bien.

–No puedo, no lo soporto. Es esta peste... se me mete aquí–señala el estómago–y me pone el cuerpo del revés. Yo no puedo ser tintorero, ¿lo ves?

Teresa lo acompaña afuera. El hermano pequeño camina vacilando, apoyándose en los hombros de ella, la hermana mayor, la fuerte, la señorita. De este modo llegan a casa, donde María está sentada al piano ejecutando una pieza de Liszt y el señor Fort, de pie a su lado, le corrige alguna insignificancia, señalando puntos de la partitura con una uña muy pulida.

Todo parece en paz dentro de la sala, pero los pájaros están al acecho, porque son animales capaces de reconocer los aires de tormenta. Doña Margarita se ha despertado y fija los ojos en la hija mayor como si tuviera que provocar un incendio. Con una voz calmada pero terrible le ordena:

–Enciértrate en tu alcoba. No vas a salir de allí en diez días.

17 de marzo de 1722

En la parroquia de Santa María de Batet, un pueblo cercano a Olot, en la provincia de Gerona, bastante cerca de la frontera con Francia, se celebra una boda bajo un sol que deslumbra. Los contrayentes son Tecla Bartrolich y Joseph Pujolàr. Ella es la heredera más rica del pueblo, hija de un comerciante de relojes y campanas, a ratos inventor y constructor de prodigios mecánicos. Él es el segundón de la masía Pujolàr de Santa Pau, con fortuna pero sin tierras.

Todo el mundo conoce la historia de Joseph Pujolàr: al morir sus padres, tuvo que dejar su casa cuando, por derecho y tradición, todo pasó a manos del heredero, su hermano Fidel. Es un caso que por sus peculiares circunstancias da que hablar a la gente. Dicen que ambos hermanos son gemelos, que el mayor nació sólo cuatro minutos antes que el pequeño y que son idénticos en todo, excepto en la suerte y, lo más probable, en las intenciones. Aquí nadie ve claro que el heredero de la masía tenga derecho a serlo. Igualmente, distinguir un gemelo de otro es tarea casi imposible, más aún cuando acaban de llegar al mundo. Pero la ley es la ley, repiten bajando la voz, y debe ser respetada.

O tal vez no. Tal vez la ley alguna vez se equivoca. Joseph Pujolàr ha sacado pecho ante el rey y ahora está muy enojado con su hermano. No teme a la guerra, si es necesaria, contra el Borbón. No es de los que se rinden, por hartos que estén. Y por supuesto que está harto, como todo el mundo en estas tierras, donde han pagado muy cara la fidelidad a la casa de Austria. A Joseph Pujolàr la gente lo admira porque aún le quedan ganas de seguir luchando. De su hermano Fidel no hablan.

Una vez casada la pareja, de diecinueve años cada uno, van a vivir a la masía que el padre de ella ha mandado construir y que ha ofrecido al yerno como dote y como prueba de su buena fe. Desde la misma noche de bodas, ya todo el pueblo espera la buena noticia de un embarazo. Las viejas afirman que llegará pronto, porque se han casado bajo un cielo despejado y ahora duermen bajo el influjo de una luna nueva.

Pasados sólo cuatro meses, sin embargo, las noticias que llegan no pueden ser más tristes. Tecla Bartrolich ha muerto de un mal rápido e inesperado, que nadie se explica, antes de cumplir los veinte años. El joven segundón de Santa Pau ahora es viudo y propietario.

Todo el mundo está de acuerdo en que un hombre tan joven y tan rico no debe permanecer soltero mucho tiempo.

31 de mayo de 1912

Cocineras y gatos domésticos han formado siempre un buen equipo. Tomasa discurrea ante el gato *Gato*, que le presta mucha más atención que todas las personas que conoce. Hoy el tema es la sopa de tomillo.

–Es una lástima, pero en casa del tintorero Pujolà no se come sopa de tomillo–dice, mientras remueve el alioli con la mano del mortero–. Son órdenes de Doña Margarita, quien dice que es un plato inútil y sin sustancia. La señora tiene unos gustos más sofisticados: ostras, langosta, fricandó, albóndigas, pescado en salsa, pollo con ciruelas... Yo no sé de dónde ha sacado esos aires. Ni que hubiera nacido marquesa.

El gato se adormece y mueve la cabeza arriba y abajo, no se sabe si de sueño o porque está convencido de que los juicios de Tomasa son atinados. El gato sabe que el padre de la señora Margarita, Antonio Gomis Daviu, no sabía ni leer ni escribir ni quiso aprender jamás. Antonio Gomis Daviu era un hombre que sabía tomarse los negocios con astucia y los riesgos con calma. Ambicioso, avaro, gran amante de la sopa de tomillo que le preparaba su mujer, Teresa Picornell Micola. Él era, sin saberlo, la confluencia de dos estirpes: una de campo y otra de mar. Para los de mar, el mundo era un lugar que sólo tenía por límite el horizonte, mientras que los de campo creían que todo nacía y moría en la tierra. Todos eran pobres por igual, e ignorantes. Sin proponérselo, su descendiente Antonio Gomis, les restituye todo aquello que jamás tuvieron.

Al principio de las dos últimas décadas de su vida, Antonio Gomis se hizo constructor. Compró unas cuantas parcelas y mandó construir algunas casas por la ciudad, en total cinco, que fue alquilando por un precio satisfactorio. Se quedó media, un primer piso, donde se instaló. Más tarde le regaló otra completa a su hija y a su yerno, por suerte para ellos. Todas las casas son del mismo tamaño, con planta y piso, un patio en el bajo y un terrado arriba. Tienen comedor, cocina, despensa debajo de la escalera y dos alcobas con su sala. El retrete está fuera, al fresco, porque el cuarto de baño aún no se ha inventado. También hay tres palmos de huerto en el jardín y, al fondo, un cobertizo con tejado para trastos o secretos, al gusto de cada cual.

Con todos estos negocios, Antonio Gomis Daviu se aseguró que llegaría a viejo sin preocupaciones. Los primeros días de cada mes los empleaba en hacer una visita a todos sus inquilinos. Los escuchaba como si tuviera interés en lo que le decían y luego les reclamaba la mensualidad. Después volvía a casa paseando, buscando el sol como las lagartijas, pero jamás se detenía a visitar a su hija, que vivía justo al lado. Él y su hija, a pesar de lo mucho que se parecían, o quizás por eso, no se soportaron nunca.

A veces Antonio Gomis Daviu se preguntaba por qué no había tenido una heredera dulce, que le consolase las penas de la edad, en lugar de aquel erizo que no se llevaba bien con nadie. Por qué antes de ella nacieron y murieron dos hijos varones. Cómo habría sido su vida si los niños hubieran vivido y la hija hubiera muerto. Cómo habría cambiado el mundo esa ínfima transformación. Reparaba en que cada padre y cada madre ejercitan al reproducirse su poder de cambiar el mundo. Todo esto lo pensaba por pensar, liberado de cuestiones genealógicas, ni propias ni ajenas, de las que no quería saber nada. Era de ese tipo de personas–que incluye a la mayoría de los hombres–a quienes sólo les interesa su tiempo, su momento y a ratos el futuro, sólo si pueden ejercer sobre él alguna influencia.

Antes de convertirse en propietario, Gomis era un hombre raso y simple, que comenzó trabajando como cerrajero y más tarde aprendió el oficio de curtidor, que en la ciudad tenía una tradición muy próspera desde hada más de un siglo. Fue así como

conoció a aquel rebaño de tintoreros llegados de Olot con quienes tenía tantas cosas en común. La principal eran los malos olores. Unos y otros trabajaban con las mismas pócimas apestosas y siempre eran recibidos con muecas de asco.

En su vida, Antonio Gomis conoció épocas de vacas gordas, tuvo siempre mucho trabajo, lo hizo sin protestar y trabajó como doce bueyes. Se casó con Teresa Picornell Micola, una hiladora de la fábrica que nunca le estorbó pero a quien sólo quiso después de muerta, cuando ya no hacía falta. La boda no alteró su vida en absoluto. Tampoco, por supuesto, su gusto por las putas y por cuanto con ellas hacía. En aquel tiempo, las putas no sólo ofrecían un servicio a los maridos, también liberaban a las señoras de unos deberes que ni sabían ni querían cumplir. Hay que precisar, sin embargo, que en Els Roes Gomis no era uno de esos clientes que todas se alegraban de ver. Demasiado taciturno para unas señoras tan alegres.

Antonio Gomis nunca mantuvo con su mujer una conversación de más de tres réplicas. Ella era dócil, casi muda y no demasiado fea. De la vida no esperaba más que ver salir el sol al día siguiente. Antes de comerse la sopa de tomillo de cada noche, que más que un plato era un ritual, daba gracias a Dios por haberle concedido una nueva jornada y rezaba un paternóster mientras esculpía caminitos con la cuchara entre la miga de pan. Su marido la imitaba. La sopa de tomillo era el clímax de su vida conyugal. Por lo menos en eso estaban de acuerdo. Si tenían algo más en común, ambos lo ignoraban.

Lo tenían, claro. Ella también se preguntaba de vez en cuando por qué le había salido una hija tan avinagrada, que no quería que la quisieran. Ni de pequeña toleraba con agrado las caricias ni las palabras tiernas. Las respondía con ladridos, como si no la hubiera comprendido bien. A diferencia, de su marido, sin embargo, ella pedía explicaciones a los antepasados, que siempre tienen la culpa de esta mezcolanza siniestra de sangres y que a veces comparecían arrepentidos en sus sueños para contarle historias de viajes, muertos y traiciones que aún la confundían más y le ahondaban la tristeza.

Teresa Picornell Micola era, sobre todo, una mujer triste. Se sentía enferma de soledad desde que con trece años perdió de súbito a su madre, de quien apenas conservaba dos o tres recuerdos como una niebla espesa y un nombre como una música: Mónica. Recordaba cuando su madre le hablaba del viaje que hicieron para trasladarse hasta aquí, de la llegada, de los primeros meses, tan difíciles. Ella no retuvo ningún recuerdo propio de aquellos días, pero los relatos de su madre le permitían creer que sí. Tenía los recuerdos de ella, como un espejismo. Cuanto más tiempo pasaba, más le dolía no tenerla cerca para hacerle preguntas. Sobre todo las pequeñas: cómo se llamaba el abuelo o cuánto tiempo debe cocerse un huevo duro. El olvido le dejó en el alma un vacío que con los años se ensanchaba. Hasta que ya no se preguntaba nada para no tener que contestarse. Hablaba a menudo de morirse, parecía que lo deseara. O era su modo de darse importancia. Para ella, el desenlace final era la única oportunidad que le ofrecía la vida de ser protagonista de algo. El resto sólo era un ir tirando entre cazuelas, rosarios, silencios y siestas, pero ya era suficiente.

Tomasa, la cocinera, de todo esto no sabe apenas nada. Ella sólo lamenta que la señora no quiera sopa de tomillo, con lo rica que le sale.

Para la señora Margarita la sopa de pan es un recuerdo sensorial de su madre: aquella tristeza perpetua, aquella miseria de espíritu, aquellas imaginaciones suyas que la volvían loca, aquellas manos como de esparto que le raspaban las mejillas. Cuando su madre hablaba con las vecinas de sus sueños llenos de muertos, Margarita se escondía para no tener que escucharla.

—¿Sabes, hija?—le decía—. Esta noche ha venido a verme tu abuela. Me ha contado otra vez cómo llegó hasta aquí. ¿Quieres conocer la historia? Es muy triste.

Margarita no le prestaba atención. No creía que los muertos tuvieran tiempo para

hablar con los vivos, ni siquiera en sueños. Su madre era el último vestigio de un mundo que repudiaba. Para ella, la gente de campo era grosera, crédula, estúpida. No quería tener nada que ver con ellos. Nunca hablaba de sus orígenes. De Sallentno quería saber nada. Ella era de ciudad, no creía en apariciones ni en plantas que corren por los campos las noches de San Juan. Margarita se tenía por pragmática y ambiciosa, como su padre. Estaba en el mundo para salir adelante. Prosperar, ése era su sueño. De la única manera que tenía al alcance y conocía. Es decir, con un buen matrimonio.

Por descontado, su padre bendecía el objetivo y colaboraba con los medios. Tal vez porque, en el fondo, estaba deseando perder de vista a su hija.

La noche en que murió, Teresa Picornell Micola cenó sopa de tomillo, como siempre. Frente a ella, sorbiendo su cuchara, estaba Antonio Gomis. Como estamos ya en el año 1912, el mundo ha progresado un poco más y en el comedor hay un gramófono que fulmina el silencio con un tango de Carlitos Gardel. De pronto, Teresa Picornell se pone de pie, levanta el brazo con la aguja y el silencio vuelve a ser el de siempre. Se sienta frente al plato a medio comer. Mira de hito en hito a su marido por primera y última vez en toda su vida y anuncia:

—Esta noche me moriré. ¿Hay algo que quieras decirme?

El hombre suelta la cuchara. Vacila dos o tres segundos, el tiempo de poner en orden sus pensamientos y dejar que emerja el más importante:

—¿Por qué dices que te morirás hoy?

—Me han avisado.

—¿Los muertos?

—Sí.

La música se echa de menos más que nunca. Hay momentos en que el mundo demanda ruido.

—¿Quieres que repita la pregunta?—dice Teresa Picornell.

—No hace falta. Sí. Hay algo que quiero decirte.

—Te escucho.

—No te he querido nunca—una pausa, sin reacción de la otra parte—pero voy a echarte mucho demenos.

Esta apasionada confesión, primera y última de una vida marcada por un desinterés glacial, no trae consecuencias de ninguna clase.

—Ya te acostumbrarás—contesta ella.

Teresa Picornell se levanta, enciende de nuevo el gramófono, recoge los platos de la cena a ritmo de tango y se va a la cama.

Tal y como ha previsto, muere antes de que nazca el último día de mayo de 1912. Desde ese momento, Antonio Gomis no podrá comer sopa de tomillo sin derramar lágrimas por su difunta. Admirará aquel silencio suyo de antes de la música, la constancia, la quietud, la laboriosidad. La soledad le abrirá por fin los ojos, y pasará sus últimos años enamorado como un imbécil de la mujer que durante cuatro décadas durmió a su lado. Casarse de nuevo ni se le pasará por la cabeza, porque en el fondo sabe que nadie lo aguantaría. Para qué necesita una mujer, pensará, si a él no le falta nada. Cada vez que quiera almorzar y cenará en casa de su hija. Tomasa le preparará sopa de tomillo, que además de una cena es un asunto muy grave, un atajo entre el presente y el pasado, a través de la viva memoria de los sentidos.

Habría sido estupendo que la cocinera Tomasa hubiera hablado sin tapujos con la madre de su señora. Entonces se habría dado cuenta de que la sopa de tomillo de Tomasa era diferente a la de Teresa Picornell. Puede que incluso se hubieran enzarzado en aquella controversia bizantina que lleva vigente unos cuantos siglos, y que versa sobre si la sopa de tomillo y la sopa de pan son o no son la misma cosa.

—La sopa de tomillo es la de pan, pero transformada por la primavera—habría dicho

Tomasa—, que es cuando aquella hierba florece y a las personas nos apetece echarla en la olla.

—Ah, no, señora mía, eso no es posible. El tomillo está disponible todo el año, ya sea fresco o seco. Estas dos sopas sólo tienen en común el ajo frito con que comienzan.

—Y el huevo, claro está.

—¿El huevo?—se habría alterado Teresa Picornell—. ¡Eso sí que no! El huevo es totalmente voluntario.

—¿Voluntario? ¡Nipensarlo! Sin huevo estas sopas que discutimos no son ellas mismas.

—El huevo se deshilacha y afea.

—¿Desde cuándo debe ser hermosa una sopa?

—Desde que el mundo gira, señora.

—Menuda estupidez. ¿Acaso mira usted con la boca?

—No, pero como con los ojos, como todo el mundo. Tomasa da por terminado el alioli y lo huele, muy satisfecha. Está en su punto: traslúcido, gelatinoso. Ésta es una salsa que requiere los cinco sentidos y que mejora si la cocinera cuenta historias mientras la prepara, lo tiene más que comprobado.

—¿Sabes, Gato?—le dice Tomasa al animal mientras busca unas cebollas que ha dejado en el fondo del canasto—, conversaciones como ésta de la sopa habrían podido tenerla arzobispos y lavanderas, baronesas y tejedores desde el principio de los tiempos, que es cuando la sopa de pan se preparaba en una marmita de hierro dentro de una chimenea negra de humo que calentaba toda la cocina. Durante siglos este plato ha matado el hambre y ha acabado con la miseria, y si ahora no abunda en nuestras mesas es porque las personas no tenemos memoria y además somos una raza de ingratos.

6 de septiembre de 1854

El pasado es una comparecencia de fantasmas. Yo sólo soy la primera. Tengo todo el derecho a comenzar. Por tres razones: porque llegué primero, porque morí para nada y porque de mi sangre nació un monstruo. Un monstruo con faldas y nombre de flor que comulgaba cada día.

Mi gente nació en un lugar llamado Sallent. No importa si sabéis o no dónde está. Es un pueblo como tantos, pero tiene puente. Eso lo hacía importante. Un lugar de paso siempre es un lugar con suerte. También teníamos río, el Llobregat, otro arriero, nacido en la montaña y muerto en la ciudad. Si nos dejábamos llevar por la corriente llegaríamos a Barcelona, eso nos decían. Allí nadie quería ir a Barcelona. Barcelona estaba lejos y era demasiado. Demasiado sucia, demasiado poblada, demasiado extraña.

Nosotros vivíamos en la calle del Puente, en el centro mismo del pueblo. Mi padre, Francisco el de Can Micola, tenía allí una fonda. Un lugar modesto, donde por unas pocas libras podías comer caliente y dormir blando. La escudella y la carne de la olla siempre estaban a punto y en las mesas siempre se chupaban los dedos algunos huéspedes. Cocinaba mi madre, María Sellarés, que tenía buena mano para la cocina y también sabía cuidar de las gallinas y los conejos. Eran tiempos de escudella todos los días. Arroz y fideos, a veces con unas pocas alubias o habas, para empezar. La carne—un poco de vaca, una loncha de tocino, un pedazo de jamón—se acompañaba de un puñado de garbanzos y de la pelota, esa peculiaridad local que algo tiene de albóndiga gigante; patatas no, que por aquel entonces las patatas eran alimento de animales. A veces los domingos había arroz. En primavera los campos eran generosos y comíamos de todo. Mi padre araba y recogía. Mi madre rezaba para que el tiempo y los soldados no nos lo echaran todo a perder. La guerra siempre andaba cerca. El pueblo conservaba la memoria reciente de los hombres que murieron a fuego y bayoneta. Los enterraron en el cementerio de la parroquia y al pasar por allí la gente oía voces, gritos que clamaban venganza, lágrimas de rabia. El puente en ocasiones también nos traía la desgracia. La guerra tenía que cruzar el río, como todos los demás.

Mi padre tenía una tristeza incurable: la de no haber tenido hijos varones. Él culpaba a mi madre.

—Ya te dije que tenías que comer huevos y nabos—le decía—. Para parir machos hay que comer huevos y nabos.

Ella callaba. Tenía un dolor en el corazón, decía. También lamentaba no haber sabido parir varones, pero nunca lo confesó.

—Si tuviera un hijo varón, no tendría que trabajar tanto...—murmuraba mi padre.

—Si tuviera un hijo varón, podría descansar.

—Si tuviera un hijo varón, no tendría que sufrir por el día de mañana.

—Si tuviera un hijo varón, tu padre me respetaría más—añadía mi madre.

Era una letanía de nunca acabar.

Yo sólo iba a casa de mis padres a la hora de comer. Desde muy pequeña me quedaba donde mis tíos, Pedro y María, que vivían aún más cerca del río, justo enfrente de la fonda.

—Tú cuídate de no estorbar—me dijo mi madre, cuando me envió con ellos.

Los tíos no tenían hijos porque Dios no quiso. A cambio de la cama, el techo y la sopa de pan de las noches, yo ayudaba a mi tía en las tareas de la casa. La tía también trabajaba en la fábrica. Por aquel entonces todo el mundo trabajaba en la fábrica, y

sufría porque las máquinas fueran a quitarles el trabajo.

La sopa de pan es mi recuerdo de entonces. La tía partía los mendrugos secos dentro del agua hirviendo y removía despacio pero sin descanso. Los ajos ya llevaban un rato hirviendo, el tomillo sólo se añadía de tarde en tarde. Yo araba caminitos en el plato con la cuchara. Mis tíos comentaban la jornada en voz baja, la noche era helada pero la sopa calentaba la casa y el alma. Los días, de este modo, siempre terminaban bien.

El pueblo vivía el furor de las fábricas de hilados: la nueva religión de la máquina de vapor, que, en tan sólo unos años, dejó todo el río respunteado de chimeneas. Desde la ventana sucia de la fábrica, la superficie del agua era un arenque de oro que pasaba de largo. Entré a trabajar allí a los catorce años, esa edad desganada en que el cuerpo te queda grande y el espíritu se llena de dudas.

Mi tía María era muy beata. Le gustaba hablar con los curas después de la misa y decirles que la homilía le había gustado mucho. Ella lo llamaba «tener una cortesía». Para distraerme, mientras tanto, yo peinaba con un pie las piedritas del camino. Pasaba el rato de esta forma cuando un día oí una voz que me preguntaba:

–¿Qué haces?

–Nada–respondí.

Era Melchor Picornell. Yo lo conocía de lejos, como a todo el mundo, pero de cerca era más guapo. En su casa tenían máquinas. Eran más listos que ricos.

Habló él. Dijo que hacía buen tiempo, que el cielo estaba muy azul y que no se veían nubes. Se corrigió observando que en realidad no podía decirse que hiciera tan bueno, porque hacía demasiado calor para estar sólo al inicio de la Cuaresma. Añadió que el calor le disgustaba y que él era partidario del frío intenso de los meses de enero y febrero, que a partir de marzo el año ya no le apetecía. Me preguntó a mí qué estación me gustaba más y yo sólo pude decir:

–Nunca lo he pensado.

Entonces señaló un gato y dijo:

–Mira, un gato.

Yo me quedé mirando el bicho, que también peinaba piedritas del camino con las patas.

–¿Has visto? Hace como tú–dijo Melchor, y se echó a reír, pero con una risa nada grosera, que no molestaba. Una risa de persona sin maldad.

A finales de Cuaresma ya estábamos prometidos. Pidió mi mano delante de un plato de garbanzos, en la fonda de mis padres. Mis tíos también estaban y también el padre de él, un payés grandey malcarado que no gustó a nadie. Su madre no vino porque llevaba veinteaños muerta.

–Ruega a Dios para que los hijos no se parezcan al suegro–escuché que decía la tía, bajito, junto al oído de mi madre–. Este hombre da miedo. Me han dicho que por las noches se transforma en gato negro y va por las casas arañando a las personas que duermen. Más vale que la niña se aleje de él tanto como pueda. Sobre todo, que no vivan juntos.

Tal vez Melchor también tenía miedo de su padre. Nunca me lo dijo ni yo le pregunté. Mi marido no creía en gatos negros, creía en máquinas de vapor. Sólo pensaba en hacerse rico.

–Tenemos que irnos a algún sitio donde haya futuro–decía.

–Futuro hay en todas partes–contestaba yo.

Las criaturas fueron llegando. Una cada año, hasta sumar seis. Todas tocadas por el frío, como las coles de nuestras tierras; y todas hembras. La tía decía que casarse en febrero hace nacer niños por Navidad. Yo me pasaba los inviernos pariendo. Mi madre me atiborraba de sopas de nabos donde flotaban las hilachas de un huevo o dos. La tierra se nos comía los hijos lo mismo que las suelas de las alpargatas. Algunos se iban

antes de que hubiéramos tenido tiempo ni de quererlos. El cura aún tenía en los labios la bendición bautismal y ya pronunciaba la letanía de difuntos. Tú depositabas al pequeño dentro de la sepultura y sentías un vacío nuevo, como si te hubieran arrancado algo, pequeño pero muy importante. Algo tuyo, que te hacía falta.

En aquellos días vivíamos en el hostel y trabajábamos en la fábrica. Los amos no nos querían escuchar, nos dispensaban el mismo trato que mi padre daba a las mulas. Melchor parecía a todas horas un pájaro en otoño, sólo pensaba en volar. Yo le decía a mi madre que Melchor estaba distinto, que me costaba entenderle.

Mi madre decía:

—A las personas sólo llegas a conocerlas cuando te has comido con ellas un saco de sal. A tiaunte falta mucho, no has hecho sino empezar.

A mí me daba miedo huir, pero aún más contradecirle. El cura decía que a los hombres no hay que contradecirles jamás. Mi madre decía que los hombres hablan y las mujeres escuchan. Mi padre decía que las mujeres dudan demasiado y no saben tomar decisiones.

Entonces un día llenamos un carro con las tres hijas que nos quedaban y un hatillo con nuestras cosas. No quise ver a mi madre derramar lágrimas por nosotros. Me dio un abrazo largo, fuerte. En aquel tiempo, las despedidas eran para siempre y los viajes no se acababan nunca. Decían que en Mataró había mar, viñas, vapores, tren, dinero y mucha gente... decían que aquí la vida era distinta, mejor, más avanzada. Yo sólo encontré una ciudad feroz, sucia, donde había muchas personas pero cada una era una extraña para las demás. Nunca había visto calles tan derechas ni tan largas, ni tantas casas juntas con tanta gente dentro. Los árboles de la Rambla estaban tristes y torcidos, pero aquí les parecían bonitos. Señal de que muchos no habían visto. Las viñas estaban enfermas, las fábricas repletas de gente, el dinero se escondía siempre en los mismos bolsillos. Había más ricos aquí que en el pueblo, pero trataban como a perros a quienes no eran como ellos.

Llegamos en el mes de abril de 1853, con tres criaturas muertas de hambre y de agotamiento. La primera noche la pasamos en una fonda sucia de la calle Llauder, durmiendo en el suelo y comiendo arroz y fideos. Después un conocido nos encontró un cobijo en la calle del Carmen. Las niñas se vestían con la ropa que nos regalaban las vecinas. Comíamos lo que podíamos encontrar. A pesar de todo, Melchor estaba contento, ilusionado. Trabajaba de sol a sol. Comenzó de tejedor y en sólo cinco semanas ya era contra maestro. Le pagaban treinta libras a la semana. La hija mayor, Teresa, que ya tenía trece años, entró de hiladora en el vapor Biada. Era lista, sabía cómo utilizar todas aquellas máquinas de nombres complicados, las selfactinas, las mule-jenny... Las pequeñas se quedaron conmigo y me alegraban los días, a veces me ayudaban a coser cuando teníamos trabajo de alguna fábrica. Más tarde iban a la escuela para niñas pobres de las monjas de Loreto, en la calle San José, para aprender «catecismo, civilización, moralidad, calceta, encajes, a bordar, leer y escribir».

Yo pensaba en mi madre constantemente. Cada día preparaba la escudella como ella me había enseñado, con las vituallas que tenía más a mano. Poca carne, un buen pedazo de tocino, alguna hortaliza, un buen puñado de garbanzos. No teníamos nada. En la cocina sólo había tres platos de barro, una cazuela, una olla, dos palanganas y un cuchillo mellado, todo muy viejo y muy usado. De todos modos el arroz sabía a gloria cotidiana. Por las noches, tomábamos la sopa de pan de la tía. Las niñas abrían caminos entre las migas, reconcentradas. La sopa de pan fue mi modo de aferrarme a mis recuerdos. Alrededor de la mesa, bajo una diminuta llama, las cosas volvían a ser como siempre, a pesar de que todo a nuestro alrededor había cambiado. La memoria de los sabores es la más perdurable, y me transportaba a cada cucharada. El pasado era otro país al que no podrías regresar jamás. Las niñas devoraban y crecían.

Cuando veía un gato negro, creía que era mi suegro que me estaba vigilando.

Enseguida le daba algo de comer, porque no quería que memaldijerani que arañara a las niñas. Siempre volvía. Si no le daba nada, maullaba bajo la mesa. Cuando se dormía junto al fuego lo observaba, para ver si reconocía sus rasgos. Siempre esperé que arrancara a hablar como una persona, pero delante de mí guardaba silencio, disimulando. A veces pensaba que hablaba con las niñas, que les llenaba la cabeza de mentiras y miedos. Tenía el pelaje sucio de mil tejados y las uñas largas como un demonio.

Entonces llegó aquel mal horrible. Parecía que los aires marinos tenían que libramos de todo. Pero el mal llegó en tren, eso decían, desde Barcelona. Aquel prodigio que era la suerte y la prosperidad de la ciudad, la causa de la riqueza de muchos, fue también sudesgracia. En Barcelona, decían, las personas morían de diez en diez. Por las noches los carros pasaban por las calles para llevarse los difuntos. Muy pronto aquí ocurrió lo mismo, aún peor. El verano propagó la enfermedad. No había casa sin infectados. Todas las precauciones resultaban en vano, igual que nuestras vidas. Durante todo el mes de agosto las bajas no cesaron. Las fábricas cerraban, el silencio hacía más denso el aire, no había nada que comprar, la gente estaba aterrorizada. Y aquello sólo era un ensayo, un aviso de la auténtica tragedia.

El mes de septiembre fue feroz. Nunca se había visto nada igual. Día tras días la epidemia se agravaba. Y de todas aquellas jornadas interminables hubo una que quedó en la memoria del horror para siempre: el 6 de septiembre de 1854. El día negro del cólera morbo. Los enterradores trabajaban día y noche pero no daban abasto. Tráfico de muertos Riera arriba, montaña arriba, hasta la explanada del Cementerio de los Capuchinos. No había tiempo para misas ni despedidas. Era necesario hacer desaparecer a los muertos lo antes posible. El olvido corría prisa. Abrieron aquel hoyo gigantesco, donde nos fueron depositando, anónimos e inútiles, a los ciento diecisiete que morimos en un solo día, y los del día siguiente, y el otro, los de toda la semana. La epidemia sólo estuvo controlada a principios de octubre. Demasiado tarde para nosotros, pobres pilas de cuerpos.

Fuimos olvidados de inmediato, como mandaban las autoridades. También yo, Mónica Micola Sellarés, natural de Sallent, la primera en llegar de toda una estirpe que aún no puede adivinarse, muerta de un mal inútil, madre de tres niñas que son para siempre mi gran aportación a la historia: Teresa, Margarita, Mónica. Vuestros descendientes, que muy pronto no me recordarán, son mi herencia viva. Viviré en todos vosotros, hijos, nietos, bisnietos, nietos de mis nietos, personas del futuro que habréis de hacer más largo mi camino. De mis descendientes y de sus hechos sobre la Tierra, ni puedo ni pienso decir nada. No es a mí a quien corresponde dar explicaciones. El futuro está repleto de extraños que se nos parecen. El pasado es una casa que nos pertenece y que nunca hemos pisado.

Aquí os dejo todo cuanto soy: una tumba cerca del mar y un olvido que no merezco.

3 de marzo de 1920

Florián no cree en estas cosas, pero desde que el reloj de pared sonó para Juan Abril, se inquieta cada vez que su mujer saca el tema.

–Tal vez deberíamos regalarle este trasto al chatarrero–dice Margarita.

Juan Abril murió el miércoles, dos horas después de que lo pescaran del agua que hervía en la caldera. El sábado por la mañana, su madre, Rufina Abril, acude al despacho del patrón. Él le pide al escribiente que se vaya para atender a la señora sin testigos. Supone que viene a cobrar la parte del semanal que quedó pendiente. Lo tiene previsto. Hus ha dejado el sobre preparado estamismamañana.

Florián le pide a Rufina que se siente y cierra la puerta. Es una mujer de poco más de cincuenta años, tan alta y bien formada como si tuviera cuarenta. El disgusto le ha estropeado la cara y le tiemblan un poco las manos. Dice que viene a darle las gracias. No esperaba que se hiciera cargo del entierro de su hijo.

–No he conocido a ningún hombre más fiel a su palabra que usted, señor Pujolà–añade, con los ojos húmedos.

Florián dice que no se merecen, le quita importancia al gesto. No puede evitar añadir:

–Mi padre lo habría querido así.

Rufina Abril le mira como si le costara decidir algo. Decírselo, no decírselo. Tal vez este hombre debería saber de una vez–hasta donde ella misma sabe–por qué Silvestre protegía a su hijo, por qué le pidió que se ocupara siempre de él, en un gesto que ni ella esperaba y que durante muchos años ha sido la suerte de su vida. Florián nunca le ha preguntado nada, tal vez por discreción o tal vez por auténtico desinterés. Y ella, que no es de las que gusta de hablar del pasado, se ha conformado.

–He sufrido mucho por este hijo–reconoce Rufina–y algo me dice que el sufrimiento aún no se ha acabado.

En el vía crucis de Rufina están el incendio de la tintorería, los mítines lerrouxistas, las noches fuera de casa, toda clase de malas compañías, la pistola que una vez encontró bajo un colchón, la temporadita que pasó en la cárcel, las noches de taberna, los amores con aquella furcia joven de nombre sonoro, la huelga general de 1913, los gritos desde el balcón de su casa a un montón de seguidores exaltados que esperaban en la calle, las asambleas de Barcelona, las persecuciones de la policía...

Florián piensa que a él Juan Abril también le ha hecho sufrir. Durante mucho tiempo pensó que Viladevall tenía razón y que aquello era una bomba que terminaría por explotarle en la cara. Ahora todo ha terminado.

Rufina duda de nuevo.

–He venido por otra cosa–dice–. Necesito que me responda a una pregunta.

–Le escucho.

–¿Piensa que pueden haberlo matado?

–¿Cómo dice?

–¿Cree que tal vez algún otro trabajador...?–Hace una pausa para digerir sus propias palabras–. Mire, sé muy bien que mi hijo tenía montones de enemigos. Últimamente se había enamorado de aquella mala mujer y siempre iba corto de dinero. También tenía preocupaciones... y secretos, muchos secretos. Cosas que no me decía. No me lo quito de la cabeza. ¿Cree que pueden haberlo asesinado?

Florián contesta con un silencio preocupado. La pregunta lo ha tomado por sorpresa.

–Mujer, esa palabra...

El patrón sabe bien qué pie calzaba Juan Abril. Sabe que incluso en los sindicatos

mucha gente no lo podían ver. No digamos entre los poderosos, entre los ricos. No tenía por costumbre callar, le gustaba hacerse ver, se valía a menudo de las amenazas y más de una vez llegaba a las manos. Incluso sus propios compañeros lo odiaban.

—Yo estoy seguro de que fue un accidente—concluye, finalmente, y la mujer respira, aliviada, porque tiene lo que quería.

Rufina se despide con un apretón lánguido de manos. Tiene la piel suave y tibia. Intercambian una mirada generosa, fraternal. La mujer en ningún momento se ha permitido las lágrimas. Vuelve a dar las gracias. Florián le entrega el sobre con el semanal de su hijo. Está entero, aunque sólo trabajó media semana. El último gesto.

Rufina Abril baja la escalera con movimientos rápidos. Antes de salir, se detiene delante de la caldera donde murió Juan. Permanece allí un buen rato, mirando. Pensando. Tal vez reza, piensan los tintoreros que faenan y la miran de reojo, inquietos. Después se va, sin mirar a nadie y sin hacer ruido.

7 de marzo de 1920

Durante su cautiverio, Teresa se aburre mucho, pero disimula para no darle esa satisfacción a su madre. Lee una novela que le ha prestado Tomasa y que le entretiene las horas. Se llama Philippe Derblay, es de un autor francés que nunca había oído nombrar, Georges Ohnet, y habla de un amor muy trágico que acaba bien. La cocinera dice que el libro lo olvidó en el hostel Montserrat un cliente extranjero cuando ella era joven. Todo este tiempo lo ha conservado sin saber muy bien qué hacer con él. Hoy está muy orgullosa de no tirar nunca nada, quién sabe cuándo algo puede ser de utilidad. La vida es muy larga.

Tomasa también le sube comida. Le cuenta al gato *Gatoque* que no entiende qué es eso tan terrible que ha hecho la muchacha y que le da mucha pena que tenga que estar encerrada. Por eso le preparará algo que le guste, que la consuele. La comida a veces consuela. Costillitas de lechal rebozadas serían una buena opción, sí. Eso piensa. Se las sube en tuta bandeja, medio a escondidas, cuando la señora está en su visita benéfica de todas las tardes. Ayer le subió un cestito de cerezas muy oscuras y muy grandes.

—Cenaremos dentro de tres cuartos de hora, Tomasa—dice la señora Margarita, cuando llega de misa de siete.

Hoy los señores cenan pescado en salsa, guisantes y habas. La primavera mata el aburrimiento de los platos de invierno y en esta casa es muy bien recibida. El pescado de Tomasa es el mejor del litoral, lo dice el señor Florián, que es de comer poco pero bueno. Ella contesta con una media sonrisa pícara, discreta, como si no le saliera. A Teresa le ha subido una sopa de tomillo por orden expresa de la señora. Comida de enfermos, qué crueldad, si sabe que la niña detesta la sopa de tomillo.

Quedan los señores solos, cara a cara. Está tan oscuro que es necesario encender una luz, un quinqué eléctrico que emite una claridad tan diminuta como la de una vela. Eso suponiendo que no haya cortes de suministro, como es habitual. A pesar de ello, todos consideran la novedad todo un prodigio. No hay casa que quiera renunciar al placer de la electricidad, si los amos pueden permitírselo. Marido y mujer atienden las cuestiones domésticas en menos de un minuto.

—He comprado zapatos para las niñas y una cazuela para Tomasa. Las facturas las recibirás en la tintorería, como siempre.

—Está bien—contesta el marido.

—Quiero hacer una caridad de cien pesetas a las Hermanitas.

—¿Cien? ¿Por qué tanto?

—Las necesitan.

—Tal vez nosotros también.

—Ya me he comprometido con la hermana Consolación, no me hagas quedar mal.

—Estas monjas sólo saben pedir.

—¡Ellas no piden nada!—salta Margarita—. Las ayudo porque quiero y porque hace falta. Vale más gastar en esto que en pajaritos.

Florián le dice que pase mañana por el despacho a buscar las cien pesetas. Iba a añadir algo más, algún comentario acerca de los pájaros o de lo que debe hacer la próxima vez que quiera ayudar a las monjas, pero lo deja correr.

Una vez han terminado, ella se va arriba, a su cuarto, y él sale al patio a observar a los pájaros, que duermen. Le gusta comprobar que están bien. Contemplar las bolas plumadas que respiran le tranquiliza y le alegra.

La señora Margarita dice que se va a dormir pero aún pasa un buen rato dando

vueltas en la cama. Reza las completas, presta atención a los ruidos de la casa, a los pasos del sereno en la calle y a los pensamientos que se agitan dentro de su cabeza.

Marido y mujer duermen en camas separadas desde hace tiempo, aunque aún en la misma habitación. Es lo que todo el mundo recomienda para que los matrimonios perduren: no estorbarse. En este caso tiene además mucho sentido: Florián tiene el sueño fácil y es de dormir poco. A veces se levanta de madrugada para acudir a la tintorería a supervisar alguna mezcla. Después regresa a casa y vuelve a coger el sueño. Ella es todo lo contrario. Da vueltas y más vueltas antes de caer y después la despierta el vuelo de una mosca. Si abre los ojos, ya no hay nada que hacer, no consigue dormir hasta el día siguiente. La hora de levantarse también varía. Florián, a las seis en punto, llueva o haga sol; la señora, si todo va bien, se despierta a las siete y veinte y se pone una mañanita de lana. Relee algún pasaje de la Biblia para esperar a que le entre el equilibrio. La señora Margarita piensa que las mujeres nunca deben levantarse cuando se despiertan, porque les da vueltas la cabeza y corren el grave peligro de tropezar, caer y hasta desfigurarse. Lo dijo un médico muy famoso que tiene desde entonces mucho predicamento entre la alta sociedad barcelonesa.

—Yo, problemas de equilibrio no he tenido nunca ninguno—le dice Tomasa al gato Gato, que la escucha con seriedad estatuaría—y eso que me levanto cada día a las cuatro, pobre de mí. Me despierto sola, de tan acostumbrado como tengo el cuerpo a estas miserias, y salto de la cama sin ni pensarlo. La cocina debe ser siempre la estancia más madrugadora de la casa, ya me lo decía mi padre. Cuando el primero de la familia se levante, debe encontrar el fuego encendido y a la cocinera haciendo. Eso es lo primero que debo hacer: encender el fuego con pedazos de carbón a medio consumir del día anterior. Después, el café y el chocolate.

Hoy Tomasa piensa que si distrae un par de huevos nadie lo va a notar. En la despensa hay un montón, porque la señora quiere crema otra vez, menuda manía.

Le preparará a la niña un pequeño capricho. Una tortilla con cuatro alubias que sobraron anoche. Aquí las tortillas no son un plato de enfermos. A Teresa le gustan aunque se encuentre bien. Cuando su madre no la ve, le gusta sorber huevos crudos después de practicarles un orificio diminuto en la cáscara.

—El día que sea dueña de mi propia casa, pondré un gallinero—dice la niña.

Tomasa le da vueltas. La viuda Sust no parece muy afín a las gallinas. Tal vez la nena deberá esperar a que se le muera la suegra para realizar su sueño. Y aquella mujer no tiene ni mucho menos cara de querer morirse.

Rubia, esponjosa, brillante, envuelta como un regalo y al punto justo de sal. Sólo quienes no saben nada de cocina piensan que hacer una tortilla es fácil.

Tomasa sube la escalera con el plato en la mano. Palpa la puerta de Teresa buscando la llave en la cerradura, pero no encuentra nada. El gato la ha acompañado con discreción y rasca la puerta con las zarpas. La voz helada de la señora le da un susto de muerte:

—¿Qué llevas ahí, Tomasa?

El corazón de la cocinera se dispara. No quiere demostrarlo. Es demasiado mayor. Demasiado orgullosa.

—He pensado que la niña debía comer algo.

—Ah, ¿has pensado?

—Sí, señora.

—¿Tú sola?

—Sí, señora, yo no...

—¿No te dejé claro qué debías traerle?

—Sí, señora, pero la sopa de tomillo no le gusta. Ni siquiera la ha probado.

—¡Eres demasiado atrevida!—levanta la voz Doña Margarita, tendiendo una mano en la oscuridad—. Dame eso.

Tomasa le entrega el plato contra su voluntad. Doña Margarita inspecciona, olisquea. El mal humor le agita la respiración.

–Le ruego me disculpe el atrevimiento.–La veterana Tomasa sufre sólo por tener que decir estas palabras a una mujer siete años más joven que ella y a quien nunca ha podido soportar, pero sabe que se ha extralimitado y debe pagar por ello–. Me daba pena la niña.

–¿Pena? ¡Cállate!–Doña Margarita resopla como un buey. Sufre mucho, como suele ocurrirles a quienes quieren ejercer el control absoluto y siempre descubren algo que se les escapa.

Pero no es suficiente. Margarita aún no está tranquila. Necesita algo más, un gesto hiperbólico. Sin pensar, lanza el plato, con tortilla y todo, a la cara de la cocinera.

Tomasa se sobresalta. No se lo esperaba. ¿Alguien puede esperar algo así, en realidad? No hace ningún aspaviento. Se limpia el pringue de la cara. Aparta el pie, que ha quedado o bajo el plato. Desafía a la señora con la mirada.

–¿Se ha vuelto loca?–le pregunta–. Si llega a estar un poco más caliente me habría quemado la piel.

–La culpa es sólo tuya. Si vuelves a desobedecerme, te despediré–grita, fuera de sí, antes de marcharse con la dignidad de una heroína de tragedia griega.

Tomasa murmura: «No le voy a dar ese gusto».

Y comienza a recoger pedazos de tortilla del suelo y los escalones.

Primavera de 1920

Antes de empezar a trabajar como pianista del cine Gayarre, la de Eusebio Fort era una vida sin ficción. No tenía por costumbre leer libros, le daba una pereza enorme salir de casa para ir al teatro y las radio novelas todavía no se habían inventado. Muy de tarde en tarde hojeaba el periódico en el Ateneo pero nunca encontraba la necesidad de leer la letra pequeña. No estaba enterado de los desastres del mundo ni le interesaban en absoluto los asuntos de política. Las únicas imaginaciones que se permitía eran las dudas que le provocaba la interpretación de alguna partitura, pero nunca podía apaciguarlas porque de las vidas de los compositores tampoco sabía gran cosa.

Antes de entrar por primera vez en el cine Gayarre de Mataró, Eusebio Fort sólo había pisado un cine en contadas ocasiones, de muy joven. Siempre con su padre, a quien después de ir de putas le gustaba descansar un poco en la penumbra de una sala de proyecciones. Y como las putas las buscaba en Barcelona, el cine también lo encontraba allí.

De aquellas tardes conserva Eusebio Fort un recuerdo raro. De una parte le molestaba el público escandaloso—formado por obreros y pescadores—de la mayoría de los locales que quedaban cerca de la Rambla. Las proyecciones sólo le interesaban a veces. En el famoso Cinematógrafo Napoleón de la Rambla de Santa Mónica vio una película sobre el entierro del «insigne vate» Mosén Jacinto Verdaguer. No recuerda si fue la misma tarde u otra distinta, pero en la misma época acudió al Cinematógrafo Martín de la Rambla de los Estudios a ver otra filmación que se titulaba *La coronación de S.M. El rey Alfonso XIII*, y que ya sabemos de qué trataba. Su padre, que era monárquico o catalanista según la película que proyectaran, disfrutó tanto que quiso volver a verla en el Palado de la Ilusión, una sala que estaba en la calle de las Cortes Catalanas. Se lo pasaron en grande.

En aquellos primeros años, antes de que el cine cumpliera su primera década, casi nadie se lo tomaba en serio. Habían nacido en las barracas de feria ambulantes, compartiendo protagonismo con canzonetistas, magos y artistas de circo, unos orígenes demasiado humildes para que los grandes intelectuales se rebajaran a considerarlo. Para la buena sociedad, aquellas proyecciones sólo eran un vivero de camorristas. No fueron ellos, por una vez, sino las clases proletarias, quienes lo convirtieron en un fenómeno de masas, el primero que el mundo presenció. Por primera vez, un obrero de Nueva York y otro de Mataró podían emocionarse al contemplar exactamente las mismas cosas.

Durante la primera década del siglo xx, Barcelona era una de las urbes con más salas de proyección del mundo, igualada con Berlín y sólo superada por París y Nueva York. De resultas, las ciudades que vivían a la sombra de la capital tenían una oferta cinematográfica admirable. En Mataró, por ejemplo, funcionaban cuatro salas a pleno rendimiento.

Los dos Eusebios Fort pensaban que el cine era una buena manera de entretener una tarde de licencias. Programa doble: putas y películas. Cuando dejaron de ir juntos a las primeras, ninguno de los dos mantuvo la costumbre de las segundas. La afición les duró lo que tardó en iniciarse el hijo.

La llegada de las películas no documentales a la vida de Eusebio Fort fue como un terremoto. Las emociones que desprendían las imágenes, su viveza, su encanto, su credibilidad... lo zarandeaban de la cabeza a los pies. En la pantalla todo era tan real que fascinaba. Cuando salía una dama con un vestido bonito el público exhalaba un

«¡Oooooohhhhhh!» emocionado. Las risas eran estentóreas, igual que los aplausos finales si las historias terminaban bien después de mil calamidades. A veces aplaudían tanto que no se oía el piano.

El Gayarre estaba en mitad de la Rambla. Lo llamaban Can Pepet por su propietario, de nombre oficial José Cugat. Se enorgullecían de ofrecer la mejor programación y la sala no estaba mal, con la pantalla enmarcada por un émulo de cortinajes muy vistoso, coronado con un medallón. En mitad del patio debutaban cuatro columnas de hierro sostenían el gallinero y arruinaban la película a más de un espectador, que igualmente había pagado los diez céntimos de la entrada general. En invierno hacía un frío que pelaba y no era nada raro salir de allí con la ropa llena de chinches—de hecho, el segundo sobrenombre popular de la sala era «can chinche»—, pero lo peor de todo era la concurrencia. Comían de todo: montañas de cacahuetes—las cáscaras las tiraban al suelo—, piñones, avellanas e incluso algún que otro melón. Cuando no tenían la boca llena chillaban como locos. Especialmente los miércoles, el día favorito de los marineros. Si algo les desagradaba, organizaban una refriega. Se desgañitaban, lanzaban cáscaras de frutos secos a los músicos e incluso podían romper algún banco. No es raro que la gente civilizada se lo pensara dos veces antes de poner los pies allí.

Eusebio Fort llega temprano, para hacer dedos, encender la lamparita eléctrica diminuta que le permite ver las teclas y para abrir el biombo que lo protege de las miradas—y otras cosas, dicho queda—del público. Hay días en que en lugar del piano, el acompañamiento a la película lo pone un terceto de viento. Entonces el biombo es indispensable ya que, nadie sabe por qué, los espectadores del Gayarre respetan más el piano que las trompetas.

Si puede, le gusta ver un pedazo de la película. Muy de vez en cuando le muestran una partitura. Una vez vio una que llegaba de América y que llevaba escrito en el encabezamiento la marca de la proyección: «Goldwyn Pictures». Pero como las líneas del pentagrama se alternaban con instrucciones en inglés, no le sirvió de nada. Lo mejor es improvisar. Cuando los enamorados se ponen melosos, toca El vals de las olas, que acompaña muy bien y hace llorar a la gente. No falla jamás. Pero si tiene el día inspirado no le importa regalar la Canción de taberna de Mendelssohn o la Romanza en fa de Beethoven. Todo es recibido del mismo modo: una indiferencia entusiasta. Los dedos corren sobre el teclado si entra un tren en la estación o todavía más si arrecia una tormenta—a veces improvisa una versión económica de la Rapsodia húngara de Liszt—, aunque su especialidad son las persecuciones y las carreras, cuando aporrea el piano tan deprisa que asusta a los niños que se sientan cerca del biombo. El cine es para él tan agotador como un combate de boxeo.

Entre los clientes, hay una multitud de enamorados del invento de moda que se ufanan de ser sus contemporáneos.

—¡Oiga, que yo nací con el cine! ¡Un respeto!

Es esperanzador creer en lo que muestra la pantalla. Un mundo más justo, donde hombres y mujeres son iguales, los trabajadores pueden hablar con los patronos cara a cara y sin temor, las rígidas conductas sociales no dictan la vida de la gente, las mujeres ya no llevan corsé—ni en el cuerpo ni en el alma—, las relaciones son más espontáneas, más naturales, más hechas a la medida de los sentimientos y no de las apariencias. Ya son muchos los que creen en ello. Es una generación completamente nueva, que ha crecido en la penumbra de las salas y que al llegar a jóvenes ya son sabios. La primera generación moderna de la historia. La primera que, cuando dé su primer beso, pensará: «No es como en las películas». La primera en recibir una educación sentimental efectiva. A esta generación pertenece Claudia Torres, el aficionado más antiguo y más fiel del cine Gayarre. Él y Eusebio Fort, a pesar de la diferencia de treinta años y de otras cuestiones que ahora no pueden imaginar, no tardarán en hacerse muy amigos para poder comentar las películas. Todos los cinéfilos

saben—y éste también es un saber que tienen en exclusiva—que el segundo placer más grande después de ver una película es hablar sobre ella con otro que también la conozca.

A saber qué habrían pensado de ellos todos esos antepasados que se pasaban la vida observando la tierra que pisaban y los rostros conocidos de media docena de vecinos.

12 de marzo de 1920

El día en que por fin la deja salir, doña Margarita lleva a su hija mayor a casa de la modista, que vive en la calle de San Ramón. Allí se encuentran con la viuda Sust y Teresa se da cuenta de inmediato que no es una coincidencia. Las dos mujeres hablan de sus asuntos sin parar y el tiempo parece espesarse. Teresa, sentada en una butaca, se mira los pies sobre los dibujos vegetales de la alfombra. Cuando pasan al taller, las telas ya están preparadas. Sólo colores neutros y naturales: grises, tierras, marrones, blancos rotos. Menudo aburrimiento, dan ganas de morirse.

«Con los colores tan preciosos que salen de las cubas de la tintorería y la hija del tintorero tiene que ir vestida de monja», piensa Teresa.

Las dos señoras asienten con la cabeza, muy satisfechas con el muestrario. Felicitan a la responsable por la selección. La modista va vestida de color gris oscuro. No se le ven los zapatos. Son tres antiguallas.

Teresa no puede elegir. Todas las telas le parecen horribles. Decide doña Margarita. Gris perla. Media manga. Escote redondo. Corsé blanco de jovencita (más firme que el de niña, más blando que el de señora). Nada de acortar las faldas: exige un palmo más de lo que la moda manda. La modista lo habría hecho de todos modos. Nada de desfajarse: las mujeres tienen que estar comprimidas. También son muy contrarias a la costumbre de enseñar la pantorrilla, qué vulgaridad. Del color de moda, el azul marino, ni siquiera han oído hablar.

El vestido estará acabado para la fiesta mayor. Teresa lo estrenará para ir al oficio. El estudiante dejará un rato los libros y le ofrecerá el brazo para entrar en la basílica de Santa María. Tal vez tenga un día elocuente y le dedique dos o tres palabras. Del otro brazo se agarrará la futura suegra, que no deja a la criatura ni a sol ni a serena. Su suegra tal vez luzca su collar de perlas, único alivio del duelo que—según ella—puede permitirse una mujer decente. Incluso los monaguillos visten con más alegría.

Teresa aún espera que ocurra algo. No sabe qué.

13 de marzo de 1920

Después de darle muchas vueltas, Florián ha decidido reunir a los hombres de la tintorería y preguntarles directamente si lo de Juan Abril fue un accidente o no. Sin tapujos: si alguien lo empujó dentro de la caldera.

Del primero al último, los hombres callan. Los aprendices—algunos están por debajo de la edad permitida por las leyes y se esconden cuando viene una inspección—ponen cara de susto. Estos no saben nada de nada, no llevan aquí ni seis meses. Los veteranos se lo toman de otra manera.

—¿De verdad preguntas si lo matamos nosotros?—responde Domingo, el cuñado, con una mueca de desprecio.

Hacía años que no le dirigía una frase tan larga.

—Pregunto lo que necesito saber—dice Florián.

—No fue por falta de ganas—añade Domingo—ni de motivos. Era un mal bicho.

—Aquí no lo queríamos. Lo aguantábamos por ti, patrón.

Ha hablado Sebastián, quien a sus cincuenta y seis años es el más veterano. Florián le tiene gran respeto: fue la mano derecha de su padre y también la suya.

Ayudó a pensar estas naves para que se convirtieran en la empresa moderna que su padre quería y ha trabajado aquí hasta dejarse la piel. En este oficio nadie tiene nada que enseñarle. Como lo sabe bien, a menudo va por libre. Si a alguien no le gusta lo que dice, tiene que aguantarse. Sebastián no obedece a nadie, ni a los patronos. Mucho menos a los líderes de tres al cuarto como Abril, que estaba convencido de que había inventado los sindicatos. Es un perro viejo, ha vivido muchas vidas, y en alguna de ellas también ha sido sindicalista. Abril y él eran fuego y rastrojo.

—¿Los demás no tenéis nada que decir?—insiste Florián.

Está claro que de esta reunión no van a salir asesinos confesos. Lo que salen a la luz son algunos secretos.

—Abril era una persona dañina, un trepador—añade Antón, el fogonero—. Yo no quería ni que me mirara. Siempre presumía de ser más que nosotros.

—También podrías haberlo matado tú, jefe—dice Rafael, uno de los compañeros del muerto, de treinta años, más o menos su misma edad—. Últimamente sólo hablaba de denuncias. Decía que no cumplías las leyes, que él te las haría cumplir a la fuerza, que Viladevall es un estafador. Investigaba, sabía cosas.

Florián detiene estas acusaciones con una sola frase:

—¡Muchacho! ¡No sigas por ese camino! Estamos hablando de muertos y no de vivos.

Florián hace lo que debe, pero no se extraña de nada. Pasa todas las horas del día con estos hombres, los conoce muy bien, sabe lo que piensan. Sabe que Viladevall no les gusta.

—¿No ves que no queremos hablar de aquel mal bicho?—pregunta Sebastián—. No era nadie. Sólo un esquinado.

La vida está llena de esquinados.

—Pero bien habéis sacado algún provecho de sus triunfos, ¿no es así? Ahoratrabajáis diez horas. Si no fuera por él, seguiríais trabajando las catorce de antes. Veo que olvidáis rápido.

Los hombres se encogen de hombros.

—Eso que dices no lo hizo él solo—replica Marcelo, otro de los que pasan ya de los cincuenta—. Únicamente gritó más que los demás.

La reunión se disuelve porque nadie piensa añadir nada más y porque el trabajo los

espera. Mientras Florián se retira hacia el almacén, se le acerca Pedro Rigau, uno de los aprendices. Tiene dieciséis años y la cara quemada por el ácido. El accidente ocurrió hace poco más de un año. Sulfúrico. No ve muy bien con el ojo derecho y tiene la boca un poco torcida, pero, en conjunto, tuvo mucha suerte.

–Patrón—le llama el aprendiz, con timidez.

—¿Qué quieres ahora?

—Quería contarle algo. Cuando todo pasó... Lo del accidente, digo. La muerte de Abril. Cuando pasó...

—Habla de una vez.

—No había nadie aquí. Bueno, nadie... excepto un hombre.

—¿Qué hombre?

—Planas.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque estábamos todos arriba, colocando el algodón en el secador.

—¿Todos?

—Menos Planas y Abril.

—Eso no significa nada. Ha pasado mil veces.

—Lo sé. Pero es raro que nadie nos avisara. Cuando bajamos, Abril llevaba un rato en la caldera. A Planas aquel día le tocaba el azul.

Florián no contesta. Quita importancia a las acusaciones. Le dice al aprendiz que se vaya. El muchacho de la cara quemada sale y lo deja solo con sus preocupaciones, que a ratos queman más que el ácido de las tinajas. Un miedo incierto, inconcreto, le remueve algo por dentro, aunque sólo durante unos segundos.

Después la vida continúa, como tiene por costumbre.

15 de marzo de 1920

Por la tarde, cumpliendo sus obligaciones sociales y acompañada por la camarera Pepa, Teresa Pujolà va de visita a casa de la viuda Sust. Lleva una bandeja de crema que da gusto mirar y, sobre todo, oler.

–Una gentileza que le envía mi madre–dice la chica, aunque la crema la ha hecho ella con Tomasa.

La viuda Sust la recibe en el saloncito de su casa. La llama «hijita» y le habla con una familiaridad y una dulzura que a Teresa le gustan. De hecho, le gusta mucho más su futura suegra que su futuro marido.

Hablan del frío, tema universal. La señora Ramona no lo encuentra comparable al de antes, como todos los viejos de todas las épocas, un extraño fenómeno que los sociólogos aún no investigan. De la cocina llegan bizcochos y tazas de chocolate. Los trae una camarera joven con un escote muy generoso que responde por Rosina. Pepa come demasiado y Teresa debe regañarla con la mirada, sin que se note. Comentan las delicias, y la viuda hace preguntas sobre el trabajo del futuro consuegro: que si es muy peligroso, que si requiere muchos conocimientos. También habla de Margarita, alaba sus obras de caridad, su dedicación a las causas justas y, como en una letanía, añade:

–Las Hermanitas la adoran.

Se queda un segundo detenida en esta frase, como si le hubiera despertado evocaciones o incógnitas. Después llega la hora de criticar a los jóvenes y la señora Ramona deja claro que no le gustan los bailes ni las serenatas ni el teatro ni ningún tipo de diversión mundana. Las peores opiniones se las lleva el cine. El cine le parece un pecado mortal y cree que debería prohibirse.

–Mira, hijita, lee–le acerca a su invitada un ejemplar del *Pensamiento mariano* abierto por la página titulada «Un problema gravísimo».

Teresa finge que le interesa cuando mira la página.

–Envoz alta, hijita, hazme el favor–pidela señora Ramona.

Y Teresa Pujolà, que ya sabe que esto no es una invitación a merendar, sino un examen, lee en voz alta, en un murmullo, sin ponerse nerviosa:

–En Londres se ha fundado bajo el patronazgo católico una empresa de películas morales a fin de contrarrestar los efectos perniciosos del cine libre, que en estos últimos años se ha constituido en escuela de inmoralidad y degradación. La primera petición es que los menores de dieciséis años no puedan entrar en los cines, salvo que sea en sesiones especialmente aprobadas para ellos.

–¡Lo ves! ¡Aquí deberíamos hacer lo mismo! Yo pienso proponerlo pronto. Estos ingleses son gente muy avanzada. Y valiente.–Levanta un índice que mira al cielo, allí donde Dios castiga a los espectadores de cine.– ¿Tú has ido alguna vez a ver una de esas películas hijita?

–No, señora–dice Teresa, diciendo la verdad–. Mi madre no me deja.

–Está claro. Tu madre es como hay que ser. Hazle caso siempre en todo, ella sabrá llevarte por el camino de la rectitud. ¿Sabías que yo también pertenezco a la Orden Tercera de san Francisco?–ledicela viuda, muy orgullosa, y Teresa niega bajito, ahogando un bostezo.

Su prometido no sale ni a saludar. Al principio Teresa se siente un poco decepcionada, pero después piensa que ella tampoco se muere de ganas de verlo y encuentra algún consuelo en el chocolate, que está riquísimo.

La conversación ha virado hacia los caprichos de la moda. En estos asuntos está

claro que la señora Ramona tiene mucha opinión. Es reticente a todas las novedades y amiga de una sobriedad extrema, alejada de cualquier innovación. De las faldas-pantalón opina lo mismo que del cine y cree que cuando las señoras las usan «quieren ser señores para dejar de ser ellas mismas». Doña Ramona es defensora acérrima del vestido único.

–Una mujer como tiene que ser–sentencia–no debe vestir nunca colores llamativos ni telas estampadas, lo sabe todo el mundo. Este tipo de vestuario sólo sirve para hacer ostentación y para coquetear. Por la calle deberíamos ir todas con el hábito de san Francisco, para recordar que la moda sólo nos empuja hacia la frivolidad.

Mientras escucha estas palabras, Teresa Pujolà piensa que la viuda Sust se aplica al pie de la letra las normas que predica, porque viste como si el siglo XIX aún no hubiera terminado. Además del luto riguroso, que no piensa quitarse nunca más, aún lleva faldas que sólo dejan ver la punta de los zapatos, mangas largas, cuellos abrochados hasta el último botón las cuatro estaciones del año y la eterna mantilla sobre la cabeza. Las pocas joyas que tenía las regaló a las Hermanitas de los pobres (con excepción del collar de perlas, que era de su madre). También los sombreros, las pieles y los abanicos. Debe de ser que ahogarse de calor también hace mejores a las personas.

–Seguro que tu madre ya te lo ha dicho, hijita. A partir de ahora cuando vayas a la modista tendrás que cambiar un poquito tus gustos.

La señora Ramona señala con la cuchara el vestido de su joven invitada. La falda es de color rosa pálido, con una cenefa malva. La blusa es blanca con un estampado de rosas abiertas, de un fucsia encendido.

El corazón de Teresa da un salto. Su madre no le ha dicho nada de esta decisión. No ve qué relación guarda la decencia con los colores del vestido. Eso son cosas del siglo pasado, y ahora estamos en el siglo xx. ¿No han mirado las revistas modernas? ¿No se han dado cuenta de que ahora todo el mundo enseña los tobillos? ¿O de que las mujeres se maquillan, se peinan, se dejan mirar pasados los cincuenta años, incluso las casadas? Una mujer, piensa, también puede vestirse para gustar a su marido. Claro que con un marido que pasa dieciocho horas al día con la cabeza metida en un libro, da lo mismo lo que te pongas.

Aunque éste no es momento ni lugar para decir estas cosas, claro.

–Tenemos que irnos. No quiero molestarla más–dice Teresa.

–No me molestas en absoluto, hijita. Todo lo contrario. Quédate un ratito más. Cómete otro bizcocho.

Teresa Pujolà hace un gesto de resignación, como si comprendiera. Tiene una quemazón en el estómago. Podría ser tristeza. Lo sería si ella fuera una joven como todas las demás. Pero no es tristeza, es rabia, una indignación inútil. Por ahora. Entonces la viuda Sust sale con aquella letanía de siempre:

–No te preocupes si hoy no puedes ver a Casimiro. Tiene mucho trabajo. Ya tendrás tiempo de verlo el resto de tu vida. Este sacrificio debes hacerlo pensando en su futuro, que estará ligado para siempre al tuyo. Una mujer siempre debe dejar en paz a su marido, tratar de no molestarle. Ellos tienen cosas más importantes que hacer, además de escucharnos. Ya te darás cuenta cuando seas un poco mayor.

La señora Ramona suelta un suspiro. Teresa la imita, pensando en otra cosa.

16 de marzo de 1920

La cara de vinagre de doña Margarita no es ninguna novedad. Tiene la labor de ganchillo en el regazo, pero ha dejado la aguja a la espera de descubrir qué es esto tan importante que la cocinera tiene que decirle. Tal vez se le haya quemado la comida. O quiere otra cazuela.

Tomasa está de pie en mitad de la sala, esperando para comenzar como un nuncio.

–Me marcho, señora—dice, fiel a la brevedad que en ella es virtud.

–¿Perdón?

–Me voy. He encontrado trabajo en otra casa.

–Pero ¿qué dices? ¡Tú no puedes irte! Llevas aquí toda la vida.

–Prácticamente, señora. Treinta y una años. Desde que el señor Silvestre y la señora Teresa Marqués me contrataron. Pero ahora ya no puedo quedarme aquí más tiempo.

Doña Margarita entiende que la situación es grave. Durante un segundo se pregunta qué puede hacer para retener a Tomasa, si es que aún es posible. Trata de quitarle importancia.

–No seas lerda, mujer. Si nos conocemos desde siempre.

–Con perdón, señora—dice Tomasa—, pero de pronto me parece como si usted y yo no nos conociéramos en absoluto.

Margarita intenta sonreír. ¿Acaso lo que quiere esta desgraciada es que le suplique que se quede?

–Ya sabes lo que se dice, Tomasa: «No conoces a una persona hasta que te has comido con ella un saco de sal». ¿Tú crees que te lo has comido en esta casa? ¿Cómo va tu saco de sal?

Tomasa se muestra imperturbable. Sólo dice:

–Ya he tomado la decisión. No ha sido fácil.

Tal vez si se disculpara por aquello de la tortilla, piensa la señora Margarita. Pero se lo quita de la cabeza. ¿Desde cuándo las señoras piden perdón a las criadas?

–Muy bien, entonces, ¿cuándo te vas?

–Mañana, señora.

–Ah, ¿tan pronto?

–Sí. En la otra casa me necesitan.

–¿Y aquí no?

–Nadie es imprescindible.

–De acuerdo.—Una pausa muy dramática—. Si esperas que te suplique que te quedes, vas lista. Gente como tú encuentro veinte cada día.

–Yo no espero nada, señora.

–O que te suba el semanal.

–Eso ya hace años que debería haberlo hecho y nunca me he quejado. Ni he robado un céntimo.

–¡Eso tendríamos que verlo!

–Ni a usted ni a nadie—se enfada la mujer—. Nací honesta, qué le vamos a hacer. La señora Teresa Marqués me lo valoraba mucho. Era muy generosa, la señora Teresa Marqués.

–¿Ahora vas a decirme que mi suegro y aquella mosca muerta te trataban mejor que nosotros?

–Le ruego que no hable mal de ellos en mi presencia.

El silencio se llena de palabras contenidas. Tomasa no pasa por alto que la señora está muy nerviosa. A Margarita le da mucha rabia la tranquilidad de la cocinera. Ninguna de las dos piensa dar su brazo a torcer. Esta conversación no va a ninguna parte.

–Espero por lo menos que dejes llena la despensa—dice Margarita Gomis.

Hoy, cuando llega el señor Fort, encuentra a Doña Margarita muy distraída. Como si tuviera la cabeza en otra parte.

No se equivoca. En los trece minutos que han separado el anuncio de la cocinera de la llegada del profesor de piano, la señora ha tratado de recordarlo todo. Motivos, agravios, faltas... No ha encontrado nada, por desgracia. El único agravio de Tomasa en treinta y una años ha sido hablar poco.

Decide suspender las visitas de la tarde y pedir ayuda a la viuda Sust. últimamente aprovecha cualquier pequeño contratiempo para plantarse en casa de su futura consuegra. Ese aire de familiaridad con el que entra, sin necesidad de anunciarse, como si ya fueran de la familia, es lo que más le gusta. Y como las circunstancias son extraordinarias, por una vez deja solas a las niñas con el profesor de piano. El gato *Gato* duerme sobre la alfombra sin sospechar que a partir de hoy nadie va a volver a dedicarle un solo discurso.

Marzo de 1920

Señorita Pujolà:

Ya que mi última misiva no obtuvo respuesta, vuelvo a intentarlo. Le decía entonces que la amaba con locura y que no había más que pensar en usted. Ahora le confieso que no he cambiado de opinión y que me estoy trastocando. Ya no puedo dormir ni con somníferos Bromural, y eso que me tomo un par cada noche, a escondidas. Un amigo querido llama manía a mi fijación por usted. Yo prefiero llamarlo destino.

Estoy decidido. Me he cansado de ser un idiota. Quiero irme a América y llevarla conmigo. Embarcaremos en el vapor Montserrat, que parte del puerto de Barcelona con destino a ciudades de nombres fabulosos: Boston, Charleston, Nueva York... Nos casaremos dos veces: primero en alta mar y luego, nada más llegar a puerto. Una vez allí, yo trabajaré y usted tendrá mucho tiempo libre. Podrá practicar algún sport. O hacerse política y presentarse a las elecciones. O tal vez aprender el idioma inglés, por si desea comunicarse con los autóctonos. Los sábados iremos a bailar. Nos compraremos un coche. Un Ford, por supuesto. En América todo el mundo va motorizado. Incluso han inventado unas pasarelas especiales para que las tristes personas que aún van a pie puedan pasear por las calles sin peligro.

Creo que lo mejor es que nos vayamos enseguida, sin despedirnos de nadie. Cuando lleguemos allí escribiremos a la familia para contarles nuestra aventura. Ay, Teresa, perdóneme, pero pensar en usted me inspira toda clase de locuras. Contésteme antes de que se me vaya la cabeza del todo. Siempre suyo,

AVELINO

17 de marzo de 1920

La segunda llegada del chico de la leche tiene música de Mozart. Se produce con la puntualidad acostumbrada, pero hoy nadie le espera ni le abre la puerta. Tomasa ya no está. La señora Margarita está contando su desventura a su futura consuegra, que la consuela con un inventario de bajezas de las sirvientas y la promesa de una sustituta de toda confianza.

Finalmente, es Teresa quien abre la puerta, contenta con la novedad. Al otro lado encuentra a un muchacho que debe de tener más o menos su edad, de pelo y ojos negros. No se le pasa por alto que tiene buena planta. Él se da cuenta en seguida de que es preciosa y de que va vestida como una vieja.

—Traigo la leche—dice él.

—Ah, muy bien. ¿Me la quiere dar?

La lección de piano ha quedado interrumpida en mitad del andantino de una sonata. A Mozart no le importa que asuntos prosaicos lo interrumpan, pero el señor Fort no lo aprueba en absoluto.

—No quiero que se canse—dice el lechero—. Se la dejaré en la cocina.

—Como desee.

Se nota que el muchacho conoce la casa, porque sabe muy bien dónde está la cocina. No pierde el tiempo, deja la leche sobre la mesa y sale sin hacer ruido, impresionado por los pájaros y respetuoso con las pianistas. O al revés.

—¿Cuántos hay?—pregunta.

—¿De qué?

—Pájaros.

—Ni idea. No los he contado nunca.

Teresa ha volcado la leche en la olla que aguardaba sobre el fogón. Ahora la lechera vuelve lentamente a sus manos legítimas.

—Muchas gracias—dice él.

—No se merecen—responde ella.

Hay como un avoluntad de alargar las palabras para hacerlas durar lo más posible, aunque no digan nada. Un juego de niños.

—Que pase una buena tarde.

—Lo mismo le deseo.

—Contaré los pájaros.

El señor Fort se enfada con el muchacho de la leche, que le distrae a Teresa. Quién lo iba a decir, y eso que hasta ayer mismo el lechero era del todo insignificante.

Junio de 1893

Dentro de la pajarera del patio, Florián Pujolà llegó a tener treinta y cuatro aves exóticas.

Este capricho de coleccionar pájaros le vino una tarde en el Paseo de Gracia de Barcelona. Acudieron en familia: él, su hermana Eustaquia, su padre y Teresa Marqués. A su madrastra la recuerda con un vestido de falda oscura y un sombrero de mucha ala, sencillo, pero que ella lleva con elegancia. Su hermanaaúnno ha cumplido los doce años y es alegre como un día de primavera. Teresa y Silvestre caminan del brazo con la cabeza alta y un cierto aire provinciano. Los dos niños orbitan a su alrededor. Van de atracción en atracción, lo miran todo con mucha curiosidad, en cada parada hacen descubrimientos, comentan las novedades y se entretienen un buen rato. Todo les parece fascinante.

En estos días el Paseo de Gracia ya se está urbanizando y los más ricos lo han escogido como el lugar más oportuno para vivir y lucirse. Algunas obras, sin embargo, se eternizan o se posponen en favor de los espectáculos que cada verano vuelven a su lugar, allí donde están desde que cayeron las murallas y los barceloneses entendieron que podían conquistar aquellos campos para divertirse. Ya no brillan lo mismo que antes, en las épocas de los Jardines de la Ninfa, los del Tívoli o los inmensos Campos Elíseos, pero todavía conservan su capacidad de sorprender al visitante, sobre todo en verano. Incluso de los pueblos y las ciudades cercanas—como es el caso—viene la gente para ver los espectáculos, que se anuncian con grandes reclamos publicitarios: «Ocho esquimales auténticos cazando un foca», o «El domador de tigres albinos Friedriksen, que murió en Nueva York la temporada pasada y que ha resucitado para su debut en Barcelona, con diez de sus fieras salvajes» o «El cuidador de pájaros Soriano y su gran pajarera repleta de maravillas voladoras de todos los colores».

Florián se detiene ante la carpa de Soriano. La entrada es oscura y es un misterio que lo atrae como el fondo de un abismo. Teresa lo anima a entrar. Lo hace con pasos pequeños, temerosos. A medida que se acerca puede escuchar con mayor claridad el canto de las aves. Se detiene justo en medio de un círculo negro y espera, impaciente. Eustaquia, que ha entrado con él, le aprieta con fuerza la mano, asustada. De pronto se enciende la luz y frente a los ojos atónitos de grandes y pequeños aparecen docenas de pájaros de colores muy vivos, volando de un lado para otro. A Florián le impresionan mucho más que los esquimales, los tigres albinos o el domador resucitado, y abre unos ojos de fascinación que Teresa Marqués sabe comprender en el acto.

—Si están a la venta, te regalo uno. Escoge el que más te guste—le dice al oído su madrastra. Silvestre refunfuña un poco.

—Mujer, el chico es demasiado mayor para pajaritos.

Pero ella, rotunda, defiende el capricho de su hijastro, la ilusión, el aspecto inmaterial e incluso inútil de la vida. Teresa Marqués sabe que las cosas que no necesitamos para nada son en verdad las más necesarias.

—Sólo tiene catorce años—dice—. Nadie es demasiado mayor para admirar la belleza.

Tienen suerte. El cuidador de pájaros Soriano tiene unos cuantos ejemplares a la venta, aunque no son baratos. De todos, Florián escoge uno que le gusta más que los demás: el diamante azul. Le dicen que normalmente estos pájaros tienen la cabeza y el pecho de colores distintos, pero que el suyo es original, una rareza. Tiene la cabeza y el pecho de un azul añil precioso. Es pequeño y elegante. Canta como un mirlo.

—¿Vivirá mucho?—pregunta el muchacho. Pero Soriano no responde, como si le hubieran preguntado una inconveniencia.

Se lo dan dentro de una caja de cartón. Florián pasa el resto de la tarde sufriendo por su diamante azul, hasta que por fin puede liberarlo dentro de una jaula. Una pequeña, sólo para él. La pajareraaúntardará unos cuantos años en llegar.

Desde esedía, Florián pasa muchas horas mirando al pájaro, sentado frente a la jaula, sin hacer nada más. Le gustan sus movimientos extraños, hipnóticos. Ya ha decidido que en cuanto pueda tendrá más pájaros, pero éste será siempre su favorito. Su diamante azul. Su rareza.

7 de abril de 1920

El lechero se llama Claudio Torres y tiene la misma edad que Teresa, tal vez unos meses más, aunque parece mayor porque ha visto más mundo y tiene mucha labia.

Sabe, por ejemplo, cómo mira una mujer cuando le despierta algún interés, aunque sea una mujer honesta, como Teresa. Es un brillo en los ojos que no se puede esconder pero que hay que saber reconocer. Hoy lo ha visto en la mirada, azul como ninguna, de la hija del tintorero. No es casi nada, pero le sirve para estar contento todo el día.

Claudio Torres es guapo, tiene buena estampa, un montón de ambiciones y sabe hacer reír a las mujeres. Comienza a darse cuenta de que gusta a más de una, y ese poder inesperado lo sitúa en el mundo de un modo diferente. También se da cuenta de que hay cosas que quiere conocer y que ahora es el momento. Ya ha escogido el modo y el lugar para comenzar y, si hoy salen bien las cosas, se convertirá en otra persona. O eso cree él, pobre optimista.

Toma el tren de las seis menos cuarto, camino de Barcelona. Los de Mataró tienen sus límites geográficos en el recorrido de 28,2 kilómetros de este tren, que por algo fue el primero de la península y uno de los primeros de Europa. El tren les acercó Barcelona en un tiempo en que aún quedaba lejos y es por esa razón que los mataroneses tienen corazón barcelonés desde la cuna.

Desde la estación de término, Claudio Torres toma un tranvía para llegar hasta su destino, en Hostafranchs. Las mulas no tienen prisa y llega cerca de las ocho. Le esperan en el bar La pansa*, en la plaza de las Arenas, donde buscan camareros simpáticos para atender a su numerosa y variada clientela. Éste es un cruce de caminos por el que todos los días pasan viajeros que entran y salen de la gran ciudad, artistas del Paralelo, viajantes de carne del matadero, carreteros, tratantes de caballos, aventureros de la noche, comerciantes al por mayor y al detalle, policías de caza y, los domingos, toreros que triunfan o fracasan en la plaza de toros.

—¿Sabe por qué llamamos La pansa a esta casa?—pregunta la dueña, estudiando al candidato de arriba abajo.

Es una mujer que pasa poco de los cuarenta, aunque a él le parece muy mayor. Ella también se encuentra vieja, por cierto. Últimamente se siente como si hubiera cumplido los ochenta, como si hubiera vivido de más. O de menos, según se mire, porque hace años que la dueña de La pansa no sabe qué es la serenidad alladode un hombre. Su marido tiene mucho olfato para los negocios, pero a ella no la quiere. Con esta tristeza vive cada jornada, las veinticuatro horas del día, sin bajar jamás la guardia ni sonreír más de la cuenta. Es peligroso ser una mujer sola en un lugar tan concurrido como éste. Para evitar escollos, estudia pormenorizadamente a cada una de las personas que traspasa el umbral de su puerta.

—Me han dicho que porque ponéis una uva pasa dentro de los vasos de aguardiente—responde Claudio Torres.

—¿Lo has probado alguna vez?

—No, señora. Yo no acostumbro a beber.

La dueña hurga bajo el mostrador, saca un vaso más bien pequeño que ya lleva la pasa en el fondo. Lo deja frente al aspirante. Del mismo lugar saca una botella de licor, llena el vaso, tapa la botella, la devuelve a su lugar, cruza los brazos y sonríe. Más que una invitación a beber parece una prueba de iniciación.

—A ver qué te parece—le dice.

El muchacho pregunta, antes de tocar el vaso, con un hilo de voz.

—¿Querría acompañarme?

La mujer no se hace de rogar. Repite toda la coreografía para servirse una copa. Brindan sin palabras. Beben con delectación. Ella, de un trago: está acostumbrada. Él, con respeto, más por el aguardiente que por la pasa. Al muchacho le parece muy rico. Ella piensa que es guapo y que tiene encanto. Parece limpio. Le pregunta si quiere comenzar ahora mismo y él reconoce aquel brillo conocido en los ojos de la dueña, pero finge que no darse cuenta. Ella le dice que cobrará diez pesetas a la semana, propinas aparte, que puede dormir arriba, en el hostel, en una habitación pequeña que compartirá con uno de los arrieros y que para las comidas tendrá que espabilarse solo, pero que si almuerza en la casa le hará un precio especial, que le descontará del sueldo. Él está tan contento que le da un beso en cada mejilla. La dueña no se ríe, pero frunce los labios en una mueca medio de sorpresa y medio de satisfacción. Cuesta mucho romper su coraza de mujer triste.

El resto de la tarde todo son lecciones y explicaciones. Un camarero veterano, que está de vuelta de todo, le explica dónde encontrar las cosas. Le dice cómo debe ponerse el uniforme, incluso cómo debe peinarse. Es muy importante estar presentable, añade. También le instruye acerca del carácter de la clientela.

—Si llevan zapatos brillantes, son artistas de teatro. Aquí vienen muchas, ¿sabes? Una vez la Bella Chelito cantó *La pulga* allí, en aquella mesa. También de vez en cuando vemos a Tórtola Valencia, o a la Bella Dorita o a la Bella Olympia, ¿las conoces? Se dan muchos aires y arman mucho ruido. A veces llegan del brazo de algún regidor del Ayuntamiento o de peces aún más gordos. Siempre piden champán francés, pero tú debes decirles que, como mucho, ratafía.

Claudio se esfuerza, trata de no olvidar nada, pone los cinco sentidos en no fallar. De fondo, la ciudad late y lo espera. No ve el momento de lanzarse a ella, de comérsela, de hacerla toda suya. Está en aquella edad en que el mundo parece un lugar que puede conquistarse sólo porque se tienen fuerzas e ignorancia para intentarlo. Barcelona es la ciudad perfecta para estas ínfulas.

Antes de que termine la tarde ya sabe qué va a hacer esta noche: se gastará más de la mitad del dinero que trae, y que debería durarle toda la semana, en comprar una entrada del cine *Bohème*, que queda justo al lado del café, y donde anuncian una película de Charlot. El cine le vuelve loco. Si fuera por él, no saldría nunca de las salas de proyecciones. En Barcelona hay un montón, y él quiere conocerlas todas. Tal vez ahora que verá a tanta gente importante tropiece alguna vez con algún artista. Sería muy emocionante. Y lo será, está seguro. Ha venido en busca de emociones y las encontrará, no piensa regresar nunca más a Mataró. Su ciudad se le ha quedado pequeña. Barcelona está hecha para él, es lo que necesita. No volverá al lugar donde nació.

No sabe, no puede saber, que todos los mataroneses en alguna ocasión han tenido estos mismos pensamientos. Es otra de las prendas que hay que pagar por haber nacido tan cerca de las tentaciones barcelonesas.

17 de abril de 1920

Florián Pujol adivina que hoy será un día complicado desde que llega a la tintorería a las cinco de la mañana y encuentra a un inspector de trabajo sentado en la puerta, fumando.

–Buenos días–saluda–. Me han informado de un accidente muy desgraciado que tuvo lugar aquí hace una semana. ¿Es correcto?

–Por desgracia–dice el tintorero, mientras invita al hombre a pasar.

–Necesito que me rellene este formulario.–El inspector busca un papel en una carpeta repleta.

Florián le pide que pase a su despacho. Su amabilidad es un poco exagerada, pero el inspector ya está acostumbrado. A la gente le cuesta comportarse de un modo natural cuando saben que los están examinando. El hombre solicita más información, papeles, datos, cifras. Florián le sirve en todo. Por ahora la situación está bajo control, piensa.

–¿Quiere ver el lugar donde ocurrió?–Ah, sí, ¡por supuesto! El señor Viladevall ya me habló de él, pero querría verlo con mis propios ojos.

–¿El señor Viladevall ya ha hablado con usted?–se extraña Florián.

–Sí, señor. Fue muy amable, por cierto. Fue él quien me refirió todos los detalles desagradables de la muerte del pobre hombre. También me contó que era de ese tipo de trabajadores que disgusta a los patronos. Según él, hace tiempo que deberían haberlo puesto de patitas en la calle. Dio a entender que usted se oponía, que le protegía. Me gustaría conocer el porqué de ese comportamiento, si tiene la amabilidad.

–El señor Viladevall nunca está en la tintorería–salta Florián–. Soy yo quien sabe cuándo un trabajador es bueno y conviene conservarlo.

–Claro, lo comprendo–dice el inspector, que con los años que lleva en esto ha aprendido a no molestarse por casi nada–, pero reconoce que era una persona bastante difícil.

–Todo el mundo lo reconoce.

–Y que otro le habría despedido hace mucho tiempo.

–Otro no soy yo, señor.

Realizan la visita. El inspector quiere ver las calderas, las cubas, el cuartucho de los trabajadores, los desagües, el pozo, incluso se encarama a los depósitos del patio.

–No está muy limpio, todo esto–observa.

–¿Nunca había estado en una tintorería, caballero?

El inspector calla, y al hacerlo responde. Sólo unos minutos más tarde pregunta de nuevo:

–¿Le importaría mostrarme el registro de los trabajadores?

Florián lo tiene todo en orden. Los aprendices demasiado jóvenes no aparecen en los registros. Hus lo mira todo con lupa, nunca falla.

El inspector se pone las gafas de mirar de cerca. Lo estudia todo con cuidado, se toma su tiempo. El silencio es inquietante para Florián. Hasta que el inspector pregunta:

–¿Quién es este Pedro Rigau?

Florián se sobresalta. Es imposible. Hus no se ha equivocado nunca. Hasta hoy, está claro. El primer error en treinta años. Sólo que este error puede salirle muy caro. El patrón se ve obligado a dar explicaciones. Rigau no es un trabajador, es algo así como un mozo de los recados, un conocido, el familiar de alguien...

–Pero está inscrito en los libros como si fuera un aprendiz. Mire, aquí lo

pone—observa el inspector, señalando el libro.

Florián no tiene argumentos.

—No cumple la edad que marcan las regulaciones—añade el inspector, antes de sentenciar—: Me temo que esto es grave.

El inspector marca la página y requisa el libro. Lo necesitará para preparar el expediente, dice, y la frase suena aún peor que todo lo demás.

Cuando termina, sin que surjan más novedades desagradables, el inspector da las gracias desapasionadamente al patrón y se despide.

Florián está nervioso, no entiende qué puede haber ocurrido. Espera a Hus en el despacho. El administrador llega a las doce, como todos los días. Le pregunta a bocajarro:

—¿Cómo puede haber cometido un error tan fatal? ¿Se puede saber por qué apuntó a Pedro Rigau en el registro?

Rigoberto Hus frunce la frente y encaja la pregunta. Después dice:

—No puede ser.

—Pues es, hombre. ¡Es! Este descuido me acarrearé muchos problemas.

—Le digo que no, Pujolà. Que no puede ser. Estoy seguro—insiste el hombre—. Sé bien lo que me hago, yo no registré al chico en ningún libro.

A Florián le molestan tanto las explicaciones de Hus como las conclusiones del inspector. Intenta trabajar como si todo fuera normal, pero está nervioso y no logra concentrarse.

Por la noche regresan las complicaciones. Hacia las ocho, cuando la mayoría de los trabajadores está terminando la jornada, Florián ve entrar a Viladevall, que camina muy deprisa y, sin saludar a nadie, sube directamente al despacho. Cuando le sigue encuentra a su socio sentado en su sitio, tras la mesa.

—Estamos jodidos, Pujolà—dice Viladevall, afectado—. Los de la inspección de trabajo nos buscan las cosquillas. Nos han denunciado.

—¿Quién?, ¿el inspector?

—No, no. Han sido nuestros propios trabajadores. Dicen que van a ir a la huelga. Según ellos, en la fábrica hay demasiado accidentes, además de trabajadores ilegales y unas condiciones de higiene que no pueden admitirse. ¡Estupideces! Lo que tienen es una pataleta como de niños pequeños. Están enfadados desde que el otro día les acusaste de no sé qué. Ah, y, por si fuera poco, nos han abierto un expediente porque han encontrado al chaval ese de la cara quemada en los libros. Esto no nos debería pasar. Ya sabes de quién es la culpa.

—No lo entiendo. Hus no se ha equivocado jamás. Es muy extraño que a hora...

—¡Pero si es su letra! ¿No lo has visto? Lo que pasa es que Hus ha perdido facultades. Está mayor—dice Viladevall—, llevo tiempo avisándote. Después de este desastre, tenemos la excusa perfecta para despedirlo. Esta vez no me lo impidas.

Florián calla. No puede pasarse la vida salvando el pellejo de todo el mundo. Hus tendrá que marcharse, aunque le duela, aunque haya sido como un padre para él.

—Esto de Hus lo resolveremos enseguida. Ahora lo importante es la huelga. No nos la podemos permitir. Ahora menos que nunca. Tenemos mucha competencia. ¿Sabes cuánto trabajo hay pendiente? ¿Cómo lo haremos para entregar los pedidos?—pregunta Viladevall.

A Florián le gustaría responder: «Todo eso lo sé mucho mejor que tú, no necesito que me lo expliques, soy yo quien hace el trabajo y quien se preocupa de que estén listos los pedidos», pero calla y se limita a asentir en silencio.

—Hablaré con los hombres y trataré de quitarles esas ideas locas de la cabeza—dice Florián—. No pueden llevarnos a la huelga ahora. Sería nuestra ruina, y ellos también saldrían perdiendo. Seguro que lo entenderán.

—¡No! Eso lo haré yo. Tú encárgate de los encargos pendientes.
Otro hombre haría mucho tiempo que le habría propinado un buen puñetazo a Viladevall. A menudo se lo merece. Pero él no lo recibirá ahora, ni será Florián quien se lo administre.

26 de abril de 1920

En casa del tintorero Pujolà buscan cocinera. Buena, joven y con referencias. Doña Margarita entrevista a las candidatas en la sala, frente al Chassaing & Frères, para impresionarlas. De las chicas valora su aspecto, la buena educación y las palabras que utilizan al hablar. Les formula algunas preguntas sencillas. Les enseña la cocina. Si le gustan, se las queda un día o dos, de prueba. Y es aquí donde comienzan todos los males. La familia Pujolà no está acostumbrada a los cambios.

En la mesa son días extraños. Nunca saben qué van a encontrar.

Una chica francesa les fríe la carne con mantequilla. Las niñas, que ahora se sientan a la mesa con los mayores, la encuentran asquerosa. Florián ni siquiera la prueba, con el olor tiene suficiente. Cuando Margarita le dice que le gusta más la manteca o el aceite, ella frunce los labios en una mueca de asco y se despide.

Conocen a una mujer de Vic que tiene pánico a las setas desde que un tío suyo murió envenenado por comerse una de cabeza encarnada. No se atreve ni a mirarlas en el mercado, porque dice que provocan manchas en la piel. El fricandó lo hace con alcachofas (y no parece fricandó, claro).

Hay alguna que nunca ha visto una cocina moderna, de las que funcionan con carbón. Otras que sólo saben cocinar carne o pescado, pero no las dos cosas. Una que sólo piensa en la matanza del cerdo, que quiere celebrar en el patio de la casa. Incluso una que no sabe ni cocer un huevo. La gota que colma el vaso la pone una chica forastera (andaluza, dice) que les prepara una sopa espesa, colorada y más fría que un plato de crema y les dice que tienen que comérsela de primer plato, porque llena mucho y va muy bien para el estómago. «Gazpacho», jura que se llama este plato nunca visto. Está claro que en casa del tintorero Pujolà nadie va a comerse algo tan raro.

—No deberías haber dejado que Tomasa se fuera—dice Florián, que en sólo una semana de no comer lo de siempre ya se ajusta el cinturón un agujero más—. ¿No podrías ir a verla y convencerla para que vuelva?

Margarita puede tener el estómago vacío y revuelto, pero no piensa dejar que nadie le descomponga también la dignidad. No va a pedirle nada a aquella descarada. Así tenga que comer gazpacho todos los días de su vida.

—Déjeme ir a mí, madre. Iré a ver a Tomasa y le pediré algunas recetas. El fricandó, el pescado en salsa, las albóndigas, la sepia con guisantes—dice Teresa.

Sólo escuchar los nombres de tantas delicias, a los de casa se les hace la boca agua.

—¿Tú? ¡Tú te estarás quieta! ¿Cómo te las arreglas para hacer siempre lo que más me disgusta?

Doña Margarita también intenta, en su desesperación, cocinar ella misma. No lo hace del todo mal. Tiene mano, pero le falta paciencia y le sobran humos. Las joyas le estorban para amasar, para limpiar el pescado, no puede soportar que las manos le apesten a ajo o a cebolla. Le da vergüenza que la gente se dé cuenta de que lleva las manos marcadas por los cuchillos.

—Tú naciste para marquesa, yo siempre lo he dicho—murmura entre dientes Antonio Gomis, al conocer las tribulaciones de su hija.

Teresa termina por encargarse de la situación, pero sólo conoce un par de recetas—la de la crema de San José aparte—y el ejército de ayudantas que recluta—hermanas y camareras jóvenes—no es muy hábil.

Por suerte estamos en primavera, una época pródiga en productos que resultan

deliciosos sin necesidad de cocinarlos. Si esto llega a pasar en invierno, los Pujolà se habrían muerto de hambre.

28 de abril de 1920

Con los trabajadores en huelga desde hace diezdías, las naves vacías, el trabajo pendiente amontonándose en el patio de atrás, el escribiente haciendo preguntas todo el rato, todos los dientes enfadados por los retrasos y Hus ausente por primera vez en treinta años, Florián Pujolà tiene la ocurrencia de llevarse a su hijo a la tintorería para comenzar a enseñarle el oficio. Si lo aprende en época de dificultades, piensa, cuando lleguen las bonanzas se desenvolverá como pez en el agua.

Padre e hijo, ambos en camiseta y pantalones de faenar, comienzan por el primer pedido pendiente. Lana en madejas que envía Antonio Gasol y que hay que teñir de amarillo. Ya hace una semana que deberían estar hechas. Pretende explicarle a su hijo cómo se hace para limpiar la materia prima de impurezas pero antes de comenzar Pepito ya se ha mareado con el calor y ha vomitado dos veces. Dice que el hedor le revuelve el estómago, y eso que ahora todas las tinas están vacías.

Florián continúa solo, dándole a su hijo de tarde en tarde pequeñas instrucciones, muy fáciles de seguir. Y ni así saca mucho en claro. Pepito tiene la edad de cualquier aprendiz, pero no lo contrataría ni aunque se lo pidiera el mismísimo rey de España. Vomita tanto y le da tantas vueltas la cabeza que no tiene tiempo más que de atenderse a sí mismo.

A mediodía, cuando todavía no ha podido ni siquiera preparar el primer baño, llega Viladevall. En los meses de más calor, su socio siempre evita pasar por la tintorería. Estos vapores y estas pestilencias no encajan con su traje de señor ni con su sombrero. Sus pasos acelerados y sonoros anuncian su llegada. No trae buenas nuevas.

—No piensan desconvocar la huelga. Todo lo contrario: aún tienen más exigencias. El sindicato, debe de haberse vuelto todo el mundo loco, les apoya.

—¿Y ahora qué quieren?

—Jornadas de nueve horas, una pesetas más de sueldo a la semana y que te disculpes por acusarlos de la muerte de Abril. No sé qué se han creído, pero me parece que tendremos que aceptar sus condiciones o deberemos cerrar la empresa.

Viladevall saca un pañuelo de una blancura deslumbrante de uno de sus bolsillos. Se seca el sudor de la frente y las mejillas.

—En la fábrica de Marfil me han dicho que si no tenemos el pedido listo el próximo viernes no piensan darnos más trabajo. Les he prometido que estará listo.

—¿Les has prometido? ¿Y cómo quieres que haga el trabajo? ¿Vendrás tú a ayudarme? Sólo tengo dos aprendices y un hijo mareado—hace una pausa, para tranquilizarse—. Tienes que contratar más trabajadores.

—Lo he intentado, pero Marchal hace poco que contrató a veinte hombres y es difícil encontrar tintoreros que conozcan el oficio. Ni en Barcelona, te lo aseguro. De eso, precisamente, se aprovechan los nuestros.

Florián se enjuga el sudor de la frente con la palma de la mano.

—Cuando fundamos la sociedad acordamos que yo me encargaba de las tinas y tú de las relaciones públicas. Búscame trabajadores y podré hacer el trabajo. Si no...

Viladevall cambia de cara nada más vislumbrar otra hipótesis.

Una sombra negra se proyecta sobre el futuro.

—De acuerdo—dice el socio vestido de señor, y se apresura a salir de este lugar inmundo que odia con toda su alma.

Verano de 1920

El veraneo en Argenton distrae a la familia Pujolà de las desgracias gastronómicas. La estación es pródiga en golosinas que la hacen más agradable y, de todos modos, en verano todo el mundo come menos. A últimos de junio las niñas se despiden del profesor Fort hasta el curso próximo, agradeciéndole con mucha ceremonia las lecciones recibidas. La familia es acomodada, pero no tanto para llevarse el piano de vacaciones, de modo que las lecciones se interrumpen hasta otoño. Queda abierta la posibilidad, que el profesor Fort piensa cultivar, de encontrarse en alguna fiesta de la buena sociedad. Las niñas, con sombrero y zapatos de verano, emprenden el viaje. Al pasar por la plaza de Cuba saludan a las tenderas como si fueran princesas de paseo. Su madre pone más atención en vigilar a Teresa que a las pequeñas. Vestida con colores neutros no parece ella. El muchacho se ha quedado en la ciudad para ayudar a su padre, aunque por ahora sólo logra estorbarle.

En Argenton, madre, hijas y criadas ocupan un palacete decadente que el tintorero alquila desde hace años. Tiene una torre que sirve de mirador, un pozo, una glorieta, un jardín con árboles frutales e incluso un aljibe donde nada un cisne viejo. Parece la escenografía de una obra de Chéjov, el lugar perfecto para los sueños de nobleza de la burguesía industrial. Sólo le falta un Ford en la puerta.

El aburrimiento aquí es mortal para las chicas jóvenes que acaban de prometerse con un opositor a notarías. Teresa se pasa el día en compañía de las beatas del pueblo, va a misa, bebe aguas ferruginosas o picantes, pasea un poco por el bosque, relee capítulos al azar de Philippe Derblay y el resto del tiempo se dedica a observar cómo los mosquitos molestan a sus hermanas. Sólo encuentra un poco de consuelo en la cocina, donde aprovecha para dar alguna lección a la sustituta de Tomasa, una muchacha joven y mentecata que la señora Ramona ha enviado in extremis y que no sirve para nada. Es Rosina, que hasta hace dos días servía como camarera a la viuda. Tiene un escote muy vistoso pero cada vez que se acerca a los fogones es para quemar algo. Es pródiga con la sal y tacaña con el tiempo, de modo que últimamente se lo comen todo crudo y como en salmuera. No sabe limpiar pescado ni sazonar carne. Con la repostería ni lo intenta. Tampoco se distingue por limpia. Desde que ella la ocupa, la cocina parece un gallinero. A saber de dónde sacó la viuda Sust a semejante inutilidad. Más bien parece que les haya enviado a un enemigo. O a una espía.

Teresa trata de enseñar a Rosina a preparar la crema de San José. Así complace a su madre, hace felices a las niñas y mata el tiempo. Comienzan por hacer la compra. Teresa conoce una granja donde crían sus propias gallinas. La visita con Rosina, que carga con el cesto y camina tras ella. Recorren el camino a pie—así ocupan más horas—y de buena mañana, porque a Teresa le gusta observar a los payeses y a las bestias en el campo. Aquí encarga huevos y leche, y de paso habla un rato con todo el que la quiere saludar. Hasta habla por los codos, si la dejan. La canela quería encargársela a los hombres de la casa, que otros años llegaban en la berlina a pasar algún día del fin de semana, pero este año su padre prefiere permanecer en la ciudad, de modo que va Rosina a comprar canela al primer mercado que encuentre. El almidón, en la droguería de la plaza del pueblo. Los limones, del huerto de la casa, donde tienen un limonero de brazos cansados, cargado de frutos.

Los ratos que pasa en la cocina, Teresa siente que los emplea en algo útil. Si no recuerda una receta, piensa que se la pedirá a la vieja cocinera el día que la vuelva a ver. De vez en cuando le pregunta a su madre si sabe dónde está, pero doña Margarita

siempre responde que no, y que no pregunte, que no quiere volver a oír hablar de aquella ingrata, y se sacude el recuerdo como quien se sacude unas briznas de paja del vestido.

De vez en cuando llega alguna misiva del novio. Teresa la abre con más curiosidad que urgencia. Siempre descubre que el joven no posee el don del entusiasmo y aún menos el de la lírica:

Espero que al recibir la presente esté usted bien (a Dios gracias) y que goce de un veraneo satisfactorio. Se lo desea con mucho afecto,

CASIMIRO

Teresa pide recetas a todo el que se cruza en su camino: a las señoras que durante las tardes de bochorno salen a la calle a rezar el rosario; a las criadas de casas buenas; a la mujer del dueño de la droguería... incluso al párroco, que le responde que él tiene cosas más importantes que hacer y que pregunte a la sacristana. Poco a poco, y por necesidad, Teresa va aprendiendo. Guiso de pescado—la última moda es llamarlo «zarzuela»—, pollo relleno de codorniz, calamares rellenos de carne de puerco. Cada plato nuevo es ensayado en presencia de Rosina y presentado a la familia como una gesta. Todo el mundo celebra los progresos de la hija mayor. A veces incluso la aplauden. Rosina, sin embargo, es impermeable a cualquier aprendizaje, es como tratar de enseñar a leer a una oveja. De vez en cuando Teresa se disgusta mucho y amenaza con no explicarle nada más, le dice que la próxima vez tendrá que hacerlo ella sola, sin ayuda de ninguna clase, porque ya está hasta la coronilla.

Entonces todo vuelve al principio: crudo, quemado o en salmuera. Y no hay modo.

25 de junio de 1920

Una peseta más de semanal, ningún aprendiz que no cumpla las normas, más higiene, más seguridad y jornadas de ocho horas diarias (cincuenta y seis a la semana, contando los domingos). Cuando por fin los trabajadores de la tintorería Pujolà-Viladevall logran imponer sus condiciones y termina la huelga, todos los clientes de la tintorería—incluidos los que lo eran desde tiempos de Silvestre—les han retirado los pedidos para entregárselos a la competencia. Sobre todo a la tintorería de Alberto Marchal, que no ha dejado de crecer ni de modernizarse y donde trabajan doscientos dieciséis obreros, incluidos dos escribientes, un chófer, una doméstica y dos docenas de tejedoras. La que en su tiempo fue la principal tintorería de la ciudad no puede competir con sus jóvenes rivales.

Viladevall viene de visita, a pesar de las fechas que son, sólo para constatar que todo marcha bien. Encuentra a un Florián mudo, sin ganas de hablar. Los demás se comportan como si no ocurriera nada, como si no se hubieran pasado dos meses amargando la vida de los dueños. Viladevall se quita el sombrero y lo utiliza para abanicarse. Sólo entrar y ya suda copiosamente. Le pregunta a su socio si pueden hablar. Suben al despacho y Viladevall se sienta en el sitio del amo. Florián aguarda, de pie.

—Ahora que por fin todo esto ha terminado dice, y parece contento—habrá que hacer reformas.

—¿Qué reformas?

—Hay que mejorar la empresa, modernizarla. Necesitamos máquinas, hombres, electricidad. Deberíamos marcarnos como objetivo tener cincuenta trabajadores. Si no crecemos, se nos comerán. Aprovechemos esta crisis y salgamos de ella reforzados. ¿Tengo razón, señor Visa?

En la mesa auxiliar, delante del teclado de una máquina de escribir Woodstock nueva a estrenar, está el nuevo administrador. Por descontado, lo ha contratado Viladevall, que también se encargó de despedir a Hus sin contemplaciones. El nuevo es un hombre joven y con el pelo peinado en ondas.

—Eso mismo, señor Viladevall—dice Visa—. Es necesario invertir.

—Hemos pensado—informa—unas veinte mil pesetas cada socio.

Florián no contesta. Nunca ha sido un hombre de respuestas rápidas. Piensa en cómo veinte mil pesetas pueden resolver las cosas. Es mucho dinero, pero con tanto por reparar aún le parece una cantidad modesta.

—De acuerdo—responde—. Me gustaría saber cuál será la estrategia a seguir.

—Porsupuesto, Pujolà. La sabrás con todo detalle.

—Antes de invertir.

—Claro que sí, hombre. No estés intranquilo. La mala racha ya ha terminado.

Florián no lo ve claro. Ahora trabaja al lado de veinte enemigos. Sólo Sebastián le habla como si no hubiera pasado nada. Los demás lo miran de reojo. Su cuñado ni siquiera eso. No es que se extrañe, hace años que la relación con Domingo se torció para siempre. A pesar de todo, esperaba de él otro comportamiento. Se lo dice.

—Con esto de la huelga me has dado la espalda, cuñado.

Domingo no contesta. Se mira las alpargatas sucias, sólo piensa en marcharse. No tiene el coraje suficiente para mirar a Florián a la cara. La mirada escurridiza de los culpables o de los criminales.

—¿Puedo por lo menos saber por qué?

Hacía años que Florián no lo llamaba cuñado. En otros tiempos, era el modo habitual

en que se trataban. A veces las palabras traen aromas conocidos. Aromas de una época imposible de recuperar. De un tiempo que acaso fue generoso con nosotros, cuando aún todo podía resolverse. Un tiempo en que fuimos mejores.

Domingo huye. No mira a los ojos de su cuñado ni un solo segundo. Sólo piensa en el garrafón de vino del peor que lo está esperando en la taberna.

16 de julio de 1920

Los señores Garí tienen el placer de invitarle a la cena con baile que celebrarán en su casa el día 16 del corriente.

Las fiestas de los Garí son famosas y dan mucho que hablar, no sólo en Argentina ni sólo entre los veraneantes. Hasta ahora no habían invitado nunca a ningún Pujolà. He aquí una consecuencia de ser la prometida de Casimiro Sust. Teresa acude acompañada de su abnegada madre.

El baile se celebra en una parte de los inmensos jardines de la finca. Hay una orquesta frente a la fuente y los camareros no dejan de ofrecer refrigerios y aperitivos. El ambiente es exquisito. Por todas partes hay señores de chaqué que hablan de política, finanzas o novedades industriales. Más allá de la verja que circunda el terreno, algunos curiosos del pueblo espían a los invitados.

Teresa se aburre. Sentada entre su madre y Doña Ramona, piensa que le apetece una naranjada. Lleva un vestido de color azul marino de escote muy discreto y mangas anchas hasta el codo. Se adivina que es un vestido de baile porque le llega hasta los pies, pero no tiene ni un adorno ni un lazo ni una flor ni nada que le otorgue un poco de gracia. Salvo por el color, parece un hábito.

A pesar de todo, el azul marino ha sido una suerte. Vio la tela hace unos días, en casa de la modista, y sugirió que podía hacerse con ella un vestido. Las señoras dudaron un poco, pero terminaron aceptando. Es un color un poco triste, pero es la última moda y le gusta más que los marrones y los grises. En toda Europa las mujeres elegantes visten ahora de azul marino. Teresa, que es coqueta a pesar de las circunstancias, quiere ser como ellas.

—Y ya basta—advirtió su madre—. Si te lo permito todo, acabarás por quitarte el corsé.

Teresa niega con la cabeza. No tiene ninguna intención de hacer semejante cosa, ni entiende que revolución alguna deba hacerse desabrochada. El corsé es cómodo, favorecedor y ya está acostumbrada. Lo lleva desde los nueve años. Ha decidido seguir haciéndolo toda su vida, digan lo que digan los que piensan que sólo se puede ser absolutamente moderno siguiendo al pie de la letra los caprichos de las modas.

Esta noche, su madre y su futura suegra le administran el carné de baile. Por supuesto, dicen que no a todo el que se acerca. A Teresa los pies se le mueven solos bajo las faldas. Para sosegarlos un poco, sale en busca de un refresco. Se acerca a la mesa, donde un camarero muy diligente sirve bebidas a los invitados, y pide una naranjada. A continuación, con el vaso en la mano, se acerca a la balaustrada para oler la noche y ver el ambiente fabuloso de los jardines.

Un poco más allá, observando la misma vista, descubre a una joven más o menos de su edad. Tampoco parece estar muy animada.

—Disculpe, no quería molestarla—dice Teresa, retirándose un poco.

—No me molesta en absoluto. Todo lo contrario. Quédese, por favor. Me irá bien la compañía de una mujer.

Caminan hasta un banco de piedra que está bajo un sauce. Se sientan a beber sus refrescos.

—Me llamo Pilar.

—Teresa Pujolà.

—Ah, ¡es usted!—dice la desconocida, con una alegría repentina—. ¡La famosa Teresa Pujolà!

—¿Famosa?

–Tengo un amigo que está loco por usted.
–¿Lo dice en serio?
–Se llama Avelino, es un buen chico. Rico y de buena familia.
–Yo creo que se confunde. No conozco a ningún Avelino.
–Estoy segura. Le ha escrito a usted cartas.
–¿Ve como no? Yo no recibo cartas de nadie. Debe de ser otra Teresa.
La joven no añade nada más, por miedo a cometer alguna indiscreción. En estos asuntos el más equivocado siempre es el que más habla.
–¿Está usted sola?—pregunta Pilar, derivando la conversación.
–Mi prometido no ha podido venir. Estudia para notario, no sale nunca.
–¿Y usted no se aburre?
–Muchísimo. Me muero de ganas de bailar.
–¿Y por qué no busca alguien que la saque a la pista? Teresa señala dos señoras que hablan, cada vez más animadas.
–Porque me vigilan.
Pilar arquea las cejas, como diciendo: «Ya veo que es grave», y añade:
–Entonces necesita a un señor de edad y de confianza, que ellas puedan bendecir. Búsquese uno, seguro que lo encuentra y se le pasan las ganas de mover los pies, mujer. Estar sentada mientras suenan estas músicas tan alegres no es bueno.
–¿Y usted? ¿No baila?
–No...—una sonrisa triste aparece en el rostro de la desconocida—. Pero por motivos diferentes a los suyos. Mi prometido adora bailar. Ahora lo hace con unaseñorade mi plena confianza, que yo bendigo. De paso, le consuela de los disgustos que yo le doy.
–¿Su... madre?
–¿Cómo lo ha adivinado?—Abre mucho los ojos.
Teresa se encoge de hombros, en un gesto que significa: «Pues ya ve».
–El caso es que comprendo que esté enfadado. Acabo de decirle que no deseo casarme con él.
–¿Eso ha hecho?
–Creo que no ha estado bien, ¿verdad?—pregunta Pilar, y la voz le tiembla.
–¿Puedo hablarle con franqueza?
–Se lo ruego.
–No se case, si no lo desea.
–¡Lodeseo! Ése es el problema. Deseo ser su mujer con toda mi alma. Seguro que ahora debe de estar pensando que estoy loca.
–Loca, no. Pero no la entiendo.
–¿Sabe una cosa? Me gustaría ser pobre. No tener ni un céntimo. Así sabría de verdad por qué quiere casarse conmigo.
–¿Él es pobre?
–¡Todo lo contrario!
–¿Y pues?
–El dinero lo enturbia todo, Teresa. Si escuchara como hablan nuestras familias. Más que una boda, lo nuestro parece una operación financiera que hay que cerrar cuanto antes. Están encantados.
–Tiene usted mucha suerte, Pilar. Igual ahora no se da cuenta.
Pilar mira a Teresa en silencio. También el lago, la lejanía del agua, la glorieta de cristal.
–¿Lo piensa de verdad?
–Por supuesto que sí. Quiere y la quieren, ¿qué más puede pedir? Olvídese de los demás. Ellos no van a casarse.
En este momento el hijo mayor de los Garí se acerca a las dos jóvenes. Saluda a Teresa con una inclinación de cabeza y se acerca a Pilar. Le pregunta con voz dulce si

quiere bailar con él el próximo vals o debe volver a pedirselo a su futura suegra. La joven mira a Teresa.

–Sueñe por un instante que es usted más pobre que las ratas, Pilar–la anima–. Yo creo que no cambiaría nada.

Su nueva amiga se va con su novio, a dudar al compás de la música.

Teresa se termina la naranjada y vuelve con las señoras, pero ahora tiene un objetivo: encontrar una solución a su aburrimiento, como le ha recomendado Pilar. Un señor de edad, de confianza, que guste a las damas parlanchinas... Entonces ve la solución perfilada a media distancia, entre la orquesta y un jazzmín: Eusebio Fort. Se le acerca, con el pretexto de saludar, pero enseguida salen a relucir sus auténticos intereses:

–Sáqueme a bailar, señor Fort. Con usted mi madre me dejará. A usted le conoce y le tiene confianza. «Pues hace muy mal», piensa el señor Fort, que mira a la muchacha medio muerto de amor imposible.

–Yo no sé bailar ni un poco–se disculpa.

–No importa. Yo le enseño–ríe ella.

Eusebio Fort es un hombre tristón, pero esto lo anima. Sabe que una oportunidad semejante no se le volverá a presentar. Se encuentra ridículo cuando se acerca a las señoras y, como un jovencito, solicita si puede bailar con Teresa. Siente un peso muerto en el corazón al darse cuenta de lo tarde que va. Su pasión por la joven tiene un inconveniente de treinta años, que no son poco. Ella ni siquiera lo mira como a un hombre. Para Teresa es sólo su viejo profesor de piano, alguien demasiado mayor incluso para mirarla con lascivia. ¿Habría una humillación mayor para alguien que muere de amor y de deseo?

Antes de decidir, Doña Margarita tiene que consultarlo con su socia, la viuda Sust, a quien da referencias del candidato y la informa de que sólo se trata del profesor de piano de sus hijas, un hombre recto y formal a quien conoce desde hace mucho, soltero por vocación o quién sabe si por algo más. Esta última frase la pronuncia junto al oído, para que Fort no la oiga.

–Yo no veo inconveniente–sentencia Doña Ramona.

El gesto de aprobación de la señora enseguida se traduce en una carrera de Teresa hacia el centro de la pista, seguida del acongojado profesor de piano, que lleva más de veinticinco años sin bailar con nadie. Empieza a sonar un vals, la pieza preferida de Teresa, y los bailarines toman posiciones. Ella se deja sujetar por la cintura y él se acartona más aún por culpa de los nervios. Comienzan a dar vueltas al compás de tres por cuatro. Durante un rato, Teresa olvida de que viste un hábito y él olvida que tiene treinta años más que ella. Las faldas pesan como el plomo y son buenas para bailar. La música rejuvenece el corazón del señor Fort, pero no sus pies.

–¡Me gusta tanto haberlo encontrado aquí! ¡Pensaba que me moriría del aburrimiento!–ríe Teresa, contenta por fin.

–Yo vengo todos los años–dice él, para impresionarla.

Lo consigue. Teresa abre unos ojos de lechuza. Son tan azules que no parecen reales.

–Es una historia muy larga–se hace el misterioso Fort.

Teresa se imagina a saber qué historias. Fort prefiere no dar explicaciones acerca de sus padres, por si Teresa es de esas personas a quienes la realidad siempre les parece poco. De modo que no le cuenta que ha venido por gentileza de la actual señora Garí, la madre del prometido desplantado que acaba de conocer, y que él sólo es el afinador del piano, un Érard fantástico que ahora vive aquí todo el año por sugerencia suya. Tampoco le cuenta que cada vez que afina el instrumento, procurando dejarlo como si fuera nuevo, siente que está honrando la memoria de su padre.

Teresa está contenta por primera vez desde que llegó a Argentina. Como el señor

Fort resopla de cansancio, ella finge que tiene que abrocharse un zapato para dejarle respirar. Él lo agradece al mismo tiempo que se odia por no ser más joven. Mira a Teresa y piensa: «Ojalá tuvieras las manos tan ligeras como los pies».

Bailan sin parar durante media hora. Vals, foxtrot, tango y ragtime, todo muy por encima de las posibilidades de Fort, que hace lo que puede. Cuando empieza la polca, las dos inquisidoras deciden que ya está bien. Doña Margarita se acerca a la pareja y les pide que lo dejen, que no está bien que una joven comprometida baile tanto rato con otro hombre, por mucho que sea su profesor de piano.

El señor Fort, que está muy mareado, siente que las palabras «otro hombre» le devuelven un poco la dignidad que ha perdido hace un rato con el «sólo» de la frase «sólo se trata del profesor de piano». Aunque también ha oído el adjetivo fatal—«comprometida»—, contrariedad que hasta ahora mismo ignoraba. Propone a su alumna tomar un refrigerio. Piden permiso a las señoras y ellas acceden porque están embebidas en una conversación nostálgica sobre las músicas bailables de antaño, las que sonaban cuando ellas tenían edad de bailar: el baile de bastones, el de la manzana, alguna sardana... y no estas músicas foráneas y sin personalidad que gustan ahora. Y eso que aún tiene que hacer su aparición al galope el charlestón, que ya no tardará.

Por el camino, disimulando su disgusto, Fort pregunta a Teresa cuándo es la boda.

—No lo sabe nadie—de ella—. Ni siquiera los más interesados.

—¿Y usted no tiene prisa por cambiar de estado?—tantea él.

—¿Yo? Pues no mucha, la verdad. Tendría prisa si...—Y se detiene en seco, dejando al profesor muy intrigado—. Primero tengo que aprender a cocinar.

Fort ríe. Está ante una criatura sorprendente y, aunque no pueda conservar ni la más miserable de las esperanzas—de hecho, nunca ha podido—, le gusta haberla conocido.

Van caminando hasta el lago artificial. La noche es calurosa. La luna llena ha encendido un fanal sobre las aguas mansas. Ya se ve la silueta de la glorieta de cristal. Dicen que fue un capricho del señor Garí, quien la mandó traer de Italia, y que costó una fortuna, porque toda ella está tallada en una sola pieza de cristal de Baccarat. En el centro sedistingue una escultura, que no sabe a quién representa. Es un joven que levanta un pie alado.

La belleza del lugar invita al profesor a tomar las manos de su alumna y decirle:—Teresa, yo...—nunca hasta hoy había temido sus palabras, pobre señor Fort—. Yo la admiro mucho.

—No debe de ser por cómo toco el piano—bromea ella, haciéndole reír.

—Y me gustaría mucho ser su amigo.

—Claro, ¿no lo somos ya?

Él responde con otra carcajada. En sus cincuenta años de vida no recuerda haber reído nunca tanto.

Por los jardines, los hombres y mujeres de la alta sociedad de Barcelona respiran con ganas, convencidos de que aquí el aire tiene más oxígeno que en la ciudad. Ahora no pueden saberlo, pero tardarán en volver. Falta muy poco para que quiebre el Banco de Barcelona y al señor Garí, pobre mortal, se le pasen las ganas de dar fiestas. La casa se cerrará un tiempo por defunción de la propietaria—«tanto dinero y tantos disgustos...», suspirarán las beatas de siempre—, y para los invitados de chaqué también llegarán los malos tiempos. Muchos negocios fracasarán, muchas fortunas cambiarán de manos, muchas grandes casas se pondrán a la venta. La gente joven celebrará fiestas en las mansiones perdidas de la calle de Muntaner, del paseo de Gracia o de la Bona nova... Llegará la apoteosis de unos tiempos gloriosos y será digna de ser vivida.

Cuando los Garí vuelvan a Argenton, la glorieta, el lago, la casa y el piano serán los

mismos de siempre. Todo los demás habrá cambiado.

27 de julio de 1920

Hoy Margarita Gomis está en Mataró para asistir al día grande de las fiestas en honor de las santas patronas de la ciudad. Va porque se lo ha pedido doña Ramona, que es una de las benefactoras.

Las dos futuras consuegras, vestidas para que todo el mundo las mire y agarradas del brazo, salen de la basílica de Santa María comentando la misa cantada del padre Blanch como si acabaran de ver una zarzuela. Para doña Ramona tiene tanto mérito como la *Novena Sinfonía* de Beethoven y ha mejorado mucho desde que el ecónomo de la parroquia deja que las mujeres formen parte del coro, además de los hombres y los monaguillos de toda la vida. Los solistas y los músicos, importados de Barcelona, lo han hecho bien, pero quienes de verdad la tienen exaltada son los cantores locales, que hacen grandes esfuerzos para afinar y ponerse de acuerdo en la letra. Ella escucha toda la misa con el alma en vilo ¡desde hace cincuenta y dos años!—y le parece que, para ser un espectáculo que se representa una vez cada doce meses y que nadie ensaya, sale bastante bien. Debe de ser cosa de las santas patronas, que velan por los desafinados.

Ahora salen de la basílica. Los muchachos van delante. Teresa, estrenando el vestido feo. Casimiro, con el chaleco, la chaqueta y el aire ausente de quien no tiene por costumbre formar parte del mundo. Doña Ramona saluda a todo el mundo, y doña Margarita la imita. Nadie se comporta como si su marido tuviera problemas, claro. Entre los paseantes hay unos cuantos empresarios, la mayoría clientes que dejaron de serlo de la tintorería Pujolà-Viladevall. Pero ella se cuida mucho de ensuciar la solemnidad del momento hablándoles de lanas e hilos de algodón, y eso que podría hacerlo. Para ella, los problemas de su marido son un dolor de cabeza en el que prefiere no pensar. Margarita Gomis no se siente en absoluto preparada para ser la mujer de un empresario arruinado. Cada día reza para no tener que pasar por eso.

El padre Plandolit ha venido en compañía de su madrastra. Cuando la saludan, la mujer promete una visita a la viuda Sust. Tienen un intercambio de deferencias con el alcalde Arañó y su señora. Hablan con unos y con otros, escuchan a todo aquél que se acerca con una historia, se exclaman del calor que hace y continúan la marcha como si estuvieran en un *vía crucis*. Con tanta vida social, no saben nada de lo que se cuece en la conversación entre Casimiro y Teresa, y eso que es mucho más interesante que nada de lo que ellas puedan decir.

Ha empezado Teresa, que llevaba días pensándolo.

—Usted y yo tenemos que hacer un trato, Casimiro. Como dos buenos amigos.

—La escucho.

—Sé muy bien que usted no quiere casarse conmigo.

—¡Teresa, por favor! ¿A qué se refiere? ¿Cómo puede haber entendido que...? Yo nunca he dicho...

—Yo diría que le gusta a usted más Rosina. El futuro notario baja la cabeza avergonzado. La quemazón en las mejillas. Se siente descubierto.

—Teresa, qué lista es usted. Le ruego que me perdone. Lo último que deseo hacer es ofenderla.

—No tengo que perdonarle nada, Casimiro, yo no soy un cura.

—Me siento muy avergonzado.

—No veo por qué. Cálmese. Le diré algo para que alegre la cara: yo tampoco quiero casarme con usted.

—¿Ah, no?

De humillación a desconcierto. El aspirante a notario no sabe ni cómo ponerse.

–Pues no. Yo pienso que estos tiempos no son como nuestras madres creen. La gente joven debemos poder escoger. Esto de que te arreglen la boda a su conveniencia está muy pasado de moda. Es mi opinión, claro. Me gustaría mucho conocer la suya.

Casimiro está exultante de alegría, pero conviene contenerse:

–Teresa, no sabe cómo me gusta oírle hablar de este modo. ¡Yo no sabía que era usted tan moderna!

–Pues claro.–Estoy muy contento.–Y yo también. Pero disimule, que nuestras madres nos están mirando.

–¿Y eso del trato cómo sería?

–¿Me equivoco al pensar que su madre desaprobaría sus relaciones con Rosina?

–¡En absoluto!

–¿Qué cree que haría si supiera que hemos roto el noviazgo?

–En el mejor de los casos, me desheredaría. En el peor, me lanzaría por la ventana.

–Entonces es como yo imaginaba. Tendremos que mantenerlo en secreto.

–Suenan muy emocionante.–Al estudiante le brillan los ojillos–. ¿Y cómo lo vamos a hacer?

–No diremos nada. Usted estudie, como hasta ahora. Yo tampoco haré nada que llame la atención. Pero usted y yo sabemos que somos libres desde este instante. ¿Le parece bien?

–¡Muchísimo! ¿Y esto durante cuánto tiempo?

–Yo diría que de momento tenemos dos o tres años, ¿verdad? Hasta que usted se presente a sus exámenes y haga cuanto espera su mamá.

–Otal vez cuatro–reconoce el muchacho, y el rubor vuelve a su rostro–. Me temo que últimamente he perdido un poco el ritmo.

–Pues adelante. No tenga prisa.

–Teresa, ¡qué lista es usted! ¡Qué sorpresa tan agradable me ha dado hoy! ¿Usted también quiere a algún otro?

–De momento no, pero nunca se sabe.

Teresa ríe con los ojos al pronunciar estas palabras. Casimiro se admira al mirarla. ¿Cómo es posible que se sienta tan aliviado de no tener que ser su marido? El alma a veces toma decisiones muy extrañas.

–En mí tiene un amigo para toda la vida, Teresa–promete, con un fervor que no le había demostrado hasta ahora.

A la joven se le escapa una risilla por debajo de la nariz. Sí su madre supiera que últimamentetienetantos amigos y ningún prometido, se pondría enferma.

En la calle, los gigantes de la ciudad bailan al ritmo de la música bajo un sol de justicia.

6 de agosto de 1920

Rufina Abril entra en la tintorería. A ella estos hedores le traen recuerdos del hijo perdido. A los hombres no quiere mirarlos, los desprecia, del primero al último. Sube al despacho del señor Pujolà como si estuviera acostumbrada a hacerlo aunque, de hecho, es la segunda vez que pone aquí los pies. Hoy va mejor vestida que la otra vez, y eso la hace sentir más fuerte. No teme a nadie.

En el despacho encuentra a Florián y a un hombre que no conoce, con el pelo en ondas, como un actor de cine. Al verla, el patrón se levanta, saluda, y la invita a sentarse. A continuación le dice al otro que salga y lleve una documentación a ciertos clientes. Hasta que se quedan solos, Florián no habla:

–Me gusta volver a verla, Rufina. La encuentro mucho mejor que la última vez.

Es verdad. Va bien vestida, bien calzada, lleva un moño elegante y pendientes que parecen de plata.

–Perdone que me presente sin avisar. La gente hablará.

Florián hace un gesto ambiguo que significa: «A mí me da lo mismo lo que piense la gente».

–Imagino que tiene usted un motivo.

–¡Lo tengo! Pero no sé por dónde comenzar—La mujer se remueve en la silla, nerviosa, mientras ordena sus pensamientos, hasta que finalmente dice—. Florián, si fuera usted otro tipo de hombre, nunca habría osado venir a verla. ¿Sabe qué quiero decir?—Crece el silencio entre ambos, Florián está expectante—. ¿Sabe usted de una mujer a la que todos llaman «La Sevillana»?

Florián lo sabe, claro. En la ciudad no hay ningún hombre de entre dieciséis y setenta años que no sepa quién es La Sevillana. Aunque no suele ser un tema del que hablen con otras mujeres.

–Ya veo que sí—dice ella—. A mi edad, y a veces todavía soy una ingenua. Pues bien, he sabido que esa joven era la mejor amiga de mi hijo.

Florián bosqueja un gesto polisémico. Si hablar de fucias con una mujer honesta fuera posible, le diría a Rufina que esta moza es «la mejor amiga» de medio Mataró. La mitad que se viste por los pies, claro.

–Ya sé que es una de esas mujeres de vida desordenada. No sé cómo las llaman, usted ya me entiende, supongo.

–Perfectamente.

–Pues yo le digo que mi hijo no pagaba por sus favores. No sé si era o no el único, pero la quería, el muy imbécil. Y según ella, era correspondido.

–¿Según ella? ¿Ha hablado con La Sevillana?

–Ha venido a verme esta mañana.

–¿Ha venido a verla? ¿Adónde?

–A mi casa, claro.

–¿Y qué quería?

–Decirme que espera un hijo de mi hijo.

Florián se asusta. ¿La Sevillana embarazada? Eso es peor que una huelga general. Cuando sus habituales lo sepan, no tendrán consuelo.

–¿Y usted la cree?

–¿Tengo motivos para no hacerlo?

–A mí se me ocurren unos cuantos.

–No me ha pedido nada. Sólo ha venido a decirme qué piensa hacer ahora, y a pedir mi bendición. Yo se la he dado. Después me ha contado qué le dijo Juan el día antes de

morir. Por eso estoy aquí. Tengo que preguntarle algo.

–La escucho.

–¿Sabe quién es Joaquín Pujolà?

Esta conversación es como un espectáculo de circo de la familia Frediani. Todo el rato en vilo. Cuando piensas que ya ha terminado, llega otro salto mortal.

–Un tío mío, hermano pequeño de mi padre. Regresó a Olot, de donde era la familia. Ignoro si sigue allí. No sé nada, de hecho, ni siquiera si aún vive.

–Murió el año pasado.

–Me sorprende, Rufina. ¿Lo conoció?

–No. Si le vi alguna vez, no me acuerdo. En cambio, él sabía quién era yo. Y, sobre todo, mi hijo. Cómo se enteró, o por quién, no tengo ni idea. Pensaba que usted podría ayudarme.

–¿Qué quiere decir?

–Creo que va siendo hora de que le explique algo que muchas veces he querido contarle, sin atreverme nunca. ¿Usted sabía que Juan Abril en realidad no era mi hijo?

La expresión de sorpresa de Florián es la más elocuente respuesta.

–No nació de mi vientre, quiero decir– aclara ella.

–¿Entonces?

–Nunca supe quiénes eran sus padres verdaderos. Ni lo quise saber, ésa es la verdad. Hay cosas que más vale dejar como están, ¿no cree? De hecho, de la madre aún no sé nada y puede que no lo sepa nunca. Y del padre...–hace una pausa, se saca del bolsillo un papel arrugado, varias veces doblado sobre sí mismo, y continúa–: Tengo esta carta donde todo queda claro. Pero quisiera contárselo yo antes de que la lea. ¿Le molesta si revivo algún fantasma del pasado?

–Claro que no. Dígame lo que ha venido a contarme.

Entonces Rufina Abril, con la voz muy serena, le refiere la historia que nunca le ha confesado a nadie. El cuento de hadas de su propia vida.

En Mataró, en cuanto caminas un poco llegas a la playa y a las casas de los pescadores. Ella de joven frecuentaba aquellas riberas. Estaba escrito que en algún rincón tenía que encontrar al que sería su marido. No tenía ni veinte años, y él no llegaba a los treinta. Se casaron en la ermita de San Simón, un sábado de lluvias que parecía un vaticinio. A los tres meses ya esperaba un hijo. A los seis, una tormenta de las que se lo traga todo la dejó viuda. Durante un tiempo no encontró consuelo en ninguna parte. A veces se preguntaba cómo se podía sobrevivir llorando de la mañana a la noche. Y también qué consecuencias tendría aquella tristeza incurable. Por suerte no estuvo sola, siempre tuvo a su lado a Teresa Marqués, la segunda mujer del tintorero, de quien era amiga, socia, vecina y confidente. Una mujer buena, que siempre estaba cuando la necesitaba. La única amiga que tuvo jamás.

Adónde la llevaba todo ese dolor, lo supo cuando vio nacer muerto a su hijo. Era como si el pequeño le estuviera enviando un mensaje: no vale la pena llegar a un mundo como éste, dominado por la tragedia; yo me quedo en la nada de la que salí. Pero he aquí que esta vez el destino estaba de su parte. No hacía ni cuatro horas del alumbramiento cuando recibió la visita de Teresa Marqués. Creyó que llegaba a ofrecerle consuelo, pero no venía sola. Llevaba en las manos un cesto de mimbre. Dentro del cesto había un bebé recién nacido. Era como la ilustración de un paisaje bíblico. Por un instante, Rufina creyó que deliraba, que después de tanto sufrimiento su imaginación inventaba lo que tanto quería. Pero no eran imaginaciones. Teresa Marqués le ofreció un trato. Le regalaba aquella criatura sana, preciosa, que había nacido el mismo día que la suya. A cambio sólo pedía el bebé muerto y ninguna pregunta.

Rufina Abril dijo que sí a todo, claro está. Teresa Marqués envolvió el pequeño cuerpo exánime en una sábana vieja y lo metió dentro del cesto, para salir sin

despertar sospechas. No le dijo nada más. Ni adónde lo llevaba ni de dónde procedía el pequeño milagro que acababa de ponerle en los brazos. Ella no quiso saber, ni preguntar. A veces la ignorancia es tu única fortaleza.

En sólo unos días, y gracias al pequeño, se olvidó de todo: de la tristeza, de la soledad y también de las preguntas. Locio como si fuera de supropiasangre y nadie sospechó que no lo era. Ni siquiera el propio Juan Abril, que siempre se sintió muy orgulloso de que su padre fuera un marinero muerto en el mar y su madre una costurera valiente que lo había criado sin la ayuda de nadie.

Hasta que no hace tanto su hijo recibió una carta que hablaba de un testamento y de un hombre de quien no había oído jamás. No era ningún error, decía, sólo un acto de justicia. Fue así como Juan Abril conoció la historia del intercambio de bebés y la odió de pronto por haberle engañado toda su vida. También supo que tenía un padre, uno muy diferente al que siempre había pensado, y que ese padre le había dejado una pequeña fortuna y un nombre: JoaquínPujolà.

Todo esto, incluido el resentimiento nacido del engaño, se lo contó a la mujer que amaba. Le enseñó la carta donde se hablaba de todo. Le prometió que todo ese dinero sería para el hijo que ya estaba en camino y para librarla a ella de su mala vida. Se comprarían una casa, vivirían como gente digna, le prometió. También quería destinar una parte del dinero a sus luchas. Imprimirían propaganda, alimentarían a los pobres, abrirían una escuela.

Al día siguiente de esta visita murió hervido dentro de una caldera de la tintorería de Florián, su primo hermano. Aunque ese dato lo sabía sólo desde hacía ocho horas.

Agosto de 1920

Señorita Pujolà:

Quiero tener un detalle con usted. He decidido regalarle la Casa de les Punxes. ¿Le gustaría? Podríamos vivir allí todo el año, cada estación en una parte diferente. En verano en lo alto de las torres, como los príncipes de los cuentos. En invierno a pie de calle, para calentarnos con el aliento de los autos. En primavera y en otoño, allí donde mejor apreciaríamos el renacer de las rosas y el amarillear de los árboles. Incluso podríamos vivir separados, en caso de que usted no desee verme. Ya ve que por estar cerca de usted soy capaz de todo. Por las noches, miraríamos las luces en movimiento de la ciudad y pensaríamos que son nuestros vasallos, que nos adoran y que se preguntan qué podrían hacer para contentarnos.

Teresa mía, se me está fundiendo el cerebro. ¿Seda usted cuenta? Desde que he sabido que está usted prometida y que se aburre—no me pregunte quién me ha informado, porque soy un caballero—pretendo comprarla con regalos. Mi problema es que soy de decisiones lentas y difíciles; sufro lo indecible cada vez que debo escoger una flor para lucir en la solapa, figúrese el sufrimiento que me está produciendo toda esta cuestión. ¿Acaso usted preferiría un claustro románico? ¿El edificio de la Lonja de mar? ¡Podríamos dormir en mitad del Salón de Contrataciones y tendríamos sueños góticos! Pídame lo que quiera, que mi fortuna es ilimitada, aunque no tanto como mi amor por usted. Sólo le pido que, por favor, me conteste alguna carta. Si en su respuesta llegara además la buena nueva de que ha dejado usted a su prometido, mi gozo no tendría fin. Su silencio me consume hasta los huesos. No sabe en qué estado tan triste me encuentro. Estoy anémico, neurasténico, dispéptico, clorótico, esquelético y antiestético. Y todos estos síntomas no se me van ni tomando Elixir Calol, que según los doctores tiene fama de curarlo todo, incluidas las dolencias que contraerás en el futuro.

Siento que mi mal se agrava. La causa son las incertidumbres y los nervios. No dejo de preguntarme qué causa puede tener esta apatía suya hacia mi persona. He resuelto culpar a los americanos. No debería haber hablado con tanta vehemencia acerca de los autos y las modernidades de aquel lejano continente. Me doy cuenta de que estas palabras la contrariaron. Le pido humildes disculpas. Silo prefiere, seremos más barceloneses que la Moños. Más mataroneses que el barón de Maldá durante la fiesta mayor. Los domingos iremos de paseo a la Font del Gat. Su prometido puede acompañarnos, si gusta. Pero, sólo suplico, adminístreme de una vez la única medicina que necesito: el Elixir Teresa. Diversas veces al día y en dosis de choque,

Tan suyo como siempre,

AVELINO

8 de agosto de 1920

Un domingo de mercado se encuentran en la plaza Gran Maríala de la lechería y Tomasa, que ahora es cocinera en casa de la familia del doctor Malgà. Se saludan al paso, porque ambas caminan apresuradas y tienen mucho que hacer. Pero ambas continúan su camino pensando en la otra y se regañan a ellas mismas por no permitirse perder unos pocos minutos en una conversación que podría haber aliviado sus almas.

Ninguna de las dos sospecha qué papel tiene en el destino de la otra.

Tomasa se queda con ganas de preguntarle a María qué ha sido de su hijo pequeño, cree que se llama Claudia, que últimamente no viene a traer la leche. Se lo ha preguntado al nuevo repartidor, un hermano mayor, pero éste es tan lacónico en sus respuestas que no ha sacado nada en claro. ¿Acaso está Claudio enfermo? ¿No volverá al reparto?

A María no se le ocurriría ni por un momento contarle sus aflicciones a alguien que no sea el padre Plandolit. Cada vez que le habla de su hijo menor—ella lo llama Titus, porque es el pequeño y porque nació muy tarde—, ella llora y él le dedica unas palabras de consuelo que suenan muy gastadas:

—Resígnese, mujer. Dios le devolverá a su hijo cuando deba hacerlo.

María Salva no confía mucho en que Dios pueda estar por todo. Por eso trata de ayudarlo un poco. Si supiera tener una confianza con alguien, le gustaría decirle a Tomasa que no es que ella no sepa esperar, es que cada día que pasa es un anillo más en la corteza de su tristeza. Que ya no sabe cómo pedirle a su hijo que vuelva, pero él anda deslumbrado por el fulgor de Barcelona y parece que no la oye.

Por su parte, Tomasa le habría dicho, de haberse atrevido, que Claudio le recuerda la casa que echa de menos todos los días, a pesar de que en la del doctor Malgala tratan bien y no tiene queja de nada. Si el hijo menor de María volviera a repartir la leche, como es un muchacho hablador, alegre y tiene el don de gustar a la gente, le preguntaría cómo están las niñas y el señor Florián, y de vez en cuando le pediría que le hablara de ellos. Por Doña Margarita no le preguntaría. Así se la tragara la tierra de un bocado, ella no la echaría de menos. Con este cambio de dirección último, Tomasa ha aprendido que en la vida hay caminos que jamás vuelven a recorrerse. Se hace mayor.

Tal vez las dos mujeres han hecho bien en no parar. Para confesarse semejante sarta de miserias seguro que podrán encontrar cualquier otro día.

22 de agosto de 1920

LaseñoraPlandolit, sentada en el saloncito de la viuda Sust, va a juego con las alfombras y la tapicería de las butacas. El moño artístico, las lorzas marcadas bajo el moaré del vestido marrón, la tripa compactada dentro de la faja, la cara de juez... toda ella parece concebida para estar aquí esta tarde, sudando, abanicándose, tomando chocolate y hablando por los codos.

—¿Sabe qué me han dicho? Que su vecino el tintorero se entiende con la madre de aquel pobre hombre que murió hervido. Esto de la muerte ya lo sabía usted, ¿verdad? En la ciudad no se habla de otra cosa. Incluso salió en los periódicos. Ella es costurera, se llama Rufina Abril. Cincuenta años bien llevados, alta, sana. Viuda de un pescador. El mar le robó al marido hace un montón de años. Ya ve qué desgracias ocurren en el mundo. Sólo estuvo casada seis meses, pobre muchacha, pero a los tres ya llevaba un hijo en el vientre. Nadie nunca le ha conocido otro hombre y hasta hoy no había hecho nunca nada malo. Cuando tenía el niño pequeño las pasaba muy magras para llegar a final de semana. Por eso a veces tenía que pedir algún pequeño préstamo, que devolvía cuando podía. A veces tardaba un poco, pero era cumplidora, todo hay que decirlo. Esto de los préstamos lo sé por mi hermana Sofía, ¿la conoce usted? La corsetera de la Riera, seguro que ha pasado por allí veinte veces. Pues bien, mi hermana, que tiene el corazón grande como una montaña, hace ya tiempo que ejerce de prestamista. No se crea, nada del otro mundo, sólo pequeñas cantidades, sólo diez o quince pesetas a lo sumo que han salvado a muchas familias del hambre y de la miseria, se lo puedo asegurar. Antes Rufina Abril era cliente de las de cada semana, no fallaba nunca. Pero de pronto dejó de ir—de esto hace poco—y un día que la encontró por la calle le contó que las cosas le iban ahora mejor, porque había recibido un dinero inesperado. ¿Qué le parece? Sí, sí, lo dijo así mismo: un dinero inesperado. ¿De dónde habrá salido? ¿Verdad que todo esto sólo puede tener una explicación? Parece que la mujer ya no pasa ninguna necesidad y tiene todo lo que necesita. Tal vez laseñoradel tintorero echa de menos lo que a la otra le sobra, usted ya me entiende. No sería la primera vez que una cosa así ocurre en el mundo. Los hombres, ya sabe, necesitan cambiar de mujer como quien cambia los muebles. Se aburren si no ven novedades.

DoñaRamona tiene la cabeza llena de obras de misericordia. La primera es «enseñar al que no sabe». Primero, tendrá que contárselo a su hijo, claro. Después, su deber de buena cristiana es poner sobre aviso a su futura consuegra, tratando de aconsejarla con sentido común («dar buenos consejos a quien los necesita»). Acaso debería también hablar con Florián con paciencia y buenas palabras, y hacerle ver su error («corregir a quien se equivoca»). Y, sobre todo, recordarle aDoñaMargarita que, a pesar de todo, debe estar bien dispuesta a pasar página con sinceridad («perdonar a quien nos ofende»). «Consolar al triste» implicará algo más de sacrificio, porque ya se da cuenta de que el disgusto será largo y difícil de digerir. Los tristes por amor son, de todos, los más tediosos. Se consuela pensando que su momento de gloria llegará cuando todos les agradezcan sus sacrificios. Por último, «sufrir con paciencia los defectos del prójimo» lo lleva haciendo desde que la viuda Plandolit ha entrado por esa puerta y se ha mostrado plenamente conjuntada con el mobiliario rancio de la sala. Y he aquí que, llegado este punto, debemos hacer un punto y aparte en la gravedad de la conversación para pagar a la invitada con su misma moneda.

Si ha habido en los últimos años una boda que haya dado que hablar, ésa fue la del señor Plandolit con la parlanchina convidada de hoy. La diferencia de edad era notoria. El carácter de ambos, aceite y agua. Ella era una muchacha rica y malcriada. Él, un

pobre viudo de costumbres polvorientas con un hijo cura más recto que los cirios. Todo el mundo supo desde siempre que la joven se había enamorado del cura y que durante un tiempo se fatigó tratando de seducirlo, pero no tuvo suerte. El espíritu del padre Plandolit no tenía ni una sola grieta por donde pudiera filtrarse el pecado. Cansada de esperar y también de presentar una batalla inútil, la chica rica decidió atrochar camino y se casó con el padre del cura. La jugada le salió bien—«Desde luego, hay brujas con suerte», dijo entonces doña Ramona—porque muy poco después el caballero polvorienta murió de un ataque de asma y la viuda joven se quedó sola con el casto religioso, a quien cuidó con una abnegación y un sacrificio que no habría podido igualar ninguna madre del mundo. «Y ahora esta mujer se atreve a venir a mi casa a criticar a otras», piensa la señora Ramona mientras trata de aplicar la sexta obra de misericordia.

Por último, la séptima, es la más fácil: «Rezar por los vivos y por los muertos». Una vez que se marche su invitada se encerrará en la capilla de la casa con el recuerdo de su marido el notario y se lo contará todo entre paternósters, avemarías y lágrimas de autocomplacencia. En fin, como hace siempre.

24 de agosto de 1920

Un domingo de agosto Rosina sirve a los señores un pollo sanguinolento, mal desplumado y acompañado de unas ciruelas que de tan deshechas parecen mermelada. El señor Florián, que por fin se ha dejado ver por la casa de verano, deja los cubiertos sobre el mantel y pregunta a su mujer:

—¿Por qué no buscas otra cocinera, Margarita? Ésta nos matará.

Margarita no tiene otro remedio que devolver a la joven a subenefactora junto con unacarta—sela estribe Teresa—donde se deshace en explicaciones. Le cuenta cómo han ido las cosas, que la pobrecita es un pedazo de corcho, que no hay forma de extraer nada de ella, que no hace más que preparar desastres y que tiene a toda la familia enferma del estómago. Esta vez no se le ocurre pedir otra recomendación a la futura consuegra. Dispone que preparen la berlina y manda a la chica con la carta en dirección a la ciudad. Espera la respuesta sentada en el porche, consumida por los nervios.

La respuesta llega por la noche, con el mismo chófer, que regresa. Breve y seca como un esparto:

Querida señora Margarita:

Dado el poco provecho que extrae de mis consejos, a partir de este momento me abstendré de dárselos. Un saludo,

RAMONA

DoñaMargarita sufre de palpitaciones. Casi no cena, duerme fatal y por la mañana, sin desayunar, se arregla a toda prisa y sale en dirección a la ciudad. Se presenta en casa de la viuda Sust dispuesta a pedir disculpas y, si hace falta, a readmitir a la muchacha.

DoñaRamona ha mandado traer bizcochos y lo tiene todo preparado, pero no lo reconocería por nada del mundo. Acepta las disculpas con resignada elegancia, pronuncia un discurso sobre los errores de la juventud y el papel de los mayores en la educación de los jóvenes. Después manda salir al hijo a saludar. Casimiro Sust en verano aún es más blancuzco que en invierno, acaso por contraste con el color de la piel de los veraneantes. Besa la mano de doña Margarita y le pregunta cómo está Teresa, si el veraneo le sienta bien.

—Se aburre, pobrecilla. Echa de menos su vida ordenada. Reza todos los días para que el estudio le aproveche y se le haga corto—miente Margarita, y el estudiante sonrío levemente.

Cuando se quedan de nuevo a solas,DoñaRamona diserta:

—Ya sabe usted cuál es mi parecer acerca de esto del veraneo. Que no es propio de usted y que no es nada bueno para las jóvenes casaderas. No es nada raro que las muchachas se vuelvan estúpidas, hoy día. ¿Sabe que en el extranjero incluso hay algunas que quieren ser presidentas? Primero se divorcian y después desean mandar, todo viene del mismo desenfreno. Estas músicas de ahora, por ejemplo, son fatales para las chicas. Luchan por completo el cerebro hasta dejarlo hecho un puré. Esto explica que por todas partes ocurran cosas tan extrañas. Quitarse el corsé, casarse siete veces, ponerse plumas en los sombreros, fumar con boquilla... todo esto lo hacen en América, donde no hay nada viejo ni saben qué son las costumbres de siempre, pero aquí somos de otra pasta. Aquí vamos a misa y nos acostamos a las nueve. Ya no saben qué hacer para que cambiemos. Incluso han inventado el cine para convencernos de que seamos como ellos, ya ve usted qué interés tan sospechoso. Yo

no me fío de nada americano. Ah, ¿y sabe? Me han dicho algo que no sé cómo contarle, aunque mi deber de buena amiga es ser valiente. Se lo diré tal y como me lo han contado a mí, hágase cargo de que mi situación es delicada. Según dicen, últimamente su marido hace favores a aquella pobre mujer cuyo hijo murió hervido en una caldera. De sobra sé que el señor Florián no es capaz de cometer bajeza alguna, pero la gente es mala y últimamente parece creer lo contrario. Creo que debería hablar usted con su marido, señora mía, y sin demora. Estos asuntos, cuanto antes se resuelvan, mucho mejor. Conviene evitar que la gente piense demasiado. Y, si es cierto lo que dicen, quitarle los caprichos de la cabeza de inmediato, mandarlo a tomar las aguas a Tona (que van muy bien para los sofocos de todo tipo) o comprarle una bicicleta de última moda. También debe perdonarlo enseguida—eso lo primero—, igual que hacemos con los niños cuando cometen alguna diablura, y todo sin darle ninguna importancia. Seguro que cualquier día los médicos alemanes inventan una pastilla que les quita a los señores casados las ganas de levantar faldas ajenas. Ay, qué alivio sería para nosotras, ¿no cree? Y por Rosina, señoramía, no sufra lo más mínimo. Ya sabré encontrarle algún entretenimiento. Enviándola con usted sólo pretendía alejarla de mi hijo, ¿sabe? ¿No ha visto qué pechos tiene, la criatura? ¿Y cuánto se aprieta el corsé? Parece que busque que mi muchacho le complique la vida. Y él, como que los libros le tienen medio tonto, cuando levanta la vista y la encuentra, pierde el sentido. No conviene que las tentaciones estén tan cerca de san Antonio. Por lo menos hasta que Casimiro sea un hombre casado con la hija de usted. ¿Cree que tengo razón o que no la tengo?

La berlina regresa a Argenton a caer la tarde, llevando a una señora Margarita que cavila sus cosas con el ceño fruncido y a la joven Rosina, que no puede dejar de sonreír. La señora Pujolà se consuela pensando que todo este mal trago lo ha pasado por Teresa. Y que tiene mucho trabajo por hacer, si es que quiere tenerlo todo bajo control. Y que no piensa perdonar a su marido nunca más, por mucho tiempo que pase. Y que ella no sabe perdonar ni pretende aprender. Y que alguna compensación habrán de tener tantos malos ratos. Y que, de todos modos, necesita encontrar pronto una nueva cocinera.

13 de marzo de 1905

Teresa Marqués sentada a la mesa. Las dos mujeres de casa frente a frente. En algún lugar de la escenografía está el reloj de pared, mudo y en paz. Teresa Marqués juega con las miguitas de pan que han quedado esparcidas sobre el mantel. Se las clava en las yemas de los dedos. Son ásperas, están llenas de aristas. Como las palabras. Como algunos recuerdos demasiado jóvenes. Hoy han enterrado al pequeño Domingo.

—Nunca me perdonarás que Florián me quiera, ¿verdad?—dice Teresa Marqués, con mucha calma—. Harás que lo pague toda mi vida. Eres como un zorro, esperas tu oportunidad para llevarte tu presa.

Una Margarita aún muy joven—tiene veinticuatro años—escucha sin decir nada. El silencio es la más contundente de las afirmaciones.

Margarita no hace preguntas. Le gusta ganar batallas.

Ojalá la memoria pudiera encorsetarse, piensa el astuto zorro quinceaños más tarde, mientras regresa a Argenton con la berlina y la cocinera alcorcho. Ojalá pudiera contraerse, aligerarse, disiparse, extirparse. A una cierta edad, más vale estar en paz con los recuerdos. Si no te dejan dormir por las noches, tal vez sea porque te lo has buscado.

17 de marzo de 1723

La última vez que lo vimos por aquí, Joseph Pujolàr era un viudo joven de diecinueve años con una masía en la sierra de Batet que había heredado de su joven y difunta esposa. Han pasado sólo ocho meses desde que enviudó, pero hoy, cuando se cumple exactamente un año de su primer matrimonio con la malograda Tecla Bartolich, hija de un comerciante de relojes y campanas, ya lo tenemos de nuevo esperando ante el altar. La parroquia esta vez es la de Santa María de Bolós, pueblo donde nació y donde ha vivido hasta ahora la que con toda justicia pasa por ser la muchacha más bonita del pueblo, la joven heredera Francisca Ripoll.

Por qué ha querido casarse el joven Joseph Pujolàr exactamente el mismo día en que lo hizo la otra vez, no lo sabemos.

Aquí nadie conoce las circunstancias del anterior matrimonio, ni saben tampoco nada de su odio hacia su hermano Fidel, cuatro minutos mayor que él. Sólo tratan de saber de dónde sopla el viento, porque el viento que sopla el día de la unión entre dos personas es el que marcará el resto de su vida. Si es un viento bueno, tendrán una vida próspera y cargada de descendencia. Si es un viento malo, de los que bufan de poniente o caen del cielo, tendrán que prepararse para las mayores desgracias.

Hoy no hace ni un poco de viento, las viejas respiran tranquilas. La madre de la novia, que es una viuda rica, llora de emoción al ver a su hija tan contenta, mirando a los ojos de color azul transparente de su marido nuevo. Cuando ya están a punto de salir para celebrar, la tierra tiembla. Las viejas se asustan, porque hacía tiempo que no temblaba tan fuerte, no es buena señal, el demonio tiene alguna advertencia que hacer. En todo caso, el matrimonio se ha echado a perder.

Siete meses más tarde llega la noticia. Francisca Ripoll, la heredera más bonita que un sol que vieron caminar hacia el altar, ha muerto por sorpresa nadie sabe de qué en la masía de Santa Pau donde vivía con su marido, el joven Joseph Pujolàr, dos veces viudo, que también es mala suerte.

Las viejas son las únicas que no se extrañan. La tierra ya lodijo. La tierra nunca se equivoca.

22 de septiembre de 1920

Cerca del día de la Merced, coincidiendo más o menos con el calendario astronómico, Doña Margarita declara el verano terminado. Vuelve a casa con las tres niñas, los baúles, los trastos y la cocinera inútil. Está deseando restablecer la rutina de misas y visitas que le llena los días. Quiere encontrar cuanto antes un director espiritual a quien confiarle todo el peso de su alma. Quiere hacer un tapete de ganchillo con motivos florales para tapar el piano. Quiere comer crema de San José hasta caer enferma.

El verano ha resultado agotador. Lo ha pasado discutiendo con su hija, que todo el día quería salir, y manteniendo a raya el rebaño de pretendientes que parecían una plaga de Egipto. Y si de puertas afuera estaba todo tan desordenado, de puertas adentro era todavía peor. Hace veintiocho días que no le dirige la palabra a su marido. Ni buenos días, ni mirarlo, se comporta como si no estuviera. Si él se da cuenta y le pregunta qué le pasa, ella se da la vuelta y se marcha en otra dirección. Duermen en habitaciones separadas y ella cierra todas las noches su puerta con llave. Manda que le traigan la cena a las siete para no coincidir con él en la mesa. Y todo por algo que no es cierto y que a ella le parece una evidencia terrible. ¿Por qué se ha quedado Florián todo el verano en la ciudad, si no es para ver a aquella mujeruca? ¿Por qué está siempre como ausente, apagado, si no es porque la echa de menos? ¿Por qué parece mudo, si no es porque no puede hablar de ella con nadie? ¿Y por qué últimamente le da menos dinero para sus gastos personales, si no es porque lo invierte en otras cosas? Podría añadir que no come apenas nada, pero de eso no tienen la culpa los caprichos del amor sino los desastres de Rosina.

La joven cocinera inepta es otra pesadilla. En la cocina es mejor no entrar, a menos que Teresa haya decidido poner orden. Suerte tiene de su hija, que es la única capaz de no hacer que aborrezcan para siempre el momento de sentarse a la mesa. Si no, sería como prepararse para la pasión tres veces al día.

Las niñas llegan a casa con alivio y alegría. Celebran las cosas que en los tres meses de verano han olvidado y se entusiasman con que la vida comience de nuevo. Mañana verán al señor Fort y retomarán las lecciones de piano. Las pequeñas volverán al colegio en una semana. Teresa espera en silencio la llegada del lechero. No ha pensado en él en todo el verano pero, si se trata de recuperar costumbres, es lo primero que se le viene a la cabeza, a saber por qué.

Pero hete aquí que cuando el lechero llega, Teresa se lleva un disgusto. No es el mismo de la otra vez. Éste tiene el bigote más grande, no es guapo, tampoco es simpático y tiene un poco de cabeza de huevo. Calza alpargatas y lleva bata. Deja la lechera en la puerta y espera a que se la devuelvan sin decir nada ni mirar a nadie. Rosina le trae el recipiente sin tardanza, después de volcar la leche en una olla que tiene preparada al fuego. El lechero se despide con un cabeceo vigoroso y un murmullo más bien tosco. Teresa deja escapar un suspiro. Le habría gustado pedirle explicaciones, pero no habría estado bien; una mujer como ella no puede preguntar por un joven como ése. Por ningún joven, de hecho. Son ellos quienes preguntan y se interesan. Las mujeres se cargan de paciencia y esperan a que alguien las quiera.

A 28,2 kilómetros de aquí, justo en el corazón de la Plaza de las Arenas, Claudio Torres termina un plato de albóndigas sentado a la mesa de la dueña, con quien comenta las novedades del día. Ella le cuenta alguna anécdota divertida de tiempos pasados y él ríe y rebaña el plato con un pedazo de pan. Claudio Torres no había comido tan bien en su vida. Desde que trabaja aquí ha engordado un poco. Por no

hablar de la suerte que ha tenido de caer en gracia a la propietaria, que a la segunda semana ya lo había nombrado encargado y que desde el primer momento lo favorece con su simpatía. Los días que está sola para almorzar o cenar, que son casi todos, le invita a su mesa. Ríen, se cuentan mil cosas. Lo que ocurre por las noches no lo sabemos, ni es necesario para que la historia avance, pero podemos imaginar la gran suerte que los dos encontrarían en brazos del otro, tal vez en un lugar mejor que éste. Un rato con ella sería como conocer a diez mujeres de golpe. Cada minuto con él, una razón para perdonarle agravios a la vida. Experiencia contra olvido. A partir de este momento, ambos serán el secreto inconfesable del otro.

Sería absurdo decir que Claudio Torres piensa ahora en TeresaPujolà. Es obvio que no. Sin embargo, en su mala conciencia hay una mujer. Una mujer que llora cuando lo ve llegar y cuando lo deja ir. Tal vez llora también cuando no está, aunque él no lo sepa (pero lo piense). Le dice muchas veces que lo extraña, le pregunta qué hay en Barcelona que no pueda encontrar en casa, le recuerda una vez y otra que ella nunca podrá visitarlo porque está demasiado atada a la lechería y a la enfermedad de su marido. Le pone las cosas muy difíciles.

Hoy se anima y le cuenta su resquemor a la dueña, que lleva días preocupada porque lo ve triste. Quizás con una mujer más joven, más guapa, menos experta, no se habría atrevido.

—Mi madre me echa de menos y quiere que vuelva—le dice—. Yo no sé qué hacer, ni qué decirle.

Claudio Torres querría quedarse aquí, confundirse con el paisaje gris de esta ciudad que ama, llevar vida de barcelonés, comprarse un sombrero de paja para los domingos. Le gustaría llegar a ser propietario de un café como La pansa, o hacerse representante de artistas o tendero de Hostafrancs, el barrio donde todo acaba y todo comienza.

La dueña le acaricia el pelo con ternura, como una segunda madre.

—Yo sé que volverás a casa—murmura, con voz de tristeza—. Y también sé que allí te espera alguien que hará que te olvides de mí.

30 de septiembre de 1920

Para reunir las veinte mil pesetas que le ha pedido su socio, Florián Pujolàha empleado casi todos sus ahorros y aún ha tenido que pedir prestadas casi la mitad. Ahora tiene una deuda con la Caja de Ahorros que, según las previsiones de Viladevall y las del nuevo administrador, devolverá mucho más de prisa de lo que imagina. Todo es cuestión de arrancar las novedades y les lloverá el trabajo. Florián no se arredra ante las inversiones debe su suerte en los negocios a este hecho—, pero últimamente las cosas han ido mal dadas. La huelga les dejó sin clientes y ahora cuesta un mundo convencerlos de que vuelvan. Por suerte, de eso se encarga Viladevall.

El día en que va a casa del notario Cabañes a firmar la operación, Florián decide decirle a su mujer que tendrán que apretarse el cinturón durante una temporada. Están sentados a la mesa, en el plato hay una merluza cruda por dentro y quemada por fuera acompañada de unas zanahorias duras como una piedra que nadan en un jugo blancuzco que de tan líquido parece agua.

—¿Y esto por qué, si puede saberse?—pregunta Margarita, fría como el hielo y en guardia como si la estuvieran atacando.

—Porque las cosas no van bien. Últimamente he tenido problemas graves.

—Ah, ¿y tengo yo la culpa de tus problemas?

—Claro que no.

—Entonces no me puedes pedir sacrificios.

—Nunca te he pedido sacrificios, que yo sepa. Sólo te pido unos meses sin excesos, eso es todo.

—¿Excesooooos?—pregunta la mujer, alargando la palabra como si la encontrara muy rara—. ¿Yoooooo? Igual me confundes con otra. Tú sabrás qué excesos has consentido a mis espaldas.

Florián chasquea la lengua, con el entusiasmo de un cerdo al que llevan al matadero. Padre e hijo se van al trabajo. Florián quisiera decirle cuatro cosas a su mujer, que está insoportable desde hace algunas semanas, pero no quiere hacerlo delante de los hijos. De hecho, no quiere hacerlo y punto. Su vida es demasiado diferente de lo que habría querido. Antes de que pueda llegar a la puerta, Margarita añade:

—Porcierto, se acerca Navidad. No es buena época para pedirle a tu familia que se apriete el cinturón, creo yo. Tal vez deberías pedirselo a otra.

Florián no escucha. Hace años. Se va sin replicar.

Por la tarde llegan las horas lánguidas de las costumbres retomadas y, con ellas, la lección de piano de las cuatro. Eusebio Fort mira a Teresa por el rabillo del ojo, y su dolor de hombre enamorado le pesa dentro del corazón como si fuera un saco de piedras. Las pequeñas se aplican en las lecciones. María ha hecho unos progresos muy esperanzadores gracias a la generosidad de los Garí y a la mediación del propio profesor, que han puesto el viejo Énard a disposición de la niña. Si todo va bien, este mismo curso podrá debutar como concertista.

—No ha dejado de tocar en todo el verano. Incluso actuó para la señora Garí en señal de agradecimiento se ufana su madre.

Fort está exultante. Por fin tanta paciencia y tanta constancia dan algún fruto. La niña le pide tocar una pieza de su gusto y el profesor, magnánimo, lo autoriza. Se sienta en una butaca junto a doña Margarita, que hace ganchillo, y se prepara. Comienzan a sonar los primeros acordes de El vals de las olas. El profesor cierra los ojos y se deja transportar por el encanto de la melodía. «Por fin—piensa—, por fin alguien extrae

auténtica música de esta maravilla.»

Cuando a las cuatro en punto llega el muchacho de la leche, se encuentra con una escena muy distinta de las que recordaba. La hermana mediana toca y hoy reconoce la melodía. La mayor y la pequeña bailan frente a los ojos de la madre—severos—y los del profesor cerrados—, muertas de risa. Su presencia interrumpe el baile, pero no la música. Durante un segundo, sus ojos y los de Teresa se encuentran en un compás de tres por cuatro. Rosina se ha llevado la lechera a la cocina para vaciarla. Teresa esquiva la mirada. Margarita le pregunta al lechero qué hace como un tentetieso en mitad de la sala y él se retira hacia la salida. El Vals de las olas está terminando. Eusebio Fort abre los ojos, avisado por el revuelo de que algo ocurre y reconoce a Claudio Torres detenido en el umbral. Es él, su viejo amigo del cine Gayarre, recién llegado de su aventura en la capital con unos aires de barcelonés que causan sensación. Lo saluda con la mirada, realmente contento de volver a verle, con ganas de retomar el entretenimiento de sus tertulias sobre cine en las que comentaban películas y compartían curiosidades sobre los—y en especial «las»—artistas. Claudio Torres es una mente inquieta. Pregunta sin parar. Las respuestas le despiertan curiosidades nuevas. A Fort le parece una persona inteligente, demasiado para ser el chico de la leche.

Por la noche, cuando Doña Margarita se va a sus misas, Teresa encuentra un momento para hacer una visita al despacho de su padre. Lleva todo el día pensando lo que le quiere decir.

—Padre, yo podría trabajar—dice—. Ganaría dinero, podría ayudarle, así usted no tendría que sufrir tanto. Podría ser dependienta en alguna tienda o tal vez alquilar un puesto en el mercado y vender comida. ¿Se ha fijado cuántas personas. Pasan todos los días por el mercado de la plaza de Cuba? Y con el tiempo aún pasarán más, en cuanto arreglen la plaza y le pongan un tejado. He oído contar que van a hacerlo pronto, y eso será muy bueno para el comercio. ¿No cree que yo serviría para vender, padre? Déjeme probarlo, por favor.

Florián sonríe, agradecido y orgulloso de su hija.

—No, nena. Esto no es trabajo para ti.

Teresa protesta.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué se empeña en...?

—Basta, Teresa. No quiero que trabajes. Se ha terminado. Tu madre estará de acuerdo conmigo. Haz lo que te mandan, ni que sea por una vez.

Teresa se asusta. Su padre nunca le había hablado de ese modo, con ese tono, con tanta dureza. Nunca hasta hoy le había dicho que debe obedecer. Siempre había sido su cómplice. Concluye que hoy a su padre le pasa algo grave.

—Vete a casa—ordena Florián, y es su última palabra.

Teresa obedece, con la cabeza gacha.

No se equivoca. Florián tiene problemas muy graves. Su mujer es sólo el más antiguo. La deuda con la Caja de Ahorros. Las denuncias de los sindicatos, que no han parado desde que Juan Abril murió hervido. La cara dura de Viladevall, de quien cada vez se fía menos. Y, desde hace una hora, uno nuevo, inédito e impensable: su hijo ha entrado por esa puerta, se ha puesto frente a él y le ha dicho que desde hoy mismo es el nuevo repartidor de la pastelería Font. De momento, le ha dicho, hará los repartos a pie, pero los amos poseen un auto y le han pedido que aprenda a manejarlo.

Después, viendo el disgusto que se dibujaba en el rostro de su padre, ha tratado de disculparse:

—Yo no sirvo para tintorero, padre. Lo he intentado, para que no se disguste. ¿No ha visto que me mareo en cuanto me acerco a las cubas? Cada uno de nosotros servimos para algo distinto.

Florián hoy es el capitán de un barco que se hunde.

15 de octubre de 1920

El día de Santa Teresa, Rosina sale a comprar huevos, canela y almidón porque la mayor de las niñas quiere preparar crema de San José para celebrar su santo. Al volver encuentra a una anciana sentada en la butaca de la sala. Del susto, se le cae el cesto con los huevos. Se rompen media docena.

La anciana, a quien no había visto nunca, dice:

—¿A qué esperas, Tomasa? ¡Recoge toda esta porquería!

No sabe qué hacer.

—¡Venga! ¡No te duermas!—insiste la desconocida—. ¿Necesitas que te ayude?

Es una mujer de unos setenta años más, vestida con una bata sencilla y fea, de algodón crudo, como las que llevan los enfermos en los hospitales. La mujer se agacha delante del desastre y comienza a recoger cáscaras del suelo. Rosina no sabe cómo pedirle que se esté quieta. Se da prisa a traer trapos de la cocina y recoge las babas de huevo sin mucha destreza. El suelo ha quedado empañado y pegajoso. La anciana parece agotada por el esfuerzo.

—¿Me harías el favor de traerme un vaso de agua, Tomasa? Tengo mucha sed—hace una pausa, se sienta en la butaca—. ¿Sabes si hoy es Santa Teresa?—y antes de que Rosina pueda contestar, se levanta de nuevo y dice—: No me encuentro muy bien. Creo que voy a echarme un rato.—Se detiene un instante, desconcertada—. ¿Sabes si mi cómoda está arriba?

Y sube al primer piso, directamente hacia la habitación de la señora Margarita, como si conociera a la perfección el camino.

En casa no hay nadie. Las niñas pequeñas están en la escuela, Teresa asiste desde hace poco a las clases de práctica doméstica que imparte la señora Xammar (Pepa la acompaña y la espera en la puerta mirando las nubes) y doña Margarita ha ido a presentarse a su director espiritual a Santa María y no volverá hasta la hora de comer.

Rosina nunca se ha visto en un aprieto como éste. No sabe qué hacer. Vacila un instante, mira por el ojo de la cerradura para asegurarse de que la anciana está dormida y sale con buen paso en busca de la policía. Molestar al hombre de la casa con estas menudencias no sería correcto.

Por suerte para ella, todo se resuelve de maravilla. Cuando la señora Margarita llega a casa y la muchacha le cuenta con todo detalle lo que ha pasado, recibe una respuesta que no esperaba. Ni ahora ni nunca, porque la señora no es pródiga en amabilidades.

—¿Seguro que no la ha visto nadie?—Rosina niega con la cabeza—. Te felicito, Rosina. Lo has hecho muy bien. Te has ganado una tarde libre.

A Margarita ni se le pasa por la cabeza el día que es hoy. Es la única, junto con la anciana demente, que podría adivinar qué sentido tiene todo esto. Por la mañana, el *Diario de Mataró* publica una nota que dice:

Ayer se escapó de la casa de las Hermanitas de los pobres una asilada que sufre demencia, aunque no es peligrosa. Caminó sin rumbo por la ciudad hasta que, completamente agotada, entró a descansar en una casa de la calle Castaños, donde fue encontrada por la policía en buen estado de salud, y fue devuelta con toda rapidez a las monjas. Como no era la primera vez que la mujer huía (una vez la encontraron en la explanada del cementerio, de madrugada), la hermana Consolación, superiora de la santa casa, ha ordenado que a partir de ahora se la vigile más de cerca.

7 de febrero de 1920

La noche que Teresa Marqués se escapó del asilo y echó a andar cuesta arriba, subiendo y subiendo hasta la explanada del cementerio, estaba mucho más lúcida que nunca en su vida.

Todo el mundo le dice que está perdiendo la memoria, que pronto no recordará nada. Tienen razón, lo sabe. Pero no esta noche. Esta noche está bien y tiene sus recuerdos intactos, como un tesoro.

El lugar al que se dirige está arriba de todo, junto a la explanada principal, pero al mismo tiempo no puede estar más lejos: un muro alto y siniestro sirve de frontera entre dos mundos irreconciliables. De un lado, tierra sagrada. Del otro, un espacio secreto que casi todos evitan.

Teresa Marqués, a la luz de la luna y en camisa, parece un espectro que ha salido a dar una vuelta. La tumba que busca no tiene nombres ni inscripciones. Ni siquiera tiene lápida. Forma parte de un conjunto discreto donde todas son iguales. La reconoce enseguida, sabe dónde está. Se sienta justo enfrente, en un rincón desde donde poder verla bien.

—Silvestre, estoy perdiendo la cabeza—dice con contrariedad—. He venido a despedirme antes de que sea demasiado tarde.

Aprovecha para contarle cuatro cosas. Disfruta mucho criticando a Margarita. ¿Con quién lo hará, si no es con él? Él tampoco la quería. El tiempo ha confirmado todos sus celos, y ha traído alguno nuevo. Esta mujer será la ruina de Florián y de la casa entera. Será el final de todo. Pero qué le vamos a hacer, ya trató de impedirlo cuando aún estaba a tiempo. En la vida llega un momento triste en que hay que dejar que los jóvenes se equivoquen solos.

Del asilo, no le habla. No quiere entristecerlo. Si supiera que ahora vive con unas monjas, se enfadaría mucho. A Silvestre las monjas y los curas nunca le gustaron mucho. Se enfadaría todavía más si conociera los motivos. La casa, el negocio, el socio escandaloso, el cambio de domicilio... no le habla de nada de eso. No le dice que hubo de volver a la calle del Prat después de tanto tiempo, y que no se entendió en absoluto con su medio hermano. Ya se sabe que las relaciones de familia son lo más difícil del mundo. En el número diecinueve no había mucho espacio, así que tuvo que irse. Le dio todo su dinero a sus sobrinos en señal de agradecimiento. Se quedó sin nada. Sólo su cómoda. ¿Se acuerda de su cómoda, aquella tan grande que era de su madre? La última vez que la vio estaba como nueva, como recién barnizada. Ya no se hacen muebles así. Ni muebles ni nada. Personas, tampoco. Así que los sobrinos se quedaron la cómoda que ella les ofrecía en señal de agradecimiento. Luego ella se marchó porque allí no había sitio.

Las casas son pequeñas en la calle del Prat, ¿se acuerda? La medio cuñada tuvo que pasar el mal trago de decírselo. Le costó mucho encontrar las palabras para hacerlo. No la estaban echando, repetía, no querían echarla. Pero lo hacían, claro. Le pedían que buscara otro lugar donde vivir. ¿Y qué lugar podría buscar? Si no me queda nada, os regalé todo el dinero, y ya tengo cincuenta y siete años. ¿Adónde puedo ir? Entonces apareció Margarita y le hizo aquella caridad: la llevó a las Hermanitas de los pobres. Mandó que la encerrara allí donde pudieran tenerla vigilada siempre. Pero ella no quiere estar encerrada, se escapa de vez en cuando, cada vez que puede. Allí todo el mundo vigila a las internas, y las monjas no pueden dar más rabia. ¿Y el niño? ¿Dónde está Florián? ¿Qué hace? ¿Por qué no viene a visitarme? Los hombres, ya se sabe. Ellos sí pierden la memoria. Ya va Margarita en su lugar, ella es quien se ocupa

de la familia. Además, tiene mucho trabajo. Muchos problemas. Eso es cierto, pobre muchacho. Piensa todo esto, de lo que no quiere hablar, y de pronto se da cuenta de que las palabras se le han caído de la boca como si fueran manzanas de un canasto. Uy, se me ha escapado, murmura, y ríe por debajo de la nariz, como una niña. No te preocupes, no me pasa nada, no te preocupes mi amor, yo estoy bien, es sólo que últimamente me cuesta recordar qué digo y qué no. Hablemos de otra cosa, ¿quieres?

No puede imaginar el tiempo que hace que no va al cine, le dice, con lo que le gusta. Ahora dicen que hay unas salas preciosas, muy nuevas, y se pasan el día proyectando películas que ella no podrá ver. Seguro que tú las conoces todas, ríe de nuevo, porque allí donde estás deben de estrenar películas todas las semanas. Tiene que prometerle que la llevará, que irán del brazo a todas partes. La noche refresca y tiembla de frío, pero aún no quiere irse. Si supieras las ganas que tengo de ir a todas partes contigo.

—¡Está allí!—dice de pronto una voz que lleva una luz y que pronuncia su nombre en voz muy alta. Ya han llegado las monjas, qué pesadas, y ahora la regañarán con aquel tono de voz tan insoportable.

—Por el amor de Dios, Teresa, ¿se puede saber qué hace en un lugar tan horrible? ¿Veis como no está bien de la cabeza? ¡Seguro que no sabe ni dónde está! Venga, vamos, salgamos de aquí. Qué horror, Virgen Santa. Tendrás que portarte bien, Teresa, ven conmigo. Te he traído una manta. Cada vez está peor, pobrecita.

No dice nada. Sabe muy bien dónde está. Buscaba una tumba y la ha encontrado, porque sabe exactamente dónde hacerlo. Este lugar horrible es lo que ellos denominan «Cementerio de los espiritistas» y es allí donde se entierra a la gente que no tiene dios, ni lo necesita. Un muro altísimo separa esta tierra del diablo del lugar donde descansan los bautizados, la gente decente, los cristianos. Es una frontera entre dos mundos irreconciliables. En este lugar quiso Silvestre descansar para siempre, en una tumba sin fechas ni nombres que muy pocos saben dónde encontrar. Le dijo que la esperaba aquí cuando le llegara la hora. Pero no contó con que su memoria se borraría como si fuera un paisaje de arena.

Por eso ha venido a despedirse, antes de que sea demasiado tarde.

Noviembre de 1920

Eusebio Fort soñaba con contribuir a la felicidad de Teresa Pujolà, pero nunca pensó que sería de este modo. Desde hace casi dos meses sirve de correo entre Claudio Torres y su alumna menos habilidosa. Cada tarde, antes de salir del Gayarre, recibe la visita del chico, que le trae un papel doblado en cuatro. Cada tarde, nada más entrar en casa de los Pujolà, deja el billete dentro del libro de solfeo para que Teresa pueda leerlo cuando su madre no mira, sin levantar sospechas.

Esta correspondencia empezó a la mañana siguiente de aquel valsecito que el lechero sorprendió en medio de la sala. La primera misiva sólo contenía una duda urgente:

Me han dicho que está usted prometida, pero no he encontrado a nadie que me lo pueda confirmar. Selo pregunto a usted: ¿Tiene novio? ¿Puedo ser su amigo?

Al recibirla, Teresa sonríe y piensa: «Tengo amigos de sobra» y contesta, tratando de escribir con buena letra:

Podrá ser mi amigo si no hace preguntas.

Claudio recibe la respuesta en el cine Gayarre, mientras el público ocupa sus asientos y el señor Fort se prepara para comenzar la función de hoy. La película es de aventuras y se llama *Cyranode Bergerac*. Fort tiene ya preparadas cuatro sorpresas de Debussy, que también era francés. Fort siempre ha tenido el vicio de querer que todo ligue.

—¿Por casualidad sabe qué pone?—pregunta Claudio Torres, observando el mensaje cerrado.

—¡Por supuesto que no!—se hace el ofendido el viejo profesor de piano.

El corresponsal lee la frase allí mismo, sonríe, y la contesta sin demora:

¿Le gusta tomar el vermut?

¿Me dejaría invitarla al bar Canaletas el domingo que viene?

La euforia del amor feliz provoca mucho sufrimiento en los amantes trágicos. Eusebio Fort regresa a casa al oscurecer, subiendo por la Riera, con las partituras y el billete de amor que a diario le escribe otro a la mujer que ama. Una vez en casa, después de tomarse un huevo pasado por agua o un caldito, desdobra el papel que le ha entregado Torres y lee el texto con atención. Siempre encuentra pequeñas sombras de mala ortografía que necesita corregir. Por ejemplo, en este caso el enamorado ha escrito «bermut», «himbítarla» y «biene». Lo arregla todo, procurando que no se note, y dobla de nuevo el papel. El amor con corrección ortográfica le parece aún más hermoso. Además, de este modo se hace cómplice de la historia, tan cómplice como siempre lo es un buen lector.

Por la mañana, repite la operación con el billete de Teresa. No pasa por alto que el papel huele de un modo delicado, premeditado. Dice:

Bermut no e vevido nunca. No me dejan.

Por sierto, ¿cómo se dise usted? Loé preguntadoyman dixo que Rodolfo.

Claudio Torres está tan deseoso de leer el mensaje que no capta los pequeños detalles.

—¡Huela el papel, hombre!—lo regaña el pobre Fort, constatando una vez más que los afinadores de pianos son más detallistas.

—Perfume—observa Torres—. Es buena señal, ¿verdad?

—¡Ya lo creo!—debe reconocer—. ¿Me entrega la respuesta?

—¡Claro! Aquí está.

Rodolfo es miermano. Yo soi el Claudio Torres Salvà, para serbirla. ¿Cre que la dejarían vever una naranjada?

Por las noches, Fort imita la letra de Torres. A cada falta de ortografía siente un escalofrío.

Por ahora, la correspondencia mantiene un tono constante de frialdad e ironía. No le provoca tantos sufrimientos como pensaba. Dice Teresa:

Yo no quiero que me invite a nada hasta que pueda llevarme a comer al Mesón del Universo.

Y Claudio se hace el gallito al contestar. El éxito está asegurado, prevé el mensajero:

Teresa, si usted me deja, comeremos juntos donde quiera toda la vida.

Ante un mensaje tan directo, la muchacha se ruboriza—el señor Fort lo lee en sus ojos cuando finge mirar las notas de la solfa—y decide disimular:

Yo pienso que toda la vida es mucho tiempo.

Y él remata con una jugada maestra:

Para estar con usted, aún me falta.

Ella se ablanda y le deja ganar terreno:

¡No cree que podríamos tutearnos?

Y él se apresura a celebrarlo ensayando nuevas estrategias:

Pensaba que nunca me lo pedirías, Teresa. ¿El tuteo significa que puedo albergar esperanzas?

A veces Fort siente tentaciones de cambiar algún billete y enviar a la muchacha sus propias palabras, imitando la letra del pretendiente. Pero no se atreve a hacerlo o el tono de la correspondencia no es lo bastante elevado para un hombre como él. La conversación continúa día a día. Cuando Fort no tiene función en el Gayarre, el enamorado lo visita en su tienda de pianos para entregar el mensaje. No falla nunca. Ninguno de los dos.

Contesta Teresa:

La esperanza no se vende en ninguna parte. Si la tienes, guárdala bien.

También hay mensajes circunstanciales:

Cuando esta mañana te he visto por la calle me has parecido más bonita que el sol.

O sólo útiles:

Mañana nome escribas. No habrá lección.

O marcados por el calendario:

Un año tiene 31.536.000 segundos. Yo quiero pasar contigo 31.536.001. Feliz año 1921.

O contagiados de inquietud:

¿Quién era aquella mujer que ayer por la tarde iba a tu lado por la calle?

Y respuestas tranquilizadoras:

Mi medio hermana, Rosa. Tiene ganas de conocerte.

De pronto, Claudio Torres se cansa de este constante ir y venir de la correspondencia y trata de buscar soluciones:

¿No podríamos encontrarnos en la calle y como por casualidad? Si me dices cuándo sales, te esperaré.

Y ella le corresponde:

Mañana iré al mercado alrededor de las once.

Eusebio Fort siente como una traición que los dos enamorados se vean sin él. Le gustaría comparecer también, y servirles de intérprete. O pararles los pies, porque está enfermo de celos, pero tiene edad suficiente para comprender que no hay nada capaz de detener la pasión cuando nace. Y ésta va en serio. Tiene que conformarse con las migajas que llegan en los sucesivos mensajes.

Todo el día oigo tu voz, Teresa, vaya donde vaya. Veo por todas partes el azul transparente de tus ojos.

Ella lo tiene más difícil. No se puede poner en evidencia, no conviene. Tiene que ser prudente con sus sentimientos, sobre todo cuando se expresan por escrito. Pero le quiere, y eso es muy difícil de esconder. Rasga tres papeles en busca de una respuesta medianamente satisfactoria. Al final, después de darle muchas vueltas, sólo consigue enviarle una palabra:

¡Zalamero!

27 de diciembre de 1920

En Navidad doña Margarita no se ha privado de nada. Ni en la mesa ni en la calle. En la misa del gallo lució un vestido de terciopelo que fue la admiración de todas sus conocidas. Las niñas también estrenaban, claro, incluida Teresa, que sólo sabía protestar. De regalo especial para sus hijas le encargó a la modista tres capas de seda como tres soles. Y parasí misma, un rosario de oro con los misterios de rubíes que piensa llevar siempre encima. Rosina ha disfrutado de días libres en Navidad y en San Esteban, de modo que laseñoraha encargado la comida en el Mesón del Universo. Tal cantidad que podrían haber almorzado y cenado treinta personas. Está claro que no ha pagado nada y ha mandado las facturas a la tintorería de su marido, como siempre. A la hora de los postres del día 27, que por cierto es el de san Filemón, san Máximo y san Asclepio, suelta la barbaridad mayor:

–Pienso que este verano nos podríamos comprar un auto.

–Ajá–asiente Florián, como si la tomara en serio–. ¿Para ir adónde?

–A Argenton, por supuesto–dice ella, como si pasar el verano en Argenton fuera tan normal como ver salir el sol por las mañanas.

–Tal vez este año no podamos ir, Margarita–dice el marido, masticando las palabras.

–¿Cómo? ¿Qué significa eso?

–Que este año no voy a poder alquilar el palacete. Este verano, me temo, lo ocuparán otros.

Se produce un silencio furioso. Doña Margarita frunce los labios y deja los cubiertos en el plato.

–Eso no puede ser–dice.

–Tendrá que ser.

–Arréglalo.

–Es tarde.

–¿Ah, sí?

–Sí.

Doña Margarita se levanta, digna como un mosquetero, y se dirige a la cocina. Revuelve en el armario donde Rosina guarda las galletas y el azúcar. Al fondo, en un rincón, encuentra la esbelta botella de Agua del Carmen. Toma dos sorbos generosos directamente del gollete, la deja de nuevo en su lugar y vuelve a la mesa. El Agua del Carmen la inventaron unos padres franciscanos y por eso merece toda su confianza, le sirve de guía espiritual en casos de máxima necesidad.

Las niñas quitan la mesa y llevan los platos a la cocina. Teresa los lava, uno por uno, con mucha paciencia. Doña Margarita se va a su alcoba a pasar su rosario de oro. El oro la consuela de esta miseria de no tener camarera los días de fiesta. El señor Florián sale al patio y se sienta delante de la pajarera durante un buen rato. Todavía está allí cuando a las seis y media llega Viladevall trayendo noticias funestas.

El Banco de Barcelona ha presentado suspensión de pagos. Desde esta mañana no se pueden retirar los fondos depositados. Los clientes están como fieras. Casi ninguna gran fortuna ha salido ilesa. Los empresarios no son precisamente la excepción. Ha venido corriendo porque está muy asustado. Él abrió allí una cuenta no hace ni un mes. Depositó todo el dinero que necesitaban para ampliar el capital de la tintorería. Tal vez lo hayan perdido todo. No sabe si alguien responderá de estos ahorros, pero de momento tienen que tomar decisiones rápidas.

–Tenemos que poner diez mil pesetas más cada uno mientras vemos si se resuelve la situación–concluye el socio.

Florián Pujol debe decir aquello que nunca querría haber tenido que decir:
–Lo siento mucho, pero no las tengo. Tendremos que buscar alguna otra solución.
Y, como por instinto, como si adivinara cuál será la siguiente jugada, se quita la cadena de plata donde lleva las llaves del almacén y las deja sobre la mesa.

Enero de 1921

Señorita Pujolà:

No sé si estoy más triste o más arruinado. Triste por culpa de su desprecio, tan insistente. Arruinado por culpa del Banco de Barcelona, que en sólo unas horas ha hecho desaparecer las divisas que mi padre y mi abuelo ganaron, gracias a su habilidad para la especulación, durante la Guerra de Europa. Tenemos que olvidar aquel sueño de vivir juntos, Teresa. Ya no puedo comprarle la Casa de les Punxes, ni la Lonja, ni siquiera un claustro románico pequeño. Tendría que ver qué angustiados estamos. No nos calmamos ni con tres cucharadas al día de jarabe Giol, que el doctor de la familia viene a administrarnos en persona. Tal vez nos veamos obligados a vender la casa. Algunos ya lo están haciendo, ¿sabe? En la prensa se anuncian palacios de saldo. Y sus propietarios organizan fiestas de despedida para tirar por la ventana la pingüe fortuna que les queda. No pienso perderme ni una sola de esas fiestas y en todas ellas pienso recordarla muy dolorosamente.

Por lo que a mí respecta, como soy el hijo más joven y también el más tarambana, estoy encantado con tantos descalabros. Los cambios desentumecen. Creo que tendré que ponerme a trabajar. ¿Cree usted que sabré? ¿Sabe qué es lo peor de tener que salir de casa? No poder hacerlo en bata de seda y zapatillas.

Si abro mi propio despacho de abogados lo haré en la confluencia de la Diagonal con el Paseo de Gracia, que es donde hay mayor concentración de desesperados de toda Europa. O podría también embarcarme rumbo a América y convertirme en un hombre de negocios muy cosmopolita. No sabe cuánto me gustaría conocer sus inclinaciones con respecto a esta encrucijada de mi vida. Claro que en todo hay que saber ver la parte buena. Pensar en quiebras, números rojos, embargos, cheques sin fondos y concursos de acreedores me permitirá por una vez dejar de pensar en usted.

El resto de mi vida, estaré siempre disponible para atender su silencio, tan encantador como todo en usted.

Suyo,

AVELINO

20 de enero de 1921

Las pasiones no pueden contenerse. Rosina y el estudiante de notarías quieren estar juntos y lo están, por mucho que doña Margarita los vigile y doña Ramona quiera evitarlo. Las dos tetas como dos melones de la muchacha terminan allí donde hace tiempo estaba escrito que terminarían.

Ocurre de noche y a escondidas. Rosina sale de la cama, recoge los zapatos y baja de puntillas la escalera. Cuenta con la complicidad de Pepa, la camarera, que le abre la puerta y le promete que estará atenta al toque de vuelta, cuando quiera regresar. Rosina cruza la calle como un asombro, y en el otro lado ya está esperando el estudiante, más despierto de lo que lo hemos visto hasta ahora y sosteniendo unavela. Cuando la joven se aproxima, le pone un dedo en los labios para indicarle que debe guardar silencio. La lleva de la mano hasta el piso, donde al principio del pasillo aguarda el peligro mayor de todos: la habitación de su madre. Continúan recto por el pasillo hasta la sala de estudio, Casimiro abre despacio la puerta, que chirría, entran y el chico le da dos vueltas a la llave dentro de la cerradura. Apagan la vela, porque la puerta tiene un cristal traslúcido que podría delatarlos. A oscuras se gustan mucho más.

La habitación donde estudia un opositor a notarías tiene algo de lugar sagrado. Aquí nadie puede entrar. Sólo hay estantes combados por el peso de los libros, montañas de papeles que nadie entiende—ni ganas—, manuales amarillentos de derecho civil abiertos y cerrados, el tintero, la pluma, los borradores de las lecciones, una máquina de escribir Underwood, una silla de brazos y un cojín para evitar los males del sentarse mucho y, al fondo, junto a la estantería, un diván donde el estudiante suele repasar las lecciones que ya se sabe. Hasta aquí conduce a la muchacha para hacerle justamente eso que habitualmente hace en esta parte del mobiliario. Ella se opone.

Ante la cocinera torpe, el estudiante se siente igual que ante un helado de nata: nunca sabe si comenzarlo por arriba o por abajo. Le sube las faldas al mismo tiempo que cata el satín de sus pechos, deprisa, como con temor a que se derrita o se desvanezca. Por dentro le gusta mucho más que por fuera. Se entretiene, para no olvidar nada. Chupa y empuja y jadea y se esfuerza y mucho de todo, con ahínco de opositor. Ella lo tiene más fácil: se deja. Su papel se limita sólo a eso. Antes de salir, se ha apretado con ganas el corsé, la muy mala. Es una mujer que sabe lo que quiere y lo que cuesta. Esta noche, sobre el diván de la sala de estudio, dejará una mancha sanguinolenta, que nadie verá. Después llegarán las promesas de amor eterno y el sueño, muchísimo sueño. Rosina se baja las faldas, se atusa el pelo y escucha con atención el pasillo. La tigresa todavía ronca, diría que con más fuerza que antes. La calle está desierta. Incluso el sereno parece estar de su parte. El estudiante se queda embobado tras la puerta, viendo a la chica cruzar la calle, hacer la señal convenida y entrar en casa del tintorero.

Pobre estudiante aplicado, que la única vez que probó el amor fue con una furcia y un rotundo fracaso. Después del éxito de esta noche, mañana será incapaz de concentrarse en las lecciones.

3 de marzo de 1921

Doña Margarita siempre lo dice:

–Nadie debería tener dos criadas. Cuando están contentas se pasan el día de charla y lo dejan todo por hacer. Cuando están enfadadas se pasan el día llorando, y todavía es peor.

Hoy Rosina y Pepa se han peleado por una media de lana. Rosina la ha perdido y le echa la culpa a la otra, que hizo la colada. Pepa le dice que ella en dieciocho años no ha perdido ni un alfiler y que últimamente no sabe qué le pasa que lo encuentra todo mal. Las dos están enfurruñadas en la cocina.

Pepa comienza a picar cebolla para la cena. Últimamente, Teresa se ha dado cuenta de que era mejor alumna que su compañera y ha empezado a instruirla en el arte del fogón. Con suerte, si la muchacha no se echa a perder, en unos meses tendrán una cocinera que no lo queme todo. Hace tanto que eso no ocurre que ya ni recuerdan a qué saben los platos sin socarrar.

De pronto, ambas oyen un ruido en la sala. Se asustan porque saben que en casa no hay nadie. Rosina, que ya es gata vieja en sobresaltos, coge un cuchillo de cocina y sale como si fuera un húsar.

Encuentra a la mismaseñorade la otra vez, sentada en la butaca. Jadea como si viniera de muy lejos–viene de lejos, del otro extremo de la ciudad–y va vestida con la bata de la beneficencia. Se comporta como si Rosina fuera invisible, pero ella blande el cuchillo como un sable y vocifera:

–Váyase o volveré a avisar a la policía.

La anciana mira a la muchacha con los ojos entrecerrados, como si no comprendiera el idioma en que le habla.

–¿Me ha oído? ¡Váyase, le estoy diciendo!

Alertada por los gritos, Pepa sale a ver qué pasa. Primero piensa que Rosina se ha vuelto loca. Luego ve a la persona a quien trata de amenazar y se lleva una auténtica sorpresa.

–¡Teresa!–se le acerca, contenta–. ¿Es usted? ¡Cuánto tiempo sin verla! ¿De dónde viene? Rosina, corre, tráele a la señora un vaso de agua. Y suelta este cuchillo, por favor. Esta señora es Teresa, mujer, y es familia del señor.

Rosina, aturdida, va en busca del agua. ¿Familia? ¿Qué familia? Ella no ha oído hablar nunca de Teresa Marqués. Además, la otra vez la echó y recibió felicitaciones y hasta un premio de la señora.

La anciana bebe con ansia, todo el vaso, sonrío un poco y pregunta.

–Hoy es Santa Teresa, ¿verdad?

–No, señora, hoy no. Todavía falta.

–Todavía falta...–repite la mujer, con la mirada perdida en el piano, que no entiende qué hace ahí–. ¿Sabéis dónde está mi cómoda? No la encuentro por ninguna parte.

–¿Qué cómoda dice, Teresa? ¿Quiere un poco más de agua?

–Sí, pero me la traerá Tomasa.–Se vuelve hacia Rosina, que está petrificada–. ¿Verdad que sí, bonita?

–¿Se encuentra bien? ¿Quiere tumbarse un rato?–Pepa le habla con una dulzura que en Teresa despierta recuerdos muy olvidados.

–¿Puedo ver el pájaro? ¿Sigue ahí?

Pepa abre las contraventanas para que vea la pajarera. La mujer se levanta y camina, decidida, hacia el patio. Abre la puerta.

–Míralo–dice, fascinada de volver a verlo–. Quiero contemplarlo más de cerca. Qué

colores tan vivos, está como el primer día... Cómo pasa el tiempo, ¿verdad?—farfulla, y se vuelve hacia el pájaro para hablarle—: Eres de buena calidad, ¿verdad, precioso?

El pájaro parece desentumecerse cuando ella se acerca, como si quisiera quedar bien.

Las camareras piensan que la mujer no está bien. Pepa no entiende nada.

—¿Vive aquí SilvestrePujolà?—pregunta de pronto la anciana.

—¿Quién dice?—se inquieta Rosina.

—Mi padrastro no soporta el hedor, ¿saben?, pero cree que Silvestre es muy simpático. Todo el mundo lo cree. Ha prometido ropas de colores bonitos a todas las vecinas, es un listo.—Se echa a reír, y a su risa le faltan dientes—. Yo quiero casarme con él, ¿saben? Si puede ser. Pero hay un problema—baja la voz, como si estuviera haciendo una gran confidencia—. Ya tiene mujer y yo no le deseo ningún mal. No le digan que estoy loca por él, ¿de acuerdo? Guárdenme el secreto.

Las dos mujeres se miran y se encogen de hombros. Son palabras sin sentido, que no es necesario comprender.

—Entre en casa, mujer, cogerá frío aquí fuera.—Pepa consigue convencerla.

—Perdone, una pregunta. ¿Sabe usted si hoy es Santa Teresa?

—No, mujer. Falta mucho aún, ya se lo he dicho.

—Entonces ¿por qué huele a crema?

—Ay, porque en esta casa siempre huele a lo mismo. La señora tiene una obsesión.

—¿Qué señora?—salta la anciana—. Si la señora soy yo...

—También, también—responde Pepa, diplomática—pero ahora tenemos a la señora Margarita.

—Ah, aquélla—la mujer mastica palabras que cuestan de tragar—. Ya me acuerdo. Ya debe de ser más vieja que yo, ¿verdad?

Las chicas se lo pasan bien. Teresa Marqués dice cosas que dan risa.

—Florián me quería mucho. Antes, todo fue antes. Creo que ahora ya no me quiere. Yo todavía le quiero como a un hijo. Perdonen, señoras, ¿ustedes por casualidad tienen hijos? Mi madre, que se llamaba Agustina Tapiola, siempre decía que los hijos se quieren como nada del mundo, pero la verdad es que yo no he podido comprobarlo. Ella tenía una cómoda a la que también tenía mucho cariño. ¿Sabrían decir e dónde está? No la encuentro por ninguna parte. Era de mi madre, ¿saben?—Y antes de que las mujeres puedan contestar, insiste—: Aún no me han dicho si tienen hijos.

Las chicas enrojecen.

—Claro que no—dice Pepa—. Nosotras somos solteras.

—Ay, perdonen. Es una pena—tristeza y abatimiento auténticos—. Pero muy pronto todo cambiará, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?—se interesa Rosina.

—¿De qué?

—Eso que acaba de decir.

—Yo no he dicho nada, guapa. ¡Si no puedo hablar nunca con nadie! Las monjas parecen sordas. Pepa hace un gesto que significa: «Déjala, lo que dice no tiene sentido».

En este instante se abre la puerta y entra Florián, exhausto tras otra jornada de hacer aquello que no desea. Ve a Teresa Marqués. Primero no la reconoce, después no se lo cree. Se detiene, con una punzada de alegría y otra de dolor. Ella no le conoce, le acaricia con la mirada desapasionadamente, sin detenerse a mirarle. Mientras, Florián no sabe contener la emoción. Tantos años de querer verla y no encontrar el momento y ahora la tiene aquí, sentada en la sala de su casa.

Se arrodilla frente a la mujer, le hunde la cara en el regazo. Sin pensar que las criadas miran, se le escapan algunas lágrimas. En un instante, tal vez cuando más lo necesitaba, vuelve a ser un niño. Ella frunce el ceño como si los recuerdos se negaran

a volver, pero lo fueran haciendo muy lentamente. Acaricia el pelo de este hombre que llora. Le quiere consolar, pero no encuentra qué decirle. Sus sensaciones están nubladas. Le agarra las manos, esto no falla nunca, lo tranquiliza un poco. Entonces se da cuenta de algo. Al analizar los dedos, las palmas de estas manos vigorosas, un poco manchadas aún por el color de las tinturas. Es eso lo que comienza a devolverle la memoria. El color y un sello, un anillo de oro que ella compró, también antes de casi todo. Lo reconoce: es el sello de oro de Silvestre, el que casi nunca se ponía. Un hilo de memoria se desteje de pronto y tira de ella, hacia atrás, hacia atrás, mucho más atrás, recorriendo casi toda su vida hasta que le encuentra. Entonces sí, se abraza con fuerza al hombre que llora y le dice al oído, con un hilo de voz:

—¿Me llevas al cine, amor mío?

Aquella noche, cuando Doña Margarita llega a casa de sus misas y caridades, encontrará el reloj de pared sonando como un loco y a Teresa Marqués muerta en su butaca de hacer ganchillo, con su hijastro de rodillas a sus pies.

15 de octubre de 1921

Hoy es Santa Teresa, y la niña tiene ya veinte años. Doña Margarita ha decidido celebrarlo tirando la casa por la ventana. Primero irán a misa a Santa María. Teresa comulgará, acompañada de su prometido. Después han invitado a Doña Ramona, al opositor e incluso a la vieja nodriza a comer al hotel Colón de Barcelona. Irá toda la familia, incluso Pepito, quien ha conseguido de los patronos de la pastelería Font un permiso especial. Las hermanas pequeñas, que ya son dos señoritas de trece y once años, estrenarán vestidos de raso y medias de punto de seda. Irán quejosas todo el camino porque aún hace demasiado calor para llevar medias y porque su madre ha decidido que éste es un buen día para estrenar su primer corsé de jovencitas.

Al salir de misa y sin fiarse de la hora que marca el reloj de la basílica, la comitiva se dirigirá hacia la estación. Florián, que más bien tiene cara de ir a un funeral, lleva a la vieja nodriza del futuro yerno agarrada de su brazo derecho, murmurando palabras para nadie. Las dos señoras van delante, sin callar ni un segundo. Pepito tiene cuidado de que a sus hermanas pequeñas no las atropelle un carro. Teresa y Casimiro van los últimos, charlando, porque últimamente tienen mucho que contarse. Rosina y Claudio Torres son los protagonistas de su conversación, claro está, y como son temas muy secretos procuran dejar una buena distancia para que nadie les escuche.

El tren sale muy puntual, un minuto antes de la una. El camino es muy agradable, aunque caluroso. Cuando las niñas se quejan del sol o del corsé, que no las deja respirar, doña Margarita señala la ventana y dice:

—Mirad el mar y os refrescaréis.

La playa es un espectáculo digno de las mejores salas de proyecciones. Se han puesto de moda los baños de mar y los hay por todas partes: en Mataró, en Vilassar, en El Masnou y en Badalona. Eso sin contar los de San Sebastián de Barcelona, que por lo visto son fabulosos. Pepito estudia los cuerpos de las bañistas, con los vestidos muy pegados, marcando delicias que por ahora sólo imagina. Las pequeñas afirman que ahora mismo se quitarían los vestidos y se lanzarían al agua sin ropa. Casimiro Sust dice que quiere aprender a nadar y salir de excursión. Quiere ir a alguna isla, afirma, y también al Pirineo. Quiere ver un volcán, quiere comprarse una máquina de retratar, quiere peinar un león. Por suerte, las señoras no escuchan nada de todo esto. Florián le da vueltas a sus mil preocupaciones, sentado al final del vagón, mirando por la ventana del lado en el que no hay mar ni bañistas. La nodriza duerme y ronca como un oso, con las manos enguantadas sobre el regazo y una guedeja rebelde de su pelo blanquísimo haciéndole cosquillas en la nariz. A cada sacudida del tren emite un ronquido más fuerte que el anterior, pero no se despierta.

Las señoras no borran la mueca de disgusto en todo el viaje. He aquí la Sodoma y la Gomorra de nuestros tiempos, opinan cada vez que miran por la ventana, por cosas así las Escrituras vaticinan el Apocalipsis.

En el hotel Colón comen el menú del día, que hoy consiste en unos *rigatoni bolognesi* de primero, pollo *consamfainade* segundo y un postre a escoger. Siete pesetas el cubierto, dice la carta, pero este detalle sólo preocupa a Florián. Como nadie sabe qué diantre son los *rigatoni bolognesi*, ni han probado jamás nada parecido ni piensan reconocerlo, la espera del primer plato se carga de suspense. Sólo las niñas se atreven a preguntar:

—¿Qué son los «regatones boloñeses»?—dice Dolores, leyendo con dificultad.

—Espera y verás—dice doña Margarita, misteriosamente ignorante.

Todo entra muy bien, como si fuera de fácil digestión, y como si fueran dos familias

muy bien avenidas. Sólo los dos hermanos mayores se dan cuenta de que sus padres se sientan muy lejos el uno de la otra, y de que no se miran ni se dirigen la palabra en todo el almuerzo. Las niñas marranean un poco con la comida. El hijo piensa en las bañistas y se pregunta si a la vuelta aún seguirán allí. La nodriza se duerme entre bocado y bocado *derigatoní*—al final sólo se trataba de unos macarrones gordos, menuda decepción, para eso tanto intríngulis—y Doña Ramona diserta acerca de todo, y a cada sorbo de champán francés—no incluido en el precio—dice cosas más gordas:

—Yo lo que quiero es que el rey mande mucho y que nombre presidente del gobierno al Abad de Montserrat. ¡Y que la Moreneta sea la patrona de toda Europa!

A la vuelta, algunos estómagos pesan y algunos corsés aprietan demasiado. No hay desengaño en la cara del hijo de la casa, que se sienta de nuevo junto a la ventanilla y mira al mar. Todos tienen más ganas de dormir que de conversar, empezando por las dos damas. A medida que el tren avanza hacia su destino, el sueño va ganando adeptos. Al llegar a Badalona ya están todos dormidos, con las únicas excepciones de Florián, que cavila, y de Pepito, que pone mucho interés en contemplar las olas.

Florián se lamenta de sus males en una absoluta soledad. Hoy han celebrado un gran banquete a un precio tan exagerado que ha dejado sin aliento a la futura consuegra. Han comido y han bebido hasta no poder más y él ha pagado sin protestar pero en contra de su voluntad. Callar se ha convertido en su penitencia desde que tuvo que malvender su parte de la empresa a Viladevall. Después de la suspensión de pagos del Banco de Barcelona, la situación se hizo insostenible. Si no hubiera vendido la tintorería, la Caja de Ahorros habría ejecutado la hipoteca y la habría perdido de todos modos.

Después de la venta llegó lo peor, algo que Florián, que siempre fue un hombre de buena fe o, mejor dicho, un hombre demasiado bueno para ser empresario, no había previsto:

—Tenemos que hacer más cambios, Pujolà—dijo Viladevall, de aquel modo arisco y destemplado que él usa para hablar—. Tengo que ocuparme de otros negocios, no puedo pasarme el día hablando de la tintorería. Quiero que a partir de ahora te ocupes tú de visitar a los clientes. Estoy seguro de que lo harás muy bien.

—¿Y quién se ocupará de las cubas?—pregunta Florián, como si no conociera la respuesta.

—Domingo, tu cuñado. ¿Lo ves? Lo he pensado todo. La empresa seguirá fiel al espíritu de su fundador.

—Si mi padre viera lo que está pasando regresaría a su tumba.

Viladevall hizo como quien no oye. Le propinó un golpe en la espalda a su antiguo socio, ahora convertido en trabajador con ciertas prebendas, y le dijo, con alegría:

—Alégrate, hombre. ¡Irás todo el día de limpio!

El dinero de la mala venta sólo alcanzó para pagar deudas, la mayoría contraídas por su mujer. Vendió la lancha con motor y una de las dos berlinas. Quiso vender las joyas que le había regalado a Margarita, pero ella se lo impidió.

—Ya que, por lo que se ve, a partir de ahora tendré que mantener yo a la familia, por lo menos escogeré el modo de hacerlo—le dijo, con voz de sargento.

Aquello de «mantener a la familia» se materializó en algunos gestos. Vendió las casas que recibió de su padre, el constructor visionario Antonio Gomis Daviu. Tenía cuatro, además de la propia, todas habitadas, repartidas por distintas calles de la ciudad. De las transacciones y las amenazas a los inquilinos se encargó Hus, que volvía a estar al lado del patrón en su peor momento, sólo que un poco más asustado por los aires que de pronto se daba la señora de la casa.

A medida que las casas se van vendiendo, Doña Margarita se hincha como un pavo real. Interpreta su papel de mujer ultrajada y de esposa abnegada que nunca ha sido y se siente fuerte para humillar a su marido, incluso delante de sus hijas. No hay día en

que no le recuerde el sacrificio que está haciendo, el castigo que le envía el cielo con un hombre tan poco previsor, tan bonachón, tan conformista. Si se hubiera casado mejor, recuerda todo el tiempo, ahora viviría como una marquesa y tendría todo lo que se merece sin haber de desprenderse del único patrimonio que tiene, el legado de su queridísimo padre. Si tuviera un marido menos débil no tendría que ser ella la fuerte ni ejercer el papel de verdadero hombre de la casa. Por suerte, ella sigue en pie y se preocupa por todo. Por suerte, ella ha arreglado una buena boda para Teresa y muy pronto arreglará las de sus otras hijas, porque a pesar de tener un marido arruinado, su dignidad no puede arruinarla nadie. Cuando termina el discurso, llora y se hace la mártir, y a veces las lágrimas le dan fuerzas para volver a empezar.

Vivir así es insoportable.

Florián Pujolà trabaja para escapar. Visita a los clientes, les habla de los nuevos tintes sintéticos, del negro de anilina—su mejor baza—, viste de limpio, se mueve por la ciudad con la berlina que le queda, saluda a los industriales con la mano y, cuando alguien le pregunta si ya no trabaja en la tintorería, cuenta la versión oficial, la versión feliz. Cuando vuelve a casa, cuida de los pájaros del patio, les da de comer y se sienta a observarlos durante largo rato, como cuando era un niño, sin querer hacer ni pensar en otra cosa.

Por primera vez en su vida, Florián se pregunta qué les ocurrirá a sus pájaros cuando él falte.

8 de agosto de 1922

Rufina Abril atraviesa una vez más el umbral de la tintorería de Florián Pujolà. No son ni las cinco de la mañana, he aquí las horas que dan que hablar a la gente. Ha madrugado porque quiere ver al patrón sin testigos y porque con este calor no hay quien se quede en la cama.

Dentro de la nave el ambiente le parece distinto. Algunas cosas están donde siempre, pero no conoce bastante el lugar para adivinar cuáles. No hay hombres trabajando porque es temprano aún. Comienza a subir la escalera que va al despacho cuando una voz la detiene.

—Eh, tú. ¿Adónde crees que vas?

Es Domingo Planas, el cuñado, el yerno, el borracho, el descontento. Tiene una mirada adusta.

—Busco al señor Pujolà.

—Aquí no le encontrarás.

—¿Cómo puede ser?

—El despacho ya no es suyo. El negocio, tampoco.

Tendrás que hablar conmigo.

—¿Y usted quién es?

—El encargado—dice él, con los brazos en jarras.

Rufina Abril frunce el ceño. Bajo este tejado no se fía de nadie. El hombre que tiene en frente es grosero y habla de más. Va descalzo y lleva el torso desnudo. Tiene los pies llenos de mugre y el hablar pastoso de la bebida. Rufina lo reconoce al instante porque fue durante seis meses la mujer de un pescador, y no hay gremio que haga correr más, ni con más frecuencia, el licor. Quiere marcharse de aquí.

—Volveré otro día—dice, dirigiéndose hacia la puerta.

Pero Domingo ha bebido de más, ya de buen a mañana. Rufina siempre le ha parecido atractiva y hoy que está solo con ella piensa demostrárselo. Se da prisa en cortar el paso y saca pecho.

—¿Ya te vas? Qué visita más corta.

El aliento apestoso del encargado le revuelve el estómago.

—Deje que me vaya.

—Hoy no te has parado a mirar el lugar donde murió tu hijo.

Rufina Abril se traga las ganas de decirle cuatro cosas a este mal nacido. También se traga el dolor que revive cada vez que pone los pies en la tintorería. Comprende que corre peligro y que esto es más grave de lo que suponía. Domingo Planas Roca no piensa detenerse, tiene un hambre voraz que nada le quita. Empuja a Rufina contra una de las paredes sucias mientras le tapa la boca con una mano y con la otra hurga bajo sus faldas. La mujer está tan asustada que ni siquiera logra gritar. Sólo intenta luchar contra el animal que la violenta.

Están justo al lado de las cubas donde se está calentando el ácido nítrico de lavar lana. Dentro de pocos minutos comenzará a hervir. En este momento, sin embargo, Domingo no presta atención a las mezclas. Podemos decir que tiene otros intereses. De pronto se detiene. En su camino hacia la carne de Rufina ha tropezado con algo que cruje: un papel escondido en un bolsillo de las bragas. Adivina que se trata de un secreto si es necesario llevarlo tan adentro y se apresura a sacarlo y burlarse.

—¿Quién te ha metido esto tan hondo, mujer? ¿Ha sido el patrón? ¿Te gustan, los patronos? Yo a hora soy encargado...—farfulla, mientras agita el papel frente a la mirada asustada de Rufina.

Es una carta doblada en cuatro y muy gastada por los bordes. Rufina Abril se pone hecha una fiera cuando ve que quiere leerla. Esto envalentona aún más al indiscreto, igual que hace un instante el forcejeo de la mujer le ha provocado una erección de caballo. Se vuelve de espaldas a ella y comienza:

Estimado señor Abril:

Soy muy consciente de que esta carta le sorprenderá más de lo que ahora imagina, por eso comienzo por pedirle que me perdone por escribirla. Silo hago es porque es absolutamente necesario que...

Domingo no tiene paciencia. Va directamente al final, donde está la firma, pero no entiende nada en absoluto. Lee: PedroPujolàr.

Recuerda un PedroPujolà(oPujolàr, que ambos son lo mismo), pero está tan lejano en el tiempo que no sabe si es real o imaginario. Además, no se le ocurre qué puede tener que ver con Rufina ni por qué lleva una carta suya en la ropa interior.

Mientras él cavila todas estas cosas, la mujer manotea para recuperar la carta, pero él desea seguir leyendo. Una vez que casi lo consigue, él le sacude tal bofetón en la mejilla que la hace tambalearse. Continúa:

... necesario que nos conozcamos en persona para discutir ciertos asuntos que le afectan sobremanera. Le avanzo, de todos modos, que mi padre, JoaquínPujolàr Soms, murió la semana pasada dejando un testamento que hemos abierto esta mañana. Para sorpresa de todos le reconoce a usted como hijo natural en un documento escrito de su puño y letra y dispone que le sea entregada una cantidad nada despreciable de...

–Dame eso, canalla.–Rufina Abril, que se ha armado con un cepillo, propina un golpe al lector distraído.

El cepillo es el que en la tintorería utilizan para hacer correr el agua hacia el sumidero. No tiene ninguna gracia que te claven sus púas metálicas en la cabeza. Domingo se encoge por el golpe y suelta la carta. Rufina Abril intenta recogerla, pero el encargado le pisa la mano y la carta. La mujer chilla de dolor. Los gritos ponen nervioso al encargado. Aunque aquí siempre hay mucho ruido, no quiere tener que dar explicaciones. Le sangra la cabeza, allí donde las púas han arañado la piel. Ciego de ira, agarra a Rufina por el cuello y la obliga a levantarse. La pobre mujer siente que los pies se le levantan del suelo. Teme que va a morir cuando observa los ojos turbios de Domingo. Intenta mirar hacia la puerta con la esperanza de que entre alguien, pero sigue siendo temprano.

Domingo podría aprovechar esta ocasión para formular algunas preguntas, pero no tiene la cabeza más que para salvajadas. De hecho, si fuera inteligente se detendría antes de llegar a la cuba, que ya ha empezado a hervir. Pero todo ocurre deprisa, entre demasiada rabia. Con las dos manos, el hombre levanta el cuerpo bien formado de Rufina Abril y lo lanza dentro del ácido nítrico.

–Ahora sabrás de verdad como murió tu hijo, perra–dice, para quedarse tranquilo.

El ácido nítrico deshace el grito de Rufina, que se agarra con violencia y las dos manos a los laterales de la cuba, intentando levantarse. Comienza a conseguirlo cuando Domingo aparece con el cepillo y le devuelve el golpe de hace un momento. La mujer cae de nuevo dentro del ácido corrosivo, aturdida, y el último relámpago vital se le va en un grito que no suena.

Domingo dobla la carta por los cuatro pliegues gastados y se la mete en un bolsillo. Aún permanece un poco más junto a la cuba, donde el líquido hierve ahora con furia y va adquiriendo un color muy turbio. Cuando está del todo seguro de que nada podrá emerger de dentro, tapa la cuba con una sábana sucia que había por allí. Tendrán que esperar un poco más de lo previsto para limpiar la lana. Unas veinticuatro horas, calcula, antes de que el ácido nítrico lo haya desintegrado todo y de la pobre Rufina Abril no quede más que un polvillo muy fino pegado al fondo de una tina.

6 de agosto de 1920

–Florián, si fuera usted otro tipo de hombre, nunca habría osado venir a verle.

La frase la pronunció Rufina Abril la última vez que se presentó en la tintorería, encerrada ella y el patrón en el despacho de arriba. En silencio se llenó de pronto de palabras nunca dichas.

Rufina sabía que la gente hablaba, pero la dejaba hablar. Florián también lo sabía, pero no le daba ninguna importancia. Esta vez tomó la mano de Rufina y la sintió temblar. Pensó que era por el hijo muerto. Ella creyó que el tintorero sólo pretendía consolarla con un gesto amable, cálido. No le habría venido mal un poco de ilusión, pero no se lo permitió; y él, aún menos.

El único que echará de menos a Rufina Abril ahora que ha desaparecido sin dejar rastro será Florián Pujolà. No hará nada, claro. Nunca ha sido un hombre de grandes acciones.

Hay otra historia en aquello que no ha pasado. Si Florián fuera otro tipo de hombre y ella no estuviera tan rota por el dolor. Si los chismorreos de la gente tuvieran algo de verdad y el hijo muerto no pesara como un lastre. Si la mujer legítima no fuera tan insufrible.

Algún día, en alguna otra parte, tendremos que escribir la otra historia de Florián y Rufina. Aquella que sólo existió en un silencio y un par de miradas.

12 de mayo de 1923

Doña Margarita le pide a Rosina que se siente en su butaca de hacer ganchillo para intimidarla. Le dirige una mirada cenital, como de gigante. Desde hace unos días le parece que tiene el vientre hinchado, pero hoy la ha visto agacharse y lo ha tenido claro: la cocinera que no sabe ni cocer un huevo está embarazada.

Colorada de vergüenza, reza para que su futura consuegra no lo sepa y le pregunta directamente a la muchacha:

—¿Con quién te has acostado, descarada?

La chica gime. Sabe que la van a echar. Precisamente ahora que estaba aprendiendo a cocinar, piensa ella (la opinión de la familia es otra).

—Si no me lo dices será peor—amenaza Doña Margarita.

Rosina llora a lágrima viva. Como no tiene otra cosa, se limpia los mocos con una media de lana que lleva en el bolsillo.

—No se lo puedo decir, señora—contesta entre hipidos.

—¿Por lo menos lo tienes claro? ¿O hay varios?

—¡No, no!—se apresura a contestar—. Sólo uno, señora, sólo uno.

—Di la verdad.—Afirmar que usa tono de inquisidor es quedarse corto—. ¿Ha sido el señor?

Cara de perplejidad de la chica.

—¿Ese señor Florián? ¡Claro que no! Pero ¿qué dice?

—Háblame con respeto, maleducada. Entonces ¿quién?, ¿el niño? ¿Mi hijo?

—Que no, señora, que no. No se sofoque. No ha sido nadie de esta casa.

«Pues no lo entiendo», piensa Doña Margarita, que no imagina las aventuras nocturnas de Rosina. Si preguntara al sereno obtendría más información porque, aunque los amantes no lo crean, algo ha visto. Ahora prueba con un tono de voz melifluido, para convencerla.

—Tienes que decírmelo, Rosina, bonita. Así podremos pensar en lo que más te conviene.

—Pero es que no puedo, señora, de verdad, tiene usted que creerme.—Y lágrimas y más lágrimas.

A la señora Margarita, tanto celo por parte de la joven ya comienza a escamarla. La curiosidad es muy fuerte. Tiene que sacárselo como sea. ¿Y si es un pez gordo? Nunca se sabe.

—¿El párroco de...?

—¡Ay, quite!—Rosina se persigna—. Claro que no, pobre hombre.

—Algún trabajador de la tintorería, entonces.

—¡Ningún trabajador! ¡Están sucios!

—¿El mal nacido de Domingo?

—Puag, tampoco.

La señora copia la mueca de repugnancia antes de continuar:

—¿Visa? ¿El señor Fort?

Esto comienza a parecer un juego de azar.

—¡Ni loca!—dice la muchacha.

—Entonces sólo queda Hus.

—Buf.

—O Viladevall.

—¿Quién es ese señor?

Rosina ya no llora, ocupada como está en pasar revista a todo un catálogo de

varones nunca vistos.

–¿Tampoco? ¡Pues te debes de haber quedado preñada del Espíritu Santo, desgraciada!–Ahora volvemos al mal humor–. Pero ¿tú sabes con certeza quién es el padre del hijo que llevas en el vientre?

–Sí, señora, claro que lo sé.

–Entonces ¿por qué no quieres decirlo?

–Porque sería malo para todos y yo no quiero perjudicar a nadie. Yo lo quiero, ¿sabe? Si callo no le pasará nada. Por favor, no me pregunte nada más. Si quiere que me vaya, me marcharé. Hoy mismo recogeré mis cosas, si me lo manda. Pero no me pregunte nada más. Es un secreto.

Estas palabras son veneno para la señora. Necesita saberlo. Da vueltas por la sala, como un detective de teatro, pensando en el problema y en cómo resolverlo. Si la muchacha dice que está enamorada debe de ser un golfillo, un cualquiera como ella.

–¡Ya lo sé!–salta de golpe–, ¡el chico de la leche!

Rosina suelta una carcajada. Seguro que reírse así debe de ser muy bueno para el bebé.

–Ya no sabe qué decirme, ¿eh? No señora, tampoco es el chico de la leche. ¡Vuelva a intentarlo! Pero no es fácil, con un repertorio tan esquelético.

De pura impotencia, la señora pierde los estribos.

–¡Que me lo digas de una vez! Y Rosina empieza a hipar como antes, pero aún más fuerte, y cuando para un segundo se suena los mocos con la media de lana, y después, de vuelta a llorar y a sonarse y a llorar y a sonarse y a llorar.

Doña Margarita se da por vencida.

15 de septiembre de 1923

Cualquiera se daría cuenta de que el cine Gayarre, con sus insectos, sus olores fétidos y su público devoracacahuetes, no es lugar para Eusebio Fort. Por eso, el señor Pruna, que lo tiene muy presente, le propone que trabaje para él ahora que en el Clavé piensa proyectar cine. El Clavé es un teatro de buen tono, donde las familias más acomodadas acuden a ver teatro, zarzuela, ópera, circo y, en ocasiones muy señaladas, a bailar. Ahora no le queda más remedio que rendirse a la evidencia de la nueva moda del cine, pero lo quiere hacer con señorío, distinguiéndose de la competencia. Por eso contrata un quinteto formado por dos violines, un contrabajo, un violonchelo y un piano que tocará los días de película, que no serán todos. El empresario ha conseguido la exclusiva de distribución de una marca americana de películas llamada Metro Pictures Corporation y le parece que puede reportarle algún beneficio. Es un hombre con vista, que se prepara para algo que adivina pero que aún no vislumbra.

Eusebio Fort acepta, claro está, pero pregunta si puede conservar el otro trabajo. Siente cariño por el Gayarre y sus proyecciones ruidosas. Ha conocido allí a mucha gente y, en fin, él es un hombre de fidelidades. En un principio, el señor Pruna no ve ningún inconveniente, y Eusebio Fort se convierte en el hombre más pluriempleado de la ciudad. Las sesiones del Clavé exigen algún ensayo. Hay días en que llega cansado, sin tiempo ni para engañar al estómago, pero enseguida se anima, porque los compañeros son agradables y los encuentros, un descubrimiento constante de melodías nuevas y ritmos diferentes.

Eusebio Fort debuta en el nuevo piano y sin biombo—aquí no es necesario, porque el público no tiene nada contra los músicos—con una película que complica mucho las recomendaciones. Lleva un título imposible de recordar y la interpreta un muchacho que nadie sabe cómo se llama. Ni los periódicos de la ciudad ni los pioneros de las pantallas están preparados para tantas complicaciones. Eusebio Fort se concentra en la música. La película trata de un soldado que sirve de correo para el zar de Rusia. En una misión especial, debe atravesar medio país, desde San Petersburgo hasta más allá del lago Baikal. La historia le permite cierto lucimiento porque pasa muy deprisa de las gestas épicas a los encuentros románticos y porque incluye algún misterio e incluso alguna traición. Hoy pueden lucir un bonito repertorio ruso, que muchos aprecian y aplauden más que la película. En el Clavé, es notorio que una parte del público viene más a escuchar al quinteto que a disfrutar del cine.

Los parroquianos son la auténtica diferencia. Aquí todo el mundo habla en un tono de voz normal y nadie arroja la basura al suelo. Ni en los asientos de entrada general se pueden encontrar los escandalosos de otras partes. Tampoco en la platea, y mucho menos en tribuna—que está en el primer piso, subiendo la escalera rococó—. En los palcos, en cambio, pueden verse empresarios, concejales, niños acompañados de su nodriza y señoras bien vestidas que antes de venir han enviado a la criada a hacer cola ante la taquilla. Un día, mirando por el rabillo del ojo, Eusebio Fort distingue en el primer palco el rostro afable de Josep Puig i Cadafalch, el arquitecto, el político, el profesor, a quien tanto admira, acompañado de su esposa. Es el día de la película rusa y al terminar les oye comentar el nombre del soldado protagonista, que cuesta de recordar:

—Mistronoff, Sostrocoft; algo así—dice ella, encantadora.

Aunque los nombres sean imposibles, hay que reconocer que los actores trabajan bien. Max Linder tiene en la ciudad un montón de seguidores. Francesca Bertini, pionera de la contundencia de las mujeres italianas, enloquece a hombres y mujeres.

Chaplin es un ídolo mataronés: aquella escena en que se come los zapatos con clavos incluidos es lo más comentado de la Riera. Y después tenemos a aquel joven cuyo nombre nadie sabe nunca, porque es demasiado complicado para estas latitudes y este tiempo, a quien todo el mundo llama como le parece. Doclas Karkans, ponía hoy en el periódico. El resto, sin problema, lo ha bautizado a su modo.

–Este Dunglas parece un soldado ruso–concluyen los espectadores del Clavé.

–Tal vez lo sea–aventura alguien que aún no comprende que desde que el cine ha venido al mundo es mejor no creérselo todo.

Cuando alguien llama a Douglas Fairbanks por su nombre bien pronunciado, nadie sabe de quién demonios le están hablando.

Mientras estas alegres discusiones tienen lugar dentro de la sala limpia y con aires de frialdad neoclásica del Clavé, en Barcelona, el capitán general de la cuarta región militar, Miguel Primo de Rivera, marqués de Estella, acaba de decidir unilateralmente que mandará mucho. Como suele pasar en estos casos, lo hace en nombre de la paz y convencido de que libera la patria de todos sus males. Dice que conviene salvar a la gente de los políticos profesionales, que sólo ofrecen inmoralidades y desgracias. La desgracia, en este caso y en otros, es que tenga razón.

Cuando Eusebio Fort sale con su paso cansino y un poco abatido del cine, encuentra en la calle un ambiente enrarecido. Todavía no se ha proclamado oficialmente el estado de guerra, pero el silencio que reina en todas partes es un anuncio inquietante. En un local de la calle Santa Teresa a estas horas se reúnen los elementos militares. Traman las maniobras de mañana, cuando a primera hora ocupen las oficinas del correo y el telégrafo, la caja de ahorros, la cárcel, el Ayuntamiento y los teléfonos. También tienen preparado el bando oficial que a primera hora aparecerá colgado en todas las esquinas, el *Ordeno y mando* según el cual todas las instituciones quedarán mañana bajo control militar. En el mismo papel se informa de que el nuevo régimen tal vez causará algunas «molestias» que tendrán que superarse con «cordura», porque al fin y al cabo–asegura–esto de que los militares hayan terminado con un gobierno legítimo es «lo que todos anhelaban». El descaro con que algunos justifican su modo de actuar es un lugar común en la historia de la humanidad.

Mañana por la mañana, cuando el bando aparezca como una seta en otoño adornando toda la ciudad, los más católicos, ricos, reaccionarios y defensores del estancamiento del mundo se sentirán muy felices. Ya no temerán a los obreros o a los capataces de las fábricas, no tendrán que sufrir más por la depreciación de su dinero, no pasarán miedo cuando acudan al Liceo o vayan a comer al Colón por si algún ladronzuelo les quiere asaltar. Los obreros ahora tendrán que trabajar aunque no tengan ganas. Los comunistas, los ateos, los sindicalistas, los asesinos y los separatistas–una morralla que últimamente abunda–ya no molestarán. Qué alegría.

Eusebio Fort es monárquico hasta el tuétano. Y puigcadafalquista. El viejo presidente de la Mancomunitat es un hijo del que Mataró se siente muy orgullosa, además de un hombre sensato y con instrucción que sabrá qué hay que hacer. Se reunirá muy pronto con Primo de Rivera y le dejará las cosas claras. La situación requiere que se aparten por ahora las cuestiones catalanistas para centrarse en el problema social. Una España «regenerada» sabrá comprender mejor los problemas de la diversidad ibérica. La prensa dice que Primo de Rivera y Puig i Cadafalch han llegado a un acuerdo porque son dos hombres de altos vuelos, y no como los gobernantes anteriores, que eran unos cínicos que no comprendían nada. Esto complace al señor Fort, que se lo cree todo y nunca ha pensado que la prensa pueda estar al servicio de alguna ideología. Si el diario lo dice, debe de ser verdad. Teniendo en cuenta que sólo lee el *Pensamiento mariano*–bisemanario católico, proclama su cabecera–comprenderemos lo difícil que le resulta entender cómo son las cosas. Si leyera el *Diario de Mataró* se daría cuenta de que hay gente que se formula una vez más aquella pregunta tan antigua y tantas veces

repetida: «¿Será tratado con acierto el problema catalán por los directores del nuevo régimen de España?». Fort lo lee todo en balde. Su generación no está acostumbrada a pensar en la política, sólo a sufrir sus consecuencias. El *Diario de Mataró* se llena de los tachones negros de la censura y él ni siquiera se pregunta qué decían. En el primer bando del alcalde Boter Martí se hace saber que se premiará a los vecinos que de manera pública o anónima denuncien por escrito o de palabra ante la policía cualquier infracción de las nuevas normas. El admirado Puig i Cadafalch, viendo el cariz que toma la situación, manda levantar un tabique en su propia casa y esconde tras él toda su correspondencia con Prat de la Riba y otros dirigentes de la tristemente desaparecida Mancomunitat. En la iglesia de Santa Ana se celebra un *Te Deum* para dar gracias al cielo por el golpe de estado.

Todo esto no preocupa demasiado a Eusebio Fort. Ni siquiera cuando, dentro de un par de días, el gobierno anuncie una acción enérgica contra la inmoralidad de los espectáculos y comiencen a prohibir películas y artistas, y multen y lleven a la cárcel a la gente; ni siquiera así se le nublará el ánimo. Y, cuando lea en el último número del bisemanario católico—ahora «pasado por la censura militar»—que «el vicio es escandalosamente consentido en el mismo corazón de nuestra ciudad», en ningún momento imaginará lo cerca que está de quedarse sin trabajo.

19 de noviembre de 1923

Últimamente, Eusebio Fort ha sido víctima de la rapidez con que los empresarios teatrales se pisan los unos a los otros para atraer al público. Josep Cugat, el propietario del Gayarre, a quien todos conocen como Pepet, ha decidido imitar a la competencia y contratar músicos nuevos. Ahora ya no quiere un pianista solitario: prefiere un sexteto, o como mínimo un quinteto, para no ser menos que su vecino del Clavé. Ha resuelto dejar una sola sesión de piano solista: la de los miércoles, el día de los marineros y los líos. El resto de la semana, no hace falta que vuelva.

Estamos en los prolegómenos de los problemas laborales del profesor Eusebio Fort, que se agravan de verdad la tarde en que la encantadora señorita María Pujolà—que ya ha cumplido los quince—, en presencia de sus hermanas, la viuda Sust, doña Margarita e incluso un desconcentrado Florián, debuta como concertista en el teatro del Círculo Católico. Lleva un vestido blanco de raso que nadie va a cobrar y unos zapatos con un poco de tacón aprovechados de su hermana mayor. Sube al escenario con una serenidad casi profesional.

En cuanto empieza a sonar la primera pieza—Liszt—, Eusebio Fort se da cuenta de que Teresa Pujolà lo reclama con la mirada. Tras un gesto muy sutil de la muchacha, le entrega el programa de mano, dentro del cual ha escondido el último billete de Claudio Torres que, una vez enmendada la ortografía, dice así:

El lunes cuando termines la clase de práctica doméstica, te espero en la tienda de pianos para decirte que eres la más bonita de Mataró.

El interés con que la hija mayor de los Pujolà lee el programa y la media sonrisa que esconde terminan de delatarla. No puede ser que el listado de nombres y piezas que forman el concierto le provoquen estas reacciones tan amables pero, por ahora, no hay síntomas de tormenta. María toca muy bien y la gente la escucha boquiabierto. El profesor Fort no puede sentirse más orgulloso de su discípula. La viuda Sust por fin tiene ocasión de expresar su opinión sobre las cualidades musicales de las hijas del tintorero. Al terminar, las ovaciones son largas y la niña se ruboriza de un modo encantador. Después baja la escalera del escenario con maneras de equilibrista y se sienta allado de su madre para escuchar a los demás intérpretes. Incluso en esta calma se le reconoce madera de verdadera pianista.

Eusebio Fort no se da cuenta de que Margarita Gomis Picornell, en un gesto *ultrarrápido* que recuerda a un camaleón cazando una mosca, confisca el programa de mano de las manos mustias de Teresa. No lo mira, pero lo retiene. Espera la ocasión para estudiar con detenimiento lo que fuera que interesaba tanto a su hija hace un instante. Los ojos de pánico de Teresa buscando al profesor cómplice le confirman que, sea lo que sea, no la decepcionará.

Al final de la velada hay flores para las pianistas y halagos para los profesores. Eusebio Fort es llamado al escenario y sube tan nervioso que por poco se le cae encima al presidente de la entidad, un hombre casi esférico, que embute en un traje a medida sus más de cien kilos. No puede dejar de mirar a doña Margarita y, por cómo ella le devuelve la mirada, está estar seguro de que ha leído el mensaje: «Al menos no hay faltas de ortografía», piensa para consolarse.

La salida es un calvario. La madre de la intérprete se detiene con cada señora, matrimonio, cura o jovencita que encuentra en su camino, de modo que tarda más de hora y media en recorrer los cien metros que separan su butaca de general de la calle. Una vez fuera, bajan la Riera, con una calma fingida, hasta llegar a la esquina de la calle de Bonaire, justo enfrente de la tienda de pianos. Éste es el decorado que Doña Margarita escoge para el momento culminante de la tarde.

Le indica con un gesto a Eusebio Fort que quiere hablar con él. Cuando el profesor acude, diligente, le dice:

–Le felicito de corazón por este éxito, señor Fort–tiene el tono con que se dictan las sentencias de muerte–, pero lamento tener que pedirle que me busque otro profesor de piano. He tomado la decisión de sustituirle. Espero que no tenga la poca vergüenza de preguntarme por qué motivo.

–No, señora–dice él, con el corazón disparado.

–Le ruego que me haga llegar la factura por sus servicios cuando crea conveniente.

–De acuerdo, señora.

–Y que no le diga nada a las niñas ni monte una escena. Yo misma buscaré el momento de hacérselo saber.

–Está bien, señora.

Florián se aleja caminando. No interfiere en los negocios de su mujer. El profesor se despide sin dramatismo de sus jóvenes alumnas. Su corazón de enamorado trágico se rompe un poco más al saber que ya no verá todos los días a Teresa Pujolà. Su alma de profesor orgulloso siente perderse los progresos cada vez más evidentes de la mediana y no poder hacer más por la pequeña. Pero ya no hay remedio.

Las niñas se despiden con un «hasta mañana» y él tiene un nudo en la garganta. Aquella noche no cena y apenas duerme. Por la mañana, cuando llega al teatro Clavé, el señor Pruna lo llama a su despacho. Le dice que ha recibido órdenes muy concretas, que vienen de una instancia muy alta, que le instan a despedirle.

–No es nada personal, Fort, créame. Me veo obligado. Usted sabrá qué ha hecho y si es tan grave.

El empresario está abatido. Es sincero.

–¿Podría por lo menos decirme de dónde vienen esas órdenes?–pregunta Fort.

–Se lo puedo decir si queda entre nosotros.

–Naturalmente.

Pruna baja la voz:

–Del rector de Santa María.–Fort se sobresalta. Qué susto, y qué sorpresa–. Dice que es en nombre de la decencia. Tal y como están las cosas, no puedo negarle nada. A este hombre no. No sabe cuánto lo lamento, por usted y por nosotros.

Aquella noche, Fort se queda a la función para despedirse de sus compañeros y conocer de paso al nuevo pianista, un joven de nombre Enrique Torra que ama la música tanto como él y que le gusta al instante. Después, regresa despacio a casa, pensando qué hará ahora para distraerse, preguntándose qué camino intrincado lleva desde doña Margarita hasta el rector de Santa María.

Al día siguiente, presenta la factura por sus servicios en casa del tintorero, pero nadie quiere recibirle y se la deja a Rosina. Está claro que no la cobrará nunca.

17 de enero de 1924

Anthony The Great, Antao do Deserto, Antoine cel Mare, Anthony of Thebes, Abba Antonius, Antoni Abat, Antoni«el de los burros». Con esta gran variedad se denomina a este santo barbudo nacido en Egipto en el siglo III, famoso por resistir las tentaciones del diablo y por ser muy amigo de un puerco (que a menudo lo acompaña, sobre todo en Occidente). Es patrón de los amputados, los fabricantes de cestos, los carniceros, los enterradores o los que padecen enfermedades de la piel. En esta parte del mundo es costumbre honrarlo dando tres vueltas rituales a algún lugar sagrado cada 17 de enero, que es cuando celebramos su festividad. Una costumbre que puede parecer muy exótica, pero no lo es en absoluto. Hace muchos siglos que la humanidad inventó las vueltas rituales pensando que así conseguiría lo que más desea. Da lo mismo que sean o no en el sentido de las agujas del reloj, sólo son necesarios una circunferencia y un objeto. Los íberos fundaban ciudades dando vueltas, los romanos honraban de esta forma a sus dioses, las murallas de Jericó cayeron después de siete vueltas e incluso los musulmanes de hoy día giran alrededor de unapiedra una vez al año.

En Mataró hay dos parroquias y suficientes bestias para contentar a todos. La fiesta de San Antonio Abad es sonada. San José y Santa María compiten por ver quién pone en la calle más jinetes, más músicos o más caballos. La banda municipal, la escuadra de Batidores y la banda del Regimiento de Artillería desfilan por la parroquia veterana. En la de San José lo hace el conjunto barcelonés La Armonía, compuesto por una docena de hombres de uniforme llegados en tren para la ocasión. Las calles están repletas de gente que quiere disfrutar del espectáculo.

La procesión sale de casa del abanderado, quien después del cura y las bestias es el protagonista del día. Allí tiene lugar la bendición de los animales, que para los campesinos de antaño era una tranquilidad que duraba todo el año, como una vacuna. Cesa la música para que el cura pueda concentrarse. Algunos parece que traigan a bendecir a la mujer o al marido. Al terminar, se da la orden de comenzar las vueltas. Serán tres, por un recorrido largo y laberíntico que incluye la calle de Cuba, muy cerca de la tintorería de Florián Pujolà. El epicentro es la parroquia, claro, nuestra piedra negra particular.

No nos sorprenderá saber que existe otro epicentro en el recodo que forma la calle de Cuba al encontrarse con la de Castaños, exactamente donde esperan Teresa y sus hermanas para ver pasar a la comitiva. De pronto, la multitud se vuelve más espesa: llega como una confusión, proveniente de la calle del Molino, el cortejo solemne.

Entonces Teresa mira con atención. En cabeza van tres jinetes muy dignos. El abanderado, en medio. A cada lado, un cordón de bandera. Los tres, endomingados, repeinados, recién afeitados. Son guapos y junto con el caballo forman una bonita estampa. Las muchachas los miran, murmuran, chismorrear.

Al pasar cerca de Teresa, el abanderado tiene un gesto seductor disfrazado de humilde saludo con lamano. Teresa lo saluda, también, con la cabeza. El joven detiene la montura para que ella repare en él y sepa que la ve y que la prefiere a todas las demás. No se puede pasar ante unos ojos de un azul tan extraordinario como éste sin rendirles algún honor. Intercambian cinco palabras. No hacen falta más. A veces cinco palabras sirven de prólogo a toda una vida. Cuando las vueltas se retoman, la hermana mediana, despistada, pregunta.

—¿Quién era ése?

Y Teresa la regaña con el tono en que le dice:

—¿No le has reconocido? Es el chico de la leche, Claudio Torres.

–¿Y qué te ha dicho?

–Eso no te importa. Podríamos considerar que jinetes, caballos, carros y bestias hoy giran también alrededor de un nuevo lugar sagrado: la esquina donde Claudio Torres y Teresa Pujolà comenzaron a ser algo—muy sutil, muy pequeño todavía—el uno del otro.

14 de enero de 1924

Como hace tantas noches, Florián Pujolà se sienta ante la pajarera del patio, que contiene treinta y dos pájaros. Algunos vinieron de muy lejos, de otros continentes, y le costaron una pequeña fortuna. Los pagó sin ninguna dificultad porque eran épocas de vacas gordas y porque nunca antes se permitió un capricho. Pensaba que sólo por eso ya tenía todo el derecho. De algunas especies adquirió una pareja y obtuvo la satisfacción de verlos criar aquí, en su casa. Qué felicidad la primera vez que dentro de un pequeño nido descubrió tres cabecitas feísimas que se desperezaban al mismo tiempo para reclamar comida.

Esto de los pájaros es un capricho de ricos, lo sabe. Como la lancha motora, como las dos berlinas. Él nunca fue un rico auténtico, pero durante unos años tuvo mucha suerte. Supo hacer bien su trabajo. Supo entender los cambios del mundo y el mundo fue generoso con él. La Guerra de Europa le trajo mucho dinero, pero también mucho trabajo y mucha responsabilidad. Cuando regresaba a casa tras sus extenuantes jornadas de trabajo se sentaba frente a la pajarera y se sentía un hombre feliz. Por eso observar a sus pájaros le devuelve a un tiempo en que no había nada por lo que sufrir y todo era posible. Un tiempo que para él terminó demasiado pronto y de un modo demasiado brusco.

De toda su colección, su preferido continúa siendo el primero. Entre la pluma y la concurrencia de la pajarera, el diamante azul se ve distinto, tranquilo, distinguido, como si escondiera algún secreto. Le hipnotiza mirarlo. Tiene unos colores que no pueden compararse con nada. Le alegra escucharlo cantar.

Es su rareza. El único destello de felicidad absoluta de su vida.

Permanece aquí, haciéndoles compañía y pasando frío, hasta que el reloj de pared toca las once. Dong, dong, dong, dong, dong. Eso no significa que sean las once, naturalmente, porque el reloj nunca ha ido a su hora, pero sí que conviene acostarse ya.

Dentro de unas horas empezará a nevar. La nieve cubrirá la ciudad desde la playa hasta la montaña, y hará feliz a la gente, por la novedad. Nieve que sólo se quedará en la memoria y en las fotografías antiguas. Nieve fugaz como un espejismo.

A Florián Pujolà nada le cambia el humor. La nieve, ni siquiera la ve.

17 de marzo de 1724

La gente compadece a Joseph Pujolàr, el segundón de la masía Pujolàr de Santa Pau. Sólo tiene veinteaños y ya es dos veces viudo. La primera vez, de la heredera más rica de Batel, Tecla Bartolich, hija de un comerciante de campanas y relojes, a ratos inventor y constructor de prodigios mecánicos. La segunda, de la joven más bonita de Bolós, quien le dejó el corazón lleno de tristeza y las arcas llenas de monedas de oro. Todos están de acuerdo en que un joven así, valiente, rico, guapo y antiborbónico, debe encontrar cuanto antes una esposa.

El cura de la parroquia de Santa María de Argelaguer, que está al corriente de las extrañas muertes de la primera y la segunda esposas, observa a la novia con preocupación. Es Marianna Badosa, hija de un propietario de caballerías que ha hecho fortuna en los últimos tiempos. La muchacha es rica, como las otras dos, pero también muy lista. El cura le advierte que se ande con ojo, que esté siempre atenta. «Si tu marido te sirve algún bebedizo, nunca bebas sola. Si percibes algún sabor extraño en la carne o en el pescado, haz como que comes, pero arroja a escondidas la comida a los perros». Esto le dice el cura a Marianna Badosa.

Hasta aquí han llegado noticias de Santa Pau. Algunos cuentan aquello del hermano gemelo y la injusticia de los cuatro minutos. Otros sólo se preguntan si saben qué ha ocurrido con las dos mujeres. Alguna vieja sabia se atreve a hacer pronósticos: «Yo digo que durará trece semanas». Y otra le contesta: «¿Sólo? Pues yo digo treinta, a ver cuál de las dos se acerca más». El cura, preocupado, en su sermón no hace más que hablar de los lazos perdurables del matrimonio y del regalo de envejecer junto a otra persona. En cuanto puede, se acercade nuevo a la doncella y muy bajito le recomienda: «No te despistes».

Durante el sermón, el novio asiente con la cabeza, como si pensara portarse bien. La novia sólo sabe llorar de la emoción, la muy boba. Demasiados cambios en un solo día. Esta noche la pasará en Batel, en la masía de su marido, que aún no ha pisado.

El suegro llora también, pero decodicia. La fortuna del joven segundón Pujolàr bien merece correr un riesgo. O dos.

No muy lejos de aquí hay una piedra muy derecha en mitad de un campo. Dicen que la plantó ahí el propio diablo, durante una temporada que pasó explorando estas tierras.

El resto, lamentándolo mucho, no cambia. La vieja de las treinta semanas es quien gana la apuesta. Marianna Badosa pasa exactamente veintiocho en la masía de su marido, contemplando la sierra de Batet. Después, lo mismo que las otras. Un mal repentino, que nadie podía esperar, se lalleva de este mundo. En sólo tres inviernos, el segundón de la masía de Santa Pau ha enterrado a tres esposas. También es mala suerte.

17 de enero de 1924

Esto es lo que el jinete Claudio Torres le dijo a una expectante Teresa Pujolà en la esquina sagrada y en presencia de sus hermanas pequeñas:

—¿Querrías bailar conmigo esta noche?

Y esto es lo que ella respondió:

—Me lo pensaré.

Por la noche se celebra un baile de gran pompa en el Clavé. Teresa no quiere

perdérsele por nada del mundo. Ella y su falso prometido ya lo tienen todo tramado, con detalle y sin mostrar entusiasmo, para no levantar sospechas. Las madres no tienen ganas de bailes y han delegado la vigilancia en dos carabinas de toda confianza: Rosina y la nodriza del niño. Se han quedado muy tranquilas, y dentro de nada dormirán como dos benditas.

La nodriza no está para vigilar a nadie. Se queda dormida en cuanto encuentra un lugar lo bastante grande para acomodar sus ancas. Rosina, en cambio, pone un gran interés en la vigilancia de Casimiro. Demuestra un celo tan inmoderado que él pierde aún más la cabeza.

Incluso se les ve bailar la polca con muy poca gracia. Viéndolo saltar con tanta ligereza cuesta creer que este chico vaya para notario.

Teresa vive una noche que no esperaba. Claudio Torres tampoco baila muy bien, pero lo intenta. Todas las jóvenes del baile miran al abanderado, pero él sólo tiene ojos para Teresa. Un poco más allá, está su hermana mediana bailando con el cordón de bandera, que se llama Duxans y que es uno de sus mejores amigos. Las hijas del tintorero Pujolà esta noche son felices. Se sabe por cómo les brillan los ojos. Los de Teresa esta noche parecen más azules que nunca.

Lo bailan todo. Músicas antiguas y modernas. En catalán, en castellano, en inglés y sin idioma. Tangos, polcas, *foxtrots*, *twosteps* y vales. Y cuando suena aquella canción nueva, medio pasodoble y medio cuplé, que se llama, precisamente, *Els tres tombs**: la gente enloquece de alegría y llena la pista. El abanderado y la hija del tintorero sienten que la letra está hecha sólo para ellos, y la cantan un poco y la bailan con auténtico sentimiento y muertos de risa. Bajito, se atreven incluso a hacerse promesas el uno al otro. Promesas que ahora mismo nadie salvo ellos cree que puedan cumplirse.

Hoy cuesta mucho volver a casa, pero lo hacen disimulando, caminando por la calle Montserrat pasadas las once de la noche. Teresa sigue a Casimiro, que no puede apartar la mirada del escote de Rosina. Entre todos llevan a rastras a la pobre nodriza, que ya no se sostiene y que está convencida de que en el Teatro Clavé todo ha ido como una seda. Cuando la viuda Sust, clavada tras la ventana de su casa, los ve llegar, también lo cree.

Ya en la cama y desvelada por completo, Teresa no puede dejar de tararear muy bajito el estribillo del paso-doble-cuplé, que para ella tiene un claro receptor y que dice: *Reidels tres tombs, jo per tu, que en donaria de tombs, ja en pots estar ben segur!**

Tampoco logra quitarse de la cabeza las últimas palabras de Claudio Torres antes de dejarla marchar.

–Teresa, te quiero para siempre.

Marzo de 1924

Señorita Pujolà:

Tengo motivos para haber interrumpido tan abruptamente nuestra correspondencia, que ahora espero retomar con la normalidad solitaria de siempre. Poco después de remitirle mi última misiva me embarqué con destino a Nueva York, una ciudad espantosa donde esperaba encontrar todas las oportunidades que aquí se me negaban. Debo reconocer que en ese sentido no me equivoqué. Gracias al consejo de algunos amigos muy bien informados, invertí el poco dinero que todavía me quedaba en espectáculos: teatro, orquestas y el abominable cine. Es decir, me hice productor y obtuve interesantes beneficios.

En el reverso de la moneda está mi vida privada. Conocí a una artista de variedades deslumbrada por las pantallas, que me utilizó como lanzadera para llegar allí donde deseaba, es decir, a Hollywood. Una vez conseguido su objetivo me dejó para lanzarse a los brazos de Douglas Fairbanks. Todo esto, como puede imaginar, me afectó sobremanera y me convirtió en un adicto a las pastillas de bronquiolina y al ungüento Mentholatum, que muy a mi pesar me proporcionaban un alivio demasiado breve. No ayudó nada el comportamiento de mi novia, que se convirtió de la noche a la mañana en estrella del celuloide al protagonizar una de esas películas que tanto gustan a la gente. Tendría usted que haberla visto dando unas horribles cabriolas que la hicieron perder, a mis ojos, la escasa decencia que aún conservaba. Mi sufrimiento se agravó tanto que no me quedó otro remedio que regresar a casa y ponerme en manos de un médico de mi confianza, es decir, europeo.

Tal vez se pregunte usted si es que en América no hay médicos ni otras mujeres. Naturalmente que sí, hay abundancia de ambas cosas, pero ni los unos ni los otros—y he conocido varios de cada—han logrado curarme de las sudoraciones nocturnas ni de los sufrimientos crónicos que dejó la actriz ingrata. Estoy seguro de que tomé la decisión correcta. Nada más embarcarme comencé a sentir alivio y sólo con poner un pie en el puerto de Barcelona me sentí como si hubiera rejuvenecido diez años. Ahora soy empresario de cine. He comprado unas cuantas salas en la ciudad y ofrezco proyecciones de gran éxito. Yo nunca asisto a ellas y sigo fiel a mi palco del Liceo.

Le escribo sólo para confesarle que, a pesar de todo, sigo fiel al amor que siento por usted. Ninguna mujer de ninguna ciudad del mundo podrá jamás emular la constancia de su ausencia, Teresa.

Suyo en el reencuentro,

AVELINO

18 de enero de 1924

En el saloncito de casa de la viuda Sust está su futura consuegra, que se ufana de haber hecho la obra de caridad más grande de su vida dejando que Rosina y su hijito se queden en su casa.

—¿Y adónde iba a ir, pobre muchacha, con el recién nacido en los brazos? ¿No ve que echarla habría sido una crueldad? Desde el mismo día que supe de su mala cabeza pensé que el inocente tenía que nacer en mi casa. El doctor Malga dice que nunca había visto una madre más sana ni más dispuesta. Yo misma llevé al niño a bautizar y fui su madrina. Le puse Antonio en recuerdo de mi padre. Mi marido fue el padrino, pero no pronunció una sola palabra en todo el rato. Está cada vez más mudo, este hombre. En cambio Rosina, sabe usted, qué diferencia. Parece mucho más lista que antes. Trabaja sin descanso, quita el polvo, va al mercado, cría a su niño y le lava los pañales. Todo lo hace bien menos cocinar, en eso continúa como antes. Si en casa no estuviera Teresa ya nos habríamos muerto de hambre.

ADoñaRamona todo le parece estupendo. Su vecina, amiga y futura consuegra tiene una ocasión magnífica para ejercitar las obras de misericordia corporales, que sin duda son tan importantes como las otras. Comenzando por «dar posada a quien la necesita», «dar de comer al hambriento» y «dar de beber al sediento», como queda demostrado. Pero además, y gracias a la donación de unas monjitas de San José, ha procurado que la criatura tenga con que taparse («vestir al desnudo»). De enterrarlo ya se ocupará si llega el momento, pero tendrá que ser en la fosa común. Ve más difícil aquello de «ayudar a los presos», a menos que Rosina por fin diga quién es el padre de su hijo y resulte ser un perdido. Aunque Doña Ramona no necesita ninguna otra prueba para saber que lo es.

—¿Qué hombre se acostaría a escondidas con una mujer como ésta? Hombres así no los queremos en esta casa—asegura, jactanciosa e ignorante.

Esto de que Doña Margarita necesite practicar las obras de caridad a diestro y siniestro beneficia mucho a los jóvenes amantes. Por las noches, y cada vez más a menudo, se reencuentran. Ella le cuenta cosas de su hijito y él se derrite escuchándola. Ya no necesitan aquellos ardores del principio, ahora son una pareja que comienza a quererse sin voluptuosidades constantes. La que se lleva la peor parte es Pepa, pobre, que de tanto servirles de portera a deshoras, por las mañanas se duerme de pie.

Hasta que una noche ocurre aquello que antes o después tenía que ocurrir. Doña Ramona ha cenado un conejo entero en salsa vinagreta y tiene ardor de estómago, así que se despierta a las tres de la madrugada. Suda tanto que cree que se está muriendo. Le parece oír unas risitas que provienen de la sala de estudio de su hijo, pero al principio no hace caso. Cuando las risitas se repiten, se levanta de la cama y se pone la bata. Como es desconfiada por naturaleza, sale al pasillo sin vela. Desde aquí las risitas se escuchan con más claridad. Son femeninas, pero se alternan con la voz de Casimiro, que mezcla las frases dulces con las procaces. ADoñaRamona le da tanta vergüenza lo que oye que por poco vuelve a la cama a digerir el conejo.

No puede ser. Espera junto a la puerta, de pie como un guardia, pensando qué debe hacer. Qué haría su marido el notario. Destrozar la puerta, tal vez, pero ella prefiere métodos más femeninos. Llama con los nudillos. El cristal y la noche amplifican el sonido. Toc, toc, toc.

Las risitas callan. Se produce un silencio asustado dentro de la habitación. Simulando un a naturalidad que no tiene, Casimiro pregunta desde dentro:

—¿Necesita algo, madre?—y añade, con mucha cara—: Estoy estudiando.

Como ella no responde, Casimiro insiste, nervioso:

—¿Madre? ¿Se encuentra mal? ¿Quiere que salga?

Le tiembla la voz. Ve peligrar su herencia. A la tercera ya le sale más convincente.

—¿Madre? ¿Me oye?

Entonces Doña Ramona insiste. Toc, toc, toc. Tres veces más. Tiene el estómago como si el conejo diera volteretas. A pesar de todo, no piensa retirarse de aquí hasta que se abra la puerta.

Los amantes sorprendidos no hacen nada. Todo es silencio y quietud.

La viuda Sust recuerda de nuevo a su marido. Se retira un poco, agarra el arlequín de porcelana inglesa, que lleva más de treinta años sobre una repisa del pasillo, y lo arroja contra la puerta. Los fragmentos de cristal traslúcido y los del arlequín inglés caen mezclados sobre el piso con gran escándalo.

Lo que ve dentro de la sala de estudio de su hijo Casimiro, exestudiante de notarías, padre de un hijo bastardo y amante de la cocinera lerda de su consuegra, provocará un giro totalmente inesperado en los acontecimientos.

19 de enero de 1924

Doña Margarita entra en la habitación de su hija con la furia de un mal rayo. Abre la ventana de par en par para que la luz del sol despierte a la perezosa, que todavía duerme, y eso que ya son casi las once. De pie ante los ventanales, con las manos entrelazadas sobre el vientre y una mueca disgustada, parece el inquisidor mayor a la espera de que el reo se digne atenderle.

—¿Con quién bailaste la otra noche? ¡Contéstame!—ruge.

Teresa tarda unos segundos en comprender qué está ocurriendo y responder con la boca pastosa:

—Buenos días.

—Contéstame a lo que te acabo de preguntar.

La joven se incorpora un poco en la cama.

—Con Claudio Torres.

—Ah, ¿así se llama? ¿Es verdad que es el chico de la leche?

En medio de la felicidad del momento, Teresa no pensó que en todas partes hay espías, cómplices de todas las tendencias, siempre dispuestos a llevar las noticias adonde más daño pueden causar. Actuó sin cuidado y no previó que su madre se enteraría en unas pocas horas.

Lo que no hubiera podido imaginar de ningún modo es el camino que ha recorrido la noticia: de Joan Pruna al rector de Santa María y de allí a la madre superiora de las Hermanitas de los pobres, quien considera un deber cristiano tener bien informadas a las madres de los deslices de sus hijas.

—Sí—responde Teresa.

—¿Y no te da vergüenza? ¿Delante de Casimiro?—La pobre señora Margarita aún no ha recibido la visita de Doña Ramona, que lleva un día y medio abanicándose y tomando sales para que se le pase el disgusto.

—Casimiro también bailaba con otra, madre.

—¡Virgen de los Desamparados!—La madre se persigna dos veces. De pronto necesita tomar asiento, no se ve capaz de aguantar de pie tantas noticias funestas. Si tuviera cerca a una criada, mandaría que le trajera el Agua del Carmen, pero están solas, cara a cara, madre e hija—. Ahora mismo irás a pedir disculpas a la viuda Sust.

—Yo no le he hecho nada a la viuda Sust.

—¡Calla, descarada! ¡No te atrevas a hablarme de ese modo! Irás sin quejarte, y también le pedirás perdón a tu prometido. Si es que él no te repudia antes, claro, después de verse tan avergonzado por tu mal comportamiento. ¡Bailar con un cualquiera! ¡Con el joven más pobre de la ciudad! ¡Con un desgraciado que ni siquiera...!

—¡Madre! ¡Cállese! Habla sin conocimiento.

Doña Margarita se pone en guardia, como si esto fuera un combate de espadachines y acabara de recibir una estocada.

—¿Qué dices, mala yerba? ¿Sin conocimiento de qué? ¿Crees que no entiendo qué te ocurre? ¿Qué es lo que te ha prometido ese desgraciado para embaucarle de este modo? ¿Qué te ha hecho? ¿Arruinarás tu vida por el disfrute de un momento?

Doña Margarita no es nada original. Copia palabra por palabra las diatribas que la prensa más conservadora dedica a la juventud que baila y va al cine. Los curas las escupen desde el púlpito cada domingo. *El Pensamiento mariano* las publica con periodicidad inefable. Los habituales del Círculo Católico las defienden como si hubiera vuelto la época de las cruzadas.

–Madre, le prometo que sólo bailamos.

Pero doña Margarita se empeña en ver a Claudio Torres como el emisario de un plan urdido por el propio diablo.

–¡Vístete! Nos vamos ahora mismo a ver a Doña Ramona. No te entretengas. Ve pensando en todas las maneras que conozcas de pedir perdón. Las vas a necesitar. Yo mientras tanto pensaré en cuál deberá ser tu penitencia.

Sale de la habitación muy sofocada y se va directa hacia el armario de la cocina donde guarda la botellita de Agua del Carmen. Normalmente, este remedio se toma remojando un terrón de azúcar y sumergiéndolo en una taza de infusión. Pero a ella le surte más efecto si lo bebe directamente del largo gollete de la botella. Un trago, o tal vez dos, según la gravedad del caso. Hoy está muy nerviosa, de modo que cree conveniente aumentar la dosis hasta los cuatro tragos largos. Enseguida percibe los milagrosos efectos. Esta poción siempre lo arregla todo, de un dolor de estómago a una rabieta.

Cuando oye que su hija baja la escalera, tapa la botella y la devuelve a su lugar tras el tarro del azúcar. Como la cabeza le da vueltas, decide no moverse de donde está.

Teresa entra en la cocina decidida a tener una conversación con su madre.

–Tengo que contarle algo que debe saber antes de que veamos a la señora Ramona—le dice.

Margarita no contesta. Siente que el bebedizo que acaba de tomar le ha dejado un rastro de quemazón entre la boca y el estómago. Arquea las cejas y espera acontecimientos.

–Casimiro Sust y yo hicimos un pacto ya hace tiempo.

–¿Qué clase de pacto?

–Rompimos el noviazgo.

Es como si doña Margarita no hubiera oído nada. No pronuncia palabra ni hace gesto alguno que lo demuestre. Sólo un eructito semialcohólico.

–¿Cuándo fue eso?

–Hace cuatro años.

Abre mucho los ojos. Un delicado temblor en el labio delata que comienza a enterarse. Es como una máquina de vapor a punto de explotar. Teresa continúa:

–No queremos casarnos, madre. Ambos pensamos que hoy día las cosas son distintas. Ahora la gente elige a quien ama y con quien quiere pasar el resto de su vida. Los matrimonios arreglados por las familias son cosa de la Edad Media.

–¿La gente escoge? ¿Qué gente? ¿Los chicos de la leche?

–No hable mal de él, madre. No le conoce.

–¡Sé de él más que suficiente! Sólo es el lechero. No tiene nada que ofrecerte.

Teresa quiere defender a Claudio Torres a pesar de lo mucho que teme a su madre. Su seguridad, su desprecio.

–Tal vez me puede ofrecer exactamente lo que yo quiero y necesito.

–¿En serio?—Gran sorpresa—. ¿Como por ejemplo?

Teresa medita un segundo. Piensa que su madre tal vez se reirá de su respuesta, pero le da igual:

–Un saco de sal—dice, muy segura de sí—. ¿Recuerda aquello que usted dice siempre? «No conoces a una persona hasta que te has comido a su lado un saco de sal.» Pues eso es lo que quiero. Comerme a su lado mi saco de sal. Con él y con nadie más.

–¡Sólo dices tonterías! No sabes nada de nada. Te casarás con quien debes. Hoy mismo hablaré con la señora Ramona y avanzaremos la boda. Esto tiene que cortarse de raíz.

–Claro, ¿del mismo modo que cortó de raíz las clases de piano?

Doña Margarita no tolera que nadie le hable en mal tono. Abre el armario de nuevo.

Siente una quemazón en el estómago que necesita remediar. La aparente tranquilidad de Teresa la irrita más aún. Encuentra la botella de Agua del Carmen y la abre con mano temblorosa. Bebe dos tragos más. Tres, por si acaso. Suenan al pasar por su garganta. Devuelve la botella a su sitio. Está fuera de sí.

–¡Eres una cualquiera!–ladra–. ¿Cómo te has atrevido a hacerme esto?

–Madre, yo no le he... Cálmese, por favor.

–¡Cállate de una vez!–Doña Margarita nunca había gritado así.

Con mano inquieta hurga en el armario de la cocina. Busca algo, no sabe qué. Lo primero que encuentra es una tableta de chocolate a la piedra de la casa Simón Coll. Le sirve. Es un arma contundente, desde luego, dura y pesada. La lanza con mucha rabia contra la cara de su hija. La tableta se rompe. Teresa da un paso atrás. Del susto, de la humillación. Después ve salir a su madre dando tumbos y subir la escalera agarrándose al pasamanos. Le parece que la oye llorar, pero no puede estar segura. En toda su vida, es la primera vez.

Un momento después, la oye salir muy decidida. Imagina que se dirige a casa de su consuegra. Teresa no puede adivinar el baño de desengaño y realidad que la espera allí, en la salita ajada de la viuda Sust. No muestra ni la menor intención de acompañarla. Todo lo contrario: sólo piensa en aprovechar la ventaja que le concede la ausencia de su madre.

Sube a su habitación y recoge las pocas cosas que podrá llevarse. Lo primero, el ejemplar de tapas gastadas de *Philippe Derblay*, compañero de tantas tardes largas que sin él habrían sido interminables. Sí pudiera, le gustaría tener unas palabras de agradecimiento para el autor, este Georges Ohnet cuyo nombre ha leído tantas veces pero del que no sabe nada, ni siquiera que lleva muerto unos cuantos años. Además del libro, se lleva algunas prendas de ropa, unos pendientes y dos pares de zapatos. Antes de bajar para pedirle a Pepa un pañuelo con que preparar su equipaje, se sienta en la cama y observa al gato *Gato*, que ronca tranquilo sobre la colcha de ganchillo. Desde que Tomasa se fue, se ha encariñado con ella. Ahora tendrá que buscarse otro dueño.

–Esta noche ya no dormiremos juntos–le dice, con mucha tristeza, mientras le rasca el gatzate, y el animal responde con un ronroneo.

Enero de 1924

–Me he formulado muy a menudo la misma pregunta: ¿Qué importancia tiene la mentira en nuestras vidas? ¿La ficción puede transformarnos? Tiene influencia en nuestras decisiones? Hasta hoy no he podido encontrar una respuesta de verdad satisfactoria.

»Encantado de saludarles, señoras y señores. No saben cuánto me agrada estar en un tiempo y entre unos lectores que no saben quién soy. Permítanme que me presente a mí mismo: me llamo Georges Ohnet, nací en París, hijo de un doctor, el mismo año en que ustedes estrenaban un tren, es decir, 1848. Morí en el mismo lugar setenta años más tarde. Entre una cosa y la otra, tuve el honor de hacer palidecer de envidia a los mismísimos Émile Zola y Alphonse Daudet. Si por algo se me recuerda es por escribir una novela que me hizo rico. Se llamaba *Le Maître de forges* pero por aquí se la conoció más bien por el nombre de su trágico protagonista, Philippe Derblay.

»Antes de esa maldita novela, escribí y estrené muchas obras de teatro que tuvieron éxito y de las que hoy nadie recuerda ni el título. Embriagado de ambición, quise revalidar mis triunfos, pero mis libros no gustaron nunca tanto como el primero. Después de intentarlo en repetidas ocasiones llegué a asquearme del mundo, me encerré en mi castillo de Les Bondons, un pequeño pueblo del Languedoc, y me dediqué a vivir como un miembro más de aquella aristocracia decadente que tantas veces retraté. Tal vez alguien sonría al saber que mi castillo se llamaba Les Abymes, "los abismos".

»Nadie sabrá nunca cómo odiaba a Philippe Derblay, cuánto habría dado por verlo desaparecer. Me llegaban cartas escritas por lectores de todas partes, en muchos idiomas, todos impresionados por la novela. Ellos acababan de leerla y aún les duraba la emoción. Yo la había escrito hacía veinticinco años y ya sabía que nunca la superaría a los ojos de mis lectores. Echaba las cartas al fuego sin abrirlas. La maldición del éxito, al fin y al cabo, es no merecerlo cuando lo tienes y no tenerlo cuando lo mereces.

»Aquéllos que crean que no debería estar aquí, que sólo les estorbo, no deben preocuparse. Ya me voy. Sólo he venido un instante a contestar a Teresa Pujolà, lectora de un solo libro, que dos páginas atrás me agradecía haber aportado un poco de distracción a sus soledades. Tú sí que has distraído las mías—que son eternas—, querida Teresa, al escoger una novela mía para hacerte lectora de una sola obra. Qué honor sólo de pensar que mis palabras pudieron influir en una sola de tus decisiones, por pequeña que fuera, o de tu existencia. Que alguna de tus afirmaciones se produjo por imitación de las leídas, escritas por mí. Qué emoción tener un lector auténticamente fiel, que nunca te ofende amando a autores que no soportas. Tuve lectores por millares en los cinco continentes, Teresa, pero nunca habrá otra como tú.

»Y ahora regreso al lugar exacto de la posteridad que me corresponde, que ya saben cuál es. No es tan grave, créanme. Al fin y al cabo, todos existimos sólo para ser olvidados.

20 de enero de 1924

Cuando doña Margarita descubre que su hija se ha escapado de casa, se apresura a buscar la botellita de Agua del Carmen. Sólo con tenerla en las manos ya siente que respira mejor. Llama a las criadas. Pepa no sabe nada. Rosina ni siquiera es preguntada. Es un milagro que siga aquí.

«Debería haberla encerrado con llave en su habitación antes de salir», piensa la señora, que si supiera cómo borrar de su vida el día de ayer, lo haría sin dudarlo.

A continuación llama a Eusebio Fort. No se rebaja a hacerle una visita en su tienda, como sería natural. Que camine él.

El profesor de piano ya no se cree en edad de dar explicaciones, pero las da en este caso:

–Está en casa de una señora llamada Rosa y su marido, Jaime Valls. Ella trabaja en la fábrica de Minguell y él es ebanista.

–¿Y esta gente quiénes son, si puede saberse?

–Familia de Claudio Torres. Una medio hermana y su marido.

–Así que ahora vive con él...–murmura.

–No, señora. No estaría bien. El señor Torres ha llevado a Teresa a casa de su hermana para que se sosiegue un poco mientras él arregla los asuntos de la boda.

–¿Para que se sosiegue? ¿Está nerviosa?

Eusebio Fort no responde. «Esta mujer tiene el corazón como un zapato», piensa.

–De modo que habrá boda.–Margarita Gomís no puede pronunciar la palabra sin sentir que algo le duele por dentro.

–Sí, señora.

–Con el lechero.

Eusebio Fort teme por un instante que Doña Margarita le sacuda un bofetón. Se lo tendría merecido, por pasarse la vida ejerciendo de mensajero.

–Ya puede decirle a aquella ingrata que no cuente con nada de lo que hay en esta casa–dice–. Ni con nadie.

Eusebio Fort calla.

–Y que aquí no volverá a poner los pies ni aunque me lo pida de rodillas. ¿Me está escuchando?

–Sí, señora.

–Y que cuando ese hombre la avergüence o la abandone o le haga cosas peores, no pienso consolarla.

Eusebio Fort piensa que tendría que aprovechar esta ocasión para recordarle a la señora que aún le debe la factura por sus honorarios, pero un sexto sentido le advierte de que no es buen momento.

Una vez terminada la entrevista, cuando Fort ya se ha marchado, Margarita se sienta en su butaca de hacer ganchillo y piensa: «Se ha acabado», y comienza a tomar una batería de decisiones.

Mañana mismo irá a hacer testamento y desheredará a Teresa. De lo que queda no tocará ni un céntimo. Vaciará su habitación para instalar un cuarto de costura. Regalará toda su ropa a los pobres, zapatos incluidos. Prohibirá a sus hijas pequeñas nombrar a su hermana y, por supuesto, visitarla. Mandará que sacrifiquen al gato Gato. Ah, y buscará de una vez una cocinera, esto es lo más importante, necesita con urgencia a alguien que sepa guisar.

Doña Margarita acaba de decidir que se le ha muerto una hija.

6 de febrero de 1924

–Le juro, señor Florián, que cuando he salido de casa no sabía ni qué día era. Me he dado cuenta mientras venía hacia acá. Debe de ser cosa del destino. Hoy hace justo un año que murió Domingo, su cuñado. No digo «mi marido» porque no lo era. Me metí en su casa para dar un cobijo a mis hijas. También para no estar sola en la cama por las noches, para escuchar una respiración a mi lado cuando me despierto de madrugada. No valió la pena. Domingonoera un hombre, sino una bestia salvaje. Murió como un perro, pobre infeliz. Borracho y en la calle, frente a la casa de una de aquellas guarras de la calle de Isabel. Lo traje a casa medio muerto y lo tumbé en la cama. Estaba sudando y se ahogaba, como todos los tintoreros. Respirar veneno toda la vida te lleva hasta la tumba, pero él encontró un atajo y llegó antes de tiempo.

»Le juro, señor Florián, que no estoy aquí por gusto. Si piensa que soy una mujer a quien nada le importa, se equivoca. Podrá decirme que he vivido doce años con un hombre sin casarme nunca, y tiene razón, pero no por falta de decencia, ni de honestidad. Yo, señorPujolà, no tengo ni un céntimo. En toda mi vida, sólo he cosechado trabajo y disgustos, pero todavía sé distinguir lo que estábiende lo que está mal. Yo nohicenada, pero oí muchas cosas, y supe muchas más. Cosas que no deseaba saber y pesan sobre mí conciencia como si fueran piedras.

»Le juro, señor Florián, que yo siempre he sentido por usted un gran respeto, aunque no le hubieravistonunca. Sabía muybienque usted y su cuñado no se querían. Él era un hombre difícil, malcarado. Al principio creí que podría cambiarlo, pero me equivoqué. Hay cosas que nunca pueden cambiarse, por ejemplo el pasado. Aquel hombre tenía una herida muyprofunda que venía de muy lejos. No perdonaba a nadie, ni siquiera a sí mismo. Yo creo que tenía algún rencor con la familia, no sé si también con usted, y que le venía de muy atrás. También que con su mujer sólo fue un desgraciado. Mercedes, se llamaba, ¿verdad? Dios me perdone por pronunciar el nombre de una difunta. Ya sé que era su hermana, usted tendrá que perdonarme también. Cuando llegaba borracho a casa, que era día sí, día también, me preguntaba a gritos: "¿Por qué no me quieres, Mercedes? ¿Por qué no me has querido nunca? ¿En quién piensas cuando gimes por las noches? En mí no, seguro". Daba mucha lástima. Un hombre como él, tan desesperado.

»Le juro, señor Florián, que he venido a decirle la verdad y sólo a eso. Que me muera ahora mismo si lo estoy engañando en algo. Últimamente, Domingo estaba aún peor, más feroz y más malo que nunca. Tenía dinero porque había hecho no sé qué negocios con aquel Viladevall, otro mal hombre, y se lo gastaba todo en putas y en vino. Las putas ya no lo querían y lo enviaban a casa. Entonces llegaba furioso y con ganas de hacerme a mí lo que ellas le consentían. Si el vino no lo hubiera hecho impotente, no sé qué habríasidode mí. Muy temprano por las mañanas llegaba Viladevall. Domingo sacaba la botella. Bebían y charlaban. Yo prestaba atención fingiendo que no iba conmigo, hablaban de engaños y simulaciones. Querían engañarlo a usted, y creo que lo consiguieron. De antemano ellos se habían puesto de acuerdo. La condición era que usted perdiera su parte del negocio. A cambio, Domingo había de ser el nuevo encargado. Estaba cansado de trabajar, lo decía a todas horas, pero le animaba tenerlo como enemigo y la posibilidad de derrotarle. Iba arriba y abajo, como un loco, convenciendo a todo el mundo de que no fuera a trabajar al día siguiente, prometiéndoles un sueldo falso—que pagaba Viladevall—y hablando mal de usted a los trabajadores, poniéndolos en su contra. De vez en cuando, también hablaban del pobre

Juan Abril, como si su muerte hubiera sido la chispa que prendió una hoguera enorme y muy provechosa. Si me miraban, yo disimulaba.

»De verdad le juro, señor Florián, que lo que voy a enseñarle es lo más grave de todo. La piedra más grande que llevo en la conciencia. Pensé que mi deber como cristiana era procurar que su cuñado recibiera los sacramentos antes de morir. El cura no tardó nada en llegar y él empleó su último aliento en confesar sus pecados. De los engaños y las pasiones no habló, como tampoco de aquel hombre muerto, pero pronunció el nombre de una mujer, y estoy segura que el nombre era Rufina y el apellido Abril, porque presté mucha atención cuando el confesor se lo mandó repetir un par de veces. Me pareció que lloraba y que se arrepentía pero debía de ser por el miedo a encontrársela en el otro mundo.

»Le juro, señor Florián, que el sacerdote le preguntó por sus motivos y que él dio algunas explicaciones, de las que no entendí ni media palabra. Venganza, manía, ofuscación, y no sé cuántas cosas más dijo para defenderse. Aquel hombre tenía el gaznate repleto de causas pendientes y de odios a medio tragar. No sé ni cómo salimos ilesas, mis hijas y yo, después de compartir con él un techo durante tantos años.

»Le juro, señor Florián, que no se merecía nada de lo que hice por él y que desde que está muerto mis hijas y yo hemos comenzado a vivir en paz. Es cierto que la casa era suya, pero yo creo que con tanto sufrimiento debo de haberme ganado la renta, y aquí me gustaría quedarme hasta que me muera, si usted no tiene inconveniente. Se lo digo de este modo porque—que yo sepa—Domingo no tenía hijos y la única persona que puede echarme de la casa es usted. Por eso he preferido venir a verlo, ¿entiende? Necesito cerrar los ojos cuando me meto en la cama con la seguridad de que ninguna pesadilla volverá a despertarme.

»Le juro, señor Florián, que, a pesar de todo, le vestí y le metí dentro de la caja y le acompañé hasta su último destino. Pensé pedir un préstamo para meterlo en una tumba decente, pero en el último momento me dije: "¿Y por qué? ¿Se lo ha merecido?", y mandé que lo dejaran en la fosa común. Antes de eso, sin embargo, ocurrió aún algo más que quiero contarle. Fue cuando le quitábamos las ropas de trabajo para amortajado. En un bolsillo de los pantalones encontré una carta muy sucia y gastada que lleva su nombre. Eso me lo dijo el cura, porque yo nunca aprendí a leer ni a escribir. Se la he traído porque a mí no me corresponde conservarla y porque pienso que es con usted con quien debe estar. Yo soy una mujer honesta, aunque la gente me tome siempre por otra cosa. Nunca he querido nada que no fuera mío ni he hablado mal de nadie ni he hecho daño a una mosca. Se lo juro por el sol que nos alumbra, por los clavos de Cristo y porque me llamo Carolina Pons.

15 de febrero de 1924

Conmovero por el relato de la segunda mujer de Domingo, que en otro tiempo fue su cuñado, y enterado por otras personas de las circunstancias tristes que acompañan este caso, Florián Pujolà decide escribir a su primo Pedro Pujolà, de quien no ha sabido nada en años, para hablarle de la existencia de una hija natural del desventurado Juan Abril. La niña es sobrina suya, aproximadamente. De la madre no conoce la identidad, de modo que calla.

Escribe:

Creo muy conveniente, en nombre de la justicia, hablarte a favor de esta criatura inocente, hija de tu medio hermano, a quien pienso que legítimamente corresponde la herencia que debía ser de su padre. En caso de que la niña pudiera recibirla, se vería salvada de las circunstancias de su vida actual y tú podrías tener la satisfacción de haber hecho una buena obra.

La respuesta no se hace esperar. Su primo Pedro le recuerda con afecto, aunque era muy joven cuando dejaron de tratarse. Ha calculado cuánto hace y le han salido más de cuarenta años. De Mataró guarda, sobre todo, el recuerdo de la noche en que se fueron. Su padre lo sacó de la cama cuando ya dormía y lo lanzó al frío de la madrugada casi sin abrigarlo. También recuerda que el tío Silvestre estaba muy enfadado y que en la casa había un ambiente enrarecido, aunque su memoria es incapaz de responder a ninguna otra pregunta, por más que se las formule. En todo caso, asegura estar muy contento de saludarle de nuevo, aunque sea por escrito, y espera tener la ocasión de volver a verle.

Por lo que respecta a la criatura de la cual le habla, debe reconocer la nobleza del gesto, que valora profundamente, pero no puede satisfacer su petición. La causa es simple y comprensible: después de algunas investigaciones sobre la madre de la niña, ha descubierto con desagrado que se trata de una mujer pública, muy conocida por todos—al menos por quienes hacen uso de sus servicios—, y que responde por Macarena. Lo más probable, le dice, es que la mujer contara a Juan Abril entre sus clientes y ahora haya visto la ocasión de resolverse la vida de un golpe. Una estrategia, sentencia, más antigua que la corteza del mundo y que cualquiera con un poco de malicia podría adivinar.

La niña, pues, deberá quedarse como está. Ha sabido, no obstante, que la crían las monjas del corazón de María completamente apartada del mundo y que, por ahora, no cabe temer que siga los pasos de su madre, si es que eso le preocupa. Le envía abrazos, le recuerda con gran ternura, espera verle pronto y todas esas cosas que suelen decirse en estos casos.

21 de septiembre de 1924

A las cinco menos cuarto de la mañana, Eusebio Fort ya está frente al espejo, atusándose la pajarita. Ayer por la tarde fue a ver al barbero. Pagó un afeitado de dos pesetas y se hizo teñir el bigote y ondular el pelo. Parece el abuelo rancio de Douglas Fairbanks. Lleva vestido desde las cuatro, por miedo a llegar tarde. La camisa blanca almidonada, los gemelos de plata con una aguamarina, que eran de su padre; el pañuelo muy bien colocado en el bolsillo de la chaqueta, el chaleco abrochado—y revisado tres veces por miedo a llevarlo torcido—y los zapatos relucientes como dos pedazos de espejo. Ya está a punto de salir y todavía falta una hora y media. Se sienta en la mecedora del pasillo, en medio de una oscuridad total—para esperar no hace falta ver—y piensa que es muy raro pero que está contento. También está muy nervioso. Los dedos se le mueven solos, como si extrañaran un piano. El corazón también quiere echar a correr. De pronto, las campanas de Santa María tocan las cinco y piensa «ya son las cinco», pero de pronto recuerda que las campanas de la basílica hace años que no aciertan las horas y se sobresalta. Se levanta, se da un porrazo con el perchero del pasillo y, muerto del dolor, se va a comprobar la hora en el reloj de la sala, donde descubre, horrorizado, que son las cinco y media. Ahora le entran las prisas, pobre señor Fort. Recoge el sombrero y el bastón y baja la escalera apurado, con mucho peligro de tropezar, maldiciendo las campanas que hace más de un cuarto de siglo que retrasan a las personas puntuales como él.

Hoy es domingo y por la calle ya hay movimiento. Sobre todo de beatas y campesinos que van a vender a la plaza Xica. Los payeses no son tantos como antes de que se aprobara por ley el descanso dominical, pero todavía hay muchos que no pierden la costumbre. Llegan con la tartana, el burro y las hortalizas recogidas el día anterior. Mientras el hombre pregona la mercancía, la mujer compra las cuatro cosas que necesita y que sólo encuentra en la ciudad—un jarabe, cien gramos de clavos, un cucurucho de fideos—y cuando lo han vendido todo se van corriendo, deseosos de regresar a su hábitat.

Las beatas hacen lo de siempre, estas nunca cambian. Por la calle de San José caminan mirándose los pies. Llevan en la mano un misal muy gastado y en la cabeza una mantilla de color ala de mosca. Eusebio Fort es una excepción en el paisaje humano de la calle de San José. Camina con la espalda muy derecha entre la oscuridad de primera hora, haciendo resonar los tacones a un compás de cuatro por cuatro y con un rictus de misterio sostenido en los labios. Un poco antes de llegar a la mitad de la calle, gira a la izquierda, justo donde los monjes carmelitas levantaron su convento hace ahora cuatro siglos. Sólo queda en pie la iglesia, de un clasicismo tan austero que parece construida exprofeso para hoy. Es aquí donde lo están esperando.

Claudio Torres ya ha llegado. Se le ve tranquilo. La chaqueta y la corbata—sutilmente rayada—le sientan mejor de lo que nadie pensaba. El afeitado ha sido cosa de Tutó, el barbero de la plaza del Beato Salvador, que, además de barbero, es amigo, un poco confidente y violinista a ratos libres. La perfecta arquitectura del pañuelo dentro del bolsillo de la chaqueta es una obra maestra de su madre.

—Estás muyguapo, Titus—le ha dicho María Salva antes de que saliera, justo después del vistazo general y del beso en la frente.

Eusebio Fort mira cómo los bancos se van llenando para la misa de las seis. Poco se esperan estas feligresas mustias la alegría tan inesperada que van a llevarse hoy. Una boda casi clandestina, con los testigos indispensables, tan auténtica y austera como la fachada barroca del templo. Lo mires por donde lo mires, el lugar no podía

estar mejor escogido.

El cura, el padre Cañas, ya está preparado. Se acerca un momento a saludar al breve cortejo. Se acerca a los dos hombres endomingados que esperan. Por lo nervioso que está, el novio parece Eusebio Fort, así que le desea mucha suerte y mucha paciencia (según él, siempre es muy necesaria con las mujeres). El pobre hombre, a estas horas y con estas oscuridades, no ve tres en un burro. Pregunta si la novia ha llegado ya y justo en ese momento, como si sus palabras convocasen acontecimientos, todos ven entrar por la puerta al ebanista Jaime Valls, cuñado del novio, a quien todos conocen por Ringo, llevando del brazo a una Teresa solemne, con peineta, mantilla y un vestido de color azul turquesa adornado con perlas en el escote. Lo único que no acaba de cuadrar es su cara: a medio camino entre la alegría de casarse y la tristeza de no recorrer este camino del brazo de su padre.

Claudio Torres se apresura a ir a su encuentro. No quiere que eche de menos a nadie. Él también querría que su madre estuviera aquí, pero le ha pedido que no viniera por respeto a las circunstancias. No quiere entristecer a Teresa. Los cuatro en comitiva—los novios, Fort, el cuñado Ringo—se colocan en el primer banco y esperan a que el padre Cañas los llame para los juramentos y las firmas.

Haciañosque Ringo no pisaba una iglesia, así que el latín de la misa le suena a lenguaje de mentira, como si el cura se lo fuera inventando sobre la marcha. Después, el sermón desde el púlpito, que hoy trata del amor y de las bodas de Caná y de no sé qué cosas de criaturas y gracia de Dios. Después ya pueden levantarse, por ventura, y ponerse frente al párroco, que formula preguntas a los novios y ellos a todo dicen que sí. Ringo se despista cuando toca entregar los anillos, que son su regalo, y no acierta con el bolsillo de la chaqueta donde Rosa los ha metido. Después de un breve momento de pánico, los anillos aparecen y todo el mundo respira tranquilo, incluido el sacerdote, que ya se veía mandando al monaguillo a la sacristía a buscar unos anillos desgastados que tienen para estos casos.

Cuando el cura, por fin, declara unidos en matrimonio a los jóvenes y pide a los testigos que pasen a firmar el acta, las beatas madrugadoras se llevan otro susto. De los bancos del final de la nave les llega de pronto una música diminuta, delicada. Es Tutó, el barbero, que ha traído el violín y toca la marcha nupcial del *Lohengrin* de Wagner. Los novios se agarran de la mano, las beatas se exaltan con la música y Eusebio Fort se siente más inflamado de amor por Teresa y, sin embargo, más feliz que nunca. No falta quien malpiensa y se apunta bien la fecha de hoy para estar atenta a lo que tarda en nacer la primera criatura. Algunas mujeres murmuran: «¿Ésta no es la hija de Pujolà, el tintorero? Yo conocí a su abuelo, menudo era».

Después de las felicitaciones, las alegrías y los consejos matrimoniales del padre Cañas, no son ni las siete. Toca ir a casa del fotógrafo, que ya debe de estar esperando. Se sorprende de ver llegar a unos novios tan de paisano, pero los coloca de todos modos sobre el fondo neutro y hace su trabajo. Salen en la foto serios y acartonados, pero ya tendrán toda la vida para corregir este gesto. Mientras, los invitados esperan en el primer piso de la Confitería Miracle, sentados frente a una bandeja llena de coca y bizcochos. La invitación será a desayunar, porque no tienen para más, y aun tendrán que pagar a plazos. Mientras moja bizcochos en el chocolate, Teresa habla sin parar. Sus palabras se enlazan con verbos conjugados en futuro y en plural: haremos, abriremos, venderemos, empezaremos, tendremos, podremos, seremos. Claudio Torres la mira embrujado y piensa que esta mujer será la suerte de su vida y que le dará muchísimo trabajo.

Después, más que saciados, se despiden, pasan por casa de él a dejarse abrazar por su nueva suegra y a recoger el reducido equipaje, y salen hacia la estación. Tienen todo el día—son las nueve—pero también un largo camino, con algunos trasbordos, por delante. Tren hasta Barcelona. Tranvía hasta la plaza de las Arenas, donde Claudio

Torres dedicará una mirada esquiva y sin nostalgia al bar La pansa. Tren de nuevo hasta Monistrol y, desde allí, el cremallera hasta el monasterio de Montserrat donde, como muchos novios de su época, pasarán la noche de bodas, convencidos de que no hay mejor modo de comenzar algo que bajo la bendición de la Virgen.

También harán un poco de turismo—tal vez por primera y última vez en su vida—, montaña arriba y abajo, sin dejarse una sola cueva ni un solo camino. Seguirán el vía crucis monumental hasta la capilla de la Soledad—donde dejarán dos velas encendidas—y acabarán la tarde subiendo al camarín de la Virgen y escuchando a la escolanía con las manos entrelazadas y los pies destrozados. Después de cenar en la fonda—requesón de postre—, darán un paseo con vistas al valle de Monistrol mientras la noche cae lentamente, y la curiosidad, la inquietud y el miedo crecen muy deprisa. Están agotados. Claudio Torres se pregunta si esto de extenuar a los recién casados antes del primer encuentro no formará parte de una maniobra muy bien orquestada. Teresa Pujolàya lleva callada un buen rato, y en esto se adivina que algo la preocupa.

No les alcanzaba para el hotel, así que han alquilado una celda. Por la ventana ven un pedazo de monasterio y un cielo muy negro. Las campanas marcan las primeras horas que pasan completamente solos, con esa sensación de vida en préstamo que da inaugurar una etapa. Por la mañana, ella se despierta parlanchina y continúa con aquella letanía de verbos en plural y en futuro. Claudio Torres la escucha con los ojos cerrados, dejándose acariciar por el aire fresco que entra por la ventana. Ella se peina ante el espejo. Él piensa que se parece a una actriz de cine americana, pero aún no acierta a saber cuál. A ninguna de cine mudo, eso seguro. El mundo tendrá que dar un paso más para que un día, aún falta mucho, Claudio Torres mire a su mujer y la encuentre igualita a Lana Turner. De momento, él es feliz sólo de pensar que en esto consistirá su vida a partir de hoy y en los próximos cincuenta años: hartarse de escuchar sin poder decir nunca nada.

Octubre de 1924

¡SeñoritaPujolà!

Me ha dicho un pajarito que se ha casado. Estoy desconsolado. Desde que lo sé, no puedo respirar como siempre, me fallan las rodillas y veo luces de colores. Ni siquiera tomando jarabe Climent mezclado con licor Calisay puedo levantarme de la cama.

No se preocupe, no escribo para inspirarle lástima. Le envío estas líneas para desearle, con nobleza y buen corazón, una larga vida de felicidad junto a su esposo. A él no le deseo nada, porque estando a su lado ya tiene todo aquello que un hombre puede desear. Si un día tengo el ánimo y la ocasión de saludarlo, le haré saber que por él usted rechazó la Casa de les Punxes. Es una muestra de amor tan colosal como toda una manzana del plan Cerda. Pocos hombres pueden ufanarse de haber sido objeto de una permuta como ésta.

Tal vez ahora procedería despedirse para siempre, pero me resisto a hacer tal cosa. ¡Quién ha dicho que la locura de amor es la única manera que tienen el hombre y la mujer para ser felices? Yo, querida mía, quisiera ofrecerle un tesoro, con la advertencia de que no toleraré que me lo rechace. Esta vez no. Le ofrezco el mejor sustituto de la pasión verdadera: la amistad verdadera.

¡Le complacería, desde el día de hoy, ser mi amiga?

Suyo, fraternalmente transformado,

AVELINO

3 de diciembre de 1926

Doña Margarita está en la sala de costura aprovechando la claridad de la mañana. Desde que su hijo se ha casado—también mal, otro disgusto—, tiene dos habitaciones para coser: una para la mañana y otra para la tarde. Ahora se prepara la boda de María con Duxans—ya no le importa—, y cuando sólo le quede Dolores, que tontea con el fotógrafo Comas, la casa parecerá una fábrica, de tan vacía y desabrida.

Se consuela pensando en la viuda Sust, que ha tenido que comulgar con ruedas de molino. El muchacho ya no estudia para notario. Se ha casado con Rosina y ha reconocido al hijo como propio. Será suyo o no, pero esto es horroroso. Ahora viven los dos en un piso diminuto de la calle Lepanto, porque la madre—claro está—lo ha desheredado y lo ha obligado a devolver las llaves de casa. Las dos señoras han perdido la costumbre de visitarse. Ahora se espían por las ventanas y cuando se descubren mutuamente, disimulan.

Florián mira sus pájaros, sentado en una silla en el patio, como si fuera un viejo de ochenta años—y sólo tiene cuarenta y siete—, con una sonrisa muerta en los labios. Desde hace meses ya no hace otra cosa, sólo sentarse y mirar los pájaros. Sobre todo su diamante azul, su rareza, que tantos años después aún conserva el don de hipnotizarlo de felicidad. Es el único que permanece. Los demás pájaros se han ido mudando, sustituyendo, muriendo y siendo sustituidos. Sólo su diamante azul es el del primer día. La única alegría verdadera que le queda. El resto de su existencia se ha convertido en un disparate. Margarita ya sólo le habla para hacerle reproches y culparlo de todo, incluso de la deriva de su hija mayor. No pierde una sola oportunidad de recordarle que por culpa de su falta de picardía Viladevallle robó el negocio. Y, al fin, ¿para qué? El muy ladino sólo quería el dinero. No esperó ni unañoantes de vendérselo todo a Alberto Marchal por una cantidad considerable. Ya aún tuvo la caradura de presentarse en su casa con un sobre lleno de dinero, que era más bien una limosna, diciendo lo mucho que lamentaba que no recibiera nada por la venta de la empresa que fundó su padre. Florián lo echó a voces, pero Margarita se habría quedado el dinero, y esa dignidad última tampoco se la perdona. Cuando se sienta al fin frente a la pajarera, Florián Pujolà pasa revista a su vida y llega a la conclusión de que ha tenido muy mala suerte. Ha tenido que hacerlo todo deprisa y sin pensar. No es raro que nada le haya salido bien nunca. Las únicas partes buenas fueron el negro de anilina y la Guerra de Europa. Su última salvación, este pájaro azul que cada vez que le ve empieza a cantar, como si le saludara.

Hoy, María y Dolores, sus hijas pequeñas, que ya no lo son nada—las dos se acercan a los veinte—, vuelven del mercado muy afectadas. No han comprado ni la mitad de las cosas que llevaban en la lista y el cesto—que carga Pepa—está medio vacío. Las tres se sientan a llorar a la mesa del comedor, con la cara escondida entre las manos. Florián se da cuenta del revuelo y de la pequeña tragedia que se desarrolla en la sala. Entra, pregunta qué ocurre y nadie le quiere decir nada.

Las niñas se enjugan las lágrimas, disimulan. No ocurre nada, aseguran, son tonterías de las que no merece la pena hablar. El hombre de la casa ya está acostumbrado a convivir con los secretos, así que no les echa cuenta. Vuelve a la silla, a sus pájaros.

Un rato después, Pepa le trae un vaso de leche fresca con un poco de azúcar. Hace semanas que el tintorero se alimenta sólo de leche y algún dulce de vez en cuando. Mientras le entrega el vaso, la mujer le dice al oído:

—Hemos visto a Teresa en la plaza del mercado. Las niñas no la han saludado, como

manda la señora. Pero se han llevado una impresión muy fuerte, pobrecitas. Y yo, con perdón, un poco también.

—¿Una impresión? ¿Ocurre algo? ¿La nena no está bien?

—Sí, sí. Tenía muy buena cara. Es sólo que...—Pepa no sabe cómo decirlo. Las cosas terribles sólo pueden nombrarse con palabras terribles—. Tiene un puesto en la plaza. Ahora es carnicera.

Florián le pide que lo repita.

—¿Carnicera? ¿En la plaza de Cuba?

—Sí.

No le extraña en absoluto. Esta niña es como su padre. No puede tener quietos ni los pies ni la cabeza. Ha nacido para hacer muchas cosas. Sabe que esto del puesto del mercado es sólo el principio.

Cuando Pepa se lleva a la cocina el vaso vado, Florián se levanta y se sacude la ropa. Debe de tener muy mal aspecto, pero ahora no tiene tiempo de arreglarse. Va hacia la puerta y la cierra sin hacer ruido. Ha decidido empezar una etapa clandestina.

En la plaza le saluda todo el mundo. Algunos quieren detenerle para hacerle preguntas—cómo se encuentra, por qué no sale, por qué tiene tan mala cara, qué ha pasado con el negocio—pero él no tiene ganas de hablar con nadie. Hace semanas que no sale de casa precisamente por eso. La gente le molesta, le pone nervioso, la gente siempre habla de más. Pero eso hoy da lo mismo. Saluda a todos mientras pasa de largo y va directo hacia el centro de la plaza, donde están los mostradores de madera de los vendedores. Sopla un viento desagradable, quizá el mismo que corría por estas tierras cuando eran la Huerta del León—aunque, que se sepa, nunca ha habido grandes felinos en esta parte de la costa—y le indigna que aún no se haya construido el tejado que el Ayuntamiento lleva tanto tiempo prometiendo pero que nunca llega. Estas no son maneras de tener a los comerciantes, qué demonios, piensa Florián, mientras recorre el último tramo.

Ya puede ver a Teresa, pero al principio le ha costado reconocerla. Ha engordado un poco, lleva un vestido muy floreado, con un escote generoso. Encima, un delantal blanco y limpiísimo adornado con volantes.

Lleva los labios pintados, y también los ojos. Parece una artista. O tal vez la obra de un artista. Sonríe mucho, mostrando una hilera perfecta de dientes muy blancos. Es agradable con la clientela: todo el mundo la saluda, todo el mundo la conoce. Parece contenta. Tiene cara—es raro—de mujer casada.

Frente al puesto se aglomera la gente. Florián pide su turno y se esconde un poco detrás de una criada gorda. Va y viene para no ser visto. Tiene el corazón al galope, como si estuviera haciendo una diablura deliciosa. Cuando Teresa pregunta a quién le toca, deja de jugar al gato y al ratón y se pone frente a su hija. Dos pares de ojos azules enfrentados. La hija se lleva una alegría tan grande al verlo que se le cae el cuchillo de las manos. Deja el mostrador y sale a abrazar a su pare. Al oído le dice:

—Madre se enfadará mucho con usted. Pero a él eso también le da lo mismo. Es un hombre sin esperanzas. Libre.

Le hace compañía durante un buen rato, hasta que a Teresa no le queda nada que vender. Mientras una aprendiz recoge el puesto, Teresa le cuenta que la lechería se le caía encima. Que al principio cuidaba a su suegro, convaleciente de una apoplejía y grande como un gigante, pero que, cuando éste murió hace un año y medio, ayudó a su suegra con los trabajos más pesados del día a día. Como ahora tenían algo más de tiempo, aprovechó para hacer algunos cambios. Comenzó por vender crema de San José, y también flanes y nata. Lo hacía todo ella, en una cocina que hay tras la tienda. Todo esto atrajo nueva clientela y durante un tiempo su suegra parecía contenta. Luego comenzó a decirle que no hacían falta tantas innovaciones, que la ponía nerviosa tener siempre la cocina sucia y algo que vigilar al fuego. Estaba mayor

para novedades, prefería que el negocio fuera como antes, como siempre, ella no necesitaba nada más. Teresa no ha nacido para dejar las cosas como estaban. Pensó que tenía que buscar su propio negocio.

Ahora Claudio Torres, además de ayudar a su madre cuando puede, vulnera el sexto mandamiento: mata animales. Florián abre mucho los ojos y Teresa se explica. Un cerdo, alguna ternera, dos o tres corderos... Ella lo vende todo a otros carniceros y lo que sobra lo trae al puesto de la plaza. También tiene buenas clientas. La mejor es la nuevaseñoraGarí, DoñaPilar, a quien conoció en una ocasión y a quien tiene por casi amiga. Está teniendo suerte. Es un buen negocio. La gente come todos los días, y aunque el mundo diera de pronto una vuelta de campana, lo seguirían haciendo.

–Un buen negocio que pronto ampliaremos. Compraremos un puesto en la plaza Gran, y otro en Barcelona, y otro en Vilassar y tal vez en otros sitios, y...

Teresa continúa hablando en plural y en futuro: haremos, abriremos, compraremos, pondremos... Es lo mejor del mundo.

Florián se siente muy orgulloso. Cuando está todo recogido acompaña a su hija un trecho hasta casa. Por la calle, Teresa no para de saludar a la gente. Tiene aires de señorita rica—los tendrá toda su vida—mezclados con los de artista de cine y los de mujer satisfecha.

Le dice a su padre que su marido la está esperando para ir juntos a comer al hotel Suizo, donde antes estaba el Mesón del Universo. Van todos los días, ya conocen todos los platos. Su favorito es el fricandó.

–Otro día podría usted venir con nosotros a almorzar. Está muy delgado, padre, necesita comer. Hacen un pescado en salsa igualito al de Tomasa.

Florián ya no recuerda el sabor de ningún plato ni tiene nada de hambre. Pero sólo con la invitación se siente feliz.

–Uy, si tu madre se entera—dice, con una risilla de conejo. Teresa no se ríe.

–Ande, padre, márchese, que cogerá frío—le dice cuando llegan a la esquina de la calle de SanJosé.

Y Florián se va, contento como un niño con un juguete nuevo.

11 de agosto de 1927

Cuando alguien le pregunta a Florián por qué tiene tan mala cara, por qué está tan delgado, él contesta:

–Tengo una espina de pulpo clavada en la garganta.

Es una broma, pero la gente se asusta. Natural: lo dice serio como si estuviera leyendo su sentencia de muerte. Algo de eso hay.

Ya hace cinco o seis días que el señor Florián no quiere ni la leche. Está en paz con sus recuerdos desde que los ha expulsado de su día a día y de su cabeza. De pronto, la memoria es un país que puede dejar de visitar si lo desea. Una elección.

Del mundo también ha decidido ausentarse. Pasa el día frente a la pajarera, en el patio, nieve o haga calor. Hoy hace un sol que quema y un bochorno que no deja respirar.

Doña Margarita está en Santa María, donde las terciarias de san Francisco celebran una merienda muy azucarada con el nuevo rector, el padre Josep Samsó, un hombre renovador y de ideas claras que maneja toda la ciudad, militares incluidos, sin que le tiemble el gesto.

Dolores, la hija pequeña de los Pujolà, la única que aún permanece en la casa, toca el piano. Al hacerlo tiene muy presentes las lecciones del profesor Fort y también la mala suerte de su hermana María. La prometedora carrera de la mediana quedó interrumpida de cuajo cuando se pilló la mano con una puerta. Se le rompió un tendón, y desde entonces no mueve el pulgar de la mano derecha. Además, en su nueva vida de mujer casada no hay tiempo para Liszt y sí mucho trabajo que no puede esperar. Si lo supiera, Fort se echaría a llorar de rabia. Cuánta paciencia malgastada. Qué lástima de Chassaigne & Frères, condenado a repetir eternamente el *Para Elisao* a servir de soporte para jarrones y tapetes de ganchillo. La suerte de las cosas viene a ser como la de las personas: a veces se queda corta.

Llaman ala puerta. Abre Pepa, secándose las manos en el delantal. Al otro lado encuentra a un ujier del banco y a un agente del orden. Dicen cosas extrañas, que ella no sabe comprender. Avisa al señor. Sólo verlos, Florián comprende que ha llegado al último acto. Estos señores han venido a embargar los muebles de la casa. Tienen orden de llevárselo todo. Florián les convence de que por lo menos les dejen las camas. La suya y las de las niñas. Los hombres, condescendientes, aceptan de malos modos.

Mientras el mobiliario, las cazuelas, las cortinas y cada pequeña minucia va abandonando la casa para no volver más, Florián sale al patio. Observa por última vez la pajarera. Ya no puede sentarse, porque se han llevado la silla. Como si lo hubiera decidido hace mucho, abre la puerta de la jaula.

Es extraño, pero le gusta ver como los pájaros, después del primer revuelo de desconcierto, echan a volar. Uno tras otro, los colores vivos se pierden en la lejanía. Dentro de la pajarera queda sólo uno: el diamante azul. Ni siquiera hace intento de marcharse. Sólo mueve la cabeza y pía, como si le saludara.

Florián entra en la pajarera. Por primera vez presiente algo. El pájaro no quiere irse. Casi ni se mueve. Acerca la mano y lo agarra. Nunca antes lo había hecho. Tiene un tacto que no es de cosa viva. Está duro, acartonado como un juguete de latón. Ahora se da cuenta de que sus movimientos son de autómatas, que su canto es artificial. Palpa bajo el plumaje en busca de confirmaciones. Pulsa un botón en miniatura, de cuya existencia nada sabía hasta ahora mismo, y el pecho del pájaro se abre como un armario. Dentro ve engranajes y ruedas dentadas, un pequeño corazón mecánico

funcionando como el primer día. Lo observa con curiosidad unos segundos. Es una pequeña maravilla. Después lo cierra y lo devuelve a su lugar, dentro de la pajarera. El diamante azul mueve la cabeza a ambos lados y pía dos veces, como si le saludara.

Los hombres ya casi han terminado. Les solicita un último favor: ¿Podrían traer la cama aquí, a la planta baja, y dejarla junto a los ventanales? A él ya no le quedan fuerzas para nada. Los desconocidos acceden, tal vez conmovidos por las circunstancias. Uno de ellos preguntará cuál es el mal que sufre el tintorero, pero nadie se lo sabrá decir.

Aquella misma tarde, Florián se mete en la cama para no levantarse más.
Morirá de ganas de morirse.

Segunda parte

Negro de anilina

Julio de 1853

El compás de la vida de los hombres lo marcan las mujeres que sobre ellos tienen ascendiente: la madre, la mujer y, si las hay, las hijas.

La vida de Silvestre Pujolà Soms fue un viaje de cinco estaciones. Cinco ascendientes: Rosa Soms Oliveras, María Planas Clota, Teresa Marqués Tapiola, Mercedes y Eustaquia Pujolà Planas. De las cinco, Teresa Marqués fue la última en llegar.

Siempre supo que llegaba tarde. Él tenía ya cerca de cincuenta años, y ella se acercaba a la cuarentena, una edad en que las mujeres de su tiempo ya no podían esperar nada. Claro que, si somos fieles a los hechos, tendremos que decir que fue Silvestre, cargado con una ristra de hijos y sobrinos, quien llegó de pronto a la vida de Teresa Marqués. A su misma calle—del Prat—, en algún momento del año 1878.

En aquellos tiempos la calle del Prat sólo empezaba a perder la memoria de las huertas y los payeses que le habían dado el nombre. Entre las viejas tierras de cultivo no hacía ni treinta años que se había trazado un camino y a sus orillas habían crecido como coliflores algunas fábricas diseminadas y un rosario de casas idénticas.

Había un ambiente pueblerino, los niños correteaban descalzos por la calle, con los pies metidos en algún torrente y los ojos clavados en el horizonte azul del mar, que quedaba cerca. Costaba creer que todo aquello fuera la avanzadilla del tejido industrial de una ciudad con futuro.

La gente de fábrica trabajaba de sol a sol por un jornal triste que no daba ni para quitarse el hambre. Comenzaban a percibirse los aires de revuelta, la indignación, los primeros avisos de una lucha justa que nació en el subsuelo y que estaba destinada a cambiar el mundo, pero de momento aquí nadie pensaba en otra cosa más que en las alubias y el tocino de la subsistencia. Más o menos como había ocurrido durante generaciones. Aquélla era la vida a la que Teresa Marqués se había acostumbrado sin protestar.

Teresa Marqués nació en Malgrat de Mar en el año 1851, hija de José Marqués Carreras y Agustina Tapiola Nualart, que se habían casado seis años antes en la parroquia de San Nicolás. El único periodo en que Teresa Marqués gozó de una vida propia fueron los escasos veinticuatro meses que transcurrieron entre su nacimiento y la muerte de su padre, no sabemos en qué circunstancias. Muy poco después, Agustina Tapiola, viuda joven, cogió a su hija y salió hacia Mataró, donde tenía un hermano. El día antes de marcharse se despidió de los vivos y de los muertos. Al marido le dijo muy bajito que se iba para siempre, que no la esperara.

Por la mañana salió de casa de su suegra, donde vivía desde que se casó. Nada más despuntar el día y dispuesta a aprovechar las horas largas del verano. No llevaba casi nada consigo, salvo la criatura colgada a la espalda. Escogió el camino más sencillo: el de la orilla del mar. Así seguro que no se perdería. Aunque no contaba con algunos escollos, como las piedras de Sant Poi. Cuando las encontró se vio perdida. Distrajo el desespero comiéndose un pedazo de pan y dejando que su hija diera unos pasos inseguros entre la espuma de las olas. Cuando ya meditaba qué vuelta tendría que dar para alcanzar el otro lado de la rocalla y si llegaría a su destino ese mismo día, se encontró con unos pescadores de Arenys que volvían a puerto y que la invitaron a subir a su barca.

Desde Arenys todo fue mucho más fácil, y aún no caía aquel día de julio de 1853 cuando distinguió tras el horizonte las largas chimeneas de las fábricas de Mataró. Aún llegó a tiempo de ver ponerse el sol tras la montaña de Burriac, como si se

hubieran esperado el uno al otro.

Su hermano era tejedor de la fábrica de Marfà. Los primeros días le traía a casa trabajo de costurera, así podía trabajar, hacer la comida y cuidar de su hija. El hermano tenía un amigo viudo y con hijos que se llamaba Francisco Maimí y que también era tejedor. Los puso frente a frente y les dijo:

–Vosotros dos os necesitáis y tenéis que casaros.

No se habían visto nunca pero los dos estuvieron de acuerdo. Se casaron en Santa María en cuanto estuvieron hechas las amonestaciones. Maimí vivía con sus cuatro hijos varones en la calle del Prat número diecinueve, en una casa como todas las de la calle, que tenía planta y piso, tres alcobas con sala, un comedor, una despensa vacía bajo la escalera, una cocina con lavadero y un patio minúsculo que albergaba un cobertizo reconvertido en gallinero.

La viudedad del hombre la habían pagado la casa y los hijos. La primera vez que Agustina puso allí los pies, estaba todo hecho un desastre. Las gallinas se habían muerto, pobrecillas, los niños iban llenos de mugre y estaba todo tan abandonado que daba miedo entrar en las habitaciones. Agustina Tapiola Nualart, muy satisfecha con su nueva vida, se esmeró tanto en poner orden y hacer limpieza que dejó a su marido maravillado. Dio sepultura a las gallinas, trajo otras nuevas y encontró tiempo y lugar para poner en el patio un pequeño huerto donde sembró calabacines, lechugas y tomates. Estos últimos los ató con cuidado a unas cañas que ella misma recolectó en la riera de San Simón, para que crecieran derechos y dieran una buena cosecha.

Los hijos propios y los ajenos—con Maimí tuvo otros dos varones, señal de que todo iba bien—los crió tan derechos como a las tomateras. A la pequeña Teresa la envió a San José. A los niños, a los escolapios hasta los diez años y luego, a la fábrica. No sabía por qué, pero Agustina tenía el capricho de que sus hijos aprendieran a leer de pequeños, a esa edad en que las cosas aún no cuestan trabajo y quedan grabadas para siempre en el cerebro. Siempre decía que de algo les iba a servir en el día de mañana. Y como era testaruda y no tenía por costumbre rendirse, nadie se atrevía a contradecirla.

Cada mañana, nada más levantarse, pasaba revista a todos los seres vivos de la casa. Si alguno se le distraía o perdía el paso, ya podía prepararse. Allí todo el mundo tenía que ir al son que ella tocaba: los varones debían lavarse y no dejar nada por medio. La niña, peinarse ella y a sus dos hermanos menores, además de vigilar que no se quemara nada en el fuego. El marido, no beber vino por la mañana, no mear en la pila de la cocina, no escupir en ninguna parte y no gritar sin motivo. Las gallinas, poner un huevo al día y no morir de fiebres. Las lechugas, no dormirse en lugar de crecer y, los tomates, aferrarse bien a las cañas que les servían de tutoras.

A veces Maimí contaba a sus amigos de la calle cómo era su mujer, no se sabe si en busca de solidaridad o de consuelo. Ellos, se supone, lo contaban en sus casas. Así fue como en poco tiempo Agustina Tapiola se ganó entre sus vecinos y, sobre todo, entre sus vecinas, una muy merecida fama de tremenda. Calladamente, en cambio, la gente la admiraba mucho. No había nadie más solicitado cuando se trataba de pedir algún favor, ni que despertase más confianza cuando había que dejarle a alguien los niños. Agustina se pasaba el día dando consejos a las otras madres de su calle acerca de cómo cortar en seco una diarrea o cómo corregir a un zurdo. También era normal que las vecinas le confiaran a sus hijos pequeños cuando tenían que salir. Por eso mismo, Agustina siempre tenía el patio lleno de criaturas que le pisaban los tomates y que de vez en cuando la obligaban a pegar cuatro gritos—tenía buena voz—para poner un poco de orden.

A los nueve años, Teresa Marqués se quedó en casa. Su madre no quiso que fuera a la fábrica. Por tres o cuatro reales al día, prefería no estar sola. Como Teresa era la única hija, y además no era suya, Maimí no se atrevió a discutirle nada. Teresa se

levantaba a la misma hora que su madre, las cuatro de la mañana. Ayudaba a preparar el pan del desayuno y el hatillo con los nabos, las coles y las cuatro alubias del almuerzo que los hombres se llevaban a la fábrica. Después cosía todo el día por un real y medio la jornada y mientras tanto regañaba niños indómitos que corrían por el patio y lloraban añorando a sus madres. Por la tarde, preparaban la escudella para cuando volvieran los hombres a las ocho y media y, antes de acostarse, rezaban el rosario. Cuando Teresa fue algo mayor, iba a comprar a la plaza de Santa Ana o a la de la Pescadería, para ahorrarle algún paso a su madre. Pero, por encima de todo, el trabajo más importante de su jornada consistía en atender a las vecinas que a todas horas venían a pedirle consejo a Agustina. Eran tantas que la pobre mujer no tenía tiempo para nada más. La hija decidió poner un cartel en la puerta que decía:

BISITAS DE DIES A SINCO. GRASIAS

En señal de agradecimiento por sus pequeños o grandes favores, Agustina Tapiola recibía toda clase de regalos: sábanas, toallas, mantillas, cucharas de madera, botones... Pero el que más le gustó de todos, tal vez porque nunca le habían regalado nada tan grande, fue una cómoda de madera oscura, tripona y barnizada, que le hizo exprofeso el ebanista de la calle Gravina en pago por haber curado de un mal constipado a su mujer. Agustina estaba encantada con el regalo. Mandó que lo pusieran en su cuarto, frente al armario, y desde aquel día lo utilizó para guardar todo lo que tenía. Hay que aclarar que de los cuatro cajones sólo logró llenar uno, pero a pesar de todo nunca dejó que nadie ocupara el resto. Por las noches, antes de cerrar los ojos, contemplaba la cómoda y pensaba que los objetos, igual que las personas, pueden contar la historia de su nacimiento, su vida y su muerte. Y que su propia historia estaría ya para siempre ligada a la de este mueble, que le alegraba el sueño y también las vigias.

Un día, Agustina le preguntó a su hija:

—Teresita, ¿tú sabrías leer un libro?

Era una pregunta rara. Teresa Marqués le dijo que no estaba segura. Sabía leer los rótulos de las tiendas, los precios de las vituallas de la plaza, las hojas del censo que a veces enviaban los del Ayuntamiento. Incluso sabía leer un bando cuando lo colgaban por la calle. Pero nunca había intentado leer Seguido, digamos unas cuantas páginas.

—Puedo intentarlo—le dijo.

—¿Sabes? ¡Me gustaría tanto ser una mujer de aquellas que leen libros!—confesó Agustina a media voz, porque era un gran secreto que nunca le había dicho a nadie—. Debe de haber historias tan bonitas en todas esas páginas. No sé... Vidas de santos o de mártires, el viaje de los Reyes Magos o la infancia de Jesucristo. He pensado que si encontrásemos un libro tú me lo podrías leer poco a poco, a trocitos cortos, para que no nos dé dolor de cabeza. ¿Tú crees que podrías, hija? ¿Lo harías por mí?

Teresa Marqués quería hacer feliz a su madre. En las casas de la calle del Prat, sin embargo, no había ni un solo libro. Ni siquiera viejos misales. Nada.

Para encontrar un libro que leer, Teresa Marqués tuvo que caminar mucho. Primero llamó a la puerta del despacho del rector de Santa María, donde una sacristana vieja le dijo que no es bueno que dos mujeres solas se dediquen a leer libros y le cerró la puerta en las narices. También probó en San José: antes de dedicarse a leer sería mucho mejor que fueran más a misa, fue la respuesta. Lo intentó en el Ayuntamiento: allí sólo había libros de leyes, y apenas, pero podía intentarlo en casa Abadal. Casa Abadalera la imprenta de la ciudad, de allí salía toda la letra de molde que los mataroneses se llevaban a los ojos. Estaba bajando la Riera a mano derecha. Sólo entrar, le pareció que allí encontraría por fin lo que andaba buscando. Pero se equivocó otra vez.

—Nosotros no tenemos libros para prestar, pero si va a ver al notario Fins y le dice

que la enviamos nosotros, seguro que sabrán ayudarla.

A Teresa le da miedo ir a casa de un notario. Sólo tiene catorce años y nunca ha visto a ninguno. Se imagina a un señor muy ocupado y muy antipático, algo a medio camino entre un rey y un general. A pesar de ello, para hacer feliz a su madre, sube otra vez la Riera y se planta en casa del notario Fins con la intención de pedirle un libro para leer. Tiene suerte. La recibe una especie de ama de llaves joven—no tanto como ella—que la invita a pasar a una sala mal iluminada. Cuando la muchacha descubre las cortinas de los ventanales, que dan a la calle y permiten que la luz del sol entre a raudales, Teresa se queda impresionada. Ante sus ojos aparece una pared repleta de libros. Los hay de diferentes grosores y tamaños, encuadernados en pergamino, en piel y en terciopelo, y con letras en el lomo, que no puede leer porque tendría que ladear la cabeza y causaría muy mala impresión. El ama de llaves escucha su petición y le dice que espere un momento, que va a transmitírsela al señor notario. Desaparece dejándola en la serena compañía de los libros.

Don Francisco Fins es un bibliófilo de provincias, demasiado avaro para tener la biblioteca que podría permitirse. A pesar de todo posee la mayor colección particular de libros de la ciudad. Es lógico que acepte ser el prestador en una causa tan noble como ésta. Se trata de un caso a medio camino entre la biblioteconomía y la beneficencia. El hombre, que posee buen corazón, no puede resistirse.

Sólo unos minutos más tarde, sale de nuevo el ama de llaves joven, que es sobrina del señor notario, con un libro en la mano y un recibo en la otra. Le pide a Teresa que firme el papel, donde queda claro qué libro se presta y cuándo hay que devolverlo.

—El señor Fins le presta este ejemplar durante seis meses, ¿cree que tendrá usted suficiente?—pregunta el ama de llaves. Por la expresión de Teresa Marqués adivina que no tiene la menor idea—. De cualquier modo, si lo necesita por más tiempo, sólo tiene que volver y firmar otro recibo. Pero si cuando termine el plazo no se presenta o no trae el libro, entonces el notario dice que no le prestará ninguno más, ¿lo ha comprendido bien?

Teresa Marqués firma el papel un poco encogida. Le habría gustado preguntarle a esta joven si ella lo ha leído, pero no se atreve. Ella también le da un poco de miedo. Tiene un aire de superioridad que nunca había visto en una mujer. Parece saber un montón de cosas que no dice.

Sólo se siente mejor cuando sale a la calle con el ejemplar recién conseguido. Lee el título que, naturalmente, ha escogido el señor notario después de atender a las explicaciones de su sobrina: *Vidas de santos para todos los días del año*. Y se va corriendo a casa para enseñárselo a su madre.

Febrero de 1878

Teresa Marqués es una mujer sin vida propia que posee un enorme talento para encajar en las vidas de los demás.

De niña fue hijastra, hermanastra y media hermana en casa del tejedor José Maimí Bigay, el hombre con quien su madre se casó. Más tarde fue madrastra y muchas más cosas—todas tan feas de decir que ni siquiera existen las palabras para hacerlo—en casa de su marido, Silvestre Pujolà. No tuvo hijos pero crió a tres criaturas que quiso como si fueran propias. Como una auténtica madre, dejó sobre ellos su influjo. Su paso por el mundo fue una vida en préstamo.

Silvestre apareció por la calle del Prat un día de febrero de 1878, cargado con una recua de hijos, hermanos y sobrinos. Se instaló en el número 2, donde abrió una tintorería. Lo primero que Teresa Marqués conoció de él fue el hedor. Un tintorero se hace notar allá donde llega, y nunca es en buen momento. Hubo quien se quejó al Ayuntamiento por permitir que se instalaran negocios tan insalubres cerca de la vida de la gente. El padrastro de Teresa reclutó a cuatro o cinco hombres, y todos juntos en comisión se presentaron a hablar con el recién llegado. Tropezaron con un hombre simpático y razonable, que les invitó a un vaso de vino y les dio la razón en todo. Les dejó petrificados:

—Ay, amigos míos, no saben cuánto lo lamento. ¡Nuestras mezclas apestan tanto! Sé bien que son insoportables, yo siempre se lo digo a mi hermano Miguel, que es quien me ayuda. Y en verano, peor aún, ¿verdad? ¡A veces el hedor no deja dormir! Lo sé y no puedo hacer nada, pobre de mí, salvo molestar. Así son las tinturas, no tengo elección. ¿Cómo podría compensarles por tantas incomodidades? Llevo días que no pienso en otra cosa. ¿Quizás ustedes tienen hijos en edad de trabajar? Yo siempre necesito aprendices. ¿O puede que a sus mujeres les gustara recibir alguna pieza de algodón teñida de un color bonito? Fucsia, malva, no sé... alguno a la última moda.

Silvestre sabía convencer. Ya se lo decía su madre, Rosa Soms: «Deberías hacerte predicador, hijo mío». Los vecinos, con las cejas espesas y fruncidas, se desarmaban:

—¿Y podríamos escoger el color de la tela?—preguntaba uno.

—¿Y los aprendices cuánto cobran?—se interesaba otro.

Teresa Marqués amó a Silvestre Pujolà antes de que él tuviera tiempo ni de desearle buenos días, desde que vio regresar a su padrastro de aquella primera reunión, antes incluso de mirarle a la cara y darse cuenta de que tenía unos ojos azules transparentes que no podían ser los de un mal hombre. Le quiso en secreto, porque Silvestre estaba casado y en aquellos tiempos amar a un hombre casado era convertirse en una cualquiera. Además, María Rosa Planas entraba y salía de su casa como las demás vecinas, en busca de los consejos universales de Agustina Tapiola. Cada vez que la tenía cerca le daban ganas de desaparecer. De todos los males del espíritu, acaso los celos sean el peor.

Hasta que Teresa Marqués decidió que esperaría a Silvestre todo el tiempo que hiciera falta. No tenía nada que perder, y ya estaba acostumbrada, pues lo que se había pasado toda su vida esperando algo. Así que se dispuso a esperarle bien, porque hay muchos modos de esperar, los hay muy buenos y también los hay fatales. Decidió que el suyo sería alegre y olería a limpio. Un hombre que apesta de ese modo, pensó, bien debe de valorar los olores agradables.

Con casi cuarenta años, oler a limpio es un mérito de cada cual. Teresa Marqués estaba bien formada, tenía los pechos generosos, las piernas largas, la cintura estrecha, los ojos grandes y el pelo muy negro, que siempre llevó recogido en un moño

alto. Los hombres la miraban mucho cuando era joven, pero nunca ninguno se atrevió a pedirle nada. Ahora ya no tiene las mejillas tansuaves y le hansalido canas en las sienes.

Cuando murió su madre, Teresa se quedó con el padrastro y los dos hermanos pequeños, que ahora viven con sus mujeres y media docena de niños bajo su mismo techo. El espacio es escaso, pero se arreglan. Ella tiene cada vez más ganas de marcharse, siente añoranza de un lugar propio, de una vida que le pertenezca en exclusiva. Continúa trabajando como costurera, pero ahora tiene también un taller en casa de una vecina con quien se ha asociado para comprar un par de telares. Dan trabajo a cuatro o cinco obreras, todas ellas muchachas de la calle del Prat, todas con criaturas pequeñas que corretean por el patio. El modelo de aguja, grito y tomatera que instauró Agustina Tapiola continúa muy vigente.

En el taller de costura perviventambién los ratos de lectura. Como Teresa Marqués es la única que sabe leer y de dónde sacar los libros—ahora se los presta un hijo del notario Fins, pero la recibe la misma ama de llaves de siempre, treintaañosmás vieja—, es ella la encargada de leer en voz alta, cosa que hace con dicción clara y tranquila. Comenzó con los evangelios y las hagiografías, continuó por Gracián, Cicerón, Cervantes y Garcilaso, y poco a poco fueron llegando a la novela popular, que las encandila a todas. Las muchachas son ya unas expertas en Walter Scott y Chateaubriand, que han leído en bonitas primeras ediciones valencianas. Y todo, sin dejar nunca de coser ni de atender a los niños.

La vecina, socia, amiga y cómplice de Teresa Marqués es una mujer que vive en el primer piso del número nueve. Se llama Rufina y no tiene padre ni madre. La galantea un pescador que nunca termina de decidirse y que, con sus maneras rudas, hace que ella se enfade. Después de mucho tiempo y muchas discusiones, el joven se decide y le propone matrimonio sentado sobre una barca de vela latina, mientras repara los aperos de pescar el calamar. Ella—sólo faltaría—acepta de inmediato. Toda la calle del Prat se va de boda.

Febrero de 1881

Cada miércoles a las siete y media de la tarde Teresa Marqués deja la cena preparada encima del fogón, se tapa los hombros con un chal de lana y sale de casa caminando deprisa. Las vecinas más cortas de vista piensan que va a misa o a confesarse. Las demás saben que no, porque no lleva misal, ni mantilla ni tiene cara de arrepentirse de nada. Entrecierran un poco los ojos, malevolentes, y piensan en mil diabluras.

Teresa Marqués tiene treinta años y no es nada aficionada a ir a misa. Tampoco es de mítines o de griteríos. No le gusta bailar en las fiestas de la calle, que casi siempre acaban a porrazos. No tiene novio ni nadie que la pretenda. Sabe leer y entretiene a las trabajadoras de su madre con fragmentos de novelas. Es «la distinta» de la calle del Prat. Las viejas no paran de murmurar que si quiere ser sabia nunca se casará.

Los miércoles a las siete y media Teresa Marqués camina por la calle de La Habana hasta el hospital y después cuesta arriba hasta la calle de San Simón, la de la Beata María y la plaza de la Basílica de Santa María, que le gusta mirar porque le produce respeto. Desde allá toma la calle Nueva. Un poco más allá de media calle, a la derecha, más o menos delante del Teatro Principal, está la corsetería La Galana a punto de cerrar. Vigilando delante de la puerta aguarda Rita, la corsetera. Teresa Marqués la saluda y se dirige hacia el fondo, sin prestar atención a los maniqués encorsetados y cubiertos con batines que la reciben como una comitiva. La cita semanal es en la trastienda, donde hay una puerta que chirría y, tras ella, tres o cuatro divanes, algunas butacas, un espacio privilegiado para el orador del día y algunas tazas y platos que muy pronto contendrán la merienda-cena.

Teresa Marqués se sienta en el mismo lugar de siempre, se quita el chal y saluda a los compañeros que van llegando y tomando asiento. En total, nunca son más de quince, incluida la dueña del negocio, aunque las caras se renuevan de tanto en tanto. Ella lleva un año acudiendo, sin fallar ni una sola vez. Al principio, se pasaba toda la semana esperando con ansia los miércoles, como una niña. Le daba miedo que la expulsaran por demasiado silenciosa o por demasiado ignorante. Al principio no se atrevía a decir nada. Poco a poco se le fue pasando la vergüenza y ahora, de vez en cuando, se atreve a añadir algo al comentario de otro o a manifestar sus gustos con un sí o un no. Está encantada con los descubrimientos que hace en la trastienda de La Galana: que no es necesario que las diversiones sean ruidosas para seguir siendo diversiones. Que en el mundo hay mucha gente y que nadie es único en nada, ni siquiera ella con sus gustos estrafalarios. Aquí todos se parecen en algo.

Todo empezó un día en que fue a devolver un libro al notario Fins y el ama de llaves le anunció que debía darle una mala noticia. Su cara subrayaba la gravedad de la situación.

—Éste era el último libro que podemos prestarle—le dijo.

—¿Y eso por qué? ¿Se ha molestado el señor notario por algo?—preguntó Teresa, observando cómo la luz acariciaba los lomos de los libros.

—No es eso. Es que ya los ha leído usted todos. Todos los que no son de leyes, quierodecir.

—Oh—una pausa, para pensar—. ¿Y el señor notario no compra libros nuevos?

—Ya lo creo que sí. El señor notario comparte con usted el gusto por las novelas modernas, aunque no dispone de mucho tiempo para leerlas. Últimamente ha comprado algunas porque se daba cuenta de que usted las prefería. Pero ésas también las ha leído usted todas, Teresa. Ya no tenemos más.

—Oh—repite Teresa, que nunca había imaginado que esto pudiera pasarle. Ni que

los libros se terminarían ni que el notario Fins compraría novelas pensando en ella. Medita un instante qué hacer y pregunta:

–Y los de leyes, ¿son muy aburridos?

–Yo no se los recomendaría a nadie—dice el ama de llaves, con una sonrisa pícar—. Pero, mire, tengo una especie de solución. Un consuelo. ¿Quiere oírlo?

–Claro que sí.

–He pensado que tal vez le gustaría asistir a unas reuniones que celebramos con unos cuantos amigos cada miércoles.

–¿Unas reuniones?

–Tertulias. Nos reunimos para hablar de asuntos que nos interesan. Libros, música, arquitectura, a veces política. Hay gente de todo tipo, hombres y mujeres... y todos somos... ¿cómo decirlo? Todos creemos en el libre pensamiento.

–Ah. ¿Liberales?

–Inquietos. Cada cual a su modo. ¿Quiere probarlo?

–¿Usted cree? Tal vez molesto. Yo no tengo ninguna instrucción.

–Ha leído usted tantos libros como un notario, Teresa. ¿Le parece poco?

–Calle, calle, qué tonterías dice.

–Yo voy cada semana. Venga conmigo y mire a ver si le gusta. Le aseguro que los compañeros estarán encantados de recibirla. Y yo pienso que estará a gusto entre nosotros y le interesarán los temas que tratamos. No hace falta que le diga que los señores hablan más que las señoras, pero poco a poco vamos aprendiendo a no callar siempre.

El ama de llaves del notario, que es su sobrina y se llama Carmen Fins, no se equivoca en nada. Teresa Marqués se convierte en la tertuliana más puntual y entusiasta de la corsetería La Galana. Allí oye hablar por primera vez de un montón de cosas: la igualdad entre hombres y mujeres, Carlos María Isidro de Borbón, la independencia de Cuba, el voto femenino, el mesmerismo, Amadeo—a quien conoce por las monedas—, Nueva York, Alejandro Dumas, las murallas de Barcelona, el general Francisco Savalls, las cortes de Cádiz, la vida después de la muerte, las exposiciones de Londres y París, Jaume Isern, la electricidad, los ejércitos de Napoleón, las personas sin Dios y los amoríos de María Cristina con un sargento de la Guardia de Corps de palacio.

Fue como una iniciación. Lenta pero inexorablemente, Teresa Marqués se fue volviendo todavía más distinta. Un ejemplar exótico entre la fauna autóctona de la calle del Prat. En sólo cinco años de tertulias ya era republicana, sufragista y agnóstica.

Cuando terminan las tertulias, Carmen Fins y Teresa Marqués se quedan un rato más para ayudar a recoger los platos de la merienda-cena. Antes de salir, la última cosa que hacen es quitarles los batines a los maniqués. Una vez los hombres salen del establecimiento, ya pueden olvidarse de la decencia y pensar en las clientas, todas mujeres, que vendrán al día siguiente.

23 de enero de 1889

Teresa Marqués tiene a los hombres clasificados en tres categorías: los que miran, los que hablan y los que hacen. Ella sólo ha conocido de los primeros, y es una pena. De los que hablan no quiere, la ponen muy nerviosa. Los hombres que hablan son para las mujeres que pueden corresponderles con palabras y ella apenas sabe palabras bonitas. Los hombres que hacen, a su vez, se dividen en los que hacen bien y los que hacen mal. Conviene acertar la elección porque después no hay vuelta atrás. Tal vez por eso sigue soltera y vive una vida a remolque de su padrastro y de sus hermanos. Demasiadas clasificaciones y exigencias.

Silvestre es de la tercera categoría, se ve a la legua. Hombre de buenas acciones, honesto, valiente, simpático, despierto, de mente abierta... Justamente lo que ella quiere y necesita. Teresa Marqués decide que será para ella cuando pensar así es un pecado horrible. Trata de aliviar su mala conciencia con buenas obras vecinales.

Después de todo, no hace nada malo. Si Silvestre queda viudo poco después, será cosa del destino, se dice, ella no ha tenido nada que ver.

Es de justicia decir que Teresa Marqués se ha ganado a pulso el derecho a ser la segunda esposa del hombre al que ama. Lo hace cuidando hasta el último aliento a María Rosa Planas, la esposa enferma que siempre se arrepintió de haber llegado a esta ciudad esquiva. En los últimos meses no ha querido ver a nadie, sólo a Teresa. Y ella la ha atendido, ha cuidado de sus hijos, ha estado pendiente de todo. Florián y Eustaquia prácticamente viven en el taller de costura y quieren a Teresa Marqués como a una tía o una madrina. Una tía joven, más alegre y cercana, que les lee libros y les da—sólo de vez en cuando—pan con chocolate para merendar. Cuando María Rosa Planas ya no puede ni levantarse sola de la cama, Teresa le trae la comida y la alimenta con palabras dulces e infinita paciencia. María Rosa Planas le dedica una sonrisa triste y murmura:

—¿Tenéis parientes en el pueblo? ¿Batet, Joanetes, Santa Pau? No parecéis gente de mar, señora. Teresa Marqués le da la razón a cucharadas, con la sopa.

Entonces, la vida da un tumbó, María la del tintorero se va al cielo y su Silvestre se queda solo con dos criaturas y la hija mayor. Y como ya se han mirado mucho y tienen la mitad del camino andado, él no tarda ni dos semanas en pedirle sin ninguna solemnidad y con mucha gracia que sea su mujer y la compañera que necesita para no volverse uno de esos viejos agostados a quienes todo les parece mal y que no encuentran motivos ni para abrocharse las alpargatas.

—Los hombres como yo necesitan mujeres como usted, Teresa.

Y ella responde:

—Yo creo que debería tutearme.

La vigilia de la boda, Teresa Marqués pide a los hombres que lleven sus cosas a casa del tintorero. La cómoda de su madre, ventruda y barnizada, que manda colocar en el dormitorio. El armario, la cama, el colchón de lana, dos camisones, seis sábanas de hilo donde con gran emoción ha bordado su inicial bien amarrada a la de él: una T y una S que parecen la serpiente y el árbol de la ciencia. Este ajuar es su aportación material al matrimonio, junto con las dos mil pesetas que ha conseguido ahorrar durante toda su vida.

Se casan en San José el 23 de enero de 1889. El día es tan gélido y desagradable que dan ganas de esconderse. Teresa Marqués tiene aún más ganas que los demás. Mira a Silvestre, vestido con la chaqueta y la blusa blanca y planchada, con las alpargatas nuevas recién encintadas y el pelo peinado hacia atrás con agua de colonia

y no puede creerse que ahora sea suyo.

¡Y cómo habla, este SilvestrePujolà, y qué cosas dice! La hace reír tanto que por las noches no la deja dormir. A su lado se siente como si tuviera veinte años. Tiene un acento raro, como si los sonidos le salieran de dentro, del fondo de una montaña. Acento de tierra áspera, que ella no puede conocer porque ha vivido siempre a la orilla del mar. Pero lo que más le gusta es el modo en que la mira, con unos ojos de un azul tan transparente que parecen poder mostrar lo que hay tras ellos. A veces se formula una extraña pregunta: ¿Qué hay tras los ojos de su marido—¡su marido!, ¡qué risa!—: un pasado, un futuro, un olvido, un destino...? No acaba de encontrar la respuesta, pero le da lo mismo, porque este azul es como para pintarse con él una vida entera. Una vida de color azul Silvestre. La suya de nadie más. La que por fin ha llegado.

20 de junio de 1876

Si le preguntaban a Silvestre por qué recorrió un camino tan largo—en total noventa y tres kilómetros, los que separan Olot de Mataró—y tan cargado de familia, él respondía:

—¡Virgen Santa! ¿Y qué tenía que hacer? No los iba a dejar allí, para que se murieran de hambre o de asco. A mí me echaron de casa las miserias de la guerra, después de tanto trabajar. La guerra lo arruina siempre todo. Me llevé a todo el que quiso seguirme. A la hija que me quedaba, Mercedes, la monté en el carro la primera. Mi mujer, claro, siempre protestando, como era ella. Mi hermano Miguel con su mujer, Ana. A él le necesitaba. Era el único que, como yo, conocía el oficio de tintorero. Ella podría hacerle compañía a María Rosa. Domingo no debería haber venido, pero me lo pidió su madre casi de rodillas, cuando ya me iba. En su casa no podían alimentarlo y su padre estaba muy enfermo. Era un sobrino por parte de mi madre, un pedazo de familia con quien apenas tenía trato. Sólo tenía cuatro años, igual que mi Mercedes. Lo subí al carro. Quien desampara a los niños no merece el aire que respira. Puede que estuviera un poco loco. A los Pujolà, el abismo de la locura nos corre por la sangre.

»El último fardo que añadí al equipaje fue el pequeño Pedro, el hijo de ocho meses de mi querido hermano Joaquín. Su madre había muerto hacía poco y su padre jamás volvió de la guerra. Joaquín fue para mí casi un hijo. Yo era diez años mayor que él, mi querido hermano pequeño, mi protegido. Querer a su hijo era un modo de seguir queriéndolo a él. Se había ido al frente a luchar con el bando carlista. Todos sabíamos que estaba muerto en algún desfiladero de alguna montaña cercana, quizás más allá de la línea de Francia. Estaba resignado a no verlo nunca más. Esto es lo que pasa cuando defiendes causas perdidas, decía madre, y todos le dábamos la razón. Madre también dijo:

»—Llévate al hijo de tu hermano. Si por algún milagro vuelve de la guerra, lo enviaré a por él.

»Al muchacho lo coloqué entre la oveja y el saco con las viandas. Mi mujer no cesaba de recordarme que estaba loco. Empezar un camino tan largo con dos criaturas de cuatro años, una que no caminaba, cuatro adultos y un montón de trastos, todos sobre el carro, a quién se le podía ocurrir algo así. "¿No ves que se nos van a morir los niños por el camino? Antes de llegar lo habremos perdido todo; me asustó.

»La única que murió fue la mula. Muy cerca de nuestro destino, cuando ya habíamos dejado atrás la riera de Argentona. La familia tuvo que terminar el viaje a pie. Los niños pastoreando la oveja. Los mayores, tirando del carro como podíamos. María Rosa vigilaba el saco con la comida para que no se rompiera.

»Perder, no perdimos nada, salvo una cosa. La erre de nuestro apellido. En Olot los míos y yo siempre fuimos Pujolà. En Mataró, a saber por qué motivo, nos transformamos en Pujolà. Alguien debió de transcribirlo mal, o yo me despisté, no puedo recordarlo. Tal vez tampoco es importante. A quién le importa algo tan nimio, tan insignificante. Me resigné al instante. Comencé a firmar con mi nuevo nombre. Con una erre menos seguía siendo yo mismo, más ligero.

»Entramos en la ciudad como un ejército derrotado. Por fortuna, aquí la gente no se asustaba ante nada, iban a lo suyo y habían visto de todo. Nosotros éramos de pueblo, veníamos de lejos, habíamos perdido la mula y la erre pero estábamos sanos y salvos. Aquella noche tuvimos que dormir en el suelo, en la cocina de casa del tintorero Briz, que era quien primero nos habló de Mataró. Estábamos tan cansados que ni siquiera notamos lo duro que estaba el suelo. Antes de cerrar los ojos, María Rosa me dijo:

»—Marido, más vale que tengas suerte porque yo no pienso moverme nunca más.

9 de marzo de 1874

–Marido, más vale que tengas suerte porque yo no pienso moverme nunca más.

Tanto polvo, tantos soldados tocados por la desdicha, todos aquellos rostros hechos a bofetones, todo aquel cuento de la política, las viñas que hacían tropezar a los caballos, los sembradíos blanduzcos o sembrados de sarmientos y malezas por donde no podían avanzar sin caerse carros ni bestias. Los caminos sucios de piedras mortales para las ruedas. El hambre de tres días, los bancales vacíos, las trochas pinas, los hombres ensartados como caracoles que íbamos encontrando en las márgenes, cada vez menos cuanto más lejos de casa, las peñas lisas como cabeza de fraile, las negras colladas, los chillidos horribles en mitad de la noche, los lobos esperando a que apagáramos el fuego, la mula reventada, el pánico. Durante el viaje pensé mil veces que no llegaríamos nunca. Tan pronto creí que sí, le hice jurar a Silvestre que jamás—¡jamás!—volvería a arrancarnos de ninguna parte.

–Aquí pienso morirme—le dije.

Días ha de todo esto. La vida se nos había torcido desde aquel 9 de marzo de un par de años antes, cuando los soldados llenaron todas las calles de Olot. Unos mataban por Savalls, los otros por el país y su reina. Corrían todos por calles y plazas y hundían las bayonetas en el vientre del primero que encontraban. Unos eran demonios sin fe ni ley. Los otros estaban roídos por la soberbia y la codicia. Quemaron el Teatro Principal, casa Dríngol, casa Benet y muchas otras de la calle de San Rafael. Fundieron las campanas de San Esteban para hacer cañones, profanaron los templos. Dicen que los de casa Trinxeria huyeron montes arriba, hacia Camprodón. Dicen que el amo de can Guitó murió agujereado. Dicen que hasta los mismos soldados desertaban, cansados de matar y morir, o cansados de ser parte de aquella chusma. Las columnas tiraban hacia donde podían, sin orden ni capitán. Por allí donde pasaban lo destrozaban y lo robaban todo. Desde la montaña de Batel dicen que Olot sólo era una fogata inmensa. Y faltaba todavía el combate final. Dicen que el general Nouvilas iba a salvarnos, pero sólo terminó de perdernos. En la batalla del Toix murieron doscientos hombres y ciento cuarenta caballos. Aquellas tierras quebradas quedaron cubiertas de muertos y semivivos que deseaban morir antes de que les encontraran los lobos. En las casas donde aún alguien respiraba, se decía:

–Yo me quiero marchar de aquí.

Así que la guerra nos dejó sin nada. Sin fábricas ni puercos ni casona. No teníamos que comer, apenas bacalao seco y un pan de algarrobas más negro que el hollín. Muchos hombres honestos se hicieron asaltadores de camino real. Nadie tenía un clavo y el mal vaciaba las tierras.

Los hombres sirven para tomar decisiones. Es el papel que Dios les dio, lo que mejor saben hacer. De pronto undíase levantan con el genio vivo y proclaman:

–Tú, mujer, prepara todo, que nos vamos.

–¿Adónde?

–A Mataró.

–¿Y allí qué hay?

–Qué no hay. Guerra.

–¿Y por qué Mataró?

–Porque Barcelona es demasiado.

Así, sí. Así sí que comienzo de pronto a contar pasos. Así sí que cojo las cuatro cosas que nos quedan y las empaqueto. Una longaniza, una botella de licor, un saco de harina. La oveja, la pobre mula que teníamos escondida en el granero para que no

la robara la turbamulta.

Desde el principio tenían que acompañarnos el cuñado Miguel y la cuñada Ana. Mercedes, que fue la cuarta en nacer y ahora era hija única, iría bien pegada a mis faldas. Muy pronto supieron los demás que nos marchábamos y corrieron a regalarnos dos criaturas más: Pedro, el hijo del desventurado Joaquín, mi cuñado más joven; y aquel torcido de Domingo, pariente de mi marido pero de lejos. Pedro era apenas un hatillo, sólo ocho meses tenía. Domingo había cumplido cuatro años, los mismos que mi Mercedes. Mis otros hijos, siete criaturas muertas, se quedaron aquí. Los muertos no viajan en carro, me dijeron. Dejé siete hijos abandonados en estas breñas, que no harán provecho a nadie. ¿Quién nos guardará el umbral, si ellos se quedan aquí? Allí no tenemos nada ni a nadie. ¿Quién nos libraré de un mal huésped? Será por eso que, dicen, abandonar la tierra es pecado.

No me fiaba de la gente de mar. Las promesas de la gente de montaña pesan más y tienen más valor. Desconfiaba de todos. Aquí la gente hablaba de más y pensaba que querían engañarme, así que apenas salía de casa; sólo al mercado y a misa. En la iglesia no entendía al cura, hablaba muy fino, demasiado para la gente de huerta como nosotros. Pero mi cuñada y yo íbamos igual.

La ciudad nos hizo bien. Me nacieron dos hijos más. Los otros cachorros también prosperaban. Aquí no se murió ninguno. Dicen que los aires marinos crían niños fuertes. Ya tenía treinta y siete cuando alumbré otra vez. Florián fue el primer extranjero de la familia, el primero en pertenecer aun lugar tan ajeno como éste. Un lugar de horizontes llanos y azules. Más tarde llegó Eustaquia. La hice a los cuarenta y uno y se veía que sería la última. Silvestre estaba contento. Por fin vivíamos a boca de costal. La razón de nuestras fatigas se había aclarado. Silvestre quería ir a todos los sitios. María Rosa, han abierto una barraca donde ofrecen proyecciones. María Rosa, la gente de la calle de abajo celebra una serenata. María Rosa, vamos a la playa a ver cómo nadan. María Rosa...

No me dejaba vivir. Tenía los pies ligeros. No se daba cuenta de que yo no quería ir a ninguna parte. Yo estaba bien allí, mi mundo era mi casa. Tampoco bendecía que fuera él solo. Silvestre estaba mudando la piel. Se volvía como ellos, gente de mar, charlaba con todos, convencía de cualquier cosa a los vecinos, sabía meterse a la gente en el bolsillo. Lo querían. Y él todo el día estaba inventando cosas nuevas que hacer. Yo le molestaba, pero no encontraba motivos para complicarme la vida. Estábamos bien así. Vivíamos. Los hijos estaban vivos y tiraban adelante. Eustaquia ya había cumplido los seis años, ya no se iba a morir. Florián menos, que ya iba para nueve. Mercedes pasaba de los diecisiete y tenía un cuerpo que era un imán para las miradas de los hombres. Domingo la quería, la había querido desde que abrió los ojos. Mataró era el país de los vivos y del futuro. En Olot habíamos dejado el pasado, los muertos, los hijos con su mortaja de olvido. El viaje mereció la pena.

Cuando la hora final entró en mi casa, busqué la mano del niño, de mi Florián, y le dije:

—Me voy. Decidle a vuestro padre que nunca se vuelva a casar.

Ya sabía yo que los hombres no nacieron para hacernos caso.

25 de enero de 1889

Joaquín Pujolàr no está muerto. Lo saben de pronto, trece años después del fin de la Tercera Guerra Carlista, cuando lo ven aparecer por la puerta haciendo sonar la campanilla y gritando con voz ronca:

—¡Silvestre! ¡Me han dicho que ahora vives aquí!

Teresa Marqués está en la cocina y sale a toda prisa a averiguar quién saluda de este modo. Encuentra en mitad del comedor a un personaje que parece extraído del grabado de una novela. Lleva pajarita azul, chaleco de astracán, capa de terciopelo y un sombrero al bies que da sombra a unos bigotes rizados ya una barba muy bien peinada. Carga con un reloj de pared tan grande que los dos brazos no le llegan para abrazarlo del todo. Es de madera oscura, sin ornamentar, con un péndulo dorado.

—Esto es un regalo para mi hermano—dice, dejando el trasto sobre la mesa, antes de añadir—: Por cuidar de mi hijo. He venido a llevarme a Pedro.

Teresa Marqués no entiende nada.

—¿Y usted quién es?—pregunta.

—¿No es aquí donde vive el tintorero Pujolàr?—repite el recién llegado.

—¿Quién le busca?

—Decidle que soy su hermano Joaquín.

Los ojos del extraño no mienten. Son de aquel azul transparente imposible de olvidar. Junto con la locura, la marca de la familia.

Silvestre viene sucio y apestoso a ver qué ocurre y por qué Teresa parece tan contenta. Primero ve a un señor con ropas de extranjero. Después reconoce en él algo que no le resulta extraño. A continuación ya no ve un señor: ve a Quim, su Quimet, el niño, el nacido demasiado tarde, aquél a quien protegió y aleccionó como un padre, aquél a quien quiso esconder de los envites de la vida porque era el único que podía y sabía hacerlo. Entonces Silvestre tenía quince años y ya ganaba un jornal como aprendiz de tintorero, cerca del río. Quimet tenía cinco. Cuando tenía miedo por las noches buscaba cobijo en el jergón de su hermano.

Ahora Quimet es el señor Joaquín y él es el tintorero Pujolà. Ninguno de los dos está muerto. Ninguno de los dos tiene facha de resucitado. La vida les permite continuar un rato más. Esto hay que celebrarlo.

El más trastocado de todos es el muchacho, Pedro. Después de trece años sin padre, le ha surgido uno de pronto, y de lo más extraño. No sabe cómo tomárselo. Durante la cena observa a Joaquín Pujolàr con ojos de gato asustado. No es el único. Todos los de la casa escuchan extasiados las aventuras del pariente perdido y recobrado. Mercedes parece que hasta se olvida de respirar.

Entre cucharada y cucharada de sopa, Joaquín les cuenta la historia de su metamorfosis.

Joaquín Pujolàr Soms, el más pequeño de los tres hijos de Rosa Soms Oliveras y de Jayme Pujolàr Plana, pasó tres años en las huestes carlistas a las órdenes del general Savalls. Se fue a la guerra porque quería ser de los que hacen, no de los que esperan. En Olot las fábricas estaban cerradas, los soldados habían requisado todo aquello que les parecía útil. En la tintorería de Antonio Pascual, donde trabajaban los tres hermanos Pujolàr, no quedó ni una sola cuba. No quiso quedarse en casa esperando a que vinieran los soldados a quitarle el pan de las manos. Intentó que Teresa Colomé, su joven mujer, lo comprendiera, pero ella era demasiado ilusa para comprender nada. Desde que esperaba a su primer hijo, las ideas se le habían vuelto del revés y sólo pensaba en sí misma. Se fue de todos modos, qué iba a hacer. Unos cuantos meses

más tarde supo que su mujer había muerto y se le pasaron las ganas de volver. Por su hijo no preguntó. Dio por hecho que sin su madre no habría sobrevivido. Dio por hecho que no existía. Tal vez ni siquiera se detuvo a pensarlo. No se ama lo que no se conoce.

En la guerra, el más joven de los Pujolàr sólo logró ser asistente, es decir, criado de un señorito de Olot que tenía el grado de capitán. Debía de ser alguien de verdad importante, aunque Joaquín no lo supo hasta el final. Su papel era procurar que no le faltara nada cuando iba o venía de hacer la guerra. Los asistentes como él dormían en el suelo y veían el fuego desde la retaguardia.

Ya los combates tocaban a su fin cuando una noche el capitán sufrió una emboscada y quedó muy malherido. No lo pensó dos veces: le salvó la vida arriesgando la suya propia. Durante la noche helada, desierta y oscura de las montañas caminó con el cuerpo del capitán a la espalda, buscando una masía donde quisieran acogerles. Fueron horas largas de pensar que no lo conseguiría, que el hombre que cargaba ya debía de estar muerto. Por suerte, se equivocó. Cuando el capitán volvió ensí se encontró vivo, alimentado y con la herida limpia y vendada, le juró que viviría para devolverle el favor.

Más allá de la guerra, su amo también le quiso como asistente. Fue con él al hospital de Besora, donde las monjas emplearon casi un año y medio en curarlo. Salió de allí recuperado del todo, parlanchín y con ganas de vivir. Partieron hacia Besalú, donde su amo tenía tierras, casas y amigos. En poco tiempo se convirtió en un asuete de escudero y hombre de confianza. Lo siguió a todas partes, a ambos lados de la línea, por pueblos y ciudades, sirviéndolo tan bien como supo, recibiendo a cambio una paga generosa. En estos años aprendió a escribir y a leer sólo para servir mejor a su amo. También algo de leyes. Era él quien trataba con los colonos, quien iba a caballo de masía en masía. Poco a poco, de tanto ver mundo y ver libros, de tanto hablar con personas de todas partes, se fue transformando en otro hombre.

Sólo cuando el amo murió de unas fiebres repentinas pensó en regresar a Sant Cristòfolles Fonts, el lugar de donde había salido. Lo hizo rico y muerto de miedo. Rico, porque en señal de agradecimiento, el capitán le había nombrado en su testamento con la generosidad acostumbrada. Con miedo, porque desde que se fue habían transcurrido trece años y una guerra, y temía que ambas cosas lo hubieran borrado todo.

Empezó por conocer su nuevo patrimonio. Además de una buena cantidad de dinero, el amo le dejó una masía en Santa Pau que, según dijo, llevaba su nombre.

—Está escrito que sea para ti porque tu apellido está grabado en una ventana que mira a poniente. La casa también lleva tu nombre, Mas Pujolàr, no sé en memoria de qué o de quién. Cuando la compré me aseguraron que todos los Pujolàr que caminan sobre la faz de la Tierra salieron de aquel lugar. Hoy no queda ninguno porque están todos repartidos por los pueblos colindantes. Es por eso que debe ser para ti, amigo mío, para contradecir al destino.

Todo eso dijo su amo, con una sonrisa triste y sin fuerzas dibujada en los labios.

A Joaquín Pujolàr le pareció que la casa de sus antepasados era un lugar muy agradable en el que quería vivir. Quedaba un poco apartado, pero no tanto, y se llegaba hasta él desde Santa Pau por un camino que serpenteaba entre bancales y campos de cultivo. Había casa, granero y tierras suficientes. En una primera inspección reconoció también el nombre grabado en la ventana que miraba a poniente. Estaba inscrito en la piedra y se leía con dificultades: «Miquel Pujolàr, 1737», descifró. No sabía quién era aquel pariente lejano, pero al instante se sintió mucho más acompañado. También encontró un reloj colgado en la pared del comedor. De madera oscura, caja más bien cuadrada sin ornamentar y con un péndulo dorado. Satisfecho con todos aquellos descubrimientos, y convencido de que aquella casa sería suya para siempre,

JoaquínPujolàr continuó con sus tareas pendientes.

A San Cristòfolles Fonts desde Santa Pau se llega en un momento. En casa de sus padres todo estaba igual que cuando se marchó, pero ahora había dos bueyes, una vaca y algunos animales pequeños. El payés joven que araba, mustio como si los zuecos pesasen mucho, era hijo de una media hermana. En la casa vivía gente a quien no conocía: medio cuñados, medio sobrinos. Su madre había muerto, pero le llegó un encargo suyo a través de otra media hermana, y al escucharlo le pareció estar oyendo su voz:

–Tuviste un hijo y le pusimos Pedro. Si está vivo es gracias a tu hermano Silvestre, que se lo llevó a Mataró. Te mando que vayas por él nada más escuchar estas palabras.–Éste era el encargo que su madre hizo seis años atrás, con el último aliento y bajo la promesa de que si veían volver a su hijo carlista se lo dirían antes siquiera de dejarle saludar.

JoaquínPujolàr, hijo menor de Rosa Soms Oliveras y de JaymePujolàr Plana–él muerto demasiado joven por culpa de la vieja maldición y ella casada de nuevo–, hizo aquello que su madre le ordenaba desde la tumba. Enfiló el caballo hacia Mataró y recorrió los más de noventa kilómetros casi sin descansar.

Sólo se detuvo un momento en su casa para llevarse algo que pudiera regalarle a su hermano a cambio del favor de salvar a su hijo. Se llevó lo más bonito que encontró, el reloj de madera oscura y péndulo dorado.

17 de marzo de 1725

Ahora hace ya bastante que no sabemos nada del joven segundón del Mas Pujolàr de Santa Pau, Joseph, víctima de la injusticia de los cuatro minutos. Va por el mundo tratando de poner remedio a su infortunio que, por si alguien aún no lo sabe, es haber tenido que marcharse dejándolo todo en manos del único heredero, su hermano gemelo.

Hoy es 17 de marzo y toca casarse. Joseph Pujolàr, vestido de domingo, espera en la puerta de una iglesia, como es la costumbre. El porqué de esta fecha aún no se sabe, y acaso no se sepa nunca. Conociendo al segundón, diríamos que tiene que ver con aquel agravio que padece y que no olvida y del que aún necesita resarcirse. Tal vez fuese un 17 de marzo cuando murieron sus padres. Tal vez fuera ese día cuando perdió para siempre el Mas Pujolàr, pero averiguarlo requeriría algunas semanas de remover polvo en algún archivo.

Esta vez la boda es en la iglesia de San Román, en Joanetes, un pueblo minúsculo que mira a la Plana d'enBas y al valle de Vidrio. La novia se llama Magdalena Coldecolet. Es propietaria de una gran casa solariega que queda cerca del camino que lleva a Falgars, entre inmensos campos de cultivo. Esta vez no es ninguna jovencita, sino una señora de treinta y seis años, sin descendencia, que ha conocido la fatalidad de quedarse viuda. La casa y las tierras se las dejó al morir su primer marido. Ahora quiere algo más, un hijo. Por eso se busca un sustituto joven.

La boda, como todas, no puede ir mejor. Hay alegría, sermón y testigos, todos del lado de la novia. Sólo un detalle podría aguarle al novio la celebración, si tuviera un poco de memoria: el cura es el mismo de la última vez. Esta vez se ahorra los sermones, pero se le ve muy preocupado. También se acerca a la novia y le dice que tenga cuidado. Ella sonríe, porque piensa que habla de otra cosa. Los curas, ya se sabe, siempre pensando en lo mismo.

Magdalena Coldecolet conseguirá lo que quiere. Diez meses después del casamiento alumbró a un muchacho y lo bautiza con el nombre de Miquel. El matrimonio no vive bajo el mismo techo: ella y el hijo se quedan en Falgars d'en Bas, en la gran casa solariega. Él prefiere permanecer en Santa Pau, en la masía que fue de Tecla Bartrolich, la hija del comerciante de relojes y campanas. Ya hace casi un año que se casaron y aquí no se muere nadie.

Pero he aquí que a primeros del año del señor de 1726 el rey Borbón tiene una ocurrencia y empieza a reclutar soldados catalanes para sus guerras. Tiene algunas causas pendientes con Gibraltar, Ceuta, Orán y Nápoles y ha ido a pedir ayuda allí donde menos dispuestos están a dársela. Llama a cualquier varón sano de entre dieciocho y cuarenta años. Los desertores se cuentan por centenares. Joseph Pujolàr, es obvio, no se presenta. No tardan ni dos días en ir por él acusándolo de traicionar a su rey. Son unos cuantos hombres y van armados. Entre ellos podemos reconocer a dos o tres, felipistas ocasionales sólo porque hoy les conviene. El padre de Tecla Bartrolich, el de Marianna Badosa, un hermano de Francisca Ripoll y tal vez algún otro pariente con quien no hemos tenido el gusto.

Joseph Pujolàr huye hacia territorio conocido: la masía, su casa. Ha decidido esconderse en el Mas Pujolàr. Pedirá ayuda a su hermano gemelo. Llega con los hombres pisándole los talones. Se esconde en el granero y espera a que lleguen los demás. El caballo lo deja en el patio porque no le da tiempo de esconderlo. Los hombres revientan puertas y ventanas, buscándole. Han sabido por el caballo que su enemigo está aquí. Dicen venir en nombre del rey Borbón, pero les mueve otra furia,

una que ruge muy adentro y tiene que ver con la sangre de su sangre.

Fidel, el mayor de los gemelos Pujolàr, extrañado por el ruido, sale al portal. Se asusta de verles tan feroces. Intenta calmarlos con palabras pero no lo consigue. La rabia nunca escucha. El padre de Marianna Badosa le reconoce, lo señala con un dedo y jura que es él, Joseph Pujolàr, el asesino de las pobres niñas inocentes. Fidel les dice que no, que se equivocan, llama a su mujer para que también lo jure. No es a él a quien ellos están buscando, asegura, les jura que no es él, él es inocente.

No perjures, animal, dice alguien. Nadie le cree. Mientes, no haces más que embaucar y confundir a todo el mundo, eres el más deshonesto del mundo, no mereces vivir, le espetan.

Ciegos de ira, sin querer escuchar, matan a Fidel a cuchilladas ante los ojos aterrorizados de su mujer. Después se felicitan y se van, contentos de haber hecho bien al mundo.

Aún está llorando sobre el pecho del marido muerto cuando la cuñada escucha el galope de un caballo, las herraduras sobre la piedra del patio.

Va a mirar quién es. Sólo llega a tiempo de contemplar a Joseph Pujolàr que se aleja y de comprender qué ha ocurrido. Del fondo de su alma negra brota una oración que comienza de este modo:

–Sangre querida de santa Sabina, te pido el favor de la venganza. Maldice la estirpe de este hombre que se aleja. Haz que todos sus hijos y nietos y bisnietos y tataranietos mueran jóvenes, por mal o por guerra, todavía en edad de diseminar su semilla.

Amén.

1 de febrero de 1889

Hace ya una semana que llegó Joaquín Pujolàr Soms y todavía no quiere irse. Sigue horario de señores, duerme cada día hasta las nueve de la mañana y, cuando se levanta, se comporta como si ésta fuera su casa. Almuerza y cena y sale a dar una vuelta para ver el mar, que le gusta porque es una novedad. Cuando llegan los niños—y, sobre todo, Mercedes—los conmueve contándoles historias de la guerra.

—¿Queréis saber cómo una mujer se hizo pasar por un soldado durante un año entero y cómo la descubrieron?

Y los cuatro niños, incluida Eustaquia, que no entiende nada de estos cuentos, asienten con la cabeza al mismo tiempo.

Mercedes es diferente. Ella escucha sin decir nada, atenta a cada pequeño ademán. Cuando él la mira, disimula observando el plato. Si él refiere alguna historia de amor, se sonroja. A veces se queda como hipnotizada, con la cuchara a medio camino de la boca, escuchando a su tío.

El tío tampoco se comporta con ella igual que con los demás. No la trata como si aún fuera una niña. No le dice todo el tiempo qué debe hacer. Por las noches, después de cenar, la invita a dar una vuelta por la orilla del mar. La escucha como haría si fuera una persona mayor. Le dice que ya es una mujer y ella le da la razón, sintiéndose muy importante.

Teresa le dice a su marido:

—La niña se cree todo lo que dice tu hermano. Eso no es bueno. Pero Silvestre es un hombre y no sabe cómo manejar las sutilezas del espíritu. Teresa Marqués pregunta cada vez con más frecuencia:

—¿Cuándo se va tu hermano?

Silvestre, que vive para trabajar y que no está muy atento a lo que ocurre en su casa, sólo dice:

—Mujer, cuando él decida. Aquí no nos estorba.

Pero a Teresa Marqués sí le estorban Joaquín Pujolàr y sus trucos de embaucador.

Le tiene la casa desarbolada por completo. Para empezar, duerme en un jergón en medio del comedor. Como no tiene por costumbre levantarse temprano y la guerra le ha endurecido el sueño, todo el que pretende salir de casa tiene que pasar sobre él.

Los niños pequeños también están descentrados. Ahora no quieren acostarse sin escuchar el cuento de todos los días. Se lo piden en cuanto se llevan a la boca el último pedazo de pan.

—Hoy os contaré el caso de un hombre que juró no cortarse el pelo hasta que el archiduque Carlos llegara al trono y a quien su mujer dejó casi calvo con unas tijeras que escondía bajo el colchón.

A Teresa todas estas historias le parecen invenciones que el tío pergeña sólo para impresionar a Mercedes. Últimamente no le quita ojo a la hija mayor. No tiene buena cara y casi no come. Por las tardes vuelve del paseo nocturno con su tío con un color distinto en las mejillas. La otra madrugada, muy tarde, la oyó llorar. Ha tratado de hablar con ella, pero la muchacha no quiere saber nada de sus consejos. Más a menudo que nunca, le recuerda que no es su madre.

Domingo tampoco parece él. De pronto no quiere saber nada del tío Joaquín. Le evita si puede y no le escucha cuando habla. Ni siquiera le mira a la cara una sola vez durante la cena. Cuando empieza el cuento nocturno, él se levanta y se va.

Teresa Marqués no tiene piernas suficientes para guardar tantas ovejas, pero una noche sigue a Domingo por las calles. Traga mucho polvo antes de llegar a la taberna

de la calle Gravina, donde lo conocen y donde nada más verlo le sirven un vaso de vino del más barato. Por una vez ella le pide cuentas, como si fuera su madre verdadera.

—¿Qué te pasa Domingo? ¿De qué te alivia el vino?

Esa noche, Domingo tiene un instante de debilidad, uno de los pocos que se permitirá en toda su vida. Apura el vaso de vino, pero no repite. Vuelve a casa paseando, ofreciéndole su brazo a Teresa Marqués. Ella trata de hacerle entender que es demasiado joven para ahogarse en vino. Que por malo que sea lo que le ocurre, tiene solución.

—Esto mío no—contesta Domingo cuando ya están casi llegando, y a continuación se hunde—. El tío resucitado me ha robado a Mercedes.

Por la mañana, Teresa Marqués vuelve a preguntarle a su marido, esta vez con mayor insistencia:

—¿Cuándo se va tu hermano?

8 de febrero de 1889

Dos semanas y Joaquín no se va. Los problemas se agravan, cada día que pasa va todo peor. Domingo ya nunca está en casa, ni siquiera a la hora de cenar. Mercedes llora más a menudo. El tío cada día parece tener más historias que contar. Se levanta cada día más tarde. El jergón apesta y estorba. Silvestre Pujolà ya se cansa de escuchar a su mujer repetir la misma pregunta:

—¿Cuándo se va tu hermano?

Una noche, Teresa se pone de acuerdo con Silvestre y el padre prohíbe el paseo nocturno de Mercedes y el tío.

—Pero ¿por qué?—protesta la muchacha.

—Porque hoy iré yo a pasear por la playa responde el tintorero—. Desde que estoy aquí apenas he visto el mar. Así, de paso, podré conversar un poco con mi hermano.

Los dos hombres pasean hasta la orilla. Silvestre aún no se acostumbra del todo a esta inmensidad que cambia de humor y de cara todos los días, y eso que ya lleva unos cuantos años tratándola. La primera vez que vio el mar le pareció de mentira, demasiado hermoso y demasiado raro para formar parte del mundo, como las cosas que se ven en sueños.

Joaquín y Silvestre hablan de un montón de asuntos. De su madre, sobre todo, a quien ninguno de los dos vio morir. De su padre, a quien Silvestre apenas recuerda y a quien el pequeño no conoció. Del espíritu del cura de Sant Cristòfol les Fonts, de quien decían que se aparecía en el camino de la parroquia porque murió sin decir la última misa. De la mujer vieja que guardaba los malos espíritus en un misal. De las casas vacías donde por las noches gemían niños muertos de mala manera. De las ovejas que charlaban al filo de la medianoche cada fiesta de San Juan.

También hablan del futuro. Silvestre tiene un proyecto. Ha visto unas parcelas en la plaza Nueva. Está en trato con un tal Margens, el propietario. Allí hay agua de sobra, y no como aquí, que siempre falta. Es buen momento para que la tintorería crezca. Comprará una máquina de vapor, porque calentar leña es un atraso. Contratará más hombres, hará colores nuevos. Los sintéticos serán la solución. En especial, el malva y el negro. Se los quitarán de las manos. Le cuenta que Teresa Marqués es su suerte y su energía. Con ella a su lado, se atreve a todo. Hay personas que han venido al mundo para empujar a otras, ¿no cree?

Joaquín Pujolà, que no quiere recordar nada del oficio que tenía antes de ser carlista, presta más atención al susurro de las olas que a las palabras de su hermano.

—Si quieres quedarte aquí, hay sitio para ti—concluye Silvestre.

—¿Quedarme aquí para ser otra vez tintorero?—pregunta Joaquín—. ¡Ni loco! Yo tengo toda una masía en Santa Pau, ¿ya no te acuerdas?

Silvestre no se ofende, pero confirma sus sospechas. Teresa tiene razón, Joaquín no quiere quedarse. Sólo remolonea. Pierde el tiempo y lo hace perder. ¿Cómo se las apaña Teresa para acertar siempre?

En cuanto comienzan a deshacer el camino a casa, el tintorero dice algo que debería haber dicho hace tiempo:

—Creo que deberías marcharte ya, hermano.

Joaquín no lo niega.

9 de febrero de 1889

Cada sábado, llueva o haga sol, Teresa Marqués y Silvestre Pujolà almuerzan en el hostel Montserrat. Desde que llegó el tío carlista no se han habido atrevido a hacerlo, por eso hoy, sabiendo que se irá pronto, retoman la costumbre con muchas ansias. Pasean hasta allí agarrados del brazo, recorren todo el Camino Real sin prisas, saludando a la gente. Ella se arregla con discreción, como cuando asiste a una de sus tertulias. Él se pone el chaleco y el sombrero y, por un día, arrincona las alpargatas y embute los pies en unos zapatos de piel. Sólo tiene un par, y todavía le sobran. El sacrificio lo hace por Teresa, que lo quiere más si va bien calzado, le dice. Mientras lleva los zapatos, él no deja de protestar ni un segundo.

Conocen todos los platos del hostel, y son fanáticos de algunos. Las perdices, los menudillos con tomate, los arenques, las escalopas, el *cap i pota*, los riñones, el bacalao, la sangre en salsa, el fricandó... en esta casa todo está delicioso. Lo sabe tanta gente que el comedor está siempre de bote en bote. Aquí se detienen viajeros de todas partes. A veces, gente importante: escritores, nobles, políticos. Si escuchas con atención, no es difícil oír hablar otro idioma en la mesa de allado.

El hostel Montserrat es el mejor de la región. Lleva más de cien años en el mismo lugar, junto al Camino Real, en la esquina con la calle de San Agustín, enfrente de esas casas que la gente llama «de tras Santa Ana». Es un edificio muy grande, que tiene abajo los establos para las caballerías y arriba, todo tipo de comodidades para las personas. Las habitaciones tienen fama de amplias y bien dispuestas. El comedor es limpio, ventilado y muy agradable, con vistas a la calle. Los dos artífices de tantos aciertos son Sola, el propietario, y Noé, el cocinero. Ambos empezaron juntos el negocio cuando Sola lo compró a los dueños anteriores y ambos lo capitanean con gusto y buen criterio. Sola recibe a los clientes en la puerta, como si fueran de su familia. Noé los malcria teniendo siempre a punto su plato favorito. Tienen una memoria excelente y saben trabajar en equipo: Sola pone palabras y Noé, los mejores ingredientes. Los clientes del hostel son fieles. La ciudad los adora.

Después de almorzar, Teresa y Silvestre le cuentan a Sola que muy pronto se mudarán a otra casa. El negocio va bien y ven llegado el momento de tomar una decisión. La nueva casa estará comunicada con la nueva tintorería y será más moderna, más amplia, más alegre. Han comprado ya una cocina económica modernísima, con todas las prestaciones.

—Tal vez en la casa nueva necesiten los servicios de una cocinera...—se aventura Sola.

Teresa y Silvestre no han previsto este contingente.

Hasta ahora ha cocinado siempre Teresa, con más voluntad que destreza, a veces con la ayuda de alguna vecina o de su amiga Rufina Abril. Ahora que todo será mejor, no sería mala idea que también en la mesa se notara algún cambio.

—Si me lo permiten—prosigue Sola—, me gustaría recomendarles para el puesto a la hija de nuestro cocinero. Cocina tan bien como su padre, es ordenada y sabe permanecer en silencio. No encontrarán otra como ella. ¿Les ha gustado el fricandó que han comido hoy?—Dos asentimientos de cabeza—. ¡Pues lo ha hecho la muchacha! Se llama Tomasa. ¿Quieren que la traiga?

Mientras el tintorero y su segunda mujer meditan la respuesta que le darán al hostelero, diremos que Tomasa Noé, hija de cocinero y camarera, huérfana de madre desde los dieciséis años, ha crecido entre cazuelas y pollos a medio desplumar, ayudando a su padre en todo. No hay secreto de los fogones del hostel Montserrat que

no conozca, ni novedad con la que no se atreva. Sabe comprar, adobar, macerar y rellenar, y prepara unos postres que son una delicia. Su especialidad es la crema de San José, al punto justo de espesor, con su azúcar quemado por encima.

Para tratar de convencer a los señores, que ya parecen bastante convencidos, pronuncia las siguientes palabras:

–Piensen que sería como comer todo el año en el hostel de Montserrat.

Piden que salga la muchacha. La acompaña su padre, que habla por ella, porque Tomasa parece muda. Están muy contentos, dice Noé, de que les haya gustado el fricandó. La niña no les decepcionará, asegura. Aunque la vean tan poca cosa, es una cocinera como hay pocas.

–¿No habla?–pregunta Teresa Marqués al señor Sola, cuando padre e hija vuelven de la cocina.

–Sí, sí–responde el hostelero–pero sólo con animales. Gatos, especialmente. Al nuestro lo tiene frito, créanme. ¿Ustedes tienen gato?

Silvestre y Teresa responden que no.

–Pues yo de ustedes buscaría uno. Así le escucharán la voz a la chiquilla de vez en cuando.

A pesar de la ausencia de gato (y de palabras), Tomasa tiene un trabajo y ellos tienen–¡qué excentricidad de ricos!–una cocinera. Empezará en cuanto se terminen las obras de la nueva casa. Lo primero que piensan pedirle es un fricandó y ya sueñan con el momento de volver a comerlo, con su salsa espesa y brillante, sus senderuelas, sus aceitunas y esa carne tan tierna que se deshace en la boca.

El cocinero Noé le regala a su hija Tomasa un delantal blanco y elegante y le dice:

–Si lo haces bien, enterrarás a toda la familia y te morirás de vieja en la cocina, porque nadie querrá dejarte marchar.

10 de febrero de 1889

Son más de las doce y la hija mayor y el tío no han vuelto. Teresa Marqués mira el reloj de pared y no puede más. Domingo no ha venido a cenar. Los pequeños duermen. Los minutos pasan como si se arrastraran. Silvestre está en la cama, tumbado boca arriba, con las manos sobre la barriga, pensando en las novedades de la nueva tintorería. Tiene un montón de trabajo sólo para poner en orden sus pensamientos, que le atiborran la cabeza. Se ha recogido después de cenar, anunciando:

–Me voy a pensar.

Teresa Marqués sabe por el modo en que respira que aún está pensando. Suenan muy distintas la respiración de pensar y la de dormir. Los tintoreros tienen una respiración para cada cosa.

De pronto Teresa Marqués no puede más. Se levanta del taburete y va en busca de su marido.

–Silvestre, Mercedes no ha vuelto. Hace ya más de dos horas que salieron.

Silvestre se levanta de un salto.

–¿Dos horas?–pregunta, como si él no los hubiera visto salir.

–Puede que más. Creo que el reloj no funciona muy bien.

Silvestre sale sin echarse nada encima. Como suele pensar con las alpargatas puestas, no le hace falta ni calzarse. Teresa Marqués lo sigue a cierta distancia, con una manta sobre los hombros. El viento ha soplado durante todo el día, pero ahora amaina. La noche es casi agradable, parece más bien de principios de primavera.

Silvestre corre sin esperar a nadie. Como si quisiera evitar algún peligro concreto. Teresa le sigue, pero de vez en cuando se detiene a respirar. Una vez en la playa, el tintorero recorre el mismo camino que aquella noche de hace días recorrió con su hermano. No encuentra a nadie. La playa está vacía. Sólo las barcas, con las velas recogidas, plantan cara a la oscuridad. En las casas de los pescadores no se ve ni una luz encendida.

Silvestre se detiene y escucha. Sus pulmones emiten un soplido agudo. Que no haya viento es una suerte. Le parece que escucha algo detrás de una de las barcas. Si, está seguro. Al mismo tiempo, ve llegar a Teresa Marqués jadeando y le hace una señal para que se discretice. Silvestre camina como un gato al acecho, se agacha tras la barca. No sabe si oye o no la voz de su hija mayor. No son palabras lo que llega a sus oídos, sino ruidos. Rodea la barca dando tres saltos y los encuentra allí mismo. El hermano pequeño, perdido y recobrado, goza como un perro del cuerpo de su hija de diecisiete años, de la cual sólo ve la blancura de las piernas abiertas.

Silvestre agarra a su hermano carlista por el pelo y lo levanta de golpe. El amor se termina de un modo tan abrupto que por un momento a la muchacha le parece que el amante sale volando. Si Silvestre se dejara arrastrar por el dolor que siente en este momento, mataría a su hermano aquí mismo. Como no es de ese tipo de hombres, sólo le propina un puñetazo en la mandíbula y lo lleva a rastras hasta casa. Al pasar por donde Teresa lo ha visto todo, sólo le pide:

–Encárgate de Mercedes.

De vuelta, Joaquín Pujolàrnisiquier trata de defenderse. Bastante apuro tiene con no tropezar con sus propios pies, agarrado como va del pescuezo, como un cerdo al que llevan a degollar. Llegados a casa, Silvestre sólo dice:

–Coge lo tuyo y márchate.

–Es noche cerrada–protesta Joaquín.

–Ya te espabilarás.

Joaquín Pujolàr saca a su hijo Pedro de la cama y lo envuelve en una manta. Se pone la capa de terciopelo, el chaleco de astracán y el sombrero al bies. El muchacho se queja, no entiende qué está pasando, por qué tienen que marcharse a estas horas. Silvestre no quiere mirar al chico para no tener que despedirse de él. Pedro es como un hijo más, un pedazo de su vida. No quiere dejarlo ir, pero tendrá que hacerlo.

Joaquín Pujolàr Soms se prepara para abandonar la casa de su hermano, donde tan bien recibido fue hace sólo tres semanas, en medio de un silencio culpable. Cuando sale, tropieza con las mujeres que regresan. Mercedes se abraza llorando al cuello de su tío, le dice a gritos que lo quiere, que siempre lo querrá, y le pide que la lleve con él. Su padre la arranca de él y la mete en casa de un empellón.

También a empujones, Silvestre echa de su casa a su hermano pequeño, su protegido, su adorado, ante la mirada aterrorizada del joven Pedro, que le quema como sosa cáustica. Después cierra los portones de la calle, como sólo hace las noches en que hay tormenta, para asegurarse de que nada malo entre en su casa.

Fuimos siete, pero somos muchos más. Siete hijos muertos que nos quedamos para siempre en la tierra de nuestros padres. Ellos se marcharon, pero nosotros seguimos aquí. Vigilamos. Tenemos nombres. Están escritos en los libros antiguos de la parroquia que nadie mira nunca. Jayme, Rosa, Carmen, Ana, Angela y dos Marías. Tocados por el alba, albados. Eso somos. Criaturas muertas antes de la edad de la malicia. Cada familia tenía los suyos. Todos juntos formamos un ejército de inocentes. Somos hijos de Silvestre Pujolàr Soms y de María Rosa Planas Clota. Morimos, con total disciplina, entre 1866 y 1875, uno por año, más o menos. Algunos sólo supimos vivir unos días. Ninguno de nosotros llegó a su primer cumpleaños. ¿Las causas? Qué importan ahora. No queda constancia de eso. La muerte prefiere a menudo los brotes más tiernos. Los médicos no podían defendernos. Los curas corrían a lanzarnos por encima las aguas del bautismo como si fueran un escudo o un amuleto. Después, al ver que moríamos de todas formas, corrían a inventar palabras de consuelo para las madres rotas.

¿Veis aquella tierra plana y seca que rodea la parroquia? Es allí donde nos quedamos. Todos menos una, la pequeña. Antes era un espacio al amparo de un muro blanco, que nos daba sombra. Las madres venían hasta aquí, se sentaban y dejaban morir las horas. Las madres no nos olvidaban, por más tiempo que pasara. Éramos lo que tenían, aunque ya no existiéramos. Así, toda su vida, en silencio, nos hacían compañía. O tal vez nosotros a ellas. Las madres recordaban.

Luego hubo cambios. El muro se hundió. El jardín de la parroquia ya no se distingue. Aquel lugar donde nosotros recibíamos visitas ahora es parte de la carretera. Pasan por aquí muchos desconocidos, ignorantes de qué hay bajo el suelo que pisan. Somos camino de paso. Da lo mismo, porque ya no queda nadie que quiera venir a vernos.

Todos menos una. La pequeña se llamaba María Pujolàr Soms. Su vida entera duró exactamente diecisiete minutos. Le dieron un nombre que no le pertenecía en exclusiva, porque antes había sido de otra hermana muerta. Puede que pensaran que no merecía la pena inventarse uno sólo para ella. No llegaron a tiempo de bautizarla. El párroco dijo que aquella criatura llevaba encima el pecado original y que no había lugar para ella en el cementerio de la parroquia. Con la niña en brazos, nuestra madre pidió consejo a sus antepasadas: madres, abuelas, bisabuelas, tatarabuelas, y así hasta llegar al principio de los tiempos, todas parieron alguna vez un hijo muerto. Todas buscaron consuelo guardándolo cerca.

—Bajo el umbral. La dejaremos aquí, como se hacía antaño. Nuestra hijita inocente nos protegerá de los malos huéspedes, tendrá cuidado de quién entre o salga de nuestra casa. Nunca dejará que pase un mal espíritu ni un mal viento. La guardaremos aquí, en el umbral, muy cerca de mí. Abre el hoyo, Silvestre, cávalo ya.

El padre cavó el hoyo. De los siete, María es la única que no está con nosotros, sino con ellos, los de antaño. Pequeñas criaturas de las que era imposible separarse y que se dejaban a la vera, para que guardaran la casa y la librasen del mal que ellas nunca conocieron.

El único consuelo que tenía el cura para las madres rotas era éste:

—Los inocentes son por gracia del señor protectores de la casa y la familia. Rogad siempre por ellos y os guardarán las puertas. Expulsarán a todo el que venga con malas intenciones, porque desde el umbral ven el mundo pero también ven a las personas por dentro.

Somos siete.

Nos quedamos aquí.

Al principio, nos enojaba estar muertos. Con el tiempo se nos pasó. Aquellos hermanos extraños que vivieron y crecieron ya nos han igualado.

Aún seguimos guardando el umbral, aunque la puerta y la casa hace tiempo que no existen.

Nuestra madre murmuraba mientras se alejaba para siempre:

—¿Quién nos guardará el umbral, si ellos se quedan aquí?

Con nosotros al acecho las cosas habrían sido diferentes.

30 de junio de 1899

Teresa Marqués ha llegado un poco tarde a la corsetería La Galana. Los maniqués en batín la reciben con indolencia. La tertulia ya ha empezado. Hoy el invitado es una personalidad, por eso lamenta tanto no ser puntual. En el sillón de honor hoy se sienta el arquitecto Puig i Cadafalch. Es un hijo querido por la ciudad. Aquí nació, estudió y trabajó, antes de que los altos vuelos de la política se lo llevaran a Barcelona. A los mataroneses les gusta recordar que antes que otros ellos lo descubrieron, haciéndole regidor municipal. Su carrera es ahora tan meteórica que a nadie le extrañaría verlo pronto frecuentando Madrid.

Hoy, a la tertulia asiste también Teresa Cadafalch Bogunyà, miembro de la burguesía industrial y propietaria de una fábrica de telas. Viene en calidad de orgullosa madre del orador, invitada por Carmen Fins. A su hijo lo ve tan poco que no quiere desaprovechar la ocasión de hacerlo. La de hoy es una reunión de las que merecen la pena. Se habla de política, sobre todo de los agravios constantes de Madrid, y también de arte, sobre todo de románico del Pirineo. El arquitecto desgrana su proyecto para construir un nuevo edificio en la Diagonal, esquina con Rosellón, en Barcelona. Lo ha concebido como un castillo medieval, con torres rematadas en cúpulas puntiagudas y un aire como de fortaleza gótica. Instalará su estudio en el piso superior mientras duren las obras. La reunión es más bien informal y todo el mundo parece estar a gusto. Los únicos que no se inmutan al oír estas primicias, recatados e indiferentes, son los maniqués.

A Teresa Marqués, le cuesta mucho concentrarse. Tiene la cabeza en otra parte. La preocupan demasiadas cosas. En la trastienda pasa mucho rato con la frente fruncida, concentrada en un dibujo floral de la taza, sin escuchar más que sus pensamientos. Carmen Fins, que la conoce, sabe que le ocurre algo grave y, mientras recogen los platos de la merienda-cena, le pregunta si se encuentra bien.

–No mucho, Carmen. Necesito encontrar una solución a un caso muy complicado.

–Ya sabe que si está en mi mano, la ayudaré—dice la sobrina del notario.

–Usted siempre ha sido muy generosa conmigo, y eso no lo olvido. Algún día se lo pagaré.

–Si esperara recibir algo a cambio, me haría prestamista.—Carmen sonrío, es una mujer generosa—. Dígame qué le ocurre, si lo necesita.

–Se lo diré sin andarme por las ramas. Necesito esconder a una persona.

–¿Una persona?

–Una muchacha, casi una niña. Sólo durante unos meses. Ha de tener un hijo.

–Comprendo. ¿Necesita protegerla de las maldades de la gente?

–Y de sí misma. Tiene la cabeza a pájaros.

–¿Y el bebé?

–Buscaré quien lo quiera.

–Comprendo—repite Carmen Fins mientras medita—. Puedo contarle el caso a la superiora de las monjas capuchinas. Pero meterla allí sería como ingresar a la joven en una prisión.

–Ahora mismo es lo que necesita.

–Entonces déjelo en mis manos.

En el mundo hay personas de dos clases: las que vuelven fáciles las cosas más difíciles y las que complican las más fáciles. Carmen Fins pertenece a la primera categoría, como ha demostrado ya varias veces. Hoy Teresa Marqués comienza a respirar sin que un dolor le oprima el corazón.

Desde que Mercedes descubrió que esperaba un hijo, se ha vuelto loca por completo. De amor, cree ella. De desengaño, de traición, del silencio de su amado, cree Teresa Marqués. Ha escrito a escondidas unas cuantas cartas al tío Joaquín, pero ninguna ha obtenido respuesta. Teresa Marqués lo sabe porque interceptó una de las últimas, y sólo leer el comienzo tuvo suficiente.

Amor mío: desde que espero un hijo tuyo, nuestro, te amo más todavía. Necesito saber lo mucho que me quieres tú también. No entiendo por qué razón no contestas mis cartas. ¡Estás bien? Me muero de amor. Quiero estar siempre contigo, siempre, siempre. No consigo pensar más que en esto. Quiero estar junto a ti y junto a nuestro pequeño el resto de mi vida. Este hijo es el fruto de nuestro amor de verdad.

Yo sé que tú también me amas.

Teresa Marqués se ve obligada a hablarle claro.

–Ese hombre no te quiere, Mercedes. No te pongas más en evidencia. Conserva por lo menos tu dignidad.

Pero Mercedes tiene dieciocho años y una gran aflicción. No olvida ni una sola de las palabras de amor que escuchó de sus labios. Está consumida por la tristeza. Cada día le pide a Dios que la deje morir de una vez. Para ayudarlo un poco, una tarde entra en el mar hasta que las olas la cubren por completo. No sabe nadar. La rescatan unos pescadores y la devuelven a casa muerta de frío y de espanto.

En ese momento, Teresa Marqués cree que hay que hacer algo que aleje a Mercedes de verdad de todos estos recuerdos y que la salve del feroz qué dirán. Ni siquiera Domingo debe saber qué ocurre, porque él también tiene un papel importante en esta estrategia.

La solución llega el miércoles siguiente, con los maniqués mudos como únicos testigos.

–Mañana mismo la muchacha puede entrar en el convento, Teresa. Sería conveniente que pensásemos en compensar a las monjas con alguna cantidad—le dice Carmen Fins.

1 de julio de 1889

Mercedes ingresa en el convento de las Capuchinas con el ánimo de un condenado a muerte. Los primeros días no quiere saber nada de nadie y casi no prueba bocado. No sale de la celda ni cuando le dan permiso. Tampoco causa problemas. Sólo de vez en cuando la oyen llorar, casi siempre de noche. Su vientre se va hinchando y ella parece un poco más conforme con lo que le ocurre. Ahora pasa muchos ratos sentada al sol, en el claustro, con los ojos cerrados. La superiora le cuenta a Carmen Fins, y así llega hasta Teresa Marqués, que en estos casos difíciles de desesperación la única cura eficaz es la del tiempo. La ven paseando a menudo por el huerto y lo interpretan como una buena señal, un síntoma claro de mejoría. Lo que no pueden saber es qué hay dentro de la cabeza de Mercedes todos esos ratos que pasa contemplando las lechugas y las zanahorias. Piensa que también su hijo crece por momentos, como otra obra de Dios, pero que es fruto del pecado y el engaño y que algo así se paga durante toda la vida. Ese hijo será el recordatorio vivo de su desgracia, aunque no lo vea, aunque no sepa dónde está. Nunca más podrá vivir en paz. Siempre sabrá que él está en el mundo y por qué nació. Cada criatura que vea por la calle pensará que es la suya. No hay descanso para los que erraron el camino.

Cuando el parto comienza, las monjas se apresuran a llamar a Teresa para que ejerza de comadrona. No es la primera vez, ya ayudó a que nacieran los hijos de sus cuñadas. Es toda una experta. Pide agua y toallas, aguja, hilo y sábanas limpias para más tarde. Manda acompañar a Mercedes durante las siete horas largas que tarda en estar preparada. Llega justo a tiempo, y es la primera en agarrar la cabeza del recién nacido, un varón rubio y sano que llega al mundo haciéndose oír. Se lo lleva de inmediato, para que la madre no lo vea. Se lo entrega a las monjas, que lo lavan y juegan con él un rato, contentas con la novedad.

En cuanto Mercedes abre los ojos, mortalmente fatigada, Teresa Marqués le pasa una mano por la frente y le dice, con tanta ternura como puede:

–Tu hijo ha nacido muerto, nena.

La muchacha frunce el ceño.

–Quiero verlo–pide.

–Después, cuando hayas descansado un poco. Duerme ahora.

Las monjas, encantadas con la alegoría bíblica, han metido al niño en un canasto de mimbre, envuelto en una sábana vieja. Lo único que lamentan es no tener un río donde arrojarlo.

Teresa Marqués sale del convento como si volviera del mercado, con el cesto en la mano. Sin entretenerse en ninguna parte ni hablar con nadie, recorre la Explanada, el Rierot–evita la calle de Els Roes, como hacen las mujeres honestas–y la calle de San Ramón hasta llegar a la del Prat, donde llama a la puerta y le abre su amiga Rufina Abril. Esta misma mañana la ha ayudado a traer al mundo a un bebé desventurado, que ha nacido muerto. A veces el azar juega a ser Dios. Antes de salir, le ha pedido a su amiga que cierre la puerta y no abra a nadie hasta que ella esté de vuelta. Le ha dicho que era importante, ya se daría cuenta por qué, y Rufina ha obedecido.

En poco rato, Teresa Marqués vuelve a salir de la casa. Lleva en la mano el mismo cesto. Si alguien se lo quitara y lo sopesara, creería que entre el primer viaje y el segundo no ha cambiado nada. En cambio, nosotros sabemos que la carga es ahora muy distinta. La de ahora es infinitamente más triste.

Teresa Marqués se da prisa en recorrer el camino a la inversa. San Ramón, Rierot evitando Els Roes, Explanada. En el convento ya la están esperando.

–La muchacha está despierta y pide ver al niño muerto–dice una de las monjas–.
¿Qué hacemos ahora?

Teresa deja el cesto sobre una mesa y les muestra la triste mercancía. Las monjas silencian una exclamación, medio de dolor y medio de admiración. Teresa se seca el sudor de la frente, bebe un vaso de agua, coge al niño y lo lleva hasta Mercedes envuelto en la sábana.

–¿Estás segura de que quieres verlo?–pregunta–. Sería mejor que no.

–Enséñemelo–dice Mercedes, mirando el hato con incredulidad.

Teresa aparta un poco la sábana y Mercedes se asusta. Tal vez no se lo esperaba. Tiene la impresión de que el bebé no se le parece, ni a nadie que haya conocido jamás. No dice nada. Finge que se lo cree todo. Se siente aliviada.

–Las monjas lo enterrarán aquí, en su pequeño cementerio–informa Teresa Marqués.

Mercedes suspira y cierra los ojos.

El ramo del agua. Así es como se conoce al gremio de los tintoreros desde siempre. Las tintorerías crecen en el margen de los ríos o en las zonas mejor drenadas por pozos o corrientes subterráneas. El agua determina el destino y la fisonomía de los lugares por los que pasa.

El barrio del Puente, en Olot, es una zona que tal vez hace un tiempo fuera otro pueblo. Hace tanto que ya nadie se acuerda. Los que viven allí creen que siempre ha formado parte del paisaje de la ciudad. Es cierto que tiene una parroquia propia, la de Sant Cristòfol les Fonts, y que a veces los curas se permiten la soberbia de hablar de los de Olot como si fueran extranjeros, pero la gente siempre ha vivido mezclada y ajena a todas estas historias. Los que mandan aquí son la tierra y el río. La tierra, por miedo a que ruja. El río, por miedo a que decida crecer y comience a derramarse por todos lados. Aquí saben bien que no hay nada más libre que el agua: ella escoge su camino y son los hombres quienes deben adaptarse a ella o marcharse. Por estos parajes, de vez en cuando se habla de las misteriosas crecidas del estanque de Banyoles, que matan gente y lo echan todo a perder, y saben que en algún pozo profundo, todo se confunde.

El puente de la Magdalena es un camino de entrada sobre la alegría del río Fluvià. De entrada a la ciudad o al fondo de la tierra, no hay modo de saberlo. Por aquí pasan lenguas basálticas de las últimas, lejanas, erupciones, que abrieron el camino que confirma el agua. Junto a sus orillas se levantaron palacios que luego desaparecieron, dicen que engullidos por un abismo recién abierto. Los hombres insisten pero no aprenden: levantaron molinos e industrias en este mismo lugar. Poco a poco aparecieron los primeros signos de otra ciudad: la de las fábricas, los telares y las barretinas.

Tal vez el barrio del Puente fue el primero en arrinconar las tareas del campo para encerrarse bajo la sombra agobiante de las fábricas de vapor. A pesar de todo, los padres de Silvestre Pujolàr todavía son gente de la tierra, acostumbrada a mirar al cielo y a temer por todo. También, muy a menudo, a pasar hambre. Cuando Silvestre nació, el 8 de abril de 1842, el primer estallido industrial aún no había terminado. A su padre le quedaban sólo diez años de vida antes de que lo mataran en el collado de Colitzar, entre Mieres y Sant Miguel de Campmajor, tras confundirlo con un arriero. Silvestre aún tiene suerte. Disfruta de una infancia feliz. Aprende a leer y a escribir con el cura del pueblo, que un día lo manda a casa diciéndole que ya lo sabe todo. Aprende a amar aquel paisaje donde el horizonte siempre es una montaña y donde el frío se mide según el blanco que la corona. No sufre ningún mal, no teme la muerte. Acaso es eso lo que lo hace optimista, parlanchín y decidido. Con once años entra de obrero en una fábrica de barretinas. A los dieciocho es tintorero junto al río. El agua junto a la que nació le guía los pasos.

El oficio le gusta desde el primer día. Es duro, trabajo de hombres. No se pasa el día atado a un telar, como si estuviera cumpliendo una condena a galeras. Los tintoreros tienen que mover mucho los pies. Pero también hace falta cabeza para entender bien los secretos de las mezclas y sus peligros. Las pociones de teñir pueden hacer daño, queman por dentro y por fuera.

Los ingredientes son un universo. Con la cochinilla se hace el rojo. Con la hierba pastel, el azul. Las plantas de gualda, para el amarillo. Las agallas de roble y sus dificultades, para el negro. La granza, para el rojo y los rosados. Y la savia de las hojas de índigo, para el añil, un color casi increíble de puro intenso y hermoso. Cada día hay

algo nuevo que aprender. Es importante saber tratar esta gran variedad de materias primas, todas tan diferentes, venidas de todas partes. Y aún más aprender a negociar con los mercaderes, siempre desesperados por los precios, que dependen de las cosechas y de las navegaciones. El año en que no llueve en el sur de Francia, la gualda no crece y tienen que hacerlo todo azul. Si la gente conociera todos estos secretos, se sentiría más orgullosa de vestir de colores.

Corre el año 1865, más o menos, cuando, a la orilla del Fluvià, junto al puente de la Magdalena, Silvestre Pujolàr oye hablar por primera vez de un color destinado a cambiarlo todo, comenzando por su propia vida. Le han dicho que se fabrica en un laboratorio y se vende en pastillas. Es barato y su producción sólo depende de los hombres. Dentro de poco tiempo, todos los colores se harán así. El viajante que se lo ha contado se ha comprometido a traerle una muestra en su próxima visita. El color nuevo se llama violeta y tiene nombre de persona: Perkin, el apellido del extranjero que lo descubrió hace apenas una década.

Silvestre se apresura a hablar de la innovación fabulosa al amo de la tintorería.

–¿Un color nuevo? ¿Y para qué? Ya tenemos muchos colores—responde el amo.

–En Inglaterra y en Francia las mujeres no quieren otra cosa. Sólo visten de violeta. Allí lo llaman malva.

–No lo dudo, no lo dudo... Pero esto es Olot. Aquí ya estamos bien como estamos.

–Yo creo que la gente es igual en todas partes. Todos queremos novedades, insiste Silvestre.

–Aquí no. Aquí queremos que se terminen las guerras.

Los atrevidos y los amantes de las innovaciones nunca se han contado por miles en el ramo del agua. Silvestre decide probarlo él solo, en su casa, con la muestra que ha conseguido del mercader. Cuando extrae el pedazo de trapo de algodón de la sopa malva, se queda impresionado de la intensidad del color que ha logrado. Pone la misma cara, más o menos, que debió de poner el inglés Perkin el día en que lo inventó. Y se dice: «Algún día toda Olot irá vestida de este color y lo habré hecho yo».

13 de marzo de 1856

¿Verdad que da risa que la fecha sea tan exacta? He aquí el día en que un nuevo color llegó al mundo. Mis biógrafos presumen mucho de conocer este dato. Más que yo, si hemos de ser sinceros. Yo siempre tuve muy mala memoria para las fechas, amigos.

Espero que me perdonen las familiaridades. Permitan que me presente: soy, lo digo con toda modestia, la persona que durante las vacaciones de Pascua de 1856 cambió para siempre la vida de Silvestre Pujolà y las de todos los de su gremio. Sin pretenderlo, además, intervine también en la existencia de todas las demás personas del mundo. Ustedes, por ejemplo. Sé que creerán que exagero. Sé bien que el nombre de William Perkin—con el título de sir delante, por gentileza de su majestad la reina Victoria—no les sonará en absoluto. En cambio, mil veces me han honrado y lo harán otras mil más. Cada vez que escogen ponerse encima una prenda de color violeta, ni más ni menos. Y ahora permítanme que se lo explique con algunos pormenores.

Nunca hay que menospreciar la importancia de las cosas que puedes encontrar mientras buscas otras. Yo era un estudiante muy joven—sólo dieciochoaños—y cargado de entusiasmo. Mi sueño era sintetizar quinina y no tenía dudas de que lo conseguiría. El gran August Hoffman me había contratado precisamente para eso. En mis tiempos y en mi país—el todopoderoso Imperio británico—sintetizar quinina era una prioridad de Estado. Era el único remedio conocido para curar la malaria. ¿Han leído ustedes *Grandes esperanzas*, del gran Dickens? Entonces ya conocen los horrores que causaban en la población las fiebres intermitentes. Si nunca han leído a Dickens, no sé qué hacen perdiendo el tiempo conmigo (con perdón). Sólo en la India, morían cada año de malaria dos millones de personas. El gran imperio de la muerte colonizaba más que nosotros.

August Hoffman era un genio. Sabía que Inglaterra no avanzaría si no formaba científicos que pudieran ponerse al servicio de la industria. Tenía muy claro que la química sería importante en el futuro, aunque entonces la química se consideraba una disciplina nada práctica, mucho menos útil que el latín y el griego. Mi padre quería hacer de mí un hombre de provecho, deseaba que estudiara arquitectura, pero yo lo contradecía amando los laboratorios. Me construí uno, por cierto, en el sótano de casa. Allí terminaban todos los platos, tazas y teteras desportillados de la cocina, para servir en mis experimentos. En la chimenea hice un horno. La mesa estaba llena de manchas. De vez en cuando me explotaba algo en las manos. No había ventanas. Qué peligro tan delicioso. ¿Creen que soy un excéntrico? Me temo que tienen razón. Ah, y a ratos también pintaba. Quería ser Turner. Espero, por su bien, que sepan quién es William Turner.

Fue en aquel laboratorio que acabo de describirles donde, durante unas vacaciones de Pascua, mientras Hoffman vivía en el extranjero, proseguí mis investigaciones. Trabajaba con alquitrán de hulla, un mejunje asqueroso que resultaba de la combustión del gas urbano y que entonces existía en cantidades ingentes sin que nadie supiera qué hacer con él. De la destilación de ese desecho surgió una anilina muy negra que, al secarse, y tras someterla a la acción del vapor, fue adquiriendo un color malva brillante. La utilicé para teñir un vestido. Quedó de un color intenso nunca visto, un color portentoso.

Pasé unas cuantas horas preguntándome qué importancia tenía mi descubrimiento. ¿Realmente aquello valía la pena? ¿Es relevante algo que sólo sirve para que las señoras renueven su vestuario? ¿Qué papel tendría en la economía mundial—y en la mía en particular—la tendencia de las personas a querer siempre lo que

menos han visto?

Digan lo que digan, y aunque los americanos enloquecieran durante los homenajes que me ofrecieron cincuenta años más tarde, aquello no tuvo ningún mérito. Yo sólo era un muchacho de dieciocho años con cara de bobo y una novedad en las manos. Todo el trabajo estaba por hacer. Antes que yo, hubo otros hombres equivocados que encontraron lo que no estaban buscando. Frederick Abeltropezó con el cianógeno, un gas extremadamente venenoso, que le quemó los ojos, dejándolo ciego de por vida. A Charles Manfield le explotaron las reservas de gas benceno que había almacenado y el fuego lo consumió (y también a su ayudante). Estos dos malogrados caballeros fueron tan pioneros como yo y merecían más que un servidor la admiración de los científicos.

Después me convertí en un pedante y un cabezota. Pedante por pensar que el mundo entero debía conocer mi color malva. Cabezota porque no paré hasta conseguirlo, y eso sí que era difícil de verdad. Tuve la gran suerte de encontrar a un hombre que era aún más cabezota y puede que igual de idealista que yo. Se llamaba Robert Pullar y él también debería comparecer en esta historia. Se sentiría como pez en el agua.

Robert Pullar era tintorero y escocés. Con esto ya está todo dicho. Tenía una gran tintorería en la calle Mill, de Perth. Yo no conocía a ningún tintorero salvo él, y de oídas. Le envié una de las muestras de ropa teñida con mi malva. Me escribió sin tardanza:

¡Su color es realmente fabuloso, amigo! Me he tomado la libertad de enviarle unas muestras del mejor lila que yo puedo conseguir. Compárelo usted mismo, se dará cuenta de que es muy inferior, además de poco sólido (comienza a desvanecerse en cuanto le toca la luz del sol o el aire). En Inglaterra sólo lo fabrica la casa Andrews, de Manchester, y resulta muy caro. Si usted puede ofrecer el suyo a buen precio y convencer a los tintoreros para que lo utilicen, le auguro que no tardará mucho en convertirse en un hombre rico.

Pullar me dio el coraje que necesitaba. Me compré un par de zapatos nuevos y un buen abrigo, decidido a recorrer Inglaterra de un extremo a otro. Visité a todos los tintoreros, uno por uno, desde Aberdeen hasta Plymouth. Traté de convencerlos de las ventajas de utilizar un color que no dependía de las cosechas o de las lluvias, ni de las plagas o de las dificultades de los navegantes. Les enseñé a utilizarlo personalmente. Hasta ese día, nunca antes había pisado una tintorería. En menos de un año me convertí en un tintorero experto. Incluso me acostumbré al mal olor que desprendía mi piel y a tener siempre las manos manchadas de color violeta.

No fue nada fácil, claro. El malva no se fijaba bien en el algodón. Era necesario un mordiente que no teníamos (al principio). Los tintoreros me veían demasiado joven para fiarse de mí. Yo no tenía dinero para fabricar mi color a gran escala. Hoffman estaba muy enfadado porque me había rebajado a dejar la investigación por la industria. Las cosas no marchaban nada bien. Entonces mi padre tomó una decisión: empleó todos sus ahorros en construir una fábrica en Greenford Green, Middlesex. Las obras comenzaron en 1857. Mi hermano dejó sus estudios de arquitectura para unirse a nosotros. La empresa se llamó Perkin and Sons. A fines de 1858 ya suministraba pastillas de tinte malva a todas las industrias del país. En la Exposición Universal de 1862 fuimos una de las marcas inglesas que más interés despertó. Mostramos un pan de tinte malva del tamaño de un sombrero de copa acompañado de un eslogan que decía: «Con esta cantidad de violeta de Perkin podría teñirse el firmamento entero». Pero aún habrían de ocurrir dos cosas extraordinarias. La reina Victoria, que tenía fama de vestir de un modo muy anticuado desprovisto de toda gracia y naturalidad, pidió consejo a la emperatriz Victoria Eugenia de Francia.

«¿Qué podría hacer para adoptar un aire más moderno sin traicionar mi estilo?», le preguntó. La reina andaluza de los franceses contestó en seguida: «Encargue un vestido de color malva. Es un color perfecto para todo, y muy moderno. Yo lo utilizo constantemente. ¿Se ha fijado usted, además, que conjunta con mis ojos?».

Entre ambas señoras pusieron el malva de moda. Las predicciones de Pullar se

cumplieron con creces. El malva fue una fiebre que recorrió Occidente. Por todas partes, las mujeres no querían otro color. El gran Dickens habló de mí y de la nueva obsesión. «¡Malvalicense!», animaba a la gente desde las páginas de *All The Year Round*, su revista. A mis treinta años yo era un hombre rico que anhelaba el anonimato. Me construí una casa en Sudbury, con un gran jardín para los niños y un laboratorio para mí. Me encerré en ella con la intención de no salir de allí nunca más. Y lo hice. Sólo dejé mi refugio para asistir a aquellos exagerados homenajes que quisieron rendirme cuando se cumplían cincuenta años de mi descubrimiento. Aquellas cenas que no acababan nunca, en que las autoridades llevaban una pajarita malva en mi honor y en que siempre quedaba alguien por hablar. Me dejaron extenuado. Sinceramente, señores, no es para tanto, les habría dicho. Pero me preocupaba ser descortés y lo acepté todo mientras me sentía un intruso en mi propia gloria. El hombre siempre es un extraño en la grandeza. No es para ser halagados que vinimos al mundo. Es para ser útiles.

Aquella fiebre lila pasó, pero nunca del todo. Los tintoreros de todas partes se rindieron a los tintes sintéticos. En poco tiempo, ya existían más de dos mil colores.

Mi invento era imitado, a veces con descaro, por todo el mundo. Las leyes de patentes daban sus primeros pasos y no podían ofrecerme ninguna garantía ni protección de ninguna clase. No quise gastar mis fuerzas en defender aquello que me pertenecía. De todos modos, ya era lo bastante rico.

Las consecuencias me hicieron feliz. Para Silvestre Pujolàr y para todos los de su gremio fueron años de múltiples cambios y novedades. Años fascinantes. Los productores de gualda me odiaron a muerte, convencidos de que mi obsesión era terminar cuanto antes con su negocio. Yo lo veía de tal modo más pragmático: el mundo no para de dar vueltas, el sol no puede estar en dos sitios al mismo tiempo, es conveniente saber adaptarse a la oscuridad, si llega. No hay generación que no haya tenido que aceptar este principio universal.

¿Saben cuál fue, en verdad, mi suerte? Que mi violeta era el color más bonito que el mundo había visto nunca. Lo digo con modestia, porque esto tampoco es mi mérito. Por una vez, la belleza derrotó a las complicaciones.

Y eso es todo. Ésa fue, amigos míos, mi humilde aportación a la historia. Es pero no haber cometido el pecado de aburrirles. Que tengan ustedes una vida de lo más colorida.

15 de octubre de 1890

Teresa Marqués es una mujer difícil para hacerle un regalo. No tiene caprichos, ni es amiga de lujos. No es coqueta, no usa joyas. Su carácter evoluciona a toda prisa hacia la austeridad, que para ella es sinónimo de autenticidad. Pero hay un día al año que le gusta vivir como si fuera una fiesta: el 15 de octubre, en que, según el santoral católico—en el cual ella no cree—se celebra la festividad de Santa Teresa de Ávila.

Este año todo sabe a nuevo. Sólo hace cuatro días que viven en la casa nueva. Han tenido que comprar muebles, pero la cómoda ya está aquí, en la alcoba, panzuda y brillante de barniz. Los niños están felices de tener cada uno su cuarto. Teresa Marqués ha hecho las cortinas ella misma, con la ayuda de Rufina Abril. Cada vez que Silvestre se asoma al patio se pregunta para sí mismo:

—¿Qué podríamos poner ahí en medio?

Mercedes y Domingo se han casado y ahora viven en una casa de la ronda Prim número 76. Parecen una pareja bien avenida, aunque poco dada a la retórica y con tendencia a la ginecocracia. Exactamente lo que Silvestre preveía.

La cosa fue de este modo: cuando la niña volvió a casa, recuperada de su mal, le contaron a todo el mundo que había sufrido unas fiebres y que la habían enviado a Argenton a curarse y tomar las aguas. Como era un mal persistente, el reposo tuvo que ser largo. Nadie sospechó nada raro. Sólo pensaron que Silvestre y su familia se estaban aburguesando. Ahora Mercedes tiene el vientre más liso que la mar de septiembre. Tiene buena cara y ya no llora de amor. Ni por nada, de hecho. Se ha vuelto más dura que una piedra.

Para evitar que la hija se le tuerza de nuevo, Silvestre toma una determinación. Mientras cenan, con todos a la mesa, dispara una ristra de preguntas. Sólo para asegurarse.

—Tú, chaval—señala a Domingo con la punta del cuchillo—. ¿Verdad que tú quieres a Mercedes?

—Yo... eh...

—¿Te parece guapa?

—Pues...

—¿Crees que puedes hacer que te obedezca?

—Esto...

—Ten en cuenta que es todo un carácter. ¿Eres lo bastante hombre?

—Bueno...

—¿Te importaría responder algo, atontado?

—Sí, señor.

—¿Sí, qué?

—Sí a todo, señor.

—¿La tratarás como Dios manda?

—Sí, señor.

—¿Dejarás de beber tanto?

—Sí, señor.

—¿Quieres casarte con ella, entonces?

—Sí, señor.

—¡Entonces ya estamos! Celebraremos la boda dentro de quince días.

Los pequeños Florián y Eustaquia están como locos de alegría. Las bodas les encantan. Hay peladillas, alegría y la gente sólo va a trabajar por la tarde.

—Padre—dice Mercedes—, yo no quiero...

–A ti no te he preguntado nada–la interrumpe Silvestre–. Tú sólo piensa en hacerte un vestido muy bonito.

El día de Santa Teresa de 1890 la boda ya se ha celebrado. Los dos jóvenes tienen dieciocho años cada uno. Ella es tejedora. Él, oficial de tintorería. Uno de los mejores preparados de la ciudad. Lo ha aprendido todo de Silvestre Pujolà, el hombre sin el cual su vida no habría sido posible. Él lo ha criado, él lo contrató, él lo ha casado. Ahora es él quien le dobla el sueldo y le dice qué casa tiene que comprar en la ronda Prim, cerca de la fábrica donde trabaja Mercedes. Domingo, que siempre ha sido más de obedecer que de tomar decisiones, compra la casa.

Pero decíamos que estamos en el día de Santa Teresa de 1890. Estamos estrenando la casa nueva. Tomasa, la nueva cocinera, ha preparado dos fuentes de crema de San José que huelen a gloria. Florián y Eustaquia vienen de la cocina armados con dos cucharas, para jugar a «quién come más crema» empezando cada uno por un extremo de la bandeja. Domingo y Mercedes parecen una pareja bien avenida, se sientan muy juntos a la cabecera de la mesa, esperando mansamente para probar la delicia. También está aquí Miguel, más caro de ver, con su mujer. Los dos repiten.

De pronto, un gato blanco sale de la cocina como loco, persiguiendo un tapón de corcho. Los niños se ríen de las urgencias del animal.

–¿Ahora tienen gato?–pregunta Domingo, asombrado de que aún queden más novedades por conocer.

Teresa Marqués baja la voz para decir:

–Se lo hemos traído a la cocinera para que hable con él. Domingo chasquea la lengua, como si pensara: «Qué raros nos estamos volviendo».

Silvestre ha comprado una botella de champán francés. Lo muestra con grandes aspavientos y comienza a descorcharlo. Tomasa trae copas de cristal. El corcho emite un «pop», la espuma rezuma, Teresa propone un brindis.

–Quiero que celebremos juntos el día de Santa Teresa hasta que nos muramos de viejos–dice, mirando a los suyos con una sonrisa feliz–y que cada año vengáis todos a comer crema y a brindar conmigo.

Las copas tintinean. Silvestre dice, mirando a los pequeños:

–Ahora los próximos en casaros tendréis que ser vosotros. Ambos contestan con la cabeza. Florián asiente. Eustaquia niega. Los mayores se echan a reír. El gato Gato ha cazado el tapón de corcho, y lo devora sobre la alfombra.

Tienen por delante diez años de felicidad.

Fines de octubre de 1890

El último día que pasa en la calle del Prat antes de irse a vivir con su marido al otro extremo de la ciudad, Mercedes Pujolà Planas hace una visita a Rufina Abril. Se presenta en su casa al salir de la fábrica, a la hora de la cena. La joven madre está amamantando a su hijo. Al verla llegar le da un vuelco el corazón. Mercedes lleva la desconfianza en la mirada.

—Sólo vengo a preguntarte algo—anuncia—. ¿El hijo es tuyo?

Rufina tartamudea.

—Lo es.

—¿Lo llevaste en tu vientre?—insiste la otra.

—Claro.

—Déjame verlo.

Rufina Abril no sabe que Mercedes estaba gorda, como ella. No sabe que alumbró de espaldas al mundo. No sabe que el niño le nació sano, hermoso y haciéndose notar. No sabe que Teresa Marqués también fue su comadrona. No sabe nada de nada. Sólo sabe que la hija mayor del tintorero tiene un carácter de mil diablos y que nunca hasta hoy ha intercambiado con ella ni dos palabras.

Por su parte, Mercedes sabe que Rufina Abril tuvo un hijo al mismo tiempo que ella. No sabe de nadie que lo viera nacer ni que conozca ningún pormenor, salvo Teresa Marqués, ya que ambas mujeres son amigas. Ahora que observa al niño estudiando sus facciones y sus gestos, sabe también que los bebés no se parecen a nadie y todos comparten una misma fealdad de cosa a medio hacer que los iguala.

Mercedes Pujolà Planas tiene que rendirse.

—Muchas gracias, sólo quería conocer a tu hijo—le dice.

—Pues ya lo conoces—contesta Rufina, todavía con el corazón acelerado—, ven siempre que quieras.

En cuanto su vecina, que muy pronto dejará de serlo, traspase el umbral, Rufina Abril olvidará esta visita.

—Nunca me hagas preguntas, nunca busques respuestas—le pidió Teresa Marqués cuando depositó al recién nacido en sus brazos—. Nadie ha visto ni sabe nada. Si alguien quiere saber, tú di siempre que Juan es tu hijo porque lo hiciste tú, ¿me has entendido?

Ahora recuerda estas palabras, que la tranquilizan, mientras escucha alejarse los pasos de Mercedes. Le gusta saber que desde mañana ya no tendrá que verla todos los días.

Noviembre de 1890

Eustaquia Pujolà Planas, la hija menor del tintorero, tiene claro desde siempre que no quiere casarse.

En los últimos años del siglo XIX el mundo ha ido ganando velocidad, pero aún es pronto para que una mujer que quiere quedarse soltera no sea una extravagancia. La soltería no es una opción, es una desgracia. Eustaquia Pujolà decide que no se casará nunca cuando aún es una niña, una tarde en que Teresa Marqués la lleva a una de sus tertulias. Allí conoce a Carmen Fins, que no es contrahecha, ni horrible, ni vieja, ni odiosa y, en cambio, está soltera.

A Eustaquia le gustan los libros. Tiene mérito en un ambiente donde los libros son tan raros como los elefantes. Decide que quiere estudiar. Quiere aprenderse de memoria libros muy gordos. Cuando sepa lo bastante, quiere enseñar a otras personas. Quiere ganarse la vida sin la ayuda de ningún hombre y lo quiere hacer con su cabeza y no con sus manos ni con su espalda. Quiere vestir de un modo sencillo y agradable, ir de limpio, no llevar nunca alpargatas. Eustaquia Pujolà—da miedo pensarlo—es la primera mujer de todo su linaje capaz de hacerse entender por escrito. La primera en ganarse la vida con su intelecto.

Todos se preguntan de dónde ha sacado esas inclinaciones. Los primeros siete años de su vida los pasó junto al lecho de su madre enferma, dándole trabajo y dolores de cabeza. Guarda pocos recuerdos de esos años tiernos, apenas algunas palabras que le suenan muy viejas, como el modo de hablar de María Rosa Planas. También recuerda a Teresa Marqués administrando sopa a su madre, entreteniéndole las tardes. Entonces Teresa Marqués era sólo la vecina, pero ella ya la quería. Era buena, le daba pan con chocolate de vez en cuando, cuando Florián y ella pasaban tantos ratos en su casa.

De su madre conserva un recuerdo nublado. Un rostro cansado, una espalda encorvada, la coreografía de la muerte. Recuerda el entierro, el trajín, el vacío que luego invadió la casa. No son recuerdos que pueda convocar a voluntad, pero está segura de que un lento sedimento que viene de aquellos días ha ido forjando en su interior esta claridad de ideas. Lo que hemos vivido decide en qué personas transformarnos. Sólo somos una respuesta a las agresiones de la vida.

Eustaquia Pujolà debería haber comenzado a trabajar en la fábrica poco después de morir su madre. Era una inercia. Llevar a la niña a los telares para no tenerla en casa y porque el triste jornal que iba a ganar era necesario. Sus hermanos ya estaban allí. En aquel tiempo, el bien de los pequeños no preocupaba a nadie. O, si les preocupaba, no sabían ni por dónde empezar.

—Esta niña en la fábrica no hará nada bueno. ¿No os dais cuenta de que es demasiado menuda?—dijo Teresa Marqués—. Se quedará conmigo y me hará compañía.

Teresa Marqués repite el modelo que aprendió de Agustina Tapiola, la madre que supo regalarle una infancia dulce. Enseña a leer a Eustaquia, que es lista y tiene sed de aprendizajes, y la nombra lectora del taller de costureras. Al principio hace falta un poco de paciencia con ella, pero cuando gana soltura, velocidad y seguridad en sí misma se convierte en una animadora de las tardes que preconiza el radioteatro que aún tardará varias décadas en inventarse.

Teresa Marqués entiende poco después que esta niña es demasiado lista para quedarse en casa y la envía a la escuela de niñas de la calle de San Cugat. Escoge esta escuela y no otra porque su directora, Doña Pilar Bartomeu, es una habitual de las tertulias de la corsetería La Galana. Sabe que predica una educación que no se centra

sólo en la costura y los rezos, y que sus alumnas aprenden también latín, francés, geografía y aritmética; y que aún les queda tiempo para salir a la plaza a practicar un poco de gimnasia.

Teresa Marqués habla con Pilar Bartomeu—Doña Pilar, la llama todo el mundo—después de una de las tertulias. Le cuenta que su hijastra tiene nueve años y que ya sabe leer y muchas otras cosas. Le dice que quiere apartarla de los telares y las hilaturas. Se lo pide como una merced personal. Doña Pilar asiente con la cabeza, generosa.

—Que venga mañana.

No sabe Teresa que éste es el comienzo de un camino y una vocación. La pequeña Eustaquia ingresa en la Escuela Nacional de Niñas de Doña Pilar Bartomeu, de la cual llegará a ser la alumna más brillante y, con el tiempo, una de sus más jóvenes maestras. Vestirá de limpio, siempre con zapatos, vivirá sola en un piso de la calle de San Benito y leerá un libro tras otro, sin descanso, toda su vida. Con los años, será maestra de las hijas de Florián, que serán tres y se llamarán Teresa, María y Dolores. Y aún más adelante conseguirá una plaza propia de funcionaria del Estado, y tendrá que dejar la ciudad para siempre y establecerse en un pequeño pueblo junto a Tarragona, llamado Alió, donde terminará por fundar—muy a su manera y con la ayuda de un destino feroz—una familia. Nada de esto lo habrá previsto y será toda una sorpresa para ella. Si un día surge la ocasión, lo contaremos.

Por ahora, es de noche y la familia cena. Teresa Marqués anuncia a su marido que la pequeña Eustaquia empezará mañana las clases en la escuela de Doña Pilar Bartomeu. Silvestre entorna los ojos y deja la cuchara en el plato.

—¿Cómo encontraremos un hombre para ti, si te vuelves tan sabia?—pregunta.

Eustaquia responde, con una seguridad incontestable:

—Yo no pienso casarme nunca, padre.

Silvestre Pujolà, muy orgulloso, se da una panzada de reír tan grande que se atraganta con la sopa de cebolla.

19 de marzo de 1890

Tomasa habla y el gato Gatola escucha, con los ojos entrecerrados y girando las orejas como si fueran dos periscopios, aunque pone más interés en olisquear los olores que emanan de la cocina que en escuchar los discursos de la cocinera.

–El secreto de un buen fricandó es la cebolla. Escúchame bien, porque este es un truco que no sabe nadie. Tres cebollas bien gordas y casi dos horas a fuego muy lento, sin dejar de remover. Es la paciencia lo que espesa la salsa, ¿te das cuenta? Las cosas ricas quieren tiempo, como el amor, por ejemplo. Yo nunca me he enamorado, pero al amor lo conozco porque le he visto la cara muchas veces. La gente enamorada pone cara de tonta. Ahora hay que poner a remojo las senderuelas. Estas setas, que son imprescindibles para el plato, se venden secas porque tiernas apenas tienen sabor. Como los tomates de hoy día. Ya nada sabe como antes. El humo de las fábricas lo ha estropeado todo. El campo está echado a perder y las gallinas ya no saben poner huevos. Y luego las aceitunas, muy verdes, cuando ya todo está listo. En una receta, como en la vida, todo debe ocurrir a su debido tiempo.

»Tenemos ejemplos por todas partes. La hija mayor del señor Silvestre, Mercedes. Sus ojos no son los de una mujer enamorada de su marido. Él sí la quiere, pero no es correspondido, pobrecillo. O el caso contrario, el del señor Silvestre y su esposa Teresa. Nunca he visto una pareja más amorosa que ésta. Se ve a la legua que juntos no se aburren, que tienen mucho que decirse. Hay un montón de gente que nada más casarse agota todos los temas de conversación. Llegan a viejos hartos de silencio. Por eso hay que escoger bien, sin precipitarse. ¿Lo ves? Hace falta tener paciencia para acariciar la cebolla como si la quisieras mucho. En la cebolla está todo el secreto del fricandó, créeme.

»También hay personas que son como un ingrediente que sobra. Una naranja en enero, que de tan ácidas no se dejan comer. Si haces con ellas un zumo, pobre de quien lo pruebe. Más vale echarla a la basura y escoger otra. Digo naranja y debería decir limón. Sabes en quién estoy pensando, ¿verdad? Los gatos conocéis a los humanos mejor que nadie. La vecina aquella, la estirada. No la madre, pobrecilla, la madre es una buena mujer. Un poco rústica, pero buena. Yo hablo de la hija, Margarita se llama. ¿Le has visto la cara de antipática? Camina derecha como un palo, mira a todo el mundo con aires de marquesona. ¡Sí, sí! Marquesa de corral, como yo misma.

»Y luego está su padre, que también es insoportable. Un hombre que sólo piensa en el dinero y en la boda de su hija. Ha puesto el ojo en esta casa y ahora pretende poner también los pies. Conquistarla, como si fuera un castillo. La muchacha lo ayuda, y el señorito Florián es un berzas. Todo el día mirando por la ventana para verla entrar o salir. Y como ella lo sabe, no hace más que pisar la calle y recogerse, salir y entrar, y así todo el santo día, para tenerlo a él ocupado todo el rato. Se supone que todo esto lo hace el señorito mientras estudia. Porque se supone que estudia, ¿sabes?

»–Tienes que aprender química, hijo mío–le dijo su padre–porque es la única forma en que podrás seguir con el negocio en estos tiempos.

»Pero Florián se pone nervioso con la cabeza en los libros. Hay gente que no sirve para tener quietas las piernas. La vecina desagradable debe de ser de éstas, a juzgar por lo mucho que sale de paseo. Está claro lo que pretende: pescar un buen marido y poder dedicar el resto de su vida a coser, rezar y dormir. ¡Como si no hubiera visto mil como ella en mi vida! Alguien debería decírselo a Florián, que es un inocente. Teresa Marqués intenta quitarle a la moza de la cabeza con palabras sensatas, pero ésta no es medicina para un joven de diecisiete años. Silvestre, mientras tanto, sólo critica a su

vecino, el señor Antonio Gomis Daviu.

»—Este hombre no parará hasta que me meta la hija en casa. Pero no sabe que, si él es tozudo, yo lo soymás aún.

»Para tratar de evitarlo, Silvestre ha prohibido a su hijo ver a la vecina. Ni siquiera en presencia de carabinas o doncellas. Otro error. No sabe que es como soplar en las brasas. Nada aviva más los sentimientos de un enamorado que tener el mundo en contra. ¿Verdad que somos extrañas, las personas humanas, *Gato*?

»Al fin todo fue para nada. Ocurrió lo que tenía que ocurrir. Sí, bonito, sí, no muevas los bigotes. Toma, ¿quieres una miguita de bacalao? Cómelo despacio, no te vayas a atragantar. Pues pasó lo que yo esperaba y todos trataban de evitar. ¿Hay alguien mejor que un hijo para llevar la contraria? Florián Pujolà ahora está enamorado hasta las trancas de la vecina con aires de marquesa. La naranja ácida. Qué digo naranja. El limón más verde. En esta casa nadie puede verla. Por suerte, el señor Silvestre es un hombre con mucha experiencia.

»Ya todo esto no es más que una historia. Una parte tan sólo de una historia. Una más en la cabeza de esta cocinera charlatana. No me hagas mucho caso, *Gato*. Si te lo cuento es porque tú me escuchas del modo en que me gusta.

»Ay, *Gato*, ¿no te das cuenta? La memoria es un recetario.

Febrero de 1897

Con los años, Teresa Marqués y Silvestre Pujolà han dejado de creer en Dios y han empezado a creer en la modernidad.

Tal vez todo empezó en el Teatro Euterpe el segundo día de febrero de 1897. Es la Virgen de la Candelaria y la atracción que se ha programado tiene mucho que ver con la luz, claro. En el anuncio del periódico se habla de una exhibición de «fotografías en movimiento» aunque también aparece el nombre oficial, para que la gente se vaya acostumbrando: «cinematógrafo». La entrada cuesta un real, para que la gente se anime.

Teresa Marqués y Silvestre Pujolà llegan agarrados del brazo, saludando a todos y en compañía de los dos niños. Son días de bonanza, acaban de comprar la casa y el violeta de Perkin los está haciendo ricos. Cuando van por la calle les gusta contar cuántas mujeres ven con vestidos, sombrillas o abrigos de color malva. La sociedad mataronesa, sobre todo la más acaudalada, no ha sabido resistirse a la moda del color nuevo, que aquí se llama «violeta de Silvestre», aunque no falta mucho para que otros tintoreros imiten el atrevimiento, seguros de hacia dónde les ha de llevar. Por ahora, Silvestre y su segunda esposa pasean sin prisa por la Riera, imitando el ritmo y la cadencia de la burguesía industrial barcelonesa.

El cine está aún en sus inicios. No hace ni dos años que los hermanos Lumière patentaron su proyector filmador, y aún menos que estrenaron su primera película—que mostraba la salida de unos trabajadores de la fábrica familiar—, en la reunión de una sociedad científica e industrial de París. Como espectáculo en sí mismo no tiene aún suficiente entidad. Ni siquiera está claro cómo se llama: algunos hablan de «kinematógrafo», otros se atreven con el aún más extraño «heliomatógrafo». Es un ejercicio de modernidad para mentes abiertas, que sorprende allá donde llega y viaja deprisa.

En Mataró se ofrecen dos películas de cinco minutos cada una y en los entretantos actúa la canzonetista Elda de Saturno—«de cuerpo esbelto y pupilas fascinadoras», dice el anuncio—y la tropa de acróbatas Garzoni. Para terminar, el señor Mas, que es el encargado del incipiente servicio telefónico de la ciudad, muestra al público el funcionamiento de su fonógrafo Edison, que sirve para reproducir tanto música cantada como orquestales, así como discursos. La gente queda boquiabierta.

Teresa y Silvestre no se sorprenden por nada. Presumen de ser expertos en novedades. Hace ya tiempo que les gusta estar al día, acuden a contemplar todo lo que huele a nuevo. Su especialidad son las barracas de madera que de vez en cuando se instalan en la plaza de Cuba—muy cerca de su casa—y desde donde se pregonan atracciones nunca vistas. Setenta figuras de cera del tamaño de un hombre real, autómatas que parecen seres vivos y que hacen todo tipo de cosas increíbles, proyecciones de paisajes parisinos fijos e iluminados. Todo les fascina. Lo único que lamentan es no poder vivir doscientos años más para saber hacia dónde lleva toda esta exhibición.

Es en esta barraca de madera donde una tarde de 1893 conocieron al fabricante de autómatas Soriano. Por aquel entonces, en la puerta de la barraca se anuncia un espectáculo de «Autómatas prodigiosos capaces de pensar, cantar, volar y adivinar el futuro de sus dueños». Silvestre y Teresa entran solos, porque la función incluye escenas inadecuadas para los niños, como la danza lasciva de una bailarina mecánica con una serpiente, que simula las tentaciones del paraíso. Se quedan impresionados.

Algunos autómatas son tan perfectos que la gente asegura que esconden dentro una persona real. Otros tienen la magia de la sutileza, como los pájaros mecánicos. Teresa y Silvestre admiran la gran pajarera. Hay aves de todos los colores, de movimientos inquietantes y una belleza que hipnotiza. Hace falta observarlos con mucha atención para darse cuenta de que no son seres vivos.

Ya habían oído hablar de este Soriano y saben que es un genio. Un talento que durante muchos años se disputaron las principales casas de París y Londres. Incluso viajó a Nueva York para fabricar un autómata único, capaz de predecir el futuro, el capricho de un multimillonario. Después llegó su hora. Aquel arte suyo, pura ilusión y engaño, pasó, y cedió el sitio a otras novedades. La gente se aburría de simulaciones y ahora quiere realidad. Lo de siempre. La historia del mundo, del primero al último día, podría explicarse a través del aburrimiento.

De vez en cuando, a Silvestre Pujolà y Teresa Marqués les gusta ir a Barcelona, donde las novedades llegan un poco antes. Les gusta dar vueltas por el paseo de Gracia durante los meses de verano y admirar los espectáculos al aire libre, que ya van desapareciendo. Es allí donde, un día de paseo familiar a principios de verano, se reencuentran con Soriano, el genio de los autómatas. Está más cansado que cuando lo vieron en la barraca de la plaza de Cuba. Ya no se anuncia como el inventor de prodigios mecánicos. El reclamo de la calle ahora dice: «El cuidador de pájaros Soriano y su gran pajarera repleta de maravillas voladoras de todos los colores». Es necesaria una mirada ingenua para entrar en el juego, pero Florián aún es un niño y no se da cuenta de que los pájaros no respiran.

–Si están a la venta, te regalo uno. Escoge el que más te guste–le dice al oído Teresa Marqués.

Y la cara del muchacho se ilumina de una felicidad nueva al señalar el diamante azul.

18 de junio de 1896

Estamos a mediados de junio de 1896. En casa del notario Cabañes, Silvestre Pujolàespera, tamborileando en el suelo con los pies. No es hombre de quietudes y esperar le entumece las piernas. Cuando le dicen que ya puede pasar, se levanta de un salto, se arregla los faldones de la chaqueta nueva y recorre el pasillo en tres zancadas. El señor notario lo saluda con una franqueza muy fraternal. Le pregunta cómo está y qué tal la familia, le pide que tome asiento, revuelve sus papeles hasta que encuentra las gafas, se pasa la lengua por los labios reseca y comienza a leer el documento que ha preparado siguiendo las instrucciones precisas que recibió de su cliente. SilvestrePujolàsabe lo que quiere, siempre lo ha sabido, ha construido la vida alrededor de esta evidencia. Desde que dejó el pueblo hasta ahora mismo, en que viene a ver qué le dice el funcionario público, ha escogido su destino y el de los demás siguiendo únicamente los dictados de su santísima voluntad.

–Comencemos–dice Cabañes, con voz de cansancio, y lee–: «En la ciudad de Mataró, a diez y ocho de junio de mil ochocientos noventa y seis, en nombre de Dios nuestro Señor Jesucristo y de la gloriosa Virgen María, SilvestrePujolày Soms, de cincuenta y cuatro años de edad, tintorero, natural de San Cristóbal las Fonts, provincia de Gerona, y vecino de la presente ciudad, hijo legítimo de los consortesJaymePujolàr y Rosa Soms, viudo en primeras nupcias de María Planas y Clota y casado en segundo matrimonio con Teresa Marqués y Tapiola, hallándome por el favor divino en buen estado de salud, con perfecta integridad de potencias y sentidos, libre y expedita el habla, queriendo disponer de los bienes para después de mi fallecimiento, otorgo el presente testamento como sigue».

Silvestre piensa que el castellano es muy raro, y se atasca meditando el significado de algunas palabras:*potencias,expedita,fallecimiento*. Su padre noentendíaa quienes hablaban en castellano, los llamabacastellufos. Las cosas, piensa, en catalán no parecen tan terribles y se entienden mejor. Y ahora este hombre le dice que su manera de hablar es*expedita* por Dios que no sabe cómo es, pero le parece feo interrumpirpara preguntarlo y lo deja correr. Ahora recuerda a sus padres. Su padre, tocado por la maldición de la muerte temprana. Y su madre, tan fuerte, trabajadora y risueña. Sólo la vio llorar dos veces en toda su vida: una, al quedarse viuda. Dos, al casarse de nuevo.

Cómo iba a imaginar Rosa Soms Oliveras, natural de Batel, que toda su vida hubo de trabajar como una mula para llevarse el pan a la boca, que el nombre de su primogénito acabaría en boca de un notario de Mataró. Seguro que no le hubiera hecho ninguna gracia; la gente de campo es enemiga de lo que ocurre en la ciudad. Enemiga de pactos de calle, del ruido baldío y de las falsas grandezas. Los pactos, entre gente de campo, duran más, decían. No necesitaban notarios. Laúnica lectura que escuchaban con gusto era la del párroco en la misa dominical.

Le pusieron Silvestre por un tío suyo, hermano pequeño de su madre y lo bautizaron en la parroquia de San Cristóbal las Fonts un 8 de abril de 1842. El padre Avanent lo escribió bien claro, con aquella letra de caquita de mosca:«Bautizo solemnemente a un niño, nacido el mismo día, hijo legítimo de JaymePujolàr, de esta parroquia, y de Rosa Soms, de Batel. Se le puso por nombre Silvestre y fueron sus padrinos Silvestre Soms, de Batel, casado, y Magdalena Plana, abuela paterna. Y para que conste firmo la presente hoy día ocho de abril de mil ochocientos cuarenta y dos».

Ay, el padre Avanent, hace ya años que se fue del mundo. Dicen que dejó una misa por decir y que de vez en cuando vuelve, en espíritu, y se lo ve desesperado intentando

abrir las puertas de la parroquia. Otro que no hubiera podido imaginar nada de lo que le ocurre. Si ahora lo viera, estaría orgulloso de él. El sacerdote era como un tío para los niños del pueblo. Enseñó a leer a muchos. Lo querían, aunque más de uno decía tener grandes las orejas de lo mucho que el santo varón se las había estirado. Le parece estar viéndolo, con las mejillas sonrosadas y aquella calva reluciente como de huevo. Cagoendíós, ¿qué edad debía de...? «No reniegues, hombre», le habría dicho Teresa Marqués si ahora estuviera aquí. Ha oído el tono y la voz con tanta claridad como si llevara a su mujer dentro del magín. Las mujeres pueden hacer estas cosas, está seguro. Meterse en la cabeza de sus maridos, influenciar en sus decisiones, distraerlos, disgustados, hacer que pierdan la razón. Por eso es necesario saber escoger bien la hembra que llevas al lado, que sea de las que no marean sino que colaboran. Una escudilla donde comer toda la vida, ya lo decía su padre. Y en un parpadeo está de nuevo en el pueblo antes de que llegara el tiempo de los disgustos y las maldiciones y frente a sí tiene al payés JaymePujolàr y a su mujer, Rosita la de los ojos azules, la llamaban. Los ojos eran los de la familia: los de su padre, su abuelo, su bisabuelo y los de todos aquellos que nunca sabremos cómo eran. Un azul como nunca se ha visto, ni en las peñas ni en la orilla del mar.

El notario Cabañeslevanta la vista para asegurarse de que el cliente atiende, y lo encuentra tan distraído que enfatiza un poco más las palabras. Silvestre se da cuenta y se avergüenza un poco. Expulsa de su cabeza todos los pensamientos y trata de centrarse en la lectura, que es de lo más mustia por culpa del notario y de lo más difícil por culpa del castellano. A ver, por dónde íbamos. «De todos los demás bienes míos, muebles e inmuebles, créditos y acciones, presentes y futuros, de cualquier clase que sean, instituyo y nombro heredero universal a mi hijo FloriánPujolàr Planas y a sus hijos de legítimo matrimonio...»

Aún no tiene nietos, su heredero está embobado y todavía es demasiado joven. Ahora padece un amor sin cura ni remedio. Dice que el corazón se le parará si le impiden casarse con aquella vecina malcarada que no le gusta a nadie, sólo a él—qué mal gusto, por favor—, y todo el santo día refunfuña y se hace el desgraciado. Pero Silvestre no piensa darle su consentimientoniaunque mañana deje de girar el mundo.

—Cuando yo me muera—le dijo no hace tanto.

Florián se dolió ydesquició mucho, pero es porque es aún demasiado joven. No sabe que los giros del destino llegan sin anunciarse.

—Te casas con ella cuando me hayas enterrado—repitió el padre contento de molestar a su hijo, porque ahora no puede pensar que todos los augurios se acabarán cumpliendo y que la maldición de la muerte temprana también le afecta a él.

Silvestre sabe que en esta batalla no tiene nada que hacer. Qué ocurrencia, esto de librar batalla ante la juventud y el amor, menudos enemigos ha ido a buscarse. Esto también se lo dice su mujer.

Pero no corramos demasiado. Silvestre hace las cosas como debe, es un hombre que sabe lo que desea. Se lo deja todo a su heredero, aunque sea demasiado joven y demasiado lego, porque alberga la esperanza de que su hijo hará pervivir lo que él alumbró. Tiene la esperanza, en fin, de que la bobería de suvástago se cure con los años. A veces piensa—cómo habrían sido los otros, los que ya no están, las siete criaturas malogradas, pero lo piensa durante poco rato, sólo unos segundos, el tiempo de pronunciar una jaculatoria, porque en esto es como su madre, Rosa la de los ojos azules, siempre encuentra uno u otro motivo para estar contento. Da lo mismo que truene o que caigan rayos: a él la alegría no se la pueden robar ni el tiempo ni las personas. Y volviendo a Florián, qué más da, es su hijo y todo debe ser para él, es inútil darle vueltas.

Sin olvidar a sus dos hijas. A la mayor, que ya está casada—agusto de su padre, y por orden suya—le deja tres mil pesetas, una pequeña fortuna. A la pequeña, Eustaquia,

la niña de sus ojos, la misma cantidad, con el añadido de ciento veinte duros para comprar ropa de casa cuando piense en casarse. Hay que pensar en el ajuar de una hija en edad de merecer, por mucho que ella jure y rejure que nunca se casará. Bobadas, todas las mujeres se casan tarde o temprano. Poco puede él pensar que su hija menor terminará por darle la razón, pero tan tarde que ya nadie entenderá sus motivos, ni siquiera ella misma. Antes, sin embargo, se habrá labrado toda una carrera como maestra y habrá dejado su huella en diversos pueblos de la provincia de Tarragona. Eso sí que es raro, como para morir de la risa. Él, que nació en un tiempo en que nadie podía permitirse sueños ni aspiraciones, tendrá una hija maestra. Qué alegrías nos daría el futuro si no fuera un misterio.

Una vez arregladas las hijas, sólo piensa en Teresa Marqués. Esta mujer que la fortuna le regaló cuando ya no esperaba nada. A veces, la vida da sorpresas inesperadas. Algunas te dejan solo, pero otras te hacen un hombre de suerte. Debe de ser para compensar.

Ha nombrado a Teresa albacea de su testamento. Su hijo necesitará ayuda llegado el momento y nadie lo hará mejor que ella. Pero es necesario dejarlo todo bien atado, sin olvidar nada. Silvestre es hombre de pequeños detalles, un buen hombre, por eso desea «que se le restituya la cómoda, la cama grande con su colchón y demás, el armario guardarropas, las sábanas y ropas de casa que mi actual segunda esposa aportó al contraer matrimonio». De modo que en esta historia hay una cómoda, una cama, seis pares de sábanas y no sé cuántas menudencias más, todas pertenecientes a Teresa Marqués. Hay también dos mil pesetas, la dote que ella aportó al matrimonio y de la cual «no le firmé carta de pago», que llegado el momento deberán devolverse. Todo bien atado, sin olvidar nada. Silvestre piensa en la cómoda y no puede evitar recordar a Agustina Tapiola. También recuerda cuántas cosas han pasado y se siente un hombre de suerte. Piensa en el notario Cabañes y en su cara de hueso de aceituna y se pregunta cuánto falta para terminar.

—«Tal es mi voluntad y así lo otorgo ante don Joaquín Cabañes, abogado y notario del Ilustre colegio del territorio de Barcelona, y doy fe de todo lo contenido en este instrumentopúblico.» Pues ya está todo, hombre.

El notario Cabañes levanta lavista. El clientesiguevivo y no duerme, y ambas cosas le agradan. Se quita las gafas, las deja sobre el desorden de la mesa y pregunta:

—¿Está conforme?

—Claro.

—Sabe firmar, ¿verdad?

Silvestre asiente, orgulloso. Es el primer hombre de su largo linaje que ha aprendido a hacerlo. También sabe leer y escribir. Se lo debe al padre Avament, a quien recuerda por segunda vez en menos de quince minutos. Sus dos hermanos no tuvieron tanta suerte, nacieron en peores tiempos. Y aún más: también sabe los secretos de las mezclas peligrosas que son el fundamento de su trabajo, un poco de botánica, otro poco de zoología, los intrínquilis de las cañerías, las zozobras de los mercados extranjeros y algo de los gustos de las mujeres. Incluso presume de saber un poco de mujeres después de tener tratos con cinco de ellas a lo largo de su vida (las de sólo un rato no las tiene en cuenta), aunque esta ciencia sea la más difícil de todas y no haya nadie que sea lo bastante docto como para enseñar a otros.

Silvestre sujeta la pluma, dibuja un arabesco que transforma en una «ese», la letra capital de su nombre con sabor de campo. La«pe» es también señorial, orgullosa, derecha como un palo. Lo remata todo con el acento abierto sobre la «a». De la «erre» perdida, ya ni se acuerda, se ha resignado a su ausencia muda. No ha olvidado nada, comprueba, antes de añadir la rúbrica.

El trámite ha terminado. Silvestre se despide, el señor notario se levanta y le estrecha la mano. Tiene un aspecto levemente verde, vegetal. Este hombre no está

bueno, piensa Silvestre, no tardará mucho en acabarse. La gente se acaba, lo mismo que el aceite de las lámparas o la cera de los cirios. La cama grande, las sábanas y la cómoda tendrán que volver a su propietaria, su hijo tendrá que crecer de una vez, desembarazarse de esa cara de bobo, casarse con quien le parezca y hacer su vida. No se puede mandar para siempre en los destinos ajenos, tarde o temprano la vida te manda callar.

13 de enero de 1900

Hoy en la tintorería de Pujolà han teñido con rojo de alizarina. Los pescadores lo saben porque las cloacas bajan de color rojo sangre y tiñen también la playa y las olas. Algún viejo lobo de mar ha visto en ello un mal presagio.

Los lobos de mar no se equivocan. En casa del tintorero hay un gran revuelo. La lana roja hoy se ha hecho sin la supervisión del amo. Por primera vez en cincuenta y siete años y nueve meses, esta mañana Silvestre no ha abierto los ojos. Está en la cama, tapado hasta el cuello, con una sonrisa enigmática dibujada en los labios. Parece que habla con alguien, pero en la habitación no hay nadie más.

Cuando llega el médico, pregunta cuánto hace. Teresa Marqués le explica que su marido ya llevadía muy cansado, que a veces le cuesta respirar. «Pero también está contento», añade. «Como siempre», observa el doctor. Y ella sólo dice: «Sí, como siempre». Teresa añade que anoche su marido se acostó muy temprano y que cuando ella llegó a la habitación lo encontró hablando solo y con los ojos cerrados, como si mantuviera una conversación consigo mismo. «¿Y sabe de qué hablaba?», pregunta el doctor. Niega con la cabeza. No entendió ni una palabra.

La única que podría decir qué le ocurre al señor Silvestre es la vecina estirada. La hija de Antonio Gomis Daviu, Margarita. Pero ella no ha sido invitada a esta agonía y, aunque lo hubiera sido, tal vez sus explicaciones no gustarían a la familia. Margarita sabe qué significa que un moribundo hable solo. Su madre lo hizo sin parar durante las horas que precedieron a su muerte. Lo hizo toda su vida, no era nada nuevo. Hay vivos que hablan más con los muertos que con sus coetáneos.

Cuando Silvestre calla, Teresa Marqués considera que hay que avisar a los hijos y al resto de la familia.

El primero en llegar es Domingo, que viene de la tintorería. El tío Miguel y la tía Ana tardan un poco más, el tiempo que necesita Tomasa para avisarlos. Después Mercedes, que viene sin derramar una sola lágrima, dura como un pedernal, como siempre. Eustaquia, la pequeña, es la última. Llega vestida con la bata de maestra, el pelo recogido en un moño, pulida. Si su padre pudiera verla ahora, le diría lo que siempre le repite:

–Quién iba a decirme a mí que tendría una hija maestra.

Silvestre llama a Florián para decirle algo al oído:

–Hazte cargo del hijo de Rufina Abril. Asegúrate de que nunca le falta un trabajo del que vivir.

Florián tiene que pensar de quién está hablando. Teresa Marqués le ayuda. El muchacho, sin embargo, ni siquiera tiene edad de trabajar como aprendiz.

–Tienes que prometérmelo—insiste Silvestre.

–Sí, padre. Se lo prometo.

–Bien.

–Y de Teresa.

–Sí, padre.

–Cuídala.

–Sí, padre.

A continuación, Silvestre Pujolà se quita las llaves que lleva colgadas al cuello y las deja, con la cadena incluida, en la palma de la mano de su hijo.

–Ahora todo es tuyo.—Cierra los ojos y de sus pulmones sale el último pitido.

El reloj de pared de madera oscura comienza a sonar de pronto, con toques muy seguidos.

Por la mañana, en la primera plana del *Diario de Mataró* se publica la esquela de Silvestre y una noticia de su muerte. El entierro se ha celebrado a las diez en San José y ha sido un acontecimiento. Había pobres con hachas y todos los trabajadores de la tintorería acudieron vestidos de duelo. Una multitud ha acompañado al cortejo fúnebre hasta el carruaje y de allí al cementerio, donde, por voluntad de la familia, no se ha dejado entrar a nadie. En la noticia se afirma que el tintorero nació en Olot pero que en Mataró se hizo querer por su simpatía. También se dice que ahora será su heredero y único hijo varón el que continúe con el negocio. Le expresan su sincero pésame y le desean aciertos y éxitos como los que acompañaron siempre la vida de su padre. Todo en el mismo párrafo.

Octubre de 1727

Para ir cerrando la historia del segundón Joseph Pujolàr, víctima de la injusticia de los cuatro minutos, que nunca se hizo a la idea de que su hermano Fidel fuera el mayor y le correspondieran la masía y las tierras, casado en cuatro ocasiones y viudo tres veces reincidente, odiado por tantos, perseguido por los borbónicos y por sus suegros, y padre de un único hijo a quien apenas conoce pero que lleva por el mundo su apellido y sus ojos.

Para terminar la historia de este hombre descontento, decíamos, debemos hacer un viaje hasta la noche en que le apeteció yacer con su esposa, la señora Magdalena Colldecolet, propietaria de una gran casa solariega en Falgars d'en Bas y mujer de gran talento y experiencia. Se acercó, pues, hasta la casona, donde encontró los portones cerrados a cal y canto. Llamó repetidas veces pero, al ver quién era, se dio la orden de no dejarle pasar. Loco de rabia y pensando sólo en el derecho marital que no podían negarle, quiso escalar el muro como un ladrón. No debía de ser tan ágil como bravo, o tal vez el muro era más alto y menos escarpado de lo que preveía; el caso es que perdió pie y cayó desde la altura de una montaña.

El segundón del Mas Pujolàr de Sant Pau murió en el acto, con el pescuezo roto. Tal vez la oración a la sangre de Santa Sabina que había inspirado poco antes comenzaba a surtir efecto.

Miquel Pujolàr Colldecolet, su hijo, quedó a los doce años huérfano de padre y madre cuando el caballo en que paseaba, Magdalena Colldecolet sufrió un desgraciado tropiezo junto a un barranco. A los doce años, pues, pasó a ser el heredero de todas las casas y tierras que sus padres habían ido acumulando desde que se les despertó el pecado de la codicia. Además de la masía de Batet, las arcas llenas de monedas de oro, las caballerías de Argelaguer y la casa solariega rodeada de campos de cultivo de Falgars d'en Bas, el muchacho recibió un regalo inesperado: al morir aquel mismo año la tía viuda de Santa Pau, recibió también el Mas Pujolàr, pues la pobre no pudo tener descendencia. Y como a veces el destino se entretiene en gastar bromas pesadas, fue ésta, de entre todas sus propiedades, la que el jovencísimo heredero Pujolàr escogió como su favorita. Se instaló en ella acompañado de un aya y una mínima representación del servicio que había trabajado para su madre, y pasó allí grandes ratos de juego al aire libre mientras todos esperaban que le llegara la edad de disponer de su fortuna y de ir en busca de una compañera.

Mientras tanto, como si supiera que el olvido es quien más trabaja de este mundo, el jovencito tuvo el capricho de mandar grabar su nombre en el dintel de piedra de una ventana. «Miquel Pujolàr, 1737», en referencia al año que todo lo cambió. De todo esto que hemos contado no queda ya nada ni nadie, ni siquiera la niebla de la memoria, pero el nombre y la piedra siguen allí, deshaciéndose lentamente, como todo. Ya nadie sabe qué significan.

Y con esto estamos llegando casi al final de la comedia, que deberá estar a la altura de este lío. En el desenlace, que muy pronto se desvelará, habrá un hombre muerto—ya sabemos quién—, un padre que no perdona y un reloj de madera oscura, muy oscura.

13 de enero de 1900

La muerte de Silvestre parte en dos mitades la vida de Florián Pujolà. Aquí comienzan las prisas y las angustias, en la frontera que dibuja con trazo grueso el 13 de enero de 1900. Silvestre, tan moderno, tan amigo de novedades y cambios, ya no podrá ser un hombre del siglo xx. Delega este trabajo en su hijo único, que todavía es muy joven.

Aplastado por la responsabilidad que le ha caído encima, Florián comparece en casa del notario para la apertura del testamento. Lo hace acompañado por Teresa Marqués, nombrada albacea, y bajo la vigilancia ventanera de la vecina, Margarita Gomis, que no encuentra el momento de intervenir en la vida del nuevo heredero.

El notario ve de lejos, como de costumbre—este hombre definitivamente está malo—y lee los papeles con un hilo de voz y las gafas en la punta de la nariz. En medio del discurso espeso, Florián sólo distingue algunas palabras como abismos: «hipoteca», «legítima», «heredero universal». No está preparado para esto. Le viene grande. Su madrastra le infunde coraje.

—Lo harás muy bien. Sólo tienes que ponerte en tu nuevo papel. Ahora eres el amo de todo.

El amo de todo es demasiado. Su padre tenía la voz fuerte, autoritaria, sabía mandar, sabía gastar bromas, la gente lo quería. Él es un insulso sin remedio. Los trabajadores le miran de reojo y no le oyen cuando habla. No se atreve a levantar la voz, o puede que no sepa. No le gusta pronunciar discursos. No sabe tomar decisiones. De pronto todo el mundo lo mira esperando que haga algo y él sólo siente que todo le viene grande.

—¿Y bien?—pregunta el notario.

Florián se escucha decir:

—Lo haremos todo como mi padre quería.

—Está muy bien, señor Pujolà, respetar la voluntad de los muertos—prueba el notario—. Pero tenemos el grave inconveniente de su edad. Según la ley, no puede usted disponer de nada de lo que es suyo hasta dentro de cinco años, cuando cumpla veinticinco años y sea mayor de edad y, con ello, jurídicamente capaz.

—¿No puedo disponer de nada?

—De nada.

—¿Y la tintorería?

—Tampoco. Puede tomar decisiones necesarias, pero para ejecutarlas necesita el consentimiento de su madrastra, aquí presente.

Teresa Marqués frunce el ceño.

—No es problema, entonces—dice Florián—. No hay prisa. Podemos decidir juntos, ¿verdad?

La madrastra asiente.

—Bien, pero recuerde que para decidir por sí mismo habría una solución—añade el funcionario público, cumpliendo el deber de informar bien a su cliente.

—¿Cuál?—pregunta él.

—Cásese.

A Florián le da la risa. Lo que le faltaría en este momento. Aún más cambios repentinos.

—Ya sé que es extraño, pero casarse es un modo de emanciparse, como si fuera mayor de edad de repente—añade el notario—. Le aseguro que no sería usted el primero.

—No, no—añade el heredero menor de edad—. Prefiero hacer las cosas un poco más

despacio.

Florián no cuenta con las prisas de los demás. Mercedes quiere su parte de la herencia. Se lo dice constantemente, necesita el dinero. En la tintorería todos esperan órdenes. Hay que comprar ingredientes. El precio de la gualda ha subido mucho y no sale a cuenta. Los trabajadores reclaman más sueldo y menos horas de trabajo. Los clientes están a la expectativa tras el cambio de propietarios. Si quiere que el negocio siga adelante debe decidir de prisa.

Encerrado en el despacho de la tintorería, con las llaves en la mano, Florián se esconde de las decisiones.

En la cadena que recibió de su padre hay dos llaves. Una, la del almacén; la otra abre un cajón de la mesa. La introduce en la diminuta cerradura y la hace girar. Dentro del cajón hay un cuaderno no muy grande, de tapas de piel flexible. Lo abre. Son notas de Silvestre. Los secretos de sus mezclas. «Azul añil», «Azul añil más oscuro», «Añil y algodón», «Malva y lana», «Cómo lavar bien la lana»... y así páginas y más páginas de experiencia acumulada. Por un instante, Florián se siente fuerte, piensa que lo conseguirá.

En ese momento, alguien llama a la puerta. Es un hombre poco mayor que él—apenas mayor de edad—, que usa chaqueta y una seguridad que roza la grosería, mezclada con la certeza de que podrá tener cualquier cosa que desee. Es Antonio Viladevall, que viene a expresarle su pésame por la muerte de su padre—aunque ya lo hizo el día del funeral—y a explicarle que últimamente ha heredado un dineral de un tío cubano muy rico y que está buscando negocios en los que invertirlo. Las tintorerías son uno de sus intereses principales, y ha pensado que tal vez sería buen momento para ofrecerle formar una sociedad que diera empuje al negocio.

Florián no sabe distinguir un cuervo de un buen samaritano. Hay que reconocer que en este caso tampoco es fácil. Está claro que Viladevall sabe cómo hacer negocios, empezando por acertar el momento de ofrecerse. Tiene una tendencia molesta a hablar a gritos y mover las manos como si fueran las aspas de un molino. Durante un rato calienta la cabeza a Florián contándole la cantidad de conocidos que tiene en las fábricas de Mataró y cuánta fortuna podrían hacer si trabajasen juntos. Con los colores de Pujolà y la labia de Viladevall el éxito parece asegurado.

Florián sólo saca en claro que él nunca será el orador convincente que es el otro. Tal vez sea una buena idea, se dice. Promete pensarlo. Por la noche empieza a sentirse más animado. Repartirá el negocio, pero también las obligaciones que tanto le pesan. Vivirá más tranquilo. A la hora de cenar se lo dice a Teresa Marqués y ella salta enseguida:

—¡De ninguna manera! Un socio sólo te traerá problemas. Tu padre te lo habría dicho tan claro como yo. Es una estupidez.

Aquella noche Florián pasa mucho rato en su cuarto, dejándose hipnotizar por los movimientos de su diamante azul. Ojalá fuera todo tan fácil como cuando el pájaro llegó a su vida. Ojalá también él pudiera vivir escondido en una jaula, con la única ocupación de entretener las cavilaciones de un pobre heredero angustiado.

1 de febrero de 1900

—Este hombre no parará hasta que me meta a su hija en casa. Pero no sabe que si él es tozudo, yo lo soy más aún—había dicho Silvestre cien veces hablando de su vecino Antonio Gomis Daviu, a quien no tragaba.

Según el tintorero, las miraditas que Margarita lanzaba a Florián formaban parte de un plan muy bien urdido. En la estrategia había invertido Antonio Gomis grandes esfuerzos, empezando por cambiar de casa cada vez que ellos se trasladaban, de

modo que ambos jóvenes, de edades idénticas, habían sido vecinos durante toda su infancia y juventud. Hay que reconocer que algo así no podía ser una casualidad.

Después estaban las salidas estratégicas de la muchacha para ir a misa, los saludos afectados de Gomis, los comentarios sólo en apariencia inocentes de su mujer, todo rematado con las miradas de la chica, ya en edad de merecer, que le dejaban al heredero medio tonto. Desde el primer despertar, Florián se pasó las horas pensando en Margarita, que ya bien jovencita demostró tener un carácter de mil demonios, mezclado con los aires de grandeza que heredó de su padre. Una herencia no muy agradable.

Hace un par de semanas que Margarita Gomis vive tras la ventana. Desde que es el heredero de todo, Florián Pujol le gusta todavía más. Es un amor sincero, que hunde unas raíces muy profundas en la vida que siempre ha soñado y, aún más allá, en los sueños de sus ancestros, aquellos que lo dejaron todo y salieron en busca de una vida mejor. La mejoría ha tardado un par de generaciones en llegar, pero está asomando la nariz.

Con las miradas ya no basta. Hace falta algo más. Una estrategia, unas maniobras de aproximación diseñadas con astucia. Es difícil con un hombre que sólo sale de casa para ir a trabajar, que no frecuenta bailes ni distracciones ni es de misa. Por fortuna, Antonio Gomis Daviu está dispuesto a todo si de casar a su hija se trata. Incluso a plantarse en casa del joven tintorero y pedirle audiencia a su madrastra, esa Teresa Marqués que posee una mirada demasiado inteligente para ser la de una mujer.

Tomasa prepara una limonada fresca y Teresa Marqués y Antonio Gomis comienzan una extraña entrevista sentados a la mesa del comedor.

—Ha hecho usted muy bien en recibirme, señora—le suelta nada más empezar—. Tenemos asuntos importantes de que hablar, ¿sabe?

—Le escucho.

—Ojalá su marido pudiera acompañarnos.

—Ojalá.

—Bien, iré al grano, con el permiso de usted, porque tengo mucho trabajo. Ya sabe que soy propietario. Y todo sin aprender a leer ni escribir, ¿verdad que tiene mérito?

—Ya lo creo.

—Gracias, señora. Nací con un gran talento para los negocios, ¿sabe? Me gusta que lo perciba usted. La tengo en gran consideración, ¿sabe? Su marido era un ejemplo para mí. ¿Me comprende?

—Lo era para todos.

—Bueno, al grano. Debe usted de saber tan bien como yo, pues tiene ojos en la cara, que mi hija y su hijastro se gustan.

—No tenía noticias—miente ella.

—Pues ya las tiene. Todo el día se otean por la ventana.

—¿En serio?

—Se vigilan, ¿me comprende? Se observan, se avizoran, se atisban. ¿Sabe?

—Lo comprendo, esté tranquilo. Continúe.

—Lo haría, pero no hay modo, ¿sabe? Esto son aguas estancadas.

—¿Aguas estancadas?

—¡Claro! Me pongo nervioso, ¿no ve usted? Porque sólo se observan, se avizoran y se atisban, pero no hacen nada de nada. ¿Me comprende?

—Empiezo a dudar.

—Las aguas estancadas sólo sirven para criar mosquitos y pestes. Las aguas deben correr, abrirse camino, buscar el mar. Todas las aguas buscan el mar, ¿sabe?

—Sé.

—Pues ya está. En conclusión: tenemos que ayudarlos. ¿Me comprende?

—Hace rato que no.

–Se lo explico más claro. Las aguas buscan el mar pero las nuestras están estancadas. ¿No cree usted que deberíamos hacer algo?

–¿Qué propone?

–Las aguas estancadas sólo crían mosquitos y pestes. ¿Hasta aquí estamos de acuerdo?

–Diga lo que ha venido a decir, hombre de Dios.

–Pues que los muchachos se otean, se vigilan, se...

–Sí, eso ha quedado claro.

–Todo el santo día, ¿sabe?

–Sí, sí, sí.

–Yo sólo encuentro una solución, ¿me comprende?

–¿Cuál? ¡Diga!

–¡Exacto!–Se levanta, satisfecho–. ¡Ya está dicho, señora! Tengo muchas ocupaciones, ¿sabe? Hoy es el día que visito a mis inquilinos, primero de mes. Voy a cobrar los alquileres, recibo unas buenas rentas, ¿sabe? Y todo lo he hecho solo, sin saber leer ni escribir, ¿no ve usted que tiene mucho mérito? Piense bien en todo esto que le acabo de decir y ya me dirá qué decide.

–No tenga prisa. Los chicos son jóvenes aún, tienen mucho tiempo.

–No soy de la misma opinión, ¿sabe?

–Me lo temía.

–El tiempo también hay que saberlo administrar. Es como las fincas, ¿me comprende? Hágame caso, señora. Yo soy buen administrador, sé de qué le hablo.

Y se va, convencido de algo. Teresa Marqués ahora tiene más motivos para creer que es un imbécil.

Este fracaso estrepitoso del padre lo arregla la hija aquella misma tarde y en sólo tres réplicas. Comienza por tropezar como por casualidad con Florián por la calle. Se lo come con los ojos mientras le pregunta:

–¿Ya sabe si su madrastra ha pensado una respuesta que darle a mi padre? No vivo de la impaciencia.

–Perdone–responde él, que no sabe nada–, ¿una respuesta a qué?

–A la oferta que esta mañana ha recibido de mi familia. Nos afecta a ambos, ¿sabe? Y mucho–lo dice con intención y coqueteando abiertamente.

Estas frases cambian por completo el rumbo de esta historia. Aquella noche, Florián pide explicaciones a Teresa Marqués, que no tiene ninguna que logre convencerlo. Sólo aquello tan repetido, que ya está cansado de escuchar de «esta chica es insufrible»y «no te conviene»y«hazme caso» y «no te precipites»que ya le decía su padre. Florián es el heredero universal, sólo tiene veinteaños, y de pronto no soporta que le digan lo que tiene que hacer. No puede tolerar que su madrastra le haya escondido algo tan importante. Se hace el ofendido sin levantar la voz. Esta noche, en lugar de observar los pájaros, se va a casa de sus vecinos a llevar en persona una respuesta a la oferta que es también, vaya cosas, la solución a todos sus males.

La respuesta es afirmativa, eso ya lo sabíamos.

28 de abril de 1900

La boda es en San José cinco días después del primer Sant Jordi del nuevo siglo. Antonio Gomis Daviu está henchido como un pavo real. A Teresa Picornell Micola le da miedo su consuegra y también que le devuelvan a la hija una vez que vean cómo es en realidad. Teresa Marqués Tapiola trata de disimular el disgusto y el desengaño.

Una vez la boda ha sido consumada, Florián ya es mayor de edad y capaz jurídicamente. Regresa a casa del notario, hace un inventario de los bienes de su padre para ahorrarse disgustos y decide comenzar a dar a todos lo que les corresponde. Cuanto antes comience, antes habrá terminado. Mercedes es la primera, porque también es la más insistente, la que más veces le recuerda que le debe dos mil pesetas. Después va Teresa Marqués, con quien tiene muy mala conciencia; espera que el dinero y el resto de bienes que contempla el testamento la hagan olvidarse un poco del disgusto. Le corresponden cuatro mil pesetas, sumando la dote que aportó al casarse y la legítima. No es una cantidad pequeña. La cómoda, el armario, la cama y la ropa de la casa se quedarán donde están, porque por ahora nadie quiere que Teresa Marqués se vaya a vivir a otra parte. Después llega el turno de Eustaquia, que le reclama una parte del dinero del ajuar alegando que no piensa casarse nunca. Llegan a un acuerdo pronto y Florián paga.

Después aborda la cuestión del socio. Ha decidido hacer negocios con Viladevall porque ve que tiene cuanto a él le falta. Es más de hacer que de pensar, rico por un capricho familiar, experto en idas y venidas provechosas, tertuliano de voz poderosa y convicciones inamovibles, curioso de todas las causas y aspirante a político local de signo más bien moderado. En una palabra: es un vivo con suerte. El hombre que necesita.

Firman ante el notario Cabañes. La sociedad llevará el nombre de ambos: Pujolà-Viladevall. El capital es de veinte mil pesetas, una fortuna; el plazo, de doce años subrogables, con liquidaciones cada cuatrienio. Compartirán beneficios y pérdidas, y de mutuo acuerdo decidirán cuál es el trabajo que debe desempeñar cada uno. Rubrican el pacto con un apretón de manos ante el notario, que disimula un bostezo, porque ha hecho exactamente lo mismo unas mil veces.

Uno de los primeros cometidos del socio convincente y capitalista es visitar clientes para explicarles las razones por las cuales ha entrado en el negocio, él que de tintorería no sabe apenas nada. Alaba los conocimientos de Florián, «un hombre demasiado prudente para cantar sus propios méritos», les dice. Les habla del libro de los secretos de Silvestre, que ha visto con sus propios ojos, y por eso sabe que está lleno de fórmulas como de alquimista. Antes de marcharse, dejando al cliente aturdido de tanta cháchara, les recomienda encarecidamente el nuevo color negro. Florián lo hace como nadie, asegura, es el negro más brillante y más estable que hayan visto nunca. Les invita a probarlo gratis y a negociar el precio después, cuando estén convencidos. «Es el famoso negro de anilina», les dice, como si fuera un secreto de alquimistas, confiando en una palabra que es como un conjuro. Lo dice todo de un modo que parece estar haciéndoles un favor y no necesitar para nada su dinero. A la gente le gusta hacer negocios con quienes no les necesitan.

Los primeros años son más bien de rodaje. Los empleados de la fábrica que fundó Silvestre no saben trabajar bajo las órdenes de un jovencito como Florián, no se acostumbran. Echan de menos al viejo dueño, su simpatía, su generosidad, su empuje. Éste de ahora es un sieso más callado que un muerto, todo el día mira las cubas con ojos de mochuelo y una mano en el mentón. Piensa mucho, pero parece dudar de todo,

y en este oficio las dudas sólo estropean las cosas. Algunos oficiales van a su aire, como Domingo, o como Sebastián. Florián les deja hacer mientras aprende a hacerse valer, a ejercer de dueño. Cada vez que su socio pone los pies en la tintorería protesta y hace muecas:

—¡Carajo, cómo apestáis! No sé cómo no os morís todos del asco.

También tiene problemas con los clientes. Le cuesta ser algo más que «el hijo de Pujolà». La personalidad de su padre lo aplasta. Algunos clientes, recelosos de su inexperiencia, no se atreven a confiarle los mismos trabajos de antes. Ahora mandan el negro a casa Folck, pensando que porque es inglés sabrá hacerlo mejor que él. Y los otros colores, no sabe dónde los envían, pero está seguro de que desde que murió su padre no hay tintorero en la ciudad que no haya sacado beneficio de su ausencia. De vez en cuando, Florián se ve perdido, se encierra en su despacho, se sienta tras la mesa que fue de su padre y esconde la cabeza entre las manos. Quiere salir adelante pero no ve el modo de hacerlo. Y le da bilidades una vergüenza que quiere esconder.

Lo único que debería preocuparlo no tiene secretos para él. Sabe preparar las mezclas mejor que nadie. Aprendió del mejor. Al fin, los clientes se van dando cuenta. Su negro es un caballo ganador, tanto para la lana como para el algodón. Florián compra la anilina en Alemania a través de un importador barcelonés que tiene la exclusiva y que se llama Bayer. Sigue siempre al pie de la letra la receta de su padre, que es compleja: Para teñir algodón de color negro, primero hay que lavarlo bien, librarlo de impurezas, desgomarlo. Después, en un baño de cien cincuenta litros de agua hay que echar siete kilos de clorato potásico, quince kilos de anilina y cien cincuenta gramos de sal de vanadio. Una hora más tarde se saca el algodón y se escurre un poco, no mucho, sólo para evitar que gotee. Tras veinticuatro horas en el secador se habrá vuelto de color verde oscuro. Ha llegado el momento de meterlo otra vez en la tina, con agua a cuarenta grados mezclada con dicromato potásico y un poco de ácido sulfúrico. Este último baño no puede durar más de un minuto o dos y deja la ropa de un precioso negro-azulado. Para aumentar la intensidad del color y que el blanco no estorbe conviene aún dar a la tela un baño breve de jabón y secarla otra vez.

En el libro, la letra elegante de Silvestre también escribió: «Si hay que repetir el baño, hay que lavar la ropa antes. Importante: este procedimiento no sirve en absoluto con la lana».

El negro fue el comienzo de la buena racha de los dos socios, el vivo y el trabajador. Gracias a él llegaron los pedidos a gran escala, empezaron a pagar los semanales sin sufrir, obtuvieron beneficios magníficos, y Florián compró una berlina, una lancha motora, otra berlina, decidió que la familia veranearía en Argenton, contrató a Pepa, y acostumbró a Margarita a lucir joyas, a vestir de seda, a frecuentar a la modista para hacerse vestidos y la volvió casi una adicta a las obras de caridad.

Fue entonces cuando Florián dejó de ser «el hijo del tintorero» y comenzó a ser «el tintorero». También fue entonces cuando nació Teresa y la felicidad, durante un tiempo, fue completa.

14 de marzo de 1905

Los siglos XIX y xx son del negro. No hay color más demandado, ni que se lleve más. Todo aquél que conozca algo de tintorería sabe que, de todos, éste es el color más difícil. La pesadilla de los tintoreros de antaño. Un lujo de poderosos, los únicos que podían pagarse un negro brillante, compacto, que no se aclarara con el sol. Negro ala-de-cuervo, negro carbón: color de reyes y príncipes. Negro-ala-de-mosca, el de todos los demás. Tal vez por eso, o para bromear, algunos se inventaron que el patrón de los tintoreros era San Mauricio, caballero, mártir y negro.

TeresaPujolàGomis nació el 22 de febrero de 1901, al principio de la época de bonanza. Fue bautizada en San José y sus padrinos fueron Antonio Gomis y Teresa Marqués, que le puso el nombre. Con ésta última, FloriánPujolàseguía teniendo muy mala con ciencia. Margarita Gomis se reveló como una madre metódica y tranquila, con una gran facilidad para adoptar las costumbres de la sociedad a la que ahora pertenecía: desterrar a la niña de su habitación y dársela a una criada, que la cuidaba mientras ella dormía; prohibir la presencia de niños en la mesa hasta que supieran comportarse como personas adultas; tener antojos abundantes e imposibles mientras le duraban los embarazos y los periodos de crianza, el más importante de los cuales fue la crema de San José, que comía a todas horas.

–Los niños saldrán amarillos como si tuvieran ictericia–decía Tomasa al gatoGato, mientras removía la leche con unas varillas.

Para el negro se utilizan desde siempre un montón de productos naturales. El más importante es la llamada «agalla de roble». Proviene de una excrecencia de forma esférica que fabrican estos árboles para defenderse de la picadura de algunos insectos. A veces la larva se queda dentro y al nacer tiene que agujerear la corteza para salir. Entonces la agalla pierde valor. Por otra parte, no todas las agallas valen lo mismo. La más preciada viene de Oriente o del Norte de África. Como es un producto muy caro, los fraudes son habituales: hay mercaderes que pintan las agallas de otros árboles para que parezcan de roble. Los hay que rellenan los agujeros de la larva con cera. El comprador tiene que estar atento si quiere descubrir falsificaciones. Por desgracia, no hay nada mejor. Algunas raíces y cortezas vegetales producen marrones, pero no negros. La agalla también presenta algunos problemas. Tiene que fijarse con un mordiente de óxido de hierro, que con el tiempo quema los tejidos, los desintegra. Allí donde cae, queda un agujero. No es en vano, pues, la fama de color difícil del negro.

A un mal año se le suele llamar un año negro. El año más negro de Florián Pujolàfue 1905. Su hijo Domingo, de sólo tres años, estaba muy enfermo. La enfermedad era lenta e incurable. Lo único que se podía hacer por él era acompañarle hasta el final, dijo el médico. Margarita estaba siempre ausente, en Santa María, rezando. Florián no se separó de la cama del pequeño ni un momento. Lo acompañaba Teresa Marqués, que sufría por el padre y por el hijo.

Margarita Gomis y Teresa Marqués no se llevaban bien. Florián lo intentó todo para acercarlas, pero fue inútil. Cuando estaban juntas, el aire se congelaba. Eran dos enemigas irreconciliables. No estaban de acuerdo en nada, ni en las cosas nimias.

Demasiado lastre para un hombre de veintiséis años. Demasiado lastre para alguien que no puede hacer como los robles para defenderse.

Ver morir a un hijo tan despacio carcome el alma, te deja el corazón seco, lleno de agujeros. Los curas, en estos casos, dicen que Dios otorgó al hombre la compañía femenina para aliviarlo. Pero Margarita le da la espalda al dolor y a la muerte. Ella reza.

Si su hijo se está muriendo, reza para que Dios le alargue la vida. Si Teresa Marqués la molesta, reza para que Dios la libere de ella. Si su marido sufre, reza para que Dios le dé un poco de alegría. Y si los problemas duran más de lo que dura una novena, protesta: «No me gusta tener que vivir con esta mujer», «No sé por qué no podemos tener nuestra propia casa, si mi padre nos lo ha ofrecido cien veces», «Si me quisieras un poco harías algo para verme feliz, parece que quieres más a la mujer de tu padre que a la tuya», «Si fueras más a misa, Dios no nos habría castigado con la enfermedad del niño».

También hay negros que amarillean o verdean, como los de zumaque, una sustancia extraída de las hojas del arbusto *Rhus coronaria*, que se cultivaba en todo el sur de Europa, incluida la península ibérica. Las hojas tenían que ser frescas para conservar el color, pero a menudo necesitaban la intervención de otros ingredientes, como la madera de Campeche. Con un solo baño, solía salir gris. Con más, se iba acercando a un negro claro. Pero si se te iba la mano con el mordiente—otra vez hierro—la ropa quedaba manchada y no la quería nadie. La henna de los árabes da marrones de color avellana y canela muy bonitos, y también grises muy oscuros si se utilizan sales de cobre o de hierro. El caucho o tierra japónica se extrae de la madera de una acacia y viene de Oriente, sobre todo de Bombay y Bengala. No surte ningún efecto sobre el algodón y muy poco sobre la lana, pero, en cambio, tiñe bien la seda, con colores resistentes al sol, aunque son más bien tonos café y bronce, nunca negros. Los negros de los pobres, además de no ser nunca negros del todo, destiñen. Se quedan sobre la piel al primer sudor, pierden brillo en cuanto les da el sol. Para que todo el mundo pueda vestir del mismo negro, tienen que pasar décadas.

El pequeño Domingo murió, entre los toques del reloj de pared, el 14 de marzo de 1905. Aquel mismo día, Florián decidió que no aguantaba más en aquella casa. Necesitaba paz, necesitaba olvidar aquellas paredes donde su hijo había agonizado, necesitaba que su mujer dejara de atosigarlo. Aceptó la oferta de Antonio Gomis y decidió mudarse a otro lugar, el que le había ofrecido tantas veces su suegro. La nueva casa estaba casi al lado de la suya, apenas a un centenar de metros de distancia, pero sería el lugar ideal para huir de la negrura de sus pensamientos.

Cuando le dijo a Teresa Marqués que se marchaban, que la dejaban sola, Florián tenía un nudo en la garganta.

—Haces bien en querer contentar a tu mujer. A ella nunca le gustó este sitio—fue su única respuesta.

Aldíasiguiente, después del entierro del pequeño Domingo, Teresa Marqués mira con ojos lúcidos a Margarita Gomis, sentada frente a ella a la mesa del comedor, y le dice con mucha calma aquello que ya sabemos:

—Nunca me perdonarás que Florián me quiera, ¿verdad? Harás que lo pague toda mi vida. Eres como un zorro, esperas tu oportunidad para llevarte tu presa.

A veces la única solución es un cambio absoluto. El fin de los sufrimientos de los tintoreros con el color negro consistió en olvidar todas aquellas sustancias tradicionales y aprender una nueva palabra: anilina. Era un color excéntrico, sintetizado en un laboratorio. Cada tintorero tenía que producirlo para su consumo y debía aplicarse directamente sobre las fibras porque no era soluble en nada. Teñía bien el algodón, pero con la seda y la lana era un auténtico desastre. Se producía por oxidación, en procesos muy largos de más de veinticuatro horas y, a menudo, al finalizar el proceso se había convertido en un verde oscuro, un azul violeta o un lila rojizo. En aquel tiempo, la tintorería se parecía a los ensayos de un mago despistado. Quien descubría el secreto se llevaba también el beneficio.

Mil novecientos cinco fue el año del negro de anilina de la tintorería de Pujolà y Viladevall. Gracias al cuaderno de Silvestre y a la paciencia de Florián, su negro era muy negro. Negro-ala-de-cuervo, negro-príncipe. Salió tan bien que muy pronto vieron

la demanda multiplicada por treinta. Todos los géneros de punto de Mataró querían de pronto aquel brillo y aquella solidez. También algunos de Terrassa, de Sabadell, incluso de Barcelona. La tintorería no daba abasto. Hubo que comprar más maquinaria, contratar a más trabajadores (incluido un aprendiz llamado Juan Abril) y ampliar la nave principal con la casa que había sido de Silvestre.

Una vez más, fue Florián quien le dio a Teresa Marqués la noticia de que necesitaban su casa para instalar más tinajas y ampliar el secador.

—¿Tiene adónde ir?—le preguntó.

—No te preocupes por mí, ya me espabilaré—dijo ella.

—Puede venir a vivir a nuestra casa, con nosotros.

—Ya me espabilaré—repitió ella.

La cómoda emprende otro viaje, el último, de vuelta a la calle del Prat número diecinueve, donde Teresa Marqués tiene aún un medio hermano. El armario ropero, la cama grande y el colchón no pueden acompañarla, porque la casa es pequeña y está ya muy llena de muebles y de gente. La única que los quiere, Eustaquia, vive de alquiler y no puede llevárselos. Se los vende a un ropavejero por quince pesetas.

A sus cincuenta y un años Teresa Marqués vuelve a sus orígenes, a la misma calle y a la misma casa donde vivió con su madre cuando llegó de Malgrat de Mar a los tres años.

29 de septiembre de 1910

Mercedes Pujolà Planas es bobinadora en casa Minguell. Trabaja catorce horas al día seis días a la semana y cobra la mitad que cualquier hombre en el mismo puesto. Ya hace tiempo que ha perdido la fe en que los amos le arreglen la vida y se ha unido a las causas sindicales. Si los obreros no aprenden a defender sus intereses, nadie lo hará por ellos. Si las obreras no protestan, ni siquiera los obreros lo harán en su nombre.

Hoy Mercedes Pujolà asiste al primer mitin de su vida, en la Unión de Cooperadores de la calle de Santa Marta. Todo el mundo insiste en que es muy importante. Lo hace por su cuenta y riesgo, porque Domingo no cree en estas cosas y porque hace ya mucho que no quiere hacer nada con él. Si pudiera, ni siquiera dormiría bajo su mismo techo. Viene acompañada de algunas compañeras de trabajo, media docena de mujeres que no están dispuestas a resignarse y sí a levantar la voz contra las desigualdades y las ofensas. Todas quieren que las cosas comiencen a cambiar de una vez.

Le han hablado de un muchacho que tiene un empuje inusual. Se llama Juan Abril. Quienes ya le han escuchado dicen que sabe convencer, que será la suerte de los suyos. Es joven, habla claro, no se asusta ante nada y odia a los patrones. Ha pasado por la cárcel y ha salido con el aura de un héroe. Mercedes se sorprende cuando le dicen que trabaja como tintorero en casa de su hermano porque no sabía nada. Gracias a él los trabajadores del ramo del agua han conseguido un aumento del semanal de una peseta.

Abril se hace esperar. Es un sindicalista, un líder. Hoy mismo ha asistido a una asamblea en Barcelona y les contará qué se cuece por allí. Cuando aparece, lo reciben con un aplauso ensordecedor. Juan Abril se encarama en una silla y mueve los brazos para pedir silencio. Mercedes Pujolà entorna un poco los ojos al verlo. Se acerca para poder captar los detalles. Poco a poco se escurre entre la multitud atenta al discurso, hasta llegar muy cerca de la silla que sirve de púlpito al orador.

Juan Abril tiene la voz fuerte, serena, sabe hablar y convencer. Cuando abre la boca, todo el mundo calla para escucharlo. Deja a todo el mundo fascinado. También tiene los brazos fuertes y el pecho ancho de la gente de fábrica, una planta que debe de haber hecho enloquecer a más de una, y una mirada azul y transparente que ella reconoce con un escalofrío. Mercedes Pujolà atiende a la perorata con la boca abierta y el corazón acelerado. No lo mira con los ojos, sino con la memoria. No es a él a quien ve, sino a Joaquín Pujolà, de quien tiene los gestos, la voz, el don de la locuacidad, el color del pelo, la finura de los labios, las manos, los ojos... Se parece tanto a él que cuesta creerlo.

Después de un rato, Mercedes no necesita ninguna confirmación para tener la certeza de que éste es el hijo que parió a escondidas del mundo, y también el del hombre a quien nunca ha podido olvidar. Han pasado veinte años desde que su padre los encontró en la playa y los separó a empellones. Él debe de rozar ya los sesenta y ella tiene treinta y ocho, pero aún le espera. Aún mira la puerta de la calle por si la campanilla se pone a sonar de improviso, por si es él, que llega sin anunciarse, que viene a buscarla, a decirle que siempre la ha querido. Ha escuchado decir que los hombres siempre regresan. Pero éste suyo parece que tarda demasiado.

Ahora tiene un buen pretexto para volver a escribirle, como cuando se fue. Esta vez no podrá dejarla sin respuesta. Le dirá que ha hecho un gran descubrimiento. ¿Recuerda aquel hijo que engendraron juntos y que según le hicieron creer nació muerto? Ella misma se lo contó, cuando aún tenía muy viva en la memoria la imagen

terrible del pequeño cuerpo exánime. Pues no está muerto, sino vivo. Está vivo y es su viva estampa. Ella siempre lo presintió. Le pedirá que venga a comprobarlo con sus propios ojos. Le contará que el hijo es digno hijo suyo, que se sentirá muy orgulloso de conocerlo. A Domingo, ni nombrarlo. Ni a nadie más. Mercedes Pujolà tiene la esperanza de que el hijo recuperado consiga lo que ella ha intentado en vano tantas veces: devolverle al hombre de quien siempre ha estado enamorada.

Cuando regresa donde están sus amigas, le pregunta a la mejor informada:

–¿Sabes de quién es hijo este hombre?

Y la compañera le dice, sin dejar de mirar al líder:

–De una costurera de la calle del Prat. Creo que se llama Rufina.

Octubre de 1730

Van pasando los años y el comerciante de relojes y campanas de Santa Pau, padre de la malograda Tecla Bartrolich, ni olvida ni perdona. Se consume en una sola obsesión: vengarse del mal hombre que lo dejó sin hija. Con la ayuda de cierto capellán, convenientemente sobornado, tiene puntual noticia de todos los movimientos de Joseph Pujolàr.

Fue el cura quien lo informó de que el infeliz al que mataron no era su enemigo, sino su hermano gemelo, como él mismo trataba de explicarles mientras le quitaban la vida. Añade que ya no debe sufrir por su enemigo, porque se ha matado él solito, al caer desde lo alto del muro de casa de su última esposa cuando trataba de asaltarla como si fuera un forajido. Una muerte indigna que debería consolarlo.

No puede negar el señor Bartrolich de Santa Pau que esta manera de morir lo satisface como si la hubiera escogido él mismo. Sólo habría añadido, de haber tenido ocasión y sólo para su complacencia, que el odiado Pujolàr quedara medio atontado al pie de la muralla para tener el inmenso placer de estrangularlo él mismo.

Ya que no ha podido ser, decide esperarlo en el camposanto. Esto aún no se ha terminado, piensa. Escondido tras unos matorrales, ve llegar el cortejo fúnebre. El entierro del segundón de Santa Pau es triste, como cabía esperar. Un hombre como éste no suele dejar gente que lo llore, sino más bien aliviados y complacidos por no tener que verlo más. El ataúd, de madera oscura, avanza lentamente hacia la boca abierta de la tierra. Un cura adormilado lo espera para echarle por encima el agua bendita y decir cuatro cosas que no piensa.

«A ver si el agua le quemará la piel a este demonio y aún le veremos levantarse de entre los muertos», piensa Bartrolich, mientras observa cómo los enterradores borran el agujero.

Esto aún no se ha terminado. El comerciante de relojes y campanas, que a ratos es también inventor y constructor de prodigios mecánicos, sabe esperar con paciencia.

Tres años dicen que es lo conveniente. Una vez cumplido el último día del tercer año, el padre de la malograda Tecla Bartrolich regresa a la tumba de Joseph Pujolàr. Recuerda bien dónde era, porque en estos treinta y seis meses ha puesto mucho celo en vigilarla.

Espera a que anochezca y bajo el amparo de la luna llena retira la tierra de la tumba hasta que logra descalzar la caja de madera donde está el cuerpo del mal hombre. Abre la tapa, mira el interior con cara de asco, rapiña algunos tablones de madera. Necesita unos cuantos. Por los despojos no se preocupa en absoluto. Los deja tal como caen y vuelve a tapar el hoyo sin cuidado, sólo para no levantar sospechas.

Caminando en la oscuridad consigue llevarse a casa la preciada madera del ataúd de quien fuera su yerno. Empieza a trabajar aquella misma noche, sin perder tiempo. El comerciante de relojes y campanas, que a ratos es también inventor y constructor de prodigios mecánicos, sabe bien lo que quiere y que no es sencillo. Trabaja en él a diario durante los siguientes quince años, siempre a escondidas, bajo la luz de la luna o—cuando no la hay—bajo la de una vela o una lucerna. Y así hasta que da por terminado su trabajo.

—Un reloj que puede predecir la muerte—le cuenta al vacío que lo acompaña—y que volverá loco a quien lo posea.

Es un reloj de pared de madera oscura, caja más bien cuadrada y sin ornamentar, de péndulo dorado. Nunca va a la hora porque no fue hecho para eso, pero sabe predecir la muerte de su poseedor y la de los miembros de su familia. Los toques de

muerto son cortos y seguidos. Los hay para mayores y para pequeños. Comienzan el instante antes de que se produzca el último suspiro y duran hasta que el cuerpo se amortaja.

Muy bien envuelto en un lienzo de seda, el reloj viaja hasta la masía de Santa Pau el día de las bodas de Miquel Pujolàr con una heredera del Clot de Bianya, llamada María Planguma. Los recién casados lo encuentran demasiado bonito para no saber de dónde viene, pero a pesar de todo deciden colgarlo en la pared del comedor de su casa. Desde entonces el reloj permanece allí, décadas y décadas, cantando la muerte de hombres, mujeres y niños, mientras se va cumpliendo la maldición de la cuñada y al mismo tiempo el linaje se multiplica, y le salen brotes y ramas nuevas, y entre estos brotes hay algunos malditos a quien hay que ejecutar antes que a otros menos interesantes, y los hay pobres y ricos, trabajadores y holgazanes, gente de campo y gente de fábrica, por los siglos de los siglos y todo mientras esperan a que llegue el día en que Joaquín Pujolàr entre por esa puerta, eche un vistazo, encuentre lo que busca, camine derecho hacia el reloj, lo descuelgue de su lugar ancestral y se lo lleve lejos, a donde ya sabemos.

Para terminar

Estamos en invierno de 1980, tengo diez años. Como cada domingo por la tarde, estoy en casa de mi abuela Teresa. Entre aquel encuentro con su padre en la plaza de Cuba del año 1924 y esta escena de ahora hay la elipsis de toda una vida.

En el pasillo hace un frío polar, pero mi abuela y yo nos refugiamos en el comedor, al calor de una estufa de butano. Cuando entro, ella baja el volumen del televisor y se prepara para contarme historias. Soy un público entregado. Teresa Pujolàes la mejor narradora oral que he conocido nunca.

En la pared, el reloj de péndulo nos acompaña con su tictac infatigable.

Del repertorio de historias de mi abuela, me gusta especialmente la del lechero, que me sé de memoria de las veces que la he escuchado. El muchacho pobre, el enamoramiento, la madre déspota, la huida de casa. En su voz todo revive. La narradora se guarda la revelación más importante para el final. Yo sé cuál es, pero disimulo. Si esto fuera una novela, el vuelco llegaría en el último párrafo.«El lechero era tu abuelo.» Y Teresa sonrío por el efecto dramático que provoca.

Hace seis años que murió mi abuelo. No tengo de él casi ningún recuerdo, salvo los que Teresa aviva cuando habla. Para eso sirven las historias, para reencontrarnos con lo que no soportamos haber perdido. Por eso escribimos. Por eso estoy aquí.

El mundo ha cambiado, y Teresa no termina de comprenderlo. Los escenarios, las personas, las ciudades, todo ha cambiado.

Salvo el reloj. El reloj aún sigue ahí, marcando el paso del tiempo.

Nota de la autora y agradecimientos

Para escribir esta novela me he basado en algunas historias familiares que conocí de boca de alguno de sus protagonistas y el resto he tratado de documentarlas, siempre con la certeza de que es imposible documentar la intimidad. En ningún caso he pretendido ser totalmente fiel a la realidad, aunque en muchos casos he terminado siéndolo. Los nombres de los personajes y las referencias geográficas acaso sean los únicos datos irrefutables de cuantos he manejado, y los he reproducido con máxima fidelidad.

Más que nunca estoy en deuda con algunas personas.

En primer lugar, con los archiveros y bibliotecarios que me facilitaron y guiaron el trabajo. De Mataró: JosepMaríaClariana, del Arxiu Municipal; Nicolau Guanyabens, del Parroquial de Santa María; el rector de la parroquia de Sant Josep y el personal de la Biblioteca llturo. De Sallent: Teresa Padullés. De Olot: Anna Bonfill Plana y Xavier Puigverd. De Malgrat de Mar: JosepMaria Crosas. Y el personal. del Diocesa de Girona.

Con algunos miembros de la familia y amigos cercanos que han compartido conmigo sus recuerdos estoy también en deuda: Emi Guasch, Maite Vilarrubla, Maria Teresa Roca, Carmen Masachs, Pili GonzalezAgapito, Merce Grabolosa, Montserrat y Jaume del MasPujolàs de Santa Pau.

También agradezco la generosa ayuda del notario Oscar López, del afinador y resucitador de pianos Josep Cornella, de la experta en tintes antiguos Ana Roncero, de los amantes de la historia de Olot Miquel Puig, Joan Barnaclas i Francesc Llop. Y la de Montserrat Gurrera, por ponerme tras la pista de Pilar Bartomeu y su escuela para niñas. Y la de mis imprescindibles: Francesc Miralles, Ángeles Escudero, Sandra Bruna, Berta Bruna y Deni Olmedo.

Por fin, debo mucho a los trabajos publicados por algunos autores, de los que he bebido. Cito sólo los más importantes: El cinema a Mataró (1897–1930), de Manuel Cusachs i Corredor. Celluloide ranci, de Joaquim Casas. Mataró Liberal. La ciutat deis burgesos i els proletaris (1820–1856), de Francesc Costa i Oller. Conflictividad laboral y sindicalismo en el sector textil de Mataró entre 1896 y 1923, de Ernest Cañada Mullor. Olot. Els homes i la ciutat, de Ramon Grabolosa. El desenvolupament de la indústria del punta Olot, de Jordi Palomer i Pons. Z: evolució social a Olot, de Gil Vidalí Forga. Llegendes de La Garrotxa, de Josep Romeu i Figueras. La cuynera catalana, de autor anónimo. El arte del tintorero, de Josep Vallhonestà i Vendrell. ManualMuestrario del tintorero, de autor anónimo, obsequio de la empresa Ibérica de Industrias Químicas de Barcelona en el año 1926; Malva. Historia del color que cambió el mundo, de Simon Garfield; Records de la darrera carlinada, de Maria Vayreda (a quien deben mucho las historias de la guerra que refiere JoaquínPujolà, en cuyas palabras he pretendido rendir un homenaje explícito al autor de Olot).

Mientras escribía esta novela, he sentido que eran ciertas unas palabras de la escritora inglesa Jeannette Winterson:

El pasado es otro país, un país que podemos visitar para llevarnos lo que necesitamos.

Ojalá pueda llevar de la mano a algunos de mis lectores hasta ese país.
Sólo por eso, habrá merecido la pena.

Esta novela se escribió en Mataró entre diciembre de 2014 y julio de 2015

Notas

*Del catalán:«La pasa».

* «Las tres vueltas.» Nombre con que se conoce la fiesta popular de San Amonio Abad.

*Rey delos «Tres Tombs» yo por ti, cuántos tumbos daría, puedes estar bien seguro.